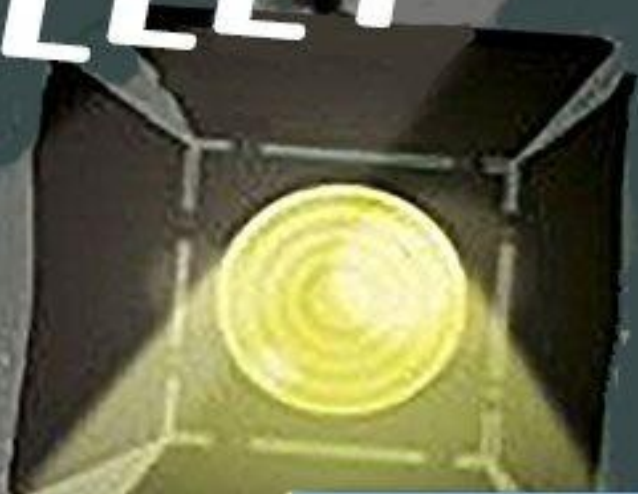


se

MARGGERY
ALLINGHAM

DUELO en
el BALLET



Lectulandia

Jimmy Sutane, el cantante y bailarín favorito de Londres, encabeza el reparto del Teatro Argosy, donde alguien está haciendo bromas cada vez más desagradables. Albert Campion se ofrece a investigar, pero encuentra egos explosivos, incluyendo un siniestro músico y una melodramática joven actriz. Campion necesita de toda su habilidad para eludir el peligro.

Todos los libros de la serie Albert Campion son títulos independientes y se pueden leer en cualquier orden.

Lectulandia

Margery Allingham

Duelo en el ballet

Albert Campion - 8

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2018

Título original: *Dancers in Mourning*
Margery Allingham, 1937
Traducción: A. A.

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



MARGERY ALLINGHAM, escritora policiaca inglesa, en el jardín de su casa D'Arcy House, Tolleshunt D'Arcy, Essex, acompañada de su esposo Philip Yougman Carter, editor de una revista londinense

PRÓLOGO^[1]

MARGERY ALLINGHAM

Margery Allingham nació en Londres el año 1904. Era la primogénita de H. J. Allingham, célebre escritor de folletines, cuyas entregas se publicaban en todas las revistas semanales más populares de la época.

Margery, como ella misma dice a quien quiera oírla, tiene en sus venas sangre de escritores, pues, aparte de su padre, en su familia hubo otros miembros que se dedicaron también al noble arte de la literatura. Entre ellos merecen destacarse John Till Allingham, que en el siglo XIX escribió melodramas, representados con buen éxito, y John Allingham, que floreció por los años noventa del pasado siglo, célebre y muy popular escritor de cuentos pedagógicos para niños.

Los padres de Margery eran primos. Desde pequeños habían tenido una gran amistad, que continuó cuando los niños se convirtieron en personas mayores. La afinidad de ideas y de caracteres transformó aquella amistad en amor, y un buen día se casaron.

El abuelo de Margery era propietario de un periódico religioso, y la niña, desde su más tierna infancia, estuvo siempre metida en una atmósfera de tintas y papeles.

Poco después de su nacimiento, sus padres se trasladaron a Laver Breton, un pueblecito de Norman Essex, situado a cinco millas de Tolleshunt d'Arcy, donde en la actualidad vive la escritora.

Cuando cumplió los siete años, su padre empezó a educarla para que fuera una escritora como él. Hizo un estudio sobre sí misma y redactó un argumento para un cuento de hadas.

Bajo la dirección de su padre, la niña escribió una y otra vez ese cuento. Casi un año estuvo escribiendo, rompiendo y volviéndolo a escribir. En el intervalo empezó otro. Para ella era una diversión. Y su padre, viendo que Margery tenía una gran disposición para la literatura, influyó sobre ella para encauzarla hacia un arte que con el tiempo le daría la fama.

Entre los siete y los dieciséis años, escribió su primera novela publicable. Su educación siguió una línea más o menos ortodoxa. Estuvo interna en el Perse Girl's School de Cambridge, dedicando sus vacaciones a sus aficiones de autora.

De una inteligencia excepcional, Margery se hizo estudiante de arte dramático con la ilusión de llegar a ser una buena escritora de comedias y dramas, pero no consiguió triunfar en el teatro.

En el año 1927 contrajo matrimonio con Philip Youngman Carter, artista de su misma edad, al que conocía desde hacía mucho tiempo.

Al año siguiente escribió The Crime at Black Dudley la primera de sus novelas policíacas, en la que presentaba a míster Albert Campion, que luego sería el protagonista de sus más celebrados relatos policíacos.

Campion es un detective que puede ponerse al mismo nivel de Maigret, Poirot, Philo Vance, Perry Mason y tantos otros, célebres entre los amantes de la novela policíaca...

Después de residir varios años en Londres, Margery Allingham y su marido se trasladaron al campo para vivir en una casa estilo reina Ana, que la escritora conocía desde su infancia y siempre había tenido grandes deseos de habitar. Ahora, casada y de regreso a Tolleshunt d'Arcy, podía satisfacer un afán que desde niña la obsesionaba.

La propia Margery dice que “nuestros caballos, nuestros perros, nuestro jardín y las actividades del pueblo ocupan la mayoría de nuestro tiempo”.

La escritora se autodefine diciendo que es “una mujer muy amante de su hogar, con principios democráticos y convicciones muy poco heterodoxas”.

Durante la guerra, dejó de escribir novelas policíacas para dedicarse a lo social. De esta época son sus libros The Oaken Heart y The Dance of the Years, que le proporcionaron grandes éxitos en otras esferas. Pero, una vez acabada la contienda, volvió a resurgir míster Campion, y con él los triunfos más resonantes para la novelista inglesa.

Su nombre, tan popular como el de Agatha Christie, es conocido en las cinco partes del mundo, y sus obras han sido traducidas a todos los idiomas.

Aparte de las novelas, ha escrito muchos cuentos, seriales y revistas de libros. Y cuando le queda tiempo libre, cartas.

Su autor favorito es Don Marquis, norteamericano, y los escritores que más han influido en su vida son Shakespeare, Sterne y Alejandro Dumas.

Uno de los grandes méritos de Margery Allingham es el haber sabido combinar lo policíaco con la novela de carácter y psicológica, hasta tal punto que John Strachey la llama “una de las tres mayores esperanzas del moderno relato policíaco”, siendo las otras dos, según su opinión, Nicholas Blake y Michael Ynnes.

Entre las muchas novelas escritas por Margery Allingham, hemos elegido cinco que, por su interés y su dinamismo, han de ser muy del agrado del público aficionado a lo policíaco.

En primer lugar publicamos El cáliz de los Gyrth, novela que vio la luz el año 1930. Es una de las primeras obras de Margery Allingham —el segundo de sus relatos policíacos—, en la que nos presenta a Albert Campion en una de sus más notables aventuras. La familia Gyrth es guardiana del cáliz desde hace cientos de años. Su antigüedad, su belleza y la extraordinaria leyenda que va unida a él lo hacen único en

su clase. Ningún ladrón puede apoderarse de él por los medios ordinarios. Pero no son los ladrones vulgares los que piensan en el cáliz. Son otras clases de ladrones, los que solo viven para su pasión por los objetos dignos de figurar en las colecciones. Esos individuos que gozan viendo en su colección particular los objetos más extraños, que aspiran a poseer un jarrón chino o una espada malaya, aunque para ello tengan que matar a sus legítimos dueños.

Y una de estas personas es la que, en su afán de conseguir el cáliz, pone en peligro la vida y la felicidad de sus guardianes.

Es relativamente fácil —aunque a costa de tiempo— defenderse contra lo posible, pero no es tan fácil defenderse contra lo imposible.

Albert Campion les contará a ustedes esta historia, explicándoles el porqué de cuanto en ella sucede.

Mystery Mile se publicó el año 1931, a continuación de la reseñada anteriormente. En ella se habla de la banda de Simister, que persigue a un tal Crowdy Lobbet, un individuo que sabe mucho... o demasiado poco: Pero posee información suficiente, que es la clave para descubrir la identidad de Simister, que nadie sabe quién es. Por tal motivo, su idea es eliminar a Lobbet. Para ello le persigue por todas partes, intentando matarle una y otra vez. Le persigue a través del Atlántico; le sigue hasta el corazón de una mansión inglesa, en donde... Pero, bueno, esta es la historia de Mystery Mile, y no hay que decir que Campion estuvo presente en los sucesos que allí se desarrollaron... ¡Ah! Tenemos que advertir que Campion y Simister no se habían visto nunca antes de los acontecimientos de Mystery Mile.

La tercera de las novelas incluidas en este tomo se titula Duelo en el ballet. Fue escrita en 1937, y en el orden cronológico de las novelas policíacas de Margery Allingham ocupa el octavo lugar.

Como en las dos anteriores, su protagonista es también el detective Campion, que, en una atmósfera de tensión alucinante, resuelve uno de sus más intrincados problemas.

Un célebre bailarín e ídolo de la revista musical, Jimmy Sutane, es víctima de una serie de bromas de mal gusto. Esta malsana persecución llega a tal grado, que invitan a Campion a que investigue el asunto. El detective visita White Walls, la casa de campo de Sutane, y la primera noche se comete el primero de una serie de crímenes repugnantes. La víctima es Chloe Pye, una mujer intrigante y sin escrúpulos, y su muerte pudo ser un accidente o un suicidio, pero en cualquier caso ha sido muy conveniente para unas cuantas personas.

Campion lleva el asunto adelante hasta esclarecer estos misterios y dar con el asesino, todo dentro de un clima inesperado y excitante.

Plumas negras apareció el año 1940. En ella no interviene el detective Campion, pero su tema es tan original que atrae al lector, de modo que logra aislarle del medio

ambiente que le rodea.

Lucar era una persona desagradable, a veces insoportable. Nadie le quería, ni aun Robert Madrigal, cuya vida había salvado y que le ayudaba a dirigir La Galería, salón de arte de gran reputación, mientras su dueño, el suegro de Madrigal, se hallaba en el extranjero. Cuando asesinan a Madrigal y Lucar se va del país, todos cuantos le conocían creen que con seguir su pista encontrarán al asesino. Pero de pronto, con gran sorpresa de todos, Lucar regresa a Inglaterra, tan impertinente y descarado como siempre, casi al mismo tiempo que un antiguo pretendiente de la esposa de Madrigal.

Todas estas entradas y salidas, la serie de luchas y circunstancias que acusan y luego van eliminando a cada uno de los personajes, crean un ambiente trágico en casa de la familia Ivory, bajo la autoridad de la anciana e indomable mistress Gabrielle Ivory, persona tan noble que ni siquiera Scotland Yard podía perturbar su dignidad.

Novela escrita con gran maestría y en la que Margery Allingham hace un estudio concienzudo de la psicología de cada uno de sus personajes.

Por último, El caso del difunto Pig, una de las últimas novelas salidas de la pluma de la genial novelista inglesa.

En ella, Champion, el siempre bien admirado detective, de gran inteligencia y perspicaz mirada, nos cuenta una de sus primeras aventuras.

Empieza con la noticia del funeral de un hombre que Champion recuerda vivamente como compañero suyo de colegio, Pig Peters. En este funeral hubo algo que no estaba muy claro, y cuando meses después Champion es llamado para investigar un crimen en un respetable club, se da cuenta de que el funeral de Pig no fue más que el prólogo de una serie de crímenes desagradables, que casi terminan con la muerte violenta del propio Champion y de su inseparable ayudante Lugg.

En El caso del difunto Pig, Margery Allingham nos lleva a un mundo de misterio, de personas extrañas, haciéndonos vivir una aventura extraordinaria, una aventura de esas que ponen los nervios en tensión. Además de las cinco novelas incluidas en este tomo, Margery Allingham ha escrito las siguientes: Blakerchief Dick, The Crime at Black Dudley, Police at the Funeral, Sweet Danger, Death of a Ghost, Flowers for the Judge, Mr. Champion criminalogist (cuentos), The Fashion in Shrouds, Traitor's Purse, The Oaken Heart, etcétera.

SALVADOR BORDOY LUQUE

ESTA DEDICADO
A
NERNEY

I

Cuando míster William Faraday se sentó a escribir sus memorias después de cincuenta y ocho años de intachable inactividad, encontró el trabajo de redactar la historia de su vida casi tan aburrido como haberla vivido, y por eso, poseyendo un don natural de inventiva, unido a una facilidad innata para seguir el camino más fácil, comenzó a fantasear un poco a partir de la segunda página, y al llegar al sexto folio empezó ya a mentir descaradamente.

El libro apareció en el mercado en 1934 a dieciocho chelines y seis peniques, con grabado en la cubierta, y hubiera ido a aumentar las filas de los miles de libros invendibles de su mismo estilo a no ser por las descabelladas anécdotas que contaba en los capítulos que trataban de una India que el autor no conocía más que a través de las noticias de los periódicos.

Este libro llamó la atención de un crítico, que aunque se dio perfecta cuenta de lo absurdo que era, no quiso quitarle mérito al ingenio que denotaba, y en la reseña que dio de ella anunció que la obra no era solo una fantasía, sino una pura ficción, y que el libro era casualmente uno de los más divertidos de la época.

El público estuvo de acuerdo con el crítico, y a la edad de sesenta y un años William Faraday, autor de *Memoire of an Old Buffer* (obra de la cual se hizo una nueva edición de 74.000 ejemplares, que se vendieron al precio de siete chelines y seis peniques) llegó a ser una verdadera figura literaria.

Se dio cuenta de ello cuando estaba sentado en su palco del Argosy Theatre, sus pequeños y vivos ojos fijos en el escenario donde tenía lugar la trescientas representación de *The Buffer*, la revista musical basada en el argumento de su libro.

Aunque había visto la revista treinta o cuarenta veces, con intención de poder juzgar su obra, siempre le divertía.

El resto del auditorio, que no estaba tan saturado de ella, se excitaba, aplaudía y en las localidades más baratas se volvía un poco histérico.

También el elemento inteligente era feliz, y gozaba con un arranque poco frecuente de libertad espiritual. Una revista de Jimmy-Sutane-Slippers-Bellew era un reconocido elevador intelectual y proporcionaba una de esas benditas Alsacias donde se encuentran y parpadean las miradas de imbéciles y eruditos. Había admiradores de Sutane en las butacas y las galerías; espíritus infantiles, ocultos en los pechos de quienes menos se hubiera esperado, seguían su angulosa figura extática en su interpretación ligeramente grotesca y llena de gracia de la música de Mercer, con el morboso placer de un pájaro prisionero que viera volar a otro.

Fue una ocasión, una noche que sería recordada y renombrada con embeleso. Un

espíritu de tertulia envolvía al viejo Argosy y hasta las floridas diosas de los candelabros del anfiteatro parecían expresar un nuevo entusiasmo en sus pintadas bellezas.

El personal administrativo, tan contento como exhausto, trabajaba incesantemente recibiendo telegramas, flores de Australia conservadas entre hielo, llamadas telefónicas de ultramar tan caras como importunas y, sobre todo, luchando con los insufribles idiotas que deseaban conseguir localidades para antes de Navidad.

Las acomodadoras, con sus nuevos uniformes, miraban el escenario con renovado interés, aun cuando Sutane no estaba en él, mientras la orquesta, con un extraño sentimiento de seguridad, atacaba regocijada los compases del nuevo número del segundo acto.

Esta inquietante experiencia emocional de la primera noche pertenecía ya al pasado. Había sido una pesadilla que tuvo un despertar feliz. Esta, la trescientas representación, era ya una magnífica realidad. Un letrero en el que se leía “No hay localidades” estaba permanentemente en las taquillas de la Shaftesbury Avenue y la novela se agotó en todas las librerías.

Míster Faraday se inclinó hacia adelante. Su pequeño cuerpo, un poco cargado de hombros, se balanceaba al ritmo del *fox-trot* que atacaba la orquesta. La divertida decoración de rostros grotescos que había diseñado Pavalini colgaba en la parte de atrás del escenario, y en el auditorio los entendidos susurraban al oído de sus acompañantes indicándoles la malvada caricatura de Doremus, en el *croupier* del extremo de la derecha.

Cuando la luz aumentó, hicieron su aparición en escena los muchachos del coro. Salieron saltando; eran muchos, muchísimos, e iban perfectamente acompasados, balanceándose, cantando y taconeando con estudiado desorden, hasta conseguir dar el efecto de una lluvia de fichas sobre la mesa de juego.

La gigantesca rueda de la ruleta resplandeció en el centro del escenario, la música se hizo más suave y los aplausos atronaron la sala cuando el público vio la familiar figura vestida de frac inclinada sobre la mesa giratoria. Luego la voz suave, encantadora, se escuchó por encima del primer coro.

What's the odds I'm on your number?

It's a thousand — a million to one.

It's a cert. It's a twist.

It's a chance you have missed —

A thousand — a million to one.

El rostro no era más que un borrón para el ochenta por ciento de los espectadores, una pequeña manchita blanca entre una multitud de papeles de mil colores; pero todo el mundo conocía la espaciosa frente, los ojos redondos y tristes, la larga nariz de

pato y la boca que se abría con tanta gracia en una cínica sonrisa.

Cuando el coro empezó de nuevo, la rueda comenzó a girar y se inició por tricentésima vez el zapateado que hizo furor. La pequeña figura blanca de pies asombrosamente ágiles saltaba y hacia inverosímiles piruetas sobre las tablillas de madera, zapateando vertiginosamente. ¡Rápido, más rápido, mucho más rápido!

“A thousand — a million to one...
a thousand — a million to one...”

El auditorio estaba sin respiración, balanceándose al compás de la música, extasiado y satisfecho. La rueda giró más lentamente, los pies maravillosos danzaron más despacio y las voces del coro se hicieron más quedas. Luego volvieron a cantar con intensidad, las luces enfocaron la rueda, y los aplausos, como el estruendo de un huracán que pasara a través de un gigantesco campo de trigo, aclamaron la blanca figura que sonreía en el centro de la ruleta.

William Faraday se volvió al hombre que estaba sentado a su lado.

—Esto es una vergüenza, Champion —murmuró apretando los labios—. Hay que hacer algo, muchacho. Observa lo que está pasando, ya sabes lo que significa.

Míster Champion asintió. El rugido del gran animal satisfecho, cuya inmensidad llenaba el teatro, y del cual él formaba parte, hacía imposible la conversación. Estaba sentado oculto en la sombra, la luz del escenario se reflejaba en sus gafas de asta y en la dura línea de su barbilla.

No era un hombre hermoso. Había cierta vacuidad en su expresión, que desentonaba con los agradables rasgos de su rostro y daba a toda su apariencia una indefinible cualidad, que hacía que los que le conocían le recordaran con dificultad y no pudieran describir su aspecto.

En aquel momento míster Faraday, que le conocía bien y tenía excelentes razones personales para creer en su ingenio, se preguntaba si le habría oído, y de ser así, si habría conseguido comprenderle.

—Hay mucho jaleo aquí, no hay por qué admirarse —murmuró unos minutos más tarde, cuando se levantó el telón del antiguo salón de conciertos y la música del número extra insertado en el espectáculo en honor a la ocasión empezó a sonar lenta e insinuante—. No comprendo por qué quieren más bailes. Siempre tuve gente de teatro a mi alrededor. Nunca gustó esta algarabía en mis tiempos. Ahora hay demasiada gente loca. Esta vez debe de ser una mujer avejentada.

Se volvió en su silla; la cortedad de su cuello le hizo girar todo el cuerpo.

—¿Está usted mirando, Champion?

—Naturalmente —dijo míster Champion, sorprendido.

Su huésped murmuró:

—Aquí viene. Podría contarle algo sobre ella.

El arte de Chloe Pye pertenecía a una época anterior a los inspirados zapateados de Jimmy Sutane y el mismo míster Campion se admiró de que al regreso de su largo viaje hubiera sido elegida, ni mucho menos invitada, para intentar una rehabilitación en medio de esta asombrosa competición. Era un colegial cuando la vio por primera vez trabajar en uno de los mejores teatros de variedades. Su personalidad, tan exquisitamente femenina, y su gentil seducción llegaban mucho más allá de las candilejas y salvaban así un talento bastante mediocre. Su actuación había sido siempre la misma: una serie de bailes breves, cada uno de los cuales era una historieta, recitados según la costumbre de la época, de los que se omitieron algunas frases al continuar el espectáculo. Las ligeras indelicadezas eran excusadas invariablemente por el argumento de los cuentos. Se representó un cuento en el que Chloe aparecía vestida con ropa interior del tiempo de los Estuardos, exhibido picarescamente bajo el título de *Nell Gwynne Prepares for Court*, y las enaguas y los pantalones fueron exhibidos con la misma tímida vulgaridad que en *Morning, 1832*.

Su éxito en los días de la posguerra fue considerable, cuando la moderna ropa interior había dejado de llamar la atención, y su vuelta había prestado un renovado interés al cotilleo que rodeaba su vida privada.

En aquellos días la promiscuidad tenía aún un regusto de novelería y sus asuntos se discutían apasionadamente; pero ahora, cuando los aburridos problemas de la poliandria estaban llegando al final de su melancolía tipo *cul de sac*, su reputación, cuando se recordaba, en vez de aumentar sus atractivos sería para disminuirlos.

Así también, la vuelta de la ropa interior en los escaparates y en los cuerpos familiares de esposas y hermanas destruía la atracción que hubiera podido tener la idea original, y en esta noche no se escuchó ningún murmullo de tolerante protesta cuando cayeron al suelo enagua tras enagua.

—¿Gente loca? —murmuró míster Campion, volviendo a la crítica de su huésped.

—En serio —aseguró míster Faraday—. No comprendo cómo la han incluido en el programa, no tiene nada que ver con él. Me dijeron que ella tenía mucho éxito, pero me parece que ahora no conseguiría vender una sola butaca.

Mientras la miraba, Campion se daba cuenta de que míster Faraday tenía razón. El público, acalorado y cordial, era amable con ella, pero era fácil comprender que esperaba ansioso el regreso de Sutane y Slippers en el número *Alrededor del Mundo* con la canción que Mercer había escrito una tarde mientras Jimmy hablaba con él y que ahora era conocida en dos continentes.

—No me gusta esa mujer —dijo míster Faraday—. De no haber vuelto a Inglaterra, hubiera pensado que ella había acabado para siempre. Mírela, debe de haber pasado de los cincuenta.

Con los ojos fijos en la oscura figura vivaracha del escenario, Campion notó que míster Faraday estaba equivocado. Chloe Pye tenía cuarenta y dos años y un excelente aspecto físico. Era su mente, no su cuerpo, lo que estaba tan irremediabilmente pasado de moda.

Su compañero le tocó en el brazo.

—Salgamos, no puedo soportar más esto —dijo furioso—. Ya sé que no debería de decir eso; necesito su ayuda, muchacho, y confío en usted. Vamos afuera.

El Argosy era un viejo teatro cuyos bastidores dejaban mucho que desear en cuanto a limpieza y comodidad. Campion se abrió paso a través de una puerta que le resultó tan baja como a míster Faraday estrecha, puso en peligro su cabeza al bajar por una escalera de hierro que se tambaleaba y llegó a un corredor que tenía todo el olor y el aspecto de uno de los pasajes menos frecuentados de una estación de ferrocarril subterráneo.

Míster Faraday miró por encima de su hombro con los ojos brillantes.

—Acostumbraba venir aquí para ver a Connie —murmuró—. En mis tiempos era una mujercita muy linda; ahora debe de haber envejecido mucho —suspiró, y añadió en un tono tímidamente confidencial, que era el secreto de su encanto—: ¿Sabe usted? Todavía me conmueven estas cosas. *Vie de bohème*, luces, música de fondo, olor a maquillaje, mujeres, y todo esto.

Afortunadamente, míster Campion, que estaba algo perplejo, no tuvo necesidad de hacer ningún comentario. En ese momento se abrió una de las puertas del corredor y apareció un hombre joven, rubio, en traje de etiqueta, llevando una bicicleta de carreras plateada. Estaba muy enfadado y la expresión de su rostro, demasiado bello para resultar agradable, era de resentimiento.

—Me parece muy bien que usted se rebele, Richards, pero puedo llevar mi bicicleta donde me plazca —dijo—. Usted lo sabe mejor que nadie.

Un hombre uniformado de ojos tristes y mustio bigote salió por la puerta.

—Lo siento, míster Konrad; pero míster Webb me dijo personalmente que no quería ver nada de esto en el teatro. No hay camerinos suficientes para los artistas y encima trae usted bicicleta.

—Pero miss Bellew trae aquí su Great Dane.

El joven cogió la máquina con furia, pero el portero siguió hablando con obstinación:

—Mis Bellew es una directora —insistió.

El muchacho de la bicicleta enrojeció hasta la raíz de sus rubios cabellos, y por un momento pareció que se iba a echar a llorar.

—Esta bicicleta me la regalaron mis admiradores —dijo—. ¿Por qué voy a consentir que algunos envidiosos me priven de enseñársela a quien yo quiera? —continuó, mientras dirigía una mirada llena de rencor a las puertas del corredor—. Parece usted tonto. Hablaré con Jimmy sobre ello. ¿Por qué no se preocupa de otras cosas más importantes?

Había un reto en las últimas palabras, como si el muchacho se refiriese deliberadamente a algo que estuviese prohibido. Las grisáceas mejillas del portero se sonrojaron y miró a su alrededor. Al ver a Campion se adelantó furioso, pero retrocedió cuando distinguió a míster Faraday, a quien saludó con un movimiento de

cabeza. Temblando, pero obstinado aún, volvió a la discusión.

—Ahora, míster Konrad —empezó, poniendo su pesada manaza sobre la bicicleta—, vamos a dejar este trasto fuera, si le parece.

El muchacho se encogió de hombros y dejó la bicicleta en manos del portero.

—¡Oh, pero si es Uncle William! —exclamó—. Mire lo que se ha empeñado en regalarme el Speedo Club. ¿No le parece que es absurdo?

Míster Faraday tosió ruidosamente.

—¡Magnífico! —gruñó furioso, y cogiendo a Champion por un brazo le empujó por el corredor—. Me repugnan estos tipos —murmuró en un tono demasiado alto—. ¡Llamarme tío William! ¿Le ha oído usted? ¡Ese renacuajo impúdico! No me importa que mis amigos lo hagan, pero ese... Me he dado cuenta de que usted me llama así de cuando en cuando, y puede seguir haciéndolo, querido amigo, pero ese gusano... me revuelve el estómago; no crea que lo dije por usted. ¡Bucles rubios!... Venga, vamos a los bastidores, quiero que conozca a Slippers; es una muchacha muy agradable, aunque no sea demasiado hermosa —añadió pesaroso, y volvió a toser, como si temiera haberse traicionado.

Cuando se acercaron, el número *Alrededor del Mundo* estaba en todo su apogeo. Por encima del hombro de míster Faraday, Champion pudo ver a las dos figuras, tan familiares al público de ambos continentes. Slippers Bellew parecía una pálida llamita dorada temblando en el escenario, mientras Sutane se movía a su lado, fiel como una sombra, y con sus movimientos etéreos y su canción suplicante trataba de expresarle su muda adoración.

Al terminar el número, los aplausos atronaron el teatro. El ensordecedor estruendo los envolvió como un hálito abrasador y retrocedieron para unirse a la multitud de muchachas que llegaban para interpretar el número final, *Little White Petticoats*.

La excitación del público, aun en la trescientas representación, se apoderó también de Champion, que se dio cuenta del poder de la personalidad de Sutane, que dominaba la sala fuera y detrás del telón. Trató de analizarlo mientras seguía a Uncle William al vestuario. La gracia y la habilidad estaban personificadas en Sutane, pero esto no era suficiente para justificar todo su éxito. “Era su mundana inteligencia, despierta pero siempre descontenta, lo que constituía el verdadero atractivo —pensó Champion—, una dignidad emocionalmente insatisfecha; en resumen, un arranque de héroe enamorado”.

Su compañero seguía hablando:

—Esperémosle aquí —dijo, llamando con los nudillos a una puerta que tenía un uno pintado—. Quiere verle a usted y yo le prometí que le traería aquí.

Fueron introducidos en una espaciosa habitación, iluminada con exageración, por un joven impasible vestido de blanco que llevaba unas gafas de gruesos cristales.

—Entre, señor, me alegro de verle —dijo conduciendo a míster Faraday a un sillón al lado del tocador.

Uncle William le dió las gracias y se sentó.

—Este es Henry, Champion —dijo, señalando al joven con la mano—. Es un buen chico.

El muchacho sonrió y acercó una silla para el otro visitante. Hizo todo lo posible para demostrar que, aunque quizá no fuera aún un criado modelo, tenía muchas probabilidades de llegar a serlo.

—¿Un *whisky*, señor? —preguntó obsequioso.

Uncle William aceptó el ofrecimiento.

—Es una buena idea —dijo, complacido, y Henry se sonrojó como si le hubiera dirigido un cumplido.

Mientras el muchacho traía la botella, Champion tuvo tiempo de observar la habitación, que estaba amueblada en tres diferentes estilos que contrastaban agudamente. Se podía observar el gusto floreciente del primer decorador: un tapiz turco y una *chaise-longue* de patas doradas; una sobriedad algo militar y una afición extraña por los chismes viejos, como demostraba una antigua gramola que se había aprovechado para bar, el cual, sin duda, era obra de Henry, y otra influencia no muy fácil de definir. Aparte de un montón de papeles, en su mayoría fotografías y telegramas, había varios indicios del gusto personal de Jimmy Sutane. Dos o tres juguetes mecánicos baratos estaban colocados sobre el tocador al lado de una caja de dulce de regaliz y un ramo de flores blancas, mientras en una rinconera destacaba un lindo Ho-tei^[2] y un calendario desgarrado, completado por una previsión meteorológica para cada día del año.

Uncle William se recostó en su sillón; la luz brillante se reflejaba en su pelo canoso y su sonrosada nuca. Tenía un aspecto plácido y benigno y tal vez algo falso, con sus acuosos ojos azules severos y su expresión inconscientemente altiva.

—Y bien —preguntó—, ¿hay alguna novedad?

Henry le contestó enfurruñado mientras colgaba un traje:

—Es algo raro. Miss Finbrough puede que lo tome en serio, pero yo no.

—Miss Finbrough, ¿eh? —dijo Uncle William, y se aclaró la garganta—. Debe de resultarle difícil enterarse de las cosas que pasen aquí.

—Usted lo ha dicho, señor —dijo Henry, que parecía no querer comprometerse.

El anciano guardó silencio un momento.

—Puede que no sea tan extraño —dijo, por último. Henry se volvió con el rostro enrojecido.

—La gente de teatro no es como la gente corriente, señor —prorrumpió, avergonzándose de su propia deslealtad—. Yo soy nuevo entre ella y lo he notado. Son “teatrales”. Las cosas tienen para ellos mayor significado del que podrían tener para usted o para mí. No puede haber un caballero más agradable que míster Sutane, nadie lo niega, pero se ha pasado toda su vida en el teatro y no es una persona corriente. ¿Cree usted que no pasan cosas...? ¿Es que no han pasado siempre? Estar en el teatro es como vivir en un pueblo pequeño, donde todos se observan unos a

otros e intentan averiguar lo que van a hacer los demás. Y miss Finbrough...

Se calló de repente. Alguien giró bruscamente el picaporte, y entró Jimmy Sutane.

Les sonrió un momento y Champion observó ese extraño énfasis que caracteriza a todas las personas de fuerte personalidad cuando se las ve de cerca por primera vez. Comparado con la figura que él había visto a una distancia de muchos metros, Sutane parecía una edición póstuma de su propia caracterización. Las líneas de su famosa sonrisa se marcaban en su rostro más profundamente de lo que parecía de lejos y los ojos de pesados párpados aparecían bajo la abultada frente no solo cansados, sino desesperadamente agotados.

—¡Hola, Uncle! —dijo—. ¿Es este míster Champion? Le agradezco muchísimo que haya venido. ¡Señor, estoy exhausto! Henry, dame una copa. Siento que tenga que ser de leche. ¡Qué asco!

La voz juvenil era sonora, y cuando Sutane entró en la habitación, cerrando la puerta tras él, el cuarto pareció achicarse.

Mientras Henry traía un vaso de leche del bar y le ayudaba a desnudarse, no dejaron de interrumpirlos constantemente. Personas vestidas de etiqueta asomaban la cabeza por la puerta, le felicitaban y desaparecían. No dejaban de llegar telegramas y tarjetas y el teléfono sonaba incesantemente.

Champion continuaba sentado en la esquina y observaba. Después de la amabilidad de su llegada, Sutane parecía haber olvidado a sus huéspedes. Estaba poseído de una tensión nerviosa y una excitación que estos no habían notado cuando estaba en escena. Parecía inquieto y la nerviosidad que irradiaba de él como vibraciones de una dínamo llenaba la habitación, creando una atmósfera de incómodo desasosiego.

Su excitación llegó al máximo al volverse a un inesperado visitante que abrió la puerta tímidamente y al que hizo desaparecer con un grito:

—¡Por Dios, Eddie, dame diez minutos!

Se sintió avergonzado por su explosión de ira y miró de reojo a Champion, su huésped de honor.

—Me va a dar un ataque de nervios —dijo—. Henry, sal y ponte en la puerta para no dejar entrar a nadie más. Diles que estoy rezando mis oraciones. Descuelga el teléfono antes de salir.

Cuando la puerta se cerró tras el obediente criado; Sutane se volvió a Champion.

—¿Podría venir usted mañana? Tengo que ir a dar una conferencia sobre este espectáculo *Swing Over* para el Oriente, pero el domingo es un día mucho más tranquilo que los demás. No sé qué va a pensar usted de todo esto. Me parece que aquí va a pasar algo. Ese burro dice que tengo manía persecutoria... ¿Dónde diablos estará mi sombrero?

Se rió, y al aparecer en su rostro la alegría que le caracterizaba el hombre que le observaba vio de pronto que esta, más que un sentimiento real, era solo un juego de rasgos y líneas de la faz de Sutane. Champion reflexionó que esto era típico en él; todo era maquillaje. Era el mismo hombre inteligente, sí, pero diferente.

—Empezó con el letrero de “No hay localidades” —dijo Sutane lentamente—. Alguien escribió en él: “Última semana”. Fue irritante, pero eso no quería decir nada. Luego, una noche, el público se alborotó. Hubo un claqueo y el resto del auditorio se sentía incómodo. Esto no tiene demasiada importancia, pero en la prensa aparecieron pequeños párrafos haciendo alusión a ello. Avisé en seguida a Petrie y localicé a uno o dos de los que habían llamado por teléfono aquella noche —hizo una pausa—. No hay mucho más que decir sobre esto, ya lo sé, pero todavía continúa. Hemos tenido que poner cristales a mis fotografías porque había alguien que siempre las rompía. No sabemos quién puede ser. Han pasado otras muchas cosas sin importancia, pero que pueden ser alarmantes si siguen adelante —sus oscuros ojos se ensombrecieron—. Ahora ya llegan hasta mi casa y eso es lo que me preocupa. A veces encuentro extraños en el jardín que se disculpan con excusas tontas y cosas por el estilo —se volvió al anciano con tristeza—. Esa mujer, Chloe Pye, fue allí anoche. Dijo que mi mujer la había llamado y que por eso había ido. Le contesté que estaba casi seguro de que no era verdad, pero se rió de mí. Yo no podía echarla, ¿no le parece?

Uncle William hizo una mueca de desprecio y míster Campion continuo con su habitual expresión de cortés interés. Sutane hizo una pausa y enrojeció de repente bajo su maquillaje.

—¡Que me muera si todo es solo coincidencia! —estalló—. Venga usted mañana, míster Campion, y verá cómo le impresiona. Esas pullas contra mí nos están atacando los nervios. La semana pasada corrió el rumor de que me habían desgarrado un brazo. Nueve personas diferentes me llamaron por teléfono para interesarse por mí.

Su voz era cortante y sus largos dedos tamborileaban sobre el cristal del tocador.

—Hasta ahora no tiene mucha importancia, pero ¿cuándo se va a acabar esto? —continuó—. Una reputación como la mía, que depende de la buena voluntad de los espectadores, puede perjudicarse seriamente con una campaña como esta, ¿no es verdad? ¿Sí?

La última palabra iba dirigida a Henry, que eslava vacilante en el umbral de la puerta.

—Es míster Blest —se atrevió a decir—. Creí...

—¡Blest! Entre usted —Sutane parecía aliviado—. ¿Conoce usted a míster Faraday? Míster Campion...

El ex inspector Blest sonrió y saludó con una inclinación de cabeza a la alta figura que estaba en el rincón.

—Buenas tardes —dijo—. No esperaba verle aquí, míster Campion. Parece que esto se pone serio, ¿no? Bien, míster Sutane, todo está tranquilo esta noche. No se ha oído una sola palabra inconveniente en todo el teatro. Desde que usted me pidió que estuviera alerta, he tenido los oídos bien abiertos, y puede usted creerme: solo he observado una profunda simpatía por usted en todas partes.

—¿De veras? —dijo, y con un movimiento tan rápido y furioso que el detective retrocedió involuntariamente, Sutane cogió una toalla de la mesa y se limpió la

mejilla—. ¿Qué me dice de esto?

Los cuatro hombres le miraron con curiosidad. Debajo del ojo izquierdo, y siguiendo la línea de la nariz hasta el labio superior, aparecía un profundo arañazo. Sutane lo señaló con el dedo.

—¿Sabe usted lo que es esto, Blest? Es el truco de teatro más viejo y ruin. Un alfiler en la barra de maquillaje. Dios sabe cuánto tiempo hace que lo han metido ahí. Estaba seguro de que algún día me jugarían esta mala pasada, y ha sido esta noche.

Blest estaba asombrado, contra su voluntad. Su rostro redondo y pesado estaba enrojecido y miró a Henry suspicazmente.

—¿Sabe usted algo acerca de esto? —le preguntó—. ¿Quién pudo haber tenido acceso a la caja de maquillaje de su señor?

—¡Oh!, no sea usted tonto —dijo Sutane, aburrido—. El espectáculo se ha representado trescientas veces. Mi camerino no siempre está cerrado con llave. Cientos de personas han entrado y salido de aquí en los ocho meses últimos. Es un alfiler largo, como usted puede ver, y lo clavaron por la parte superior de la barra, tapando la cabeza con el papel de estaño.

Empezó a darse crema en la cara para quitarse el resto del maquillaje.

—Luego está el ramo —continuó lentamente, algo divertido—. Aquí está. Un botones lo dejó en la puerta del escenario un momento antes de empezar el espectáculo.

—¿Flores? —el ex inspector le miró extrañado—. No puedo decir que vea nada raro en ello, señor.

Cogió el ramo cuidadosamente y lo examinó.

—No es demasiado grande. Estrellas de Belén, ¿no? Flores del campo. Usted tiene también muchos admiradores humildes, ya lo sabe.

Sutane no contestó y el ex policía, creyendo que no le observaban, se acercó las flores a la nariz y las olió. El cambio que se operó en su expresión fue realmente cómico, y tiró el ramo con una exclamación.

—¡Ajos! —gritó, mirando asombrado a su alrededor—. ¡Ajos! ¿Qué sabe usted de esto? Los trajo un botones, ¿no? Bueno, creo que podré averiguar algo. Dispénsenme.

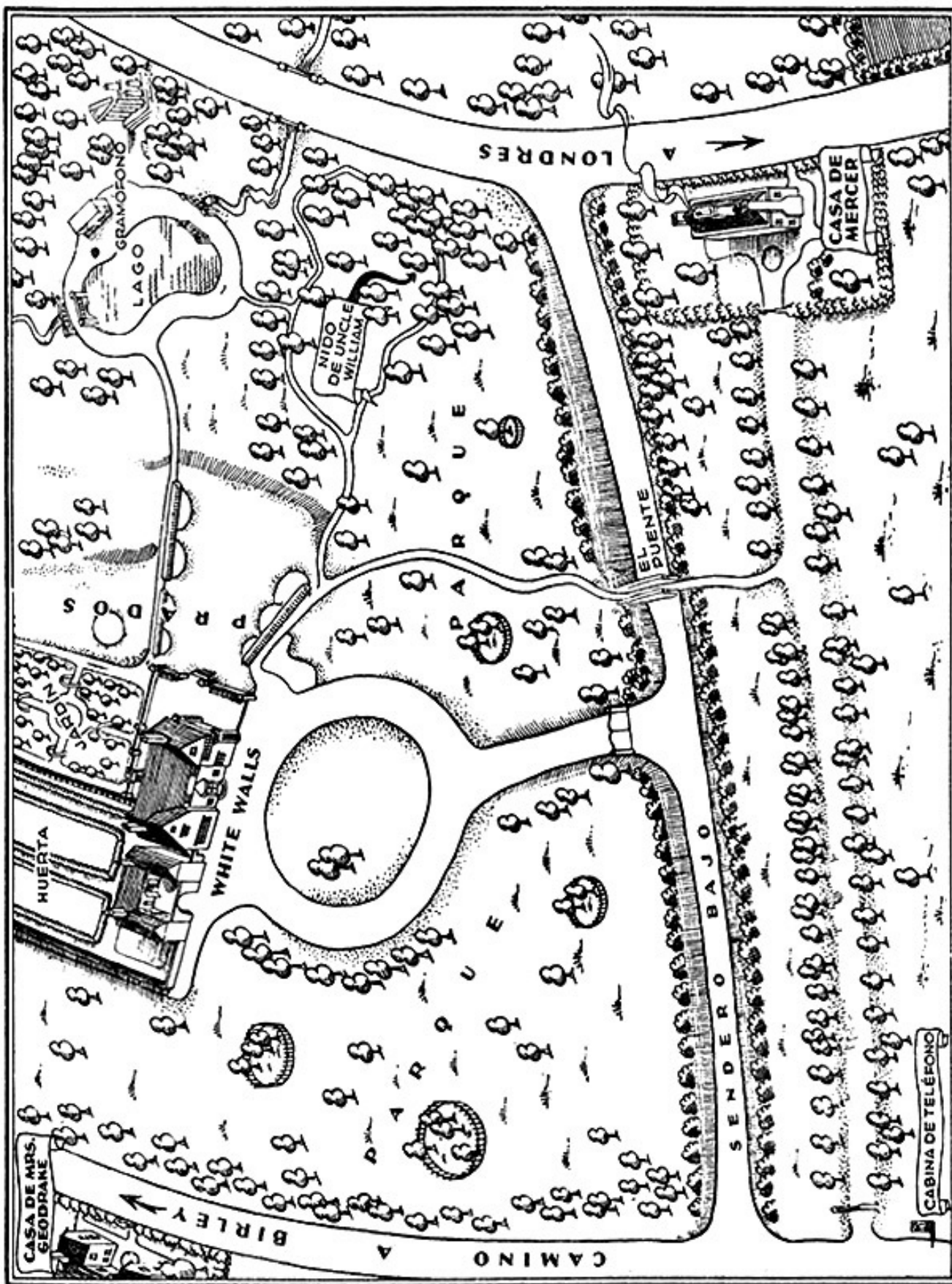
Recogió las flores y salió con ellas de la habitación. Sutane sorprendió la mirada de Campion en el espejo y se volvió a él.

—Todo son cosas sin importancia, pequeños trucos malintencionados. Son insignificantes, pero cuando se repiten durante un mes agotan la paciencia de cualquiera.

Se calló y sonrió. Cuando volvió a hablar había en su voz un encanto que dejó perplejo a Albert Campion.

—Peor para mí —dijo—. Durante mucho tiempo he sido una figura demasiado popular.

Su sonrisa se ensanchó y sus ojos tenían una mirada triste, infantil e inteligente.



Más tarde, cuando el curso de los acontecimientos había llegado a todo su apogeo y nadie sabía el secreto que se ocultaba entre sus turbulentas aguas, míster Campion trató de recordar cada momento de aquel día largo y catastrófico. Detalles que entonces le parecieron no tener importancia alguna pasaban por su mente con exasperante vaguedad y se esforzaba en vano en retenerlos.

Todavía recordaba todo lo que había sucedido, tan claramente como si lo estuviera viendo.

Aquel domingo trascendental, míster Campion había ido por la mañana a White Walls. Ese día Chloe Pye llegó al colmo de la desconsideración, sobrepasando todos sus anteriores hechos. Esto, en sí, era una hazaña notable desde que su total desatención hacia los que la festejaban se había convertido en la comidilla de las amistades que componían su círculo.

Uncle William Faraday estaba sentado al lado de míster Campion en el Lagonda y señaló el camino con orgullo de propietario. Corría el mes de julio y los senderos estaban ardientes y perfumados, y la alfalfa formaba una avenida nupcial en ellos. Uncle William aspiró el aire, complacido.

—A veinte millas de Londres. En coche se recorren en un momento. Pero dése cuenta de que está en pleno campo. Él vive en un piso, desde luego, pero viene aquí muchas tardes. No culpe a Sutane. Es un hombre sensible y tiene corazón —miró a su acompañante para asegurarse de que le escuchaba—. ¡Querido y viejo lugar! —continuó con animación—. Le gustará. Pertenece a un tío de su mujer. La muchacha quiso quedarse con él y Sutane pensó de pronto: “¿Por qué no?”. Ese compositor de música, Squire Mercer, que hizo la partitura para mi espectáculo, tenía una casita en el campo. La tuvo durante años. Fue allí donde Sutane encontró a Linda, su mujer. Estaba con su tío en Woite Walls y Jimmy fue allí a ver a Mercer. Se enamoraron y se casaron. Es extraño cómo pasan las cosas —guardó silencio un momento, con los ojos soñadores y moviendo los labios, como si repitiese mentalmente detalles de la vida privada de Sutane. Míster Campion permanecía pensativo—. Esta persecución ha agotado sus nervios, ¿verdad? ¿O siempre es tan excitable cómo la noche pasada?

—Siempre es un poco nervioso —el anciano se encasquetó la enorme gorra de lana que utilizaba para ir en coche—. Lo noté en cuanto le vi. No crea usted que estuvo mucho peor que de costumbre. Pero podrá comprenderlo cuando vea la clase de vida que lleva. No es una vida normal..., trabaja y piensa demasiado, no tiene tranquilidad, no para un momento, siempre está con prisas... —dudó, como si pensara que estaba haciendo una confidencia indiscreta—. Es un extraño *ménage*

para una casa decente —dijo, por último—. No sabe usted lo que hacen los antiguos criados. Fue mi primera experiencia bohemia. Y desde luego no se imagina lo que yo pensé.

Parecía estar un poco pesaroso y Campion le miró fijamente.

—¿Defraudado? —preguntó.

—No, muchacho; no, no exactamente —dijo Uncle William, como avergonzado de sí mismo—. Libertad, ya sabe usted, una gran libertad, pero solo en las cosas que no tienen mucha importancia, ¿entiende lo que quiero decir? Muy razonable, realmente. Le gustará conocerlos. Demos aquí la vuelta. Aquí empieza la finca. Es una casa moderna en un viejo paraje. Este es el parque.

Míster Campion volvió el coche hacia un camino de adoquines que salía de la carretera secundaria. Altos bancos, cubiertos por tilos y laureles, muy a propósito para las escenas de amor de la joven generación, aparecían en ambos lados del sendero. Su acompañante miraba con satisfacción estas enramadas.

—Me gusta todo esto —dijo—. Y aquí hay derecho de tránsito; es muy sensato, ¿se da usted cuenta? —señaló con su mano regordeta un alto puente rústico cubierto de rosales de enredadera que atravesaba el camino frente a ellos—. ¿Es bonito, verdad? Y también práctico. La casa, los céspedes y el lago quedan a la derecha, y al otro lado hay unos acres de parque. Tiene que costarle bastante mantener todo esto.

Pasaron bajo el puente y llegaron al paseo de coches, ancho y circular, que conducía a la casa. Campion, que tenía sus dudas sobre la “modernidad” de la casa, se tranquilizó.

Situada en un lugar alto, con sus amplias ventanas abiertas para recoger el máximo de sol, era uno de esos raros triunfos de los renombrados arquitectos de la época. No se parecía en nada a una villa, con sus blancos muros y su tejado escalonado. Poseía una fina generosidad de líneas y proporciones y tenía cierto parecido con un gran yate blanco con las velas desplegadas.

—De estilo francés —comenzó Uncle William, complaciente—. Lleve el coche al patio, le gustará ver las cuadras.

Pasaron bajo la arcada de las cuadras, a la izquierda de la casa, y entraron en un patio de ladrillos en el que estaban aparcados ya varios coches. Aparte del de Sutane, un Bentley negro, había dos pequeños coches de *sport* y un extraño vehículo de edad considerable, en el que estaba trabajando un joven con pantalones de dril y boina. Hizo un guiño a Uncle William.

—Otra vez estamos igual, señor —dijo—. Ahora se ha roto una junta.

Saludó con la cabeza a Campion con amabilidad, indicándole un sitio donde podía aparcar, y volvió a su trabajo.

—¿Ve lo que quiero decir? —dijo míster Faraday en uno de sus desastrosos apartes—. No hay ninguna formalidad. Ese es Petrie y está trabajando en su coche. Ese tipo al que llaman *Sock*. Yo no acabo de entenderle. Me gustaría saber su opinión. Cuando salieron de la arcada, míster Campion notó cierta excitación en su

acompañante, y al mirar a su alrededor vio la causa avanzando por el paseo de coches hacia ellos. Era Chloe Pye.

Llevaba un traje de baño blanco, tacones altos y un sombrero para el sol completamente infantil, y quería arreglárselas para demostrar que solo tenía cuarenta años. Ella también, fuera del escenario, presentaba esa exageración tan notable en Sutane. Su cuerpo era musculoso y se veía que su rostro parecía bastante más viejo que este, más por su gesto que por cualquier defecto que pudiera tener en él. En una mano llevaba un chal brillante y un libro y con la otra arrastraba una hamaca de toldo.

Al ver a los visitantes se echó el chal por los hombros y se quedó vacilante, impotente.

—¡Qué providencial! —le gritó a Uncle William en cuanto creyó que podía oírla—. Venga a ayudarme, por favor.

Míster Faraday se apresuró a llegar hasta ella, cohibido, y se quitó la gorra cortésmente para saludarla antes de coger la hamaca.

—¿Y quién es ese?

Chloe Pye dio unos golpecitos a Uncle William en el brazo, le alargó la hamaca y le indicó que esperaba que su acompañante los ayudara a transportarla.

Campion se acercó y observó sus ojos verde pálido, un poco saltones, que le miraban a la cara y vieron su decepción.

—Están todos en la casa —dijo ella—. No han hecho otra cosa que hablar de teatro durante todo el tiempo. ¿Puedo poner la hamaca bajo los árboles, míster Faraday? ¿O cree usted que sería mejor colocarla al lado de los arriates de flores? Al lado de este de florecillas rojas, por ejemplo.

Tardó bastante tiempo en acomodarse y a Campion y míster Faraday les costó mucho trabajo librarse de su obstinación por retenerlos a su lado, pero consiguieron escapar y se dirigieron de nuevo a la puerta principal.

—¡No crean una sola palabra de lo que les digan! —les gritó Chloe Pye cuando llegaron al sendero—. Están todos medio locos, queridos. Solo ven ofensas en todas partes... Pídanme, por favor, un vaso de agua con hielo.

La puerta estaba abierta y se oían los acordes de un piano. Apenas míster Campion puso el pie en el primer escalón cuando oyó un gruñido a su lado y un gigantesco dogo danés que dormitaba sobre el felpudo del umbral saltó con el pelo erizado y los ojos enrojecidos.

—¡Demonio! —protestó míster Faraday—. ¡Quieto, caballere, quieto! ¡Llaman al perro!

El amenazador gruñido resonó en la casa y una mujer vestida de blanco apareció en la puerta.

—¡Échate, salvaje! —dijo, abajando las escaleras rápidamente y golpeando al animal con su mano encarnada—. ¡Oh!, ¿es míster Faraday? Ya debería de conocerle este dichoso perro. Vete, *Hoover*, vete a vigilar la casa.

Su voz era tremendamente autoritaria y Campion no se sorprendió de ver al

animal obedecerla cobardemente y arrastrarse dentro de la casa con el rabo entre las patas.

La recién llegada siguió bajando los escalones hasta llegar a ellos, y de pronto apareció mucho más pequeña y rechoncha de lo que a *Campion* le había parecido. Tendría unos cuarenta y cinco años poco más o menos, era pelirroja, tenía el rostro sonrosado y las pestañas claras. *Campion* pensó que nunca había visto a nadie tan dueño de sí mismo.

—Él está trabajando en el *hall* —dijo ella, bajando la voz y dando a la palabra “él” una importancia especial—. ¿Les importaría acercarse a las ventanas del cuarto de estar? Está allí desde las ocho de la mañana y todavía no se ha dado el masaje. Estoy esperando que salga.

—No nos importa en absoluto, nos acercaremos en seguida, miss *Finbrough* —dijo *Uncle William* deferentemente—. Este es *míster Campion*.

—¿*Míster Campion*? Me alegro de que haya venido —respondió, y sus ojos azules denotaban interés—. Él depende de usted. Es una verdadera vergüenza. Pobre hombre, ya tiene bastantes preocupaciones con este espectáculo nuevo que está componiendo, sin necesidad de todas estas molestias. Pasen por allí; los verá en seguida.

Los despidió con una decisión que hubiera atemorizado a un periodista. Seguramente lo habría hecho en más de una ocasión.

—Una mujer extraordinaria —dijo *Uncle William* en tono confidencial cuando volvieron la esquina de la casa—. Aprecia mucho a *Sutane* y se preocupa por él como una nodriza. No crea que es otra cosa. El otro día fue a verle y le había hecho tumbarse en un colchón, tieso como un pollo asado, mientras ella le aporreaba para darle masaje. *Henry*, el criado que vimos anoche en el teatro, la tiene verdadero pánico. Creo que todo el mundo se lo tiene. Estoy admirado de que nos haya recibido tan bien.

Se paró aliado de dos altas ventanas francesas que daban a la terraza en que ellos estaban. Aquí también se escuchaba la música, pero más suave y apagada que la otra, que todavía llegaba a sus oídos desde el *hall*. Cesó de repente cuando el hombre que estaba sentado al piano vio a los visitantes, y una voz tenue que casi no se oía les dio la bienvenida.

Campion siguió a *míster Faraday* a una habitación espaciosa y clara, cuyo original estilo de decoración había seguido la moderna tendencia de paneles gris perla y sillones negros y cómodos, pero que ahora tenía el aspecto de un cuarto de juego de un niño alarmantemente extraño.

Mesas adicionales alineadas en la habitación soportaban sobre ellas montones de manuscritos, fajos de papeles desordenados, diseños y verdaderas montañas de brillantes fotografías.

En el centro del pulido suelo había un piano de media cola y detrás de él, saludándoles con la cabeza, estaba sentado el hombre que les había hablado. Era una

persona de aspecto extraño; otra “personalidad” más, pensó Champion con desagrado. Estaba extraordinariamente desaseado y tétrico, tenía el mentón azulado y los hombros esqueléticos. Su nariz corva y saliente empezaba mucho más arriba de lo normal, de modo que sus ojos quedaban separados por una auténtica arista, y su expresión suave y perezosa desentonaba en un rostro que debería de tener mucha más viveza.

Empezó de nuevo a tocar al piano una cadencia lúgubre sin principio ni fin, monótona y carente casi de variaciones.

Las otras dos personas que había en la habitación se levantaron cuando entraron los visitantes. Una persona alta y descarnada, a la que podía tacharse de desastrada, se alzó de la silla en que estaba arrellenado en medio de un montón de periódicos y avanzó hacia ellos con un jarro en la mano. Se sacudió un poco el arrugado traje, que pareció recobrar un viso de formalidad. Era muy alto, y sus prominentes y huesudas mejillas resaltaban rojas en su rostro joven y anguloso.

—¡Hola, Uncle! —dijo—. Este es míster Champion, ¿verdad? Siento que James esté tan ocupado, pero no tiene más remedio. Siéntese, por favor. Le traeré un poco de cerveza. ¡Oh!, ¿no le apetece? Bueno, más tarde la traeré, entonces. ¿Conoce usted a todos?

Tenía una voz agradable e insinuante y unos modales muy confortadores para un extraño. Su pelo negro estaba peinado tirante hacia atrás y parecía sujeto con fijador, y sus ojos pequeños y hundidos eran agudos y cordiales.

Uncle William se dejó caer en una silla y miró a Champion.

—Este es Sock Petrie —dijo en el mismo tono en que hubiera podido decir: “Primera exhibición”—. ¡Oh!, y esta es Eve. Perdona no te había visto, querida.

Hizo un esfuerzo, que le dejó agotado, para levantarse de la silla baja en que se había sentado.

Una muchacha se acercó con la mano extendida. Era, sin duda, hermana de Sutane. Champion no había visto un parecido semejante. Le pareció que debía de tener diecisiete o dieciocho años. Tenía las mismas cejas arqueadas de su hermano, sus mismos ojos tristes, así como también mucho de su natural encanto, pero su boca tenía expresión de resentimiento y una extraña sensación de desasosiego se escapaba de toda ella. Se retiró a un rincón inmediatamente después de ser presentada y se sentó silenciosa.

Sock volvió la cabeza.

—Voy a presentarle a Squire Mercer —dijo—. Mercer, por Dios, deja de tocar un momento y saluda.

El hombre que estaba sentado al piano sonrió y saludó a Champion con una inclinación de cabeza, pero sus dedos no dejaron de pulsar las teclas. Su sonrisa era tranquila y franca, y sus ojos, que no eran oscuros, como suponía Champion, sino gris claro, denotaron un momentáneo interés.

—Es un pobre genio chiflado —dijo Petrie, volviendo a hundirse entre los

periódicos.

Se tiró la cerveza al pasar la pierna por encima del brazo de la butaca y exhibió su sucio calcetín. Los recién llegados tuvieron la impresión de que la falta de hospitalidad de Mercer le había azorado.

Campion cogió una silla y se sentó. Petrie le hizo una seña.

—Agotadora actividad mezclada con períodos de mala suerte, eso es lo que es esta vida —observó—. ¿Qué opina usted de este asunto? ¿Tuvo tiempo de analizarlo?

Una voz aburrada que salió del rincón le interrumpió:

—¿Vamos a estar hablando siempre de lo mismo, Sock? —protestó Eve Sutane—. Son pequeñas necedades y absurdos que no significan nada. Pequeñeces sin importancia.

Petrie arrugó el entrecejo.

—¿Eso es lo que te parecen? —dijo—. Están desmoralizando a James, te lo aseguro, y eso le perjudica también en su reputación. No en vano he dirigido durante cinco años su publicidad; por eso me doy cuenta de ello. Es algo serio. Usted lo sabe, Campion, y está sucediendo dentro de nuestro círculo; eso es lo desagradable... Mercer, ¿tiene usted que estar repitiendo siempre esa tonta melodía?

El compositor sonrió.

—Es una marcha fúnebre para un bailarín muerto —dijo—. Se toca con sordina en el tiempo de baile. A mí me gusta.

—Puede que sí, pero me está poniendo nervioso.

—Entonces continuaré —dijo Mercer, furioso, dejando cortados a todos.

Petrie enrojeció y se encogió de hombros.

—Pues continúe.

—No tengo más remedio.

Mercer continuó aporreando el piano. Estaba muy tranquilo y se sentía feliz otra vez, perdido, al parecer, en su mundo privado y particular.

Petrie se volvió a Campion.

—Hay un artículo en el *Cornet* —dijo— y otro en el *Sunday Morning*. Véalos.

Cogió una cartera y sacó de ella dos arrugados recortes de periódico. Campion los leyó. “Ajos para el artista” decían los titulares del *Cornet*.

“Hay muchas enemistades en el mundo teatral. Una vez que una estrella (de cierta magnitud) se hace realmente impopular, no falta nunca gente deseosa y capaz de hacérselo saber. Entre los tributos llevados a las candilejas de cierto teatro de West End la pasada noche, se encontraba un ramillete de flores blancas. La estrella las cogió y se las acercó a la nariz. Solo una larga práctica en el arte de dominar sus impulsos naturales le salvó de tirar las flores violentamente aquí y allá, pues las florecillas blancas eran ajos silvestres. Alguien que tenía antipatía a la

estrella encontró esta graciosa manera de decírselo”.

El *Sunday Mornins* trataba el asunto a su manera:

“BAILANDO CON LÁGRIMAS EN LOS OJOS

”¿Quién fue el bromista que envió a Jimmy Sutane un ramo de flores de ajo la noche de la trescientas representación de *The Buffer*? Indudablemente, este obsequio no estaba destinado a estimular su trabajo. Los pies voladores de Jimmy no necesitan estímulos de esta clase. Puede que él haya hecho llorar a alguien y quisieron devolverle el cumplido”.

—Cuando me enteré de esto, los muchachos de la Prensa ya habían entregado todos los periódicos —dijo Sock recogiendo los recortes—. Pero ya ve usted lo que significa. Alguien se encargó de entregar muy temprano esta información. Al final del espectáculo fue cuando James le habló a ese imbécil de Blest de las flores, demasiado tarde para redactar estas porquerías. Eso hace sospechosos a Henry, a quien yo entregué mi camisa para que me la cosiera; a Richards, el portero, y, desde luego, al tipo que las envió —hizo una pausa—. Debieron dar la información por teléfono. Cualquier otro periódico hubiera llamado para hacer una comprobación, pero estos dos publican todo lo que les dicen. El *Cornet* no da el nombre y el *Sunday Morning* adorna la patraña con un cumplido, aunque no les importe difamar a la gente. Si no consiguen cinco acciones por semanas creen que se van a hundir —hizo una mueca y volvió a llenar su copa con la botella que tenía al lado de la silla—. Puede que todo sean necedades, pero, desgraciadamente, son perjudiciales —continuó—. Si proceden del exterior puede que vengan de uno de los pobres lunáticos que se dedican a molestar a la gente de teatro hasta que algún policía amable se encarga de encerrarlos; pero si, como en este caso, procede de dentro, son hechas a mala idea y no son tan tontas.

Míster Campion se inclinaba a estar de acuerdo con él y revivió su interés por el asunto. Sock Petrie parecía tener sentido común.

—¿Cree usted que Sutane se haya creado enemigos? —preguntó Campion.

Mercer dejó de tocar.

—¿Jimmy? ¡Oh, no! Todo el mundo le tiene simpatía. ¿Por qué no iban a tenérsela? Yo, por ejemplo, se la tengo, y si no fuera un buen chico no se la tendría.

Dijo esto con tal sencillez, que nadie dudó de su sinceridad. Campion le miró con curiosidad, cómo si quisiera descubrir alguna nota de ironía en la observación. Encontró la mirada de los ojos gris claro de Mercer y se quedó atónito. De pronto se

daba cuenta de que Mercer era algo que raramente se encuentra en un mundo moderno, un soñador. Su rostro era perfectamente inocente; sentía exactamente lo que decía.

Sock sonrió y miró a Champion.

—Hay mucho de eso, Mercer —dijo, y en su voz había más afecto que respeto.

Mercer volvió a tocar el piano. Parecía tranquilo y feliz.

Una sombra apareció en la puerta y Uncle William se levantó de un brinco.

—¡Agua con hielo! —gritó, sobresaltando a Petrie.

Chloe Pye entró en la habitación visiblemente contrariada. Ignoró a Champion y Uncle William, que se quedaron en sus sillas visiblemente molestos por encontrársela, y se dirigió quejosa a Eve.

—¿Sería mucho pedir que me dieran un vaso de agua con hielo? He estado sudando es el jardín horas enteras.

—Desde luego que no. Voy a decir que lo traigan Chloe —dijo la muchacha, tocando un timbre—. Por cierto, este es míster Champion; a Uncle William ya le conoce usted, ¿verdad?

Miss Pye miró a los extraños con abierta hostilidad. Tenía los labios apretados y Champion se extrañó al ver que había lágrimas en los ojos.

—Nos encontramos en el paseo de coches —dijo ella, y volviéndoles la espalda se acercó al piano para hablar con Mercer.

Era un desprecio ridículo, y Champion, cuya experiencia no incluía muchas mujeres cuarentonas que vistieran y se comportaran como niñas enfurruñadas de seis años, se quedó un poco parado y se sintió envejecido y humillado.

Un criado correctísimo acudió a la llamada y fue enviado a buscar el agua. Cuando volvió con ella, miss Pye cogió el vaso humildemente.

—Siento causar tantas molestias —dijo, abriendo mucho los ojos por encima del borde del vaso—, pero la pobre Chloe estaba sedienta. Adelante, Squire querido. También deseaba sentarme en la banqueta del piano. ¿Qué vas a tocar para mí?

Champion, que esperaba una explosión de acordes, se sintió aliviado al ver que Mercer la hacía sitio. No le apetecía, pero no parecía estar dispuesto a pelearse con ella. La mujer dejó el vaso y pasó un brazo alrededor de los hombros del pianista.

—Toca alguna canción antigua —dijo ella—. La que te hizo famoso, querido. Toca *Third in a Crowd*. Me hace llorar siempre que la oigo. Toca *Third in a Crowd*, por favor.

Mercer la miró con sus ojos francos.

—Pero no quiero hacerte llorar —dijo.

Y volvió a tocar su pequeña melodía incompleta, que empezaba a atacar también los nervios de acero de míster Champion.

—¿No quieres? ¡Qué bueno eres! Entonces, toca *Waiting*. *Waiting* me recuerda los hermosos días de Cassis. O *Nothing Matters Now*. *Nothing Matters* Yow era genio puro, genio puro e inalterado.

Mercer, que parecía aceptar el tributo sin sorpresa ni azoro, tocó el estribillo de la canción, que pocos años antes había causado furor. La interpretó suavemente, pero sin amargura, y cuando terminó, movió la cabeza pensativamente.

—Uno de mis mejores números de Wurlitzer. Pura voz humana —observó.

—No te burles de ella —protestó Chloe—. Es sensual, o como se llame eso.

—Sí, tanto si le pone a uno enfermo como si no —observó Petrie—. ¡Qué razón tiene usted, miss Pye!

—¡Oh, Sock, querido! ¿Es usted? Vi un montón de ropa sucia en la silla. No me importa. Toca algo más, Squire.

Eve se levantó.

—El almuerzo se servirá dentro de media hora, si no se retrasa —dijo—. Voy a lavarme.

Chloe la miró al salir.

—Como Jimmy, pero desgarrada, muy desgarrada —dijo—. Y tiene una carita extraña. Squire, voy a tocarle una de tus canciones que probablemente habrás olvidado. Quitá las manos de en medio.

Se acercó más a él y empezó a tocar una melodía poco conocida. Había sido popular en los días de la posguerra, recordó mister Campion, poco más o menos en la época de *Whispering* y *K-k-k-Katie*. Se acordó del nombre repentinamente: *Water Lily Girl*.

—Melodías viejas y sentimentales —dijo Mercer que parecía estar un poco irritado.

—No, escucha —insistió Chloe.

Por encima de la ancha tapa del piano podían verla mirar a Mercer mientras tocaba la canción de un modo execrable, espaciando los acordes y ligando de un modo desesperante la melodía sentimental.

Fue derecha al estribillo, cantando la letra tan bien como tocaba la canción. Mercer parecía haberse resignado, pero cuando ella terminó de tocar la levantó cortésmente del asiento y volvió a interpretar su composición a medio terminar.

Miss Pye se dirigió a Sock y se sentó en el brazo de su silla. Todavía estaba enfadada con Campion y Uncle William, al parecer porque seguía ignorándoles olímpicamente. Sock la sentó en sus rodillas.

—¡Qué niña más desvergonzada! —dijo, haciendo todo lo posible para demostrar que era un hombre de experiencia y que ella era un pequeño estorbo, y que aunque sabía perfectamente que ella le llevaba por lo menos diez años, era una linda mujercita y él la perdonaba—. ¡Tan pronto! —continuó—. Nos conoció usted ayer por primera vez y ya está usted sentándose encima de nosotros, en traje de baño.

Miss Pye se desasíó de sus brazos y volvió a sentarse en el respaldo de la silla.

—Eres un bruto —dijo—. Jimmy y yo somos viejos amigos, y a ti te conocí en el teatro.

—Eso no es una excusa.

No lo decía en broma del todo y la escena era un poco embarazosa.

—Ahí está míster Mercer, el compositor; acaba usted de hablar con él. Es soltero y misógino. La vio a usted por primera vez ayer noche. Si va usted tan de prisa le va a subir la tensión arterial.

Chloe se echó a reír. Estaba tan excitada como una chiquilla.

—¿Squire, es verdad?

—¿Qué? Perdón, no estaba escuchando.

—¿Le voy a subir la tensión arterial?

Mercer enrojeció. Su moreno rostro tenía un aspecto extraño al estar tan sofocado.

—No creo —dijo descuidadamente, y empezó a tocar ruidosamente, añadiendo notas nuevas a la melodía.

Este descubrimiento pareció absorberle y alivió a los que estaban en la habitación.

Miss Pye se puso seria, y su cambio de humor tranquilizó a Uncle William, que la había estado mirando con creciente consternación. Ella dejó a Sock y se dirigió a la ventana contoneándose.

—Verdaderamente. Jimmy tiene una finca bastante bonita, ¿verdad? —observó—. No creo que el ambiente que rodea a las personas tenga una influencia definitiva en su ánimo. Está perdiendo su antigua *joie de vivre*. Aquí viene mistress Sutane. Pobre mujer, todavía no se ha acostumbrado a todos ustedes, ¿no? ¿Cuánto tiempo hace que se han casado? ¿Siete años? Me gusta. Es tan modesta...

Se oyeron pasos en el camino y míster Campion se levantó para recibir a su anfitriona, la única mujer de la que Chloe Pye había hablado bien públicamente. Nunca olvidó este momento. Mucho tiempo después recordó la forma del brazo de la silla en que apoyó la mano para levantarse, la silueta de las gruesas nubes que se recortaban en el óvalo de la ventana, y una visión puramente imaginaria, probablemente incorrecta, de sí mismo, larga y desmañana, avanzando con una estúpida sonrisa en los labios.

Al llegar a este punto, sus recuerdos de este día y de las caóticas semanas que le siguieron eran borrosos, porque nunca se permitió pensar en ellas, pero recordaba el instante en que mistress Sutane entró en el *living* de White Walls, porque fue entonces cuando abandonó su posición de simple observador y se sintió llevado por el remolino que le exaltó y le hirió tan hondamente.

Linda Sutane entró lentamente, cómo si estuviera un poco asustada. Era una muchacha bajita y rubia de tez morena, no muy hermosa, y no tenía una personalidad arrolladora, pero era joven y dulce y, sobre todo, sincera.

Con su llegada, el mundo volvió a su cauce normal, al menos para míster Campion, que estaba algo aturdido por el contacto con tantos individualistas violentos.

Ella le dio la bienvenida con voz amable, y se disculpó por haberse retrasado el almuerzo.

—Están todavía tan ocupados —dijo—. No debemos molestarles. Además, nadie puede entrar en el comedor; hay un piano atravesado en la puerta.

Sock Petrie suspiró.

—Siento que todos nosotros desorganicemos su casa, mistress Sutane —dijo.

Habló con verdadero sentimiento, y esta fue la primera noticia que Campion tuvo de la curiosa relación que había entre Linda Sutane y la brillante compañía que rodeaba a su marido. Era un acuerdo perfectamente amistoso, basado en un sólido respeto mutuo, pero los separaba algo tan esencial como la diferencia de clases.

—¡Oh!, pero me gusta —dijo ella, y debiera haber añadido que ya estaba muy acostumbrada a ello.

Sé sentó al lado de Campion y se inclinó hacia adelante para hablar con él.

—¿Ha venido usted para tratar de ese asunto? —preguntó—. Es muy amable. Espero que no crea que todos somos neuróticos, pero las cosas pequeñas son desagradables. Si fueran grandes catástrofes, podríamos prevenirnos contra ellas. ¿Le enseñó Sock los artículos de los periódicos? No le diga nada a Jimmy. Se pone furioso y no podemos hacer nada hasta que los empleados del periódico vuelvan a sus oficinas.

Chloe se metió en la conversación.

—No me digan que van a empezar otra vez con lo mismo —dijo quejumbrosa—. Desde que he llegado a esta maldita casa no he oído hablar de otra cosa más que de “persecuciones”, “burlas”, “alguien se está riendo de Jimmy”. No vuelva a empezar, querida. Los actores son así. Siempre piensan que alguien los persigue.

Míster Campion le miró a la cara, pintarrajeada, que parecía una máscara sobre aquel cuerpo fuerte y relativamente joven, y tuvo que contener un violento deseo de abofetearla. Le sorprendió considerablemente sentir este impulso. Linda Sutane sonrió.

—Puede que tenga usted razón —dijo—. Míster Campion, venga, le enseñaré mis flores.

Le guió hasta la terraza y luego hasta un auténtico jardín inglés, rodeado de un seto de tejos y cuajado de violetas y olorosas peonías.

—No debería de haber olvidado que ella estaba aquí —empezó a decir Linda, mientras paseaban juntos por el césped—. Naturalmente, ella no lo encuentra interesante, pero alguien tiene que contárselo a usted todo o solo le haremos perder el tiempo. Es muy difícil que en esta casa se haga nada con normalidad, pero precisamente ahora, mientras todos están trabajando en ese espectáculo *Swing Over*, es peor que de costumbre. Ya ve usted, *The Buffer* ha sido un éxito tan grande, que Jimmy y Slippers no quieren dejarlo. Sin embargo, tienen firmado un contrato para representar *Swing Over*, y finalmente llegaron a un acuerdo con los hermanos Meyers por el que Jimmy lo presentará y tomará parte en las ganancias, y a cambio, le relevan del contrato. Desgraciadamente, las negociaciones les han llevado tanto tiempo, que están atrasados en la producción. Ahora han traído aquí a los directores y

están ensayando. Por eso Jimmy no pudo verle a usted en seguida. Tuvieron que trabajar en el *hall* por las escaleras; las nuestras son particularmente apropiadas por una u otra razón. Jimmy las copió el año pasado para *Cotton Fields*. Creo que debe usted de saber todo esto —añadió sin respiración—, porque de otro modo sería todo muy confuso y pensaría que todos estamos locos.

Él asintió gravemente y se preguntó qué edad tendría Linda y cómo habría sido su vida antes de casarse.

—Sí, lo aclara bastante. ¿Qué piensa usted de este asunto, de las molestias, quiero decir? Hasta ahora no la han molestado a usted personalmente, ¿verdad?

Ella pareció algo sorprendida.

—Bueno, yo he estado aquí —dijo brevemente—. Puede que hayamos imaginado más de lo que es en realidad. Es posible que hayamos relacionado unas cosas con otras cuando quizá no tengan nada que ver entre sí. Pero han pasado muchas cosas muy molestas. Por la noche hay gente en el jardín, también.

Campion la miró fijamente. Había hablado con naturalidad, y en sus modales no había el menor síntoma de histeria. Linda vio su mirada y se echó a reír.

—Es ridículo, ¿verdad? —dijo—. Ya lo sé. Me he preguntado si será que vivo demasiado sola o si la hipersensibilidad del escenario se me ha contagiado. Pero yo le aseguro que hay gente en este jardín cuando se hace de noche. Las plantas están pisoteadas por la mañana y hay huellas de pies debajo de las ventanas más bajas. Los criados están inquietos y yo misma he oído murmullos y risas apagadas entre los arbustos. Ya ve usted: cuando vivía mi tío (yo acostumbraba venir a veces a estar con él) el policía del pueblo hubiera sido avisado y vigilado el lugar, pero ahora no podemos hacer eso. Cuando el nombre de un hombre forma parte de sus posesiones, no puede permitirse hacer la cosa más sencilla sin correr el riesgo de ser cogido, envuelto en una historia divertida; por eso tenemos que quedarnos sentados y esperar que nada sea verdad. Esto no resulta divertido para Jimmy en su actual estado de nervios. Empieza a sentir que una especie de maldición pesa sobre él.

Hablaba tristemente, y Campion dejó de mirarla.

—Todo es muy extraño, ¿verdad? —dijo este—. Mercer me dijo que Sutane no tenía ningún enemigo.

Linda consideró lo que dijo Campion.

—Creo que eso es verdad, pero Mercer no va a saber si los tiene o no. Mercer es un genio.

—¿Es que los genios no son observadores?

—Sí, pero son egoístas. Mercer no ha tenido que pensar nunca en nada más que en su trabajo y ahora no creo que sea capaz de hacerlo. Todavía no conoce usted a todos. Cuando los conozca se dará cuenta de que será capaz de conocerlos mucho mejor que ellos a usted.

—¿Por qué lo cree usted?

—Todos son actores, ¿no? Todos son exhibicionistas. Están tan ocupados en sí

mismos, que no tienen tiempo de pensar en nadie más. No es que no les guste la gente; sencillamente, es que nunca tienen un momento para fijarse en ella.

Se calló y le miró con aire de duda.

—No sé si será usted realmente el hombre que pueda ayudarnos —dijo ella inesperadamente.

—¿Por qué? —dijo míster Campion conteniendo su irritación para que ella no lo notara.

—Es usted más inteligente que experimentado.

—¿Qué quiere decir usted exactamente con eso? —exclamó Campion, sorprendido de encontrarse tan molesto.

Linda parecía estar violenta.

—No quise ser descortés —dijo—. Pero hay aproximadamente dos clases de personas entendidas, ¿no? Las que observan desde fuera las equivocaciones y los traspies de los demás y los analizan y los que las cometen y salen de ellas. Ambos llegan a la misma conclusión, pero no tienen el mismo punto de vista. Usted ha analizado todas las cosas, pero no las ha hecho, y por eso es por lo que encuentra antipática a toda esta gente.

Míster Campion miraba a la personita que estaba a su lado con asombro. Ella le devolvió la mirada tímidamente.

—Es todo muy desconcertante —dijo—. Le hace a una ser descortés e innecesariamente desconfiada. Sin embargo, estoy asustada, ya lo ve usted. Ayúdenos si puede, por favor, y perdóneme.

Habló con voz tranquila, dándose por vencida. Míster Campion estuvo a punto de besarla.

Le faltó tan poco para hacerlo, que le hizo falta todo su sentido común y su natural timidez para hacerle retroceder a tiempo con un violento esfuerzo de voluntad. Se quedó a su lado, sinceramente avergonzado. La miró desapasionadamente un momento: una muchachita de cabellos rubios y piel morena con una boca ancha y chispitas doradas en los ojos. De repente pensó que lo más inteligente sería regresar a Londres y olvidar a los Sutane, y así lo hubiera hecho a no ser por el asesinato.

Chloe Pye se puso una falda de seda roja y un echarpe sobre el traje de baño, en honor a la comida que fue servida a las cuatro menos cuarto, con toda ceremonia, en la parte de la casa destinada a los criados.

Los dos actores que habían ido a la finca se habían marchado, dando toda clase de excusas, aproximadamente dos horas más tarde de lo que tenían que haberse ido para llegar a tiempo a otras citas, y Ned Dieudonné, el acompañante inapreciable de Sutane, les había dado una copa y un *sandwich* y se había apresurado a devolver la partitura prestada a Prettyman, en Hampstead, que estaba haciendo la orquestación.

El resto de los invitados comieron con verdadero apetito. Aparte de los que ya había visto, Champion descubrió dos recién llegados en la mesa: el joven de bucles rubios, que había visto últimamente regañando con el portero por causa de una bicicleta niquelada, y la incomparable Slippers Bellew.

Slippers era una linda muchacha. Tan pronto como la vio se dio cuenta del pesar de Uncle William. Con su traje blanco, su pelo de un color dorado cálido, anudado sobre la nuca, estaba tan encantadora como cualquier linda niña de doce años. Ella, Sutane y el joven de bucles rubios, que era Benny Konrad, él sustituto de Sutane y el muchacho del número de *The Buffer, Little White Petticoats*, tenían una comida bastante diferente de la de los demás y bebían mucha leche.

Sock Petrie llevaba casi toda la conversación, teniendo ocupada hábilmente a Chloe Pye, desviando su atención de Mercer, a quien ella intentaba gastar bromas.

Champion estaba sentado al lado de Sutane, que hablaba con él animadamente, reflejando en su delgado rostro vivaracho todos sus cambios de humor y dando a cada frase un énfasis que estaba casi en desacuerdo con la importancia que tenían.

—Tenemos media hora para nosotros —dijo—. Dick vendrá a las cuatro y media con un tipo a quien me interesa ver. Quiere meter algún dinero en *Swing Over*; por eso no podemos desanimarle. Dios nos libre. ¿Le ha hablado Linda de las molestias que nos están causando?

Movía las manos al hablar y Champion volvió a acordarse de la sonrisa de dinamó. La fuerza nerviosa que irradiaba Sutane era arrolladora.

—Me ha hablado de la gente que entra por la noche en el jardín, pero deben de ser pueblerinos, curiosos, ¿no cree? Ustedes son una familia bastante emocionante para un pueblecillo pequeño.

—Puede que sea así —dijo Sutane mirando por la ventana, mientras sus ojos parecían solo pupila y estaban sombríos—. Estamos demasiado cerca de Londres —dijo de pronto—. Es conveniente, pero este sitio tiene algo raro. Nadie parece darse

cuenta de que tenemos que trabajar.

Hizo una pausa.

—Aborrezco esto —dijo con vehemencia—. Tiene usted que observar que no lo han hecho inconscientemente.

Míster Campion estaba silencioso. Pensó que había comprendido esta parte del enigma. Conocía algo la vida del campo y las obligaciones sociales que ciertas casas parecían soportar, aunque tuvieran una personalidad propia, independiente de sus moradores. Imaginaba una comunidad pueblerina aburrída, en la que cada uno de sus miembros tenía, por lo menos, una amistad superficial con todos los demás, llevada a mi estado de gran excitación al saber que un héroe nacional había venido a unirse a ella y se sentía decepcionada y molesta al ver que la celebridad permanecía inaccesible y solo había conseguido privarles de una de las pocas casas a las que los menesterosos podían acercarse a pedir ayuda.

Miró hacia donde estaba sentada Linda, entre Uncle William y Mercer. Ella alzó la vista y sonrió al sorprender su mirada. Campion volvió a su huésped.

—Creo que debo marcharme —empezó a decir.

Pero Sutane le interrumpió:

—Quiero que se quede aquí unos días. Me sentiré más tranquilo si lo hace. Lo que quisiera saber es si en esto hay verdadera maldad o si solo son mis nervios. Pero ¿qué es eso?

Pronunció las últimas palabras en tono tan alto, que todo el mundo se calló.

Campion, que estaba sentado de espaldas a la ventana, volvió la cabeza y vio lo que sucedía. Por el paseo de coches avanzaba lentamente, con una dignidad apropiada a su edad, un coche grande marca Daimler, del año 1912. Lo conducía un chófer viejo con uniforme verde, y dentro iba un lacayo de aspecto dudoso, igualmente vestido. Tras él iba un Buick, también conducido por un chófer, al que seguía un taxi. A lo lejos se distinguía otro coche.

Sutane miró a su mujer interrogante, pero ella movió la cabeza. Campion pensó que estaba asombrada.

Mientras tanto el Daimler se había parado, y de él bajaron una anciana y elegante dama y una esbelta muchacha.

Sonó el timbre de la puerta principal y el perro danés, que dormitaba bajo la mesa, salió corriendo y empezó a ladrar. Slippers logró tranquilizarle, y un silencio absoluto reinó en la habitación, mientras que del *hall* llegaban murmullo de voces y ruido de pasos.

Entonces, en el momento en que otros coches aparecían en el paseo, otro rumor, un ruido extraño, como si alguien arrastrara algún objeto pesado, se añadió a los otros. Slippers se echó a reír.

—Es el piano —dijo—. Lo pusimos atravesado en la puerta del comedor. No tuvimos tiempo de volver a ponerlo en su sitio. Jimmy, ¿le dijiste a Hughes que no molestara?

Sutane retiró su silla. De pronto se había puesto teatralmente furioso.

—¿Quién demonios son toda esa gente? —preguntó—. ¿Qué diantre han venido a hacer aquí? ¡Dios mío, qué multitud!

Benny Konrad se rió nerviosamente.

—¿No los conoce nadie? ¡Es maravilloso! Salgamos todos y hagamos amistad con ellos.

—¡Cállate! —exclamó Sock Petrie frunciendo el entrecejo, los ojos fijos con ansiedad en Sutane.

El artista temblaba y sus dedos se crispaban sobre el respaldo de la silla.

Detrás de él se abrió la puerta suavemente y el anciano criado que había servido la comida entró. Estaba rojo y aturdido.

—Ha llegado mucha gente, señor —empezó a decir bajando la voz—. Los he metido en el salón y una de las doncellas está abriendo las puertas del *living*. ¿Quiere que les sirva una taza de té?

—No sé —dijo Sutane, mirando desesperado a su mujer.

Linda enrojeció.

—Hay tazas, creo. Tazas, y pastel, y leche, desde luego. ¿Cuántos han venido?

—Por ahora unos treinta, señora, pero...

El anciano miró al paseo. Llegó otro coche y un grupo de animados jóvenes se bajó de él.

—Bueno, haga lo que pueda —dijo Linda, que parecía haberse resignado—. Hay una caja de jerez en la despensa; puede que le sirva de algo. Hughes, ¿hay alguien que usted conozca?

—¡Oh, sí, señora! Está la anciana mistress Corsair de las Towers, lady Gerry de Melton, míster y mistress Beak, miss Earle...; todos preguntan por la señora —dijo, disculpándose atentamente—. Voy a atenderlos. ¿Quiere usted venir?

La muchacha miró su traje de lana color castaño.

—Sí —dijo, por último—. Muy bien.

Salió detrás del mayordomo, y a míster Campion le pareció una barquita indefensa dirigiéndose al temporal.

Chloe enrojeció.

—Debemos ir todos para ayudarla —dijo no sin cierto dejo irónico—. ¿Dónde está toda esa gente, Jimmy? ¿Das tu permiso?

Sutane la ignoró.

—¡Malditos sean! —exclamó—. ¡Venir a mi casa en manada cuando tengo tanto que trabajar!

Míster Campion tosió.

—Les habrán llamado —dijo suavemente—. La gente no suele ir a cientos, precisamente a las cuatro de la tarde, si no los han invitado.

—¡Dios nos valga! —dijo Uncle William.

Benny Konrad chilló:

—¡Es una broma muy pesada! Te digo que alguien ha querido jugarte una mala pasada, Sutane. ¿Qué vas a hacer?

—Desaparecer —contestó Jimmy—. Lo siento por Linda, pero tengo una cita de negocios dentro de veinte minutos.

—Te digo, muchacho, que no debes hacer eso —repuso Sock con voz tranquila, pero firme—. Sería una mala publicidad, ya lo sabes. Esto es una marranada, pero tienes que soportarla lo mejor que puedas. Slippers y tú *tenéis* que entrar. Sal y recíbelos con amabilidad. Di que has estado ensayando y que por eso estás vestido así. Es lo único que puedes hacer. Todos nosotros te protegeremos.

Sutane no acababa de decidirse.

—Es una obligación odiosa.

—Ya lo sé, pero ¿qué puedes hacer? —dijo Sock, suplicante—. Entra, sé buen chico.

Slippers, que tenía mucha simpatía a Sock, cogió a Jimmy del brazo.

—Vamos, querido, entremos —dijo.

—¿Os aplaudirán? —preguntó Benny con una risita de conejo.

Sock le dio un puntapié y él enrojeció, y con un gesto ridículo se llevó la mano a la pierna.

Mercer se acercó a Campion y Uncle William.

—Supongo que necesitarán, por lo menos, tres pianos para todos —dijo.

Le miraron sorprendidos y él frunció el entrecejo.

—Van a llenar todas las habitaciones. Me voy a ir a casa; está al otro lado del parque.

Abrió una ventana y saltó al paseo, asombrando a algunos recién llegados, que corrieron hacia él. Los miró de mal talante, furioso. Lo último que Campion vio de él fue su figura gruesa avanzando rápidamente por el parque.

Chloe Pye se miraba en un espejo.

—¿Debo ir yo? —le preguntó a Uncle William; y como este le dijese que sí, avanzó decidida hacia el *hall*.

La reunión, como evidentemente había planeado el que la hubiera organizado, resultó un fracaso rotundo. Cualquier casa resulta incómoda cuando está abarrotada hasta los topes, y trece botellas de amontillado y cuarenta tazas de té, además de seis tazones de cocina, no fueron suficientes para satisfacer a toda la gente que se había presentado en la casa. Los muebles estaban por el medio de las habitaciones y las botellas de cerveza vacías, que Sock había bebido por la mañana, no favorecerían al piano del *living*, donde un huésped las había colocado para evitar que se rompieran.

Sin embargo, todo esto eran solo pequeños desastres, comparados con la auténtica desgracia que sucedió aquella tarde. Mientras la muchedumbre le empujaba de aquí para allá, míster Campion hizo un importante descubrimiento. Los intrusos estaban mezclados por obra de una mano artera. Las distinciones *snoobs*, que son la estructura de cualquier reunión campestre en Inglaterra, habían sido burladas deliberadamente.

Campion se inclinaba a sospechar que todo había sido organizado por teléfono. Los que pertenecían a la alta sociedad habían ido porque los habían invitado y tenían relaciones comerciales con los Sutane; los otros agradecían haber recibido una invitación de una celebridad y por eso se presentaron en la casa. Como la mayoría de la gente baja dependía de los otros, puesto que todos eran comerciantes, se conocían perfectamente; realmente el causante de la reunión había conseguido una mezcolanza malintencionada.

Un hombre llamado Baynes, que resultó ser concejal de algún distrito administrativo, ya que las dos jóvenes alborotadoras que le acompañaban le llamaban insistentemente por este título, se esforzaba por ser amable; pero el resto de los asistentes eran tiesos y obstinadamente antipáticos.

El traje de baño de Chloe no fue un éxito a pesar de su falda carmesí, y su encuentro con la anciana señora que había llegado la primera proporcionó unos minutos amargos a todos los que estaban a su alrededor.

Sutane hizo todo lo que pudo, pero su llegada del brazo de Slippers, en vez de llegar con su mujer, aunque fue por pura casualidad, le perjudicó bastante.

Campion le vio de pie en un rincón de la habitación, pálido y nervioso, hablando amablemente con gente que no conocía, y Sock, a su lado, intentaba darle ánimos.

Linda no fue más afortunada. Muchos de los visitantes eran sus propios vecinos y creían que ella había querido avergonzarlos deliberadamente. Campion vio su arrebolado rostro de boca ancha y ojos con chispitas doradas y se sintió conmovido.

Uncle William daba grandes zancadas y hablaba de un modo explosivo, dirigiendo sus observaciones a cualquiera que no pudiera oírlas, y Eve estaba malhumorada.

Fue una desagradable experiencia para todos los asistentes.

Los coches empezaron a marcharse. Los visitantes fueron desapareciendo lentamente unos tras otros.

Al final solo quedó eh concejal, y su simpatía también se desvaneció cuando Sutane, con los nervios deshechos después de una hora de desconcierto, le dijo bruscamente que no le llamara “compañero”.

Cuando el último coche desapareció por el paseo con su carga de intrusos, Linda se sentó, agotada, en un sillón y se sonó la nariz. Sutane se acercó a ella.

—Venderemós está maldita finca —dijo.

Ella movió la cabeza.

—Algún día sabrán lo que ha pasado.

—Eso espero —exclamó Sutane, desesperado—. ¡Dios mío, tienen que haberse dado cuenta de que no los esperábamos! Seguro que piensan que nadie que esté en su sano juicio los habría invitado a tomar el té un domingo por la tarde cuando solo había cuarenta tazas para doscientas personas.

Linda levantó la cabeza.

Puede que piensen que nosotros no estamos en nuestro sano juicio. Siempre han

sospechado que somos un poco raros y me parece que ahora se han quedado convencidos de ello. Lo peor es que pensarán que somos unos mal educados. Se han ido a casa creyendo que somos unos haraganes.

Sutane continuaba mirándola, mientras su rostro se ensombrecía. Como muchas personas de su profesión, tenía horror al ridículo y las reflexiones de su mujer eran convincentes y desagradables. Se volvió a Campion.

—¿Ahora también me he imaginado todo esto? —preguntó con la voz desgarrada—. ¡Esto es demasiado, me va a saltar la cabeza! ¡Esto ya es demasiado!

—Jimmy, amigo mío, le dije a las cuatro y media.

Una voz ofendida interrumpió la explosión de Sutane, y Campion miró hacia la puerta y vio un hombrecillo de rostro feo y trágico parado en el umbral. Todo en él era pequeño, pero muy varonil. Sus manos eran bastas, pero diminutas, y su barbilla era tan azulada como la de Mercer.

Entró de prisa en la habitación y habló en tono bajo y confidencial, que, como Campion descubrió más tarde, era habitual en él.

—No sabía que diera usted una fiesta hoy. Llegamos hace bastante tiempo, pero me llevé a Bowser al cuarto de estudio. Siempre tiene algo que hacer, Jimmy. Venga usted.

Sutane suspiró con exagerada amargura y le hizo un guiño a Campion con un destello de su antigua alegría.

—Voy inmediatamente —dijo, y salieron juntos.

—Ese es Poyser, el director de Jimmy —murmuró Sock, dirigiéndose a Campion desde el otro extremo de la habitación—. No tiene muy buena suerte, ¿verdad? Está muy nervioso. Debería haberlo aplazado de algún modo.

Campion asintió. Estaba en pie al lado de la silla en que estaba sentada Linda, y su alargada silueta enmarcaba la de ella. La miró y dijo excusándose:

—Me parece que llevo mucho tiempo aquí y no he hecho nada que tenga la menor utilidad. ¿Conoce usted a alguien de los que vinieron esta tarde que merezca su confianza? Si tuviéramos una de las invitaciones que seguramente les enviaron, puede que pudiéramos localizar la imprenta o, por lo menos, saber cuándo fueron enviadas y desde dónde.

—No, a nadie —dijo ella, abatida—. Reconocí a una o dos personas que vinieron a pedimos ayuda cuando llegamos aquí, pero los demás me eran completamente desconocidos.

—Ellos se conocen muy bien unos a otros, según parece —dijo Sock—. Observé que cuchicheaban entre sí.

—Yo los oí.

La muchacha los miró y se sintieron sobrecogidos al ver lágrimas en sus ojos.

Linda prosiguió:

—Voy a ir a la cocina creo que los criados deben de estar pasando una crisis no menor que la nuestra.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Sock se metió las manos en los bolsillos y sonrió amargamente.

—Pobre muchacha, está agotada —dijo—. Pero no podemos hacer nada. Esa idea suya sería magnífica en un caso corriente, pero ya ve usted las dificultades que hay en este. Esa buena gente, sean quienes sean, pueden hablar entre ellos de los actores cómicos, pero solo pueden decir que la casa estaba un poco desordenada y que no había suficiente merienda para todos. Pero cuando se divulgue esto, habrá murmuraciones sobre una nueva pareja. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Será bastante desagradable para mistress Sutane.

Sock miró a Champion con curiosidad.

—Hay muchas cosas desagradables para mistress Sutane —observó—. Ya se dará usted cuenta si se queda aquí.

A las ocho y media se sirvió una cena fría, en la que no se mencionó el incidente de la tarde, en atención a una persona de aspecto macizo y asustado llamada Bowser, que estaba sentada entre Sutane y su director y tenía los ojos fijos en su plato.

Mercer, que había vuelto a aparecer en cuanto se hubo marchado todo el mundo, hizo varias tentativas para sacarlo a relucir, ayudado por Chloe, que estaba de mal humor, pero mister Sock les hizo abandonar su intento.

Dick Poyser volvió a llevarse a Sutane y a su huésped después de la cena. Como mucha gente estrechamente relacionada con los negocios, era curiosamente descortés, a pesar de que él y su misión en la vida fueran algo sacrosanto y privilegiado. No habló con nadie, excepto con sus dos socios, e ignoró completamente a su anfitriona, aunque no había en él deliberada descortesía.

Después de la cena, Champion se metió con Uncle William.

—¿Se va usted, amigo mío? —dijo el anciano, azarado—. Desde luego, todavía no ha hecho usted ningún progreso. No tuvo usted tiempo. No, no, espere un poco. Tiene que ver a Sutane antes de marcharse.

Uncle William se levantó, deseoso de cortar la conversación.

Champion se sentó en un rincón del *living*. Dentro: de la casa reinaba una gran intranquilidad. Fuera, en el jardín, la atmósfera estaba templada y perfumada; un viento suave movía las ramas de los tilos.

En el césped, bajo la terraza, distinguió a Chloe paseando entre Petrie y Benny Konrad, y su risa aguda y escandalosa llegaba hasta él una y otra vez.

Los demás habían desaparecido.

Estuvo sentado allí durante largo rato, hasta que la luz amarillenta murió en las copas de los árboles y las frías sombras de la noche descendieron sobre el jardín.

Una vez oyó voces y abrir y cerrar de puertas en el *hall*, pero luego todo volvió a quedar en silencio. Encendió un cigarrillo y lo fumó pensativamente, con las manos crispadas sobre las rodillas. Estaba de mal humor y enfadado consigo mismo.

La mano que se posó en su manga y la voz que preguntaba con tanta vehemencia: “¿Cómo te llamas?”, le asustaron considerablemente.

Era una niña vestida con un traje anticuado que le estaba demasiado grande. No era linda, pero su rostro regordete era vivaracho y tenía los ojos redondos, con unas familiares chispitas doradas. Míster Campion, a quien no gustaban mucho los niños, la miró con algo de recelo.

—¿Cómo te llamas? Dime tu nombre.

Su pregunta era vehemente, y se subió encima de él.

—Albert —dijo este, perdiendo la esperanza de que le dejara tranquilo—. ¿Quién eres tú?

—Albert —repitió ella con satisfacción.

Habiendo conseguido su objetivo, se volvió tan tímida como violenta había sido su aparición. Se separó de él de un brinco y se quedó vacilante.

—Albert es nombre de perro —dijo la niña.

—¿Quién eres tú? —repitió él, y se asombró de sentir antipatía por la niña.

Ella permanecía frente a él, como si se diera cuenta de su enemistad.

—Soy Sarah Sutane; vivo aquí. No tengo permiso para hablar con nadie, pero quiero hacerlo. ¡Quiero hacerlo, quiero hacerlo!

Se arrojó en sus brazos y frotó su carita triste y húmeda contra su pecho. Campion la sentó en sus rodillas, haciendo todo lo posible para demostrarle que no la rechazaba, y buscó su pañuelo, pues parecía que iba a necesitarlo.

—¿Cuántos años tienes?

—Seis.

—¡Sarah! —le gritaron. Miss Finbrough y una mujer con uniforme de niñera aparecieron en la puerta—. Lo siento, míster Campion; debería estar acostada. Ven, Sarah. Se escapó cuando íbamos a acostarla. ¿Dónde te has escondido? ¿En el jardín?

Sarah empezó a chillar y se pegó a su nuevo amigo, que enrojeció, inquieto y avergonzado. Al final, la niñera la cogió y se la llevó pataleando. Sus enfadadas protestas se oían cada vez más débilmente a medida que se alejaban. Miss Finbrough enarcó las cejas.

—Es una niña muy nerviosa —dijo—. Pero qué se le va a hacer. Ella querría jugar con otros niños. Está muy sola, pero no podemos dejar que una bandada de chiquillos invada la casa. Esta casa no es como las demás. No he podido ocuparme de míster Sutane en todo el día.

—¿Sarah no ve a nadie?

—¡Oh, sí! Ve a su madre, y a su niñera, y a mí. Su madre la mima mucho, pero esta de acuerdo con míster Sutane en que la niña no puede andar corriendo entre los invitados; Se ha vuelto muy rebelde y precoz y ha aprendido palabras que no debería saber. Míster Sutane tiene horror a que sea una niña prodigio. Yo les he indicado que debería ir a un internado.

—¿A los seis años?

—Eso mismo dice su madre. Sin embargo, si una niña tiene un padre que es genio, no hay más remedio que hacer todo lo posible para evitar que le moleste —

dijo miss Finbrough, impaciente.

—¿No es usted un poco dura?

—¿Dura? ¿La ha visto usted bailar?

El rostro de la mujer se arreboló y sus ojos brillaron.

—No podemos atentar contra su salud llenando la casa de niños —dijo, y se paró bruscamente—. Mistress Sutane está en el jardín buscando a su hija; debió de salir corriendo aprovechando un descuido nuestro. ¿Le importaría avisarla?

Campion salió a la terraza. En el jardín encontró a Chloe y Sock Petrie, que llevaban un tocadiscos portátil y una caja de discos. Ella estaba sofocada, y Campion observó que tenía los ojos brillantes.

—Voy a bailar junto al lago —dijo—. ¡Qué noche tan cálida, apasionada y maravillosa!

Alzó los brazos hacia el cielo opalino.

Petrie frunció el ceño.

—Voy a traerla unos discos y luego voy a echar una ojeada a mi coche —dijo sin galantería—. El pobre tiene que llevarme a Londres esta noche.

Chloe se rió de él.

—Eso cree usted —murmuró.

—Ya sé que es una carreta, querida —replicó—. ¡Hola! ¿Qué es lo que quiere Donald Duck?

Benny Konrad corría hacia ellos por el césped con un amaneramiento exagerado.

—Digo, Sock, que Sutane se ha ido —empezó a decir con un suspiro de alivio—. Sí, le tomó cariño a una de las visitantes de esta tarde y se ha marchado llorando en el Bentley para ir a verla. Espero que habrá recibido la invitación.

Sock dejó el tocadiscos y soltó una maldición.

—¿Dónde diablos habrá ido? ¡Oh, Señor! ¿Dónde se habrá ido? —dijo con rabia—. Toma, Benny, coge estos dichosos trastos y vete a por unos discos para Chloe. Voy a acercarme al garaje a ver si Joe sabe a dónde ha ido ese lunático.

—Es usted insufrible —dijo miss Pye mientras Sock se alejaba, y luego, arrepintiéndose de lo que había dicho, añadió—: Vuelva cuando haya terminado.

Petrie no la contestó y Benny cogió el tocadiscos.

—Yo también voy a bailar —dijo—. ¿Qué le ha pasado a Eve?

Chloe se volvió a él con mucho interés.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Después de comer. Estaba llorando a lágrima viva, completamente sola al lado de un rosal, y cuando me vio salió corriendo.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé. Supongo que a su cuarto.

Se echó a reír estúpidamente y Chloe se quedó un instante indecisa. Luego se encogió de hombros.

—Tenga cuidado con los discos —dijo.

Albert Champion fue a buscar a Linda. Esta se hallaba en el parque, y se acercó a ella cuando estaba llamando a Sarah con voz intranquila.

—Por favor, nena, ven. Sarah, ven, hijita. Por favor, ven con mamá.

Él se paró a su lado.

—Sarah está en la cama —dijo, tranquilizándola.

Ella se volvió hacia él, aliviada, y Champion se alegró de que le recibiese con agrado. Echaron a andar por el jardín hacia la casa y se sentaron en la terraza a hablar hasta que anocheció por completo; luego entraron en el cuarto de estar, demasiado absortos el uno en el otro para notar la ausencia de los demás.

Champion perdió la noción del tiempo. Ahora había dejado de ser un observador y era extraordinariamente feliz. Se sintió locuaz e inteligente y habló con toda la antigua animación de su primera juventud. La indiferencia había desaparecido de su rostro, y en sus ojos brillaba la alegría.

Linda le miraba con animación.

Cuando hablaron de la desastrosa reunión de la tarde, empezaron a encontrar el lado cómico de lo que había sucedido, y se echaron a reír de buena gana.

Ambos se dieron cuenta de que una sensación nueva de libertad les inundaba y juntos descubrieron, al pagarse mutuamente el irresistible tributo de su completa comprensión, cuán deliciosa y peligrosa era la atracción que sentían el uno por el otro.

El resto de los habitantes de la casa y sus caracteres excitables e inquietos fueron olvidados. Era una tarde maravillosa.

El inevitable final de este ensueño llegó cuando menos lo esperaban. Champion miró a Linda y sonrió.

—Se está muy bien aquí —dijo.

Ella se echó a reír, suspiró y se estiró como un gatito mimoso.

—Soy muy feliz.

—Lo creo —murmuró Albert, y se acercó a ella suavemente, con intención de besarla.

Fue un movimiento casual, espontáneo, nacido de su exuberante bienestar; pero cuando iba a hacerlo volvió a la realidad y se detuvo, dándose cuenta de lo que iba a hacer y recordando dónde estaba y por qué había ido a aquella casa.

Por segunda vez aquella tarde se sobrecogió al notar que había perdido por completo el control de sí mismo.

Miró a la muchacha con temor. Esta le miraba gravemente; la alegría había desaparecido de su rostro y estaba dolorosamente sorprendida. Champion tuvo la sensación de que ella también había sentido lo mismo que él. Vio que se estremecía y se ponía de pie.

—Voy a acercarme a la cocina a ver si pueden preparar un poco de café —dijo—. Las criadas están muy malhumoradas después del fracaso de esta tarde. Yo hice todo lo que pude. Han tenido puesta la radio toda la noche, a pesar de que saben que no

deben hacerlo cuando Jimmy está en casa, ¿lo oye usted? Les encantan las bandas militares y están hechizadas por sus uniformes y sus dulces palabras. Hughes vino a decírmelo esta tarde; le han humillado al pobrecillo y quiere marcharse. Yo estoy haciendo todo lo posible por convencerle para que se quede; no puedo dejar que se vaya, estaba con mi tío.

Salió apresuradamente, cerrando la puerta tras ella.

Cuando se quedó solo, Campion apagó el cigarrillo y se pasó la mano por el pelo. Le consumía el resentimiento por no haber sabido refrenar sus impulsos, controlados hasta ahora prudentemente.

—No debe suceder —dijo en voz alta, mirando, a su alrededor, sobresaltándose al darse cuenta de que podían haberle oído.

El grito llegó del parque tan débilmente que apenas lo oyó, pero se repitió, creciendo en volumen e insistencia y sacándole de sus meditaciones como una explosión.

—¡Venid, malditos, venid en seguida! ¿Dónde estáis todos? ¡Venid!

En el momento que Linda volvía a la habitación se oyó ruido de pasos apresurados en la terraza, y Sutane, lívido, apareció delante de las ventanas abiertas. Tampoco entonces le había abandonado su sentido teatral. Se paró y los miró fijamente.

—¡La he matado! —gritó—. ¡Dios mío, Linda, la he matado! ¡He matado a Chloe Pye!

Cuando un gran susto produce una sensación de estremecimiento físico, hay momentos de aguda perplejidad hasta que la mente vuelve a recobrase, y en estas ocasiones los detalles de lo que nos rodea cobran una extraña vivacidad.

A Linda se le quedó grabado el desorden de la habitación profusamente iluminada, el rojo pañuelo de Chloe, doblado cuidadosamente sobre el piano, y el libro colocado encima de este, y la espalda ancha de Campion, que estaba de pie vuelto hacia su marido.

Entonces se oyeron pasos en el *hall* detrás de ella, y Dick Poyser, el director de Sutane, entró en la habitación.

—He oído ruido. ¿Qué pasa, Jimmy?

Sutane entró por la ventana. Estaba tembloroso.

—He matado a Chloe..., se tiró debajo del coche.

—¡Cállese, por Dios! —exclamó Poyser mirando a su alrededor involuntariamente, y todos adivinaron lo que iba a decir—. ¿Dónde está? ¿Le vio alguien? —añadió inmediatamente.

—No, estaba solo —dijo Sutane moviendo la cabeza al hablar, apocado ante la voz autoritaria de su director—. Está en el camino, sobre la hierba; la puse allí, no quise dejarla en la carretera. El coche lo dejé allí también para que la alumbrara; no quise que estuviera a oscuras. Vine corriendo a través del parque.

—¿Seguro que ha muerto? —preguntó Poyser, que le miraba aterrado.

—¡Oh, sí! —respondió Sutane, cuya voz agradable y clara se había apagado—. Las ruedas pasaron por encima de ella. Es un coche muy pesado. ¿Qué podemos hacer?

La voz de Mercer, perezosa, llegó desde el saloncito de música hasta el *hall*. Uncle William le contestó Poyser se volvió a Campion.

—¿Tiene usted algo que ver con la Policía?

—No —respondió Campion, mirándole con curiosidad.

—¡Gracias a Dios! —dijo, aliviado—. Vamos abajo. ¿Cómo sucedió, Jimmy? Déle una copa, Linda. Cálmese, Sutane, cálmese.

—*Tengo que llamar a un médico en seguida y a la Policía.*

La voz de Campion cortó la conversación.

—¿A la Policía? ¿Por qué? —preguntó Poyser, suspicazmente.

—Porque ha habido un accidente. Hay que empezar por cumplir las leyes de carretera.

—¡Ah!, ya... —dijo el hombrecillo mirándole con una sonrisa torcida—. Sí, por

supuesto, lo había olvidado. Linda, usted es la indicada para hacerlo; denos cinco minutos para llegar hasta allí y luego telefonee. Primero, al médico; luego, a la Policía. Hable usted con naturalidad. Ha habido un accidente y una persona ha sido atropellada. ¿Entendido? Ahora, vamos. Jimmy, usted debe venir también, muchacho.

Antes de salir detrás de los otros. Campion miró a la joven. Todavía continuaba parada en medio de la habitación; se había cubierto la boca con la mano y en sus ojos se leía un gran terror. No había dicho una sola palabra durante toda la escena.

Tan pronto como los tres hombres llegaron al oscuro jardín, distinguieron las luces del coche bajo los árboles. Sutane hablaba excitado, pero su anterior nerviosismo había desaparecido. A Campion le dio la impresión de que media las palabras antes de hablar.

—Le dije que no viniera, que no quería verla aquí, pero ella insistió; ustedes saben que lo hizo. ¡Qué fatalidad! ¡En mi casa, y atropellarla yo!

—Tranquilícese —dijo Campion, que sorprendió la mirada de los inquisidores ojos de Poyser—. Tranquilícese, muchacho. Ahora veremos lo que ha pasado.

Corrieron en silencio, mientras Sutane respiraba con dificultad.

—Estaba cegado —dijo este de pronto—. No la vi hasta que ya la había atropellado.

Poyser le cogió del brazo.

—Olvédelo —dijo con suavidad—. Dentro de pocos minutos sabremos lo que pasó. ¿Cómo vamos a atravesar esta valla?

—Por aquí tiene que haber un agujero. Lo hice yo para pasar antes y no perder tiempo.

Lo encontraron y pasaron a la carretera, manchándose de barro al cruzar. El coche estaba en medio de la hierba, con el motor todavía en marcha, mientras en el suelo, sobre el césped, alumbrado macabramente por los faros, se perfilaba un bulto blanco e inmóvil. Poyser avanzó con precaución. Se agachó y encendió una cerilla inconscientemente.

—Está muerta —dijo suavemente, incorporándose.

Al acercarse Campion y Sutane, se volvió a ellos y cogió del brazo al actor.

—¿Dónde estaba cuando la atropelló?

Campion se separó de ellos. Sacó una linterna del bolsillo y se acercó con ella al cadáver. Chloe Pye llevaba aún el traje de baño blanco. Sutane la había apoyado en el seto y su cabeza colgaba inerte sobre su cuerpo destrozado. Las ruedas delanteras del coche habían pasado sobre su pecho, rompiéndole las costillas, y tenía una herida considerable, pero apenas había sangrado. Campion le tocó la mano y notó que aún estaba tibia. Poyser le llamó.

—¿Tiene una linterna? Déjemela, haga el favor.

Campion se levantó y se dirigió hacia él. Las señales del frenazo se distinguían claramente sobre la carretera, y alumbrándose con la linterna encontraron el lugar donde había caído Chloe Pye, en el que se veía una pequeña mancha.

Se oía claramente el castañeteo de los dientes de Sutane.

—Se me echó encima; no la vi hasta que chocó contra el parabrisas. Se metió ella misma debajo del coche. No supe lo que había pasado hasta que volví para ver lo que había atropellado.

—Fue un accidente —dijo Poyser, intentando tranquilizarle—. Un puro accidente, muchacho. ¿Dónde estaba ella?

—No diga tonterías. Lo hizo deliberadamente —dijo Sutane, exasperado—. Salió de aquí.

Cogió la linterna y dirigió el foco de luz hacia arriba.

Poyser se quedó asombrado al ver lo que la luz iluminaba.

—El puente... —dijo atónito, mirando fijamente el arco cubierto de rosales de enredadera—. ¿No la vio usted caer?

—No, estaba cegado, ya se lo he dicho, y, naturalmente, miraba a la carretera, no hacia arriba —le contestó Sutane, exasperado.

—Es igual; creí que los faros la alumbrarían —insistió el otro, con la vista fija en el puente.

A la débil luz de la linterna, Campion distinguió su pequeño rostro, preocupado y suspicaz.

—Ya está —dijo de pronto Poyser—. Eso es lo que pasó. Ahora lo veo claro, eso es lo que pasó, Jimmy. Le vio venir a usted y le hizo señas para que parara. Probablemente se inclinó demasiado, imaginando que era un pájaro o algo por el estilo; ya sabe usted que esa era la clase de ideas que solía tener, y perdió el equilibrio, cayendo bajo las ruedas de su coche antes que usted pudiera frenar. Eso es lo que pasó. Hubiera sido mucho más fácil saberlo si usted la hubiera visto. Debería haberla visto allí arriba.

—Pero no la vi, ya se lo he dicho —contestó Sutane con obstinación—. Tenía los ojos fijos en la carretera e iba pensando en esas malditas invitaciones. De pronto, algo cayó delante de mí y frené en seco. Sentí una sacudida y me bajé del coche, y allí estaba, muerta, sobre la carretera.

—Jimmy —dijo Poyser, tratando de convencerle—, tiene que haber sido un accidente. Piensa en ello, muchacho, date cuenta de la situación. “Tiene” que haber sido un accidente. Chloe no quería matarse. ¿Por qué iba a quererlo? Estaba rehabilitándose en su espectáculo y había venido a su casa como invitada. No se hubiera tirado deliberadamente debajo del coche. Esas son las historias que inventan los periodistas cuando están medio borrachos. Seguro que intentaba llamar su atención y se cayó. A mi entender, eso es lo que pasó, y crean que ya es bastante grave.

Sutane estaba silencioso. Aún vibraban en la oscuridad los argumentos de Poyser. Se estremeció.

—Puede que haya sucedido así —dijo, intentando convencerse a sí mismo, sin conseguirlo—. Pero no la vi, Dick, le juro que no la vi.

—Muy bien; pero fue un accidente, compréndalo.

—Sí, sí, lo comprendo.

Míster Campion preguntó si podían devolverle la linterna, indicando que quería examinar el puente.

—Es una buena idea.

Con aire de complicidad, Poyser entregó la linterna a Campion y este pensó que la táctica de los hombres de negocios era bastante ridícula.

Tenía la esperanza de que el asunto no se hiciera público y de que el astuto míster Poyser no se encontrara con un detective.

Metiéndose entre los arbustos, buscó el boquete por donde habían entrado, y cuando lo encontró se dirigió al puente. El puente era mucho más sólido de lo que parecía desde la carretera. Las barandillas, a pesar de estar construidas de una manera rústica, estaban perfectamente aseguradas al puente por un verdadero bosque de rosas y blancos convólvulos silvestres. A la luz de la linterna, las hermosas rosas rojas cobraban un aspecto irreal, y Campion se sentía cada vez más incómodo a medida que examinaba cuidadosamente el seto de flores. Las tablas cubiertas de creosota sobre las que andaba no le indicaban nada. La sequedad del verano las había dejado tersas y tenían polvo.

Inspeccionó el suelo cuidadosamente y a cada paso que daba aumentaba su inquietud. Pero no eran sus descubrimientos lo que de tal modo le inquietaba. La voz de Poyser, que no era más que un murmullo inarticulado, flotaba a su alrededor en el aire cálido de la noche.

Una y otra vez Sutane le contestaba con voz clara e irritada.

—Puede que le gustara —le oyó decir.

Y luego, después de un prolongado cuchicheo de Poyser:

—Sí, le gustaban los secretos.

En ese momento, un haz de luz avanzó por el césped con rapidez hacia ellos. Campion se apresuró a bajar del puente y volvió a cruzar el agujero del seto. En previsión de lo que pudiera ocurrir, quería estar presente cuando llegara la Policía.

Salió a la carretera en el momento en que un coche se detenía a poca distancia de él, con tal brusquedad, que se caló el motor. Era un Fiat grande, un poco antiguo, pero majestuoso. La ventanilla se abrió con un chirrido y una voz pausada dijo con firmeza:

—Me llamo Bouverie. Me han telefoneado a casa diciendo que aquí había habido un atropello.

—¿El doctor Bouverie?

—Sí —dijo el doctor, a quien la sequedad de la respuesta indicaba que le había molestado que no le reconocieran—. Habrán llevado a la paciente a la casa, ¿no?

—No, no la hemos llevado. Está aquí.

Era Sutane el que les había interrumpido. Se adelantó y adoptó inconscientemente el tono de nerviosa autoridad que acostumbraba a emplear con los extraños.

—¿Es usted míster Sutane?

La voz que salía del coche era también bastante autoritaria.

—Me parece que esta tarde le vi a usted en su casa. ¿Era usted el que llevaba el coche?

Sutane perdió momentáneamente la serenidad.

—Sí —dijo—. Sí, desgraciadamente era yo.

—¡Ah!

La puerta del coche se abrió.

—Bien, voy a echar un vistazo a la víctima.

Campion no olvidó nunca la primera visión que tuvo de la figura que bajó lentamente del coche, a la que iluminó de lleno la luz de la linterna. La primera impresión que le dio el médico fue la de una enorme circunferencia blanca. Luego vio un rostro de colgantes mejillas y ojos inteligentes, ya anciano, bajo una gorra de visera. Su expresión era arrogante, noble, y recordaba algo a un *bulldog*, con cierto aire de sabueso. Estaba pulcramente afeitado, excepto un bigotillo diminuto en el labio superior, pero sus manos de cirujano, de cortos dedos, tenían abundante pelo en el dorso.

Un georgiano tenaz, pensó Campion, sorprendido, y nunca tuvo ocasión de rectificar su opinión.

No había visto al doctor en la desastrosa reunión de la tarde y supuso qué probablemente habría sido uno de los que fueron a última hora para marcharse inmediatamente después.

Sutane le recordaba claramente. Su rostro reflejaba esa expresión indignada, desdeñosa, que es casi siempre máscara de la timidez.

Poyser, que sé dio cuenta de la tirantez de la situación, se acercó.

—Fue un accidente —dijo con absoluta seguridad.

—¡Oh! —dijo el recién llegado levantando la cabeza y mirándole—. ¿Iba usted en el coche?

—No; míster Sutane iba solo. Míster Campion y yo acabamos de venir de la casa. Nosotros...

—Ya. ¿Dónde está la víctima? Dicen que es una mujer, ¿no? ¿Dónde está?

El doctor Bouverie se acercó a Sutane. Sus modales eran tan despóticos, que hubieran resultado ridículos a no ser por la autoridad que emanaba de toda su persona. En aquel momento tenía un aspecto imponente, y míster Campion, que conocía esta táctica, sintió que le daba un vuelco el corazón.

El médico sacó del enorme bolsillo de su abrigo una linterna de largo alcance y se la dio a Sutane.

—Supongo que estará detrás del coche —dijo, dirigiéndose al Bentley.

—No, está aquí.

Sutane dirigió el haz de luz hacia el seto con una rapidez inconscientemente dramática, y el recién llegado, que parecía haberse constituido en el espíritu de la

Justicia, se paró en seco. Chasqueó la lengua, atónito y, al parecer, disgustado.

—Acérquese más, por favor —dijo—. Quiero que la luz le dé de lleno. Ahora está mejor. Si no puede sostenerla sin temblar, será mejor que se la dé a uno de sus amigos.

Poyser cogió la linterna y el anciano doctor se arrodilló sobre la hierba, habiéndose asegurado antes que no estaba húmeda. Todo en él denotaba disgusto y desaprobación, pero sus cuadradas manos eran exquisitamente gentiles. Después de un momento se levantó, desdeñando la ayuda de Sutane.

—Está muerta —dijo—. Desde luego, usted lo sabía, ¿verdad? ¿Qué hacía, corriendo por ahí medio desnuda?

—Acostumbraba a hacerlo —contestó Sutane, aburrido—. Estuvo todo el día en traje de baño. No comprendo por qué.

Los ancianos ojos le miraron con curiosidad bajo la visera, y Poyser volvió a hablar. Insistió en dar su versión de lo que había pasado, esforzándose porque su voz tuviera un tono convincente, con una locuacidad arrolladora.

El monstruoso anciano le escuchó hasta el final, inclinando la cabeza. Míster Campion pensó que era una tentativa inútil; algo así como si un astuto pececillo intentase convencer a un gato, igualmente astuto, de un experimento destinado al fracaso.

El doctor Bouverie dirigió la linterna al puente.

—Pero si se cayó desde aquí por accidente, ¿no cree usted que tuvo que saltar por encima de estas rosas? ¿Y no le parece muy extraño que se atreviera a hacerlo estando tan ligera de ropa? ¡Ah!, aquí llega el hombre que necesitamos. ¿Es usted, Doe?

—Sí, señor. Buenas noches.

Un policía, joven y bien parecido, pendiente de lucir su uniforme, se bajó de la bicicleta en que había llegado y la apoyó cuidadosamente en un banco. El doctor avanzó hacia él.

—Ha habido un extraño accidente —dijo, con el empaque de un general que se dirigiera a un subordinado—. La mujer se tiró o se cayó del puente bajo las ruedas del coche de míster Sutane. Este es míster Sutane. La mujer está muerta. Quisiera llevar el cadáver a Birley y avisar al juez de guardia mañana a primera hora y, probablemente, hacer después una autopsia.

—Sí, señor.

El doctor aún no había terminado.

—Mientras tanto, me gustaría echar un vistazo al puente. ¿Cómo se sube a él, míster Sutane? —continuó.

—Yo subí por el banco, pero hay una entrada un poco más allá —contestó Sutane patéticamente.

—Entonces iré por allí. ¿Será usted tan amable que me enseñe el camino? —dijo el anciano doctor, que hablaba con brusquedad y energía—. Doe, cubra a esa pobre mujer con una sábana y venga conmigo.

Míster Campion no los siguió. Como era su costumbre cuando su presencia no era necesaria, desapareció. Tan pronto como se alejó el policía, se acercó al Fiat y observó su interior. Dentro había una cartera, una manta de viaje doblada y una caja de madera llena de pequeños floreros metidos en bolsitas y colocados en hileras equidistantes. Lo demás carecía de importancia, y con infinitas precauciones levantó la tapa del motor.

Sutane fue el primero en volver. Campion estaba al lado del Bentley cuando llegó. Desde el puente llegaba un murmullo de voces.

Sutane temblaba, furioso.

—¿No le parece que ese tipo se está excediendo en su obligación? —preguntó, con un suspiro—. El policía le trata como si fuera Dios Todopoderoso. ¿Qué le importa a él que se haya suicidado o no? ¡Estúpido! Debe de andar cerca de los noventa.

—Tal vez sea omnipotente en este distrito —dijo Campion en voz baja—. Un personaje semejante haría impresión en cualquier parte. Ándese con ojo, probablemente estará en el Jurado.

Sutane se pasó la mano por la frente. A la luz de los faros parecía una de sus fotografías de las fachadas del teatro, una fantástica figura sorprendida por un instante en un mundo de pesadilla de horribles sombras.

—Ha sido un accidente, Campion —dijo—. Ahora me doy cuenta. Poyser tiene razón. Por suerte para nosotros, ha sido un accidente. ¡Dios mío! ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Y por qué aquí?

—¿Qué pasa? —exclamó Sock, deslizándose por el seto, detrás de ellos, como un espantajo—. Linda me dijo algo terrible. No pude creerlo. Jimmy, amigo mío, ¿qué ha pasado?

Se lo dijeron y se quedó mirando el bulto envuelto en la sábana, inclinado.

—¡Oh. Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró, aterrado. Campion le puso la mano en el hombro y, apartándole un poco, le hizo un ruego. Terminó diciendo—: El viejo ha tenido mala suerte, lo siento. Vino a la reunión de esta tarde y no lo comprenderá. Iría yo mismo, pero quiero estar aquí cuando regrese.

—Querido amigo, cualquier cosa que pueda hacer... —ofreció Petrie temblando aún, realmente emocionado y conmovido—. Volveré dentro de un momento. Haré todo lo que pueda. Voy a decir a los demás que se queden aquí, aunque, después de todo, no creo que puedan hacer nada.

Se marchó, saltando otra vez por encima del seto, y un ruido de pasos sobre el césped anunció la llegada de los otros. El doctor Bouverie continuaba hablando:

—A menos que se pusiera de pie sobre la barandilla, cosa que ninguna mujer que estuviera en sus cabales hubiera hecho, no comprendo cómo se las arregló para

caerse.

El anciano, cuya voz era aún potente, dijo esto a su acompañante a título de información. No había duda; sencillamente no comprendía cómo la mujer se las había arreglado para caerse.

—¡Oh!, pero es muy probable que lo haya hecho doctor. Yo la conocía; le gustaba hacer esas cosas —dijo Poyser.

—Estaba mentalmente desequilibrada. Su viaje, o lo que sea, parece indicarlo.

—¡Oh, no, nada de eso! Era impulsiva, temperamental. Es muy probable que se subiera allí para hacerle señas a Sutane.

—Puede —dijo el doctor Bouverie, que no estaba impresionado. Y volviéndose al policía—: Bien, yo he terminado, Doe; usted ya sabe lo que tiene que hacer. Llévelo como si fuera un accidente normal. Seguramente podrá usted transportarla de alguna forma. Estaré en Birley mañana por la mañana, a las diez, aproximadamente. Probablemente el doctor Dean estará conmigo. Buenas noches, señores.

Se subió al coche y apretó la puesta en marcha. El Fiat no respondió.

Durante los quince minutos siguientes todos se dedicaron a atender al coche, El doctor Bouverie, dándose cuenta, sin duda, de que dentro de un coche que se obstina en no andar un semidiós puede volverse fácilmente un iracundo mortal, controló sus nervios, pero no pudo evitar que la rabia se reflejara en su rostro. Por un momento la tragedia de la muerte de Chloe Pye dejó de tener importancia.

La llegada de Sock Petrie en el Lagonda de Campion fue muy oportuna. Cuando Poyser apartó el Bentley para dejar pasar al coche gris, Campion sugirió amablemente:

—Déjeme llevarle a su casa, doctor; aquí hay un buen hombre que le arreglará el coche y se lo llevará.

El doctor Bouverie vaciló. Miró a Campion inquisitivamente, y no viendo en él nada que le desagradase aceptó con inesperado agradecimiento.

—Es usted muy amable —dijo—. Ha sido culpa mía debí haberme traído al chofer, pero recorrí hoy conmigo ciento veinte millas y pensé que debía dejarle dormir tranquilo.

Cuando avanzaron por el césped en una paz sedante, Campion se preparó para una delicada campaña.

—Excelentes carreteras —empezó a decir—. Esta es mi primera visita a esta parte del mundo, y me llamaron en seguida la atención.

—¿De veras? —dijo, animado por la satisfacción que se reflejaba en la pregunta del doctor—. Deben de serlo. Nos costó un trabajo ímprobo convencer a las autoridades de que una carretera secundaria es tan importante para los habitantes de un distrito como los caminos por los que van esos malditos paseantes que hacen todo lo posible para arruinar el campo. Por fin conseguimos metérselo en la cabeza. Usted no es de aquí, ¿verdad? ¿Estuvo en la reunión de esta tarde?

—Sí —dijo míster Campion, que parecía pesaroso—. Ha sido verdaderamente

lamentable. La confusión de una secretaria cambió las fechas.

—¿En serio? A mí también me pareció extraño. Esos londinenses no entienden nuestras costumbres. Perdona, todavía no sé su nombre.

Míster Campion se lo dijo y añadió que era de Norfolk. Advirtió con satisfacción que el doctor se ponía de buen humor.

—Ha sido un desgraciado accidente —aventuró—. Miss Pye estuvo todo el día de tan buen humor...

—¡Ah, sí! Vuelva a la izquierda si no le importa. ¿Nota usted lo bien que huele el trébol por la noche?

Campion se dio cuenta de que esta era la ocasión y jugó su mejor carta.

—¿No se cultivan por aquí muchas rosas? —preguntó, recordando la caja llena de floreros que había en el Fiat.

Su pasajero se animó visiblemente.

—Las más bonitas del mundo. A mí me gustan mucho —dijo, haciendo una pausa, y luego añadió con una risita inesperada—: Ayer me llevé doce votos de un total de catorce. He ganado cinco primeros premios para rosas y una copa. No está mal para un viejo, ¿eh?

—A mí me parece extraordinario —dijo míster Campion, realmente impresionado—. ¿Utiliza usted el abono de estiércol?

—No va bien en mi terreno, tiene bastante arcilla.

Durante muchas millas estuvieron hablando de rosas y de su cultivo. También Campion, que estaba acostumbrado a los contrastes fuertes, sintió una extraña sensación al conducir. El doctor Bouverie hablaba de su tema preferido con conocimiento y con el apasionado interés de un hombre de veinte años. El extraño mundo de White Walls y del teatro parecía enormemente lejano.

Cuando se pararon en un oscuro pueblo, el doctor continuaba enfrascado en este tema.

—Quiero enseñarle unas *Lady Forteviots*. Si no las ha visto, no sabe lo que son rosas bonitas —dijo—. Ya hemos llegado.

Campion notó que el oscuro muro que él había tomado por la fachada de una fábrica rural era la pared de una sombría casa de estilo georgiano. Un porche, sujeto por sólidas puertas de madera, sobresalía en la carretera.

El doctor llamó al timbre y gritó: “¡Dorothy!”. Una lámpara apareció en una de las ventanas del primer piso, y Campion siguió su paso por lo que parecían galerías sinfín, ventana tras ventana, hasta que desapareció en la oscuridad, justamente encima de sus cabezas. Un momento después las puertas empezaron a chirriar, y tras una larga espera, en la que solo se oía el ruido de descorrer un cerrojo tras otro, se abrieron, y una mujer anciana apareció en el umbral llevando una lámpara de parafina. No sonrió ni dijo una sola palabra, pero se apartó respetuosamente a un lado para dejarles pasar. El doctor penetró en la oscuridad fuera del círculo de luz y Campion le siguió, dándose cuenta de que debía de ser más de medianoche/

El anciano dio unas palmadas, con un aire de sultán muy de acuerdo con su personalidad.

—Lleve *whisky* y agua de seltz al comedor y baje a decir a George que le necesito.

—Estará acostado, señor.

—Ya me lo imagino, es muy sensible. Dígale que se ponga un abrigo y unos pantalones y que vaya al invernadero; quiero enseñar algunas rosas a este caballero.

—Sí, señor.

Dejó la lámpara y desapareció en la oscuridad.

Campion protestó débilmente.

El doctor prosiguió:

—¡Oh!, no es molestia, en absoluto.

El anciano parecía un colegial y Campion pensó que nunca había visto a nadie tan completamente feliz.

—Aquí nos levantamos a cualquier hora del día o de la noche; ya sabe usted lo que es la vida de un médico.

Cogió la lámpara y Campion descubrió que lo que le había parecido el primer peldaño de la escalera era un lobo disecado de tamaño natural. Miró a su alrededor y tuvo la impresión de que las paredes estaban cubiertas con pájaros disecados.

—¿Le gusta la caza? —le preguntó su huésped—. Yo solo cobré ciento treinta y dos piezas el pasado octubre. No está mal, ¿eh? Cazaba durante diez horas y luego estaba de guardia hasta el amanecer. Tengo setenta y nueve años y todavía lo puedo hacer.

Hablaba ostentosamente, pero se notaba que no exageraba.

Entraron en un comedor recargado, cuyo papel rojo y oro que cubría las paredes, estaba casi cubierto por malísimas pinturas al óleo y por un verdadero bosque de trofeos de caza. El doctor parecía menos raro rodeado de semejantes cosas. Estaba junto a la chimenea, y de tal modo formaba parte de ese mundo suyo que fue su visitante el que sintió que era él la verdadera rareza que desentonaba allí. Su huésped le miró con interés profesional, y Campion, que se admiró de lo que estaba pensando, se sorprendió de pronto.

—¿Sabe usted boxear?

El joven se sintió agresivo.

—Desafiaría a cualquiera de mi mismo peso —contestó.

—¡Ah! ¿Estuvo en la guerra?

—Solo los seis últimos meses; nací en mil novecientos.

—¡Bien! —dijo el doctor con tremendo énfasis y luego se entristeció—. Ya entonces fui considerado viejo —dijo, lleno de pesar.

La mujer volvió con la botella y los vasos.

—George está esperándole, señor.

—Muy bien; ya puede acostarse.

—Sí, señor —contestó la sirvienta con voz opaca.

Campion bebió un trago y pensó en Chloe Pye, Sutane y los periódicos. Supuso que habría llevado al anciano lo más a seis millas de distancia de White Walls, y le pareció muy poco espacio para separar dos mundos tan distintos.

—Y ahora esas rosas —dijo el doctor, dejando su vaso—; son extraordinarias. No hay ninguna rosa de exposición que pueda comparárselas, como no sea la *Fran Karl Druschky*. Tienen un tallo soberbio; es lo más importante en una rosa de exposición, el tallo.

Condujo a su huésped a través de un salón, frío en comparación con el calor que hacía en el exterior, y que a Campion le pareció, al echar una ojeada sobre él, que estaba completamente deteriorado.

Sin embargo, el invernadero era espléndido. El aspecto de las begonias y las gloxíneas era asombroso. Una figura alta, con sombrero de fieltro e impermeable, les esperaba con una linterna.

—¿Está listo, George? —le preguntó el doctor.

—Sí, señor.

Entraron en un oscuro jardín, que debía de ser un paraíso a juzgar por su aroma, pero que, desgraciadamente, era completamente indivisible. Llegaron al sitio donde estaban las rosas, hermosos capullos color amarillo dorado, cuyos tallos estaban sujetos con cañas cuidadosamente; pequeños toldillos de tela las protegían contra las inclemencias del tiempo.

Los dos ancianos, el doctor y el jardinero, las miraban con infinita ternura. Su entusiasmo era casi devoción. El doctor cogió entre sus rugosos dedos un capullo y se lo mostró a Campion.

—¿No es precioso? —dijo, enternecido—. Buenas noches, querido.

Volvió a colocar la cubierta de tela.

—No verá usted una rosa más hermosa que esta en todo el distrito —dijo, orgulloso.

Cuando se dirigían a la oscura casa, Campion se decidió a hablar de lo que realmente le preocupaba.

—Supongo que lo que verdaderamente mató a esa mujer fue el golpe que debió de darse en la cabeza al caer a la carretera.

—Sí, tenía el cráneo fracturado. Lo notó usted, ¿verdad? —dijo el anciano doctor, animándose—. Lo que no comprendo es cómo pudo caerse, a menos que ella misma se tirara. Esto es una cuestión que hay que aclarar, a causa del juicio. ¡Ah!, y me fijé en que no olía a alcohol.

—No, no estaba borracha —dijo Campion, lentamente—. Por lo menos, no es el sentido amplio de la palabra.

Con sorpresa notó que el anciano había comprendido lo que quería decir.

—Era una histérica, ¿verdad?

Campion se dio cuenta de su suerte y dijo:

—No hay mucha diferencia entre histeria y lo que se llama corrientemente temperamento, ¿no le parece?

El doctor se quedó pensativo.

—No he tenido demasiada experiencia de temperamentos —dijo, por último—. Una vez atendí a una cantante de ópera, hace casi cincuenta años. Estaba loca... Y no me gustó ese traje de baño. ¿Estuvo todo el día vestida así? Estamos a cuarenta millas del mar.

Campion hizo todo lo posible para describir a Chloe Pye tal como él la había conocido.

—Era vanidosa —dijo—, muy activa e inquieta, y su mayor preocupación era aparentar menos años de los que tenía. Ya ve usted —concluyó— que es muy posible que se subiera a la barandilla del puente para hacer señas a Sutane, que tenía la vista fija en la carretera y no la vio.

—Sí —dijo el anciano, que parecía interesado—. Sí, es muy posible. Pero si era lo suficientemente ágil para subirse a la barandilla, y era, como usted dice, prácticamente una acróbata, ¿cómo se cayó?

Era un argumento razonable y Campion se convenció de que el doctor debía de estar en el Jurado.

—Puede que algo le asustara —dijo— y que se resbalara en algún balaustre roto.

—Pero no había ningún balaustre roto —dijo el doctor Bouverie—. Yo estuve viéndolos. De todos modos, gracias por su información. Ahora ya no me parece tan incomprensible esa mujer; mañana la reconoceré concienzudamente. Puede que encuentre algo que nos explique un desmayo repentino o algo así. Ha sido usted muy amable. Venga a ver mis rosas a la luz del día.

Acompañó a su huésped hasta la puerta, y Campion, tropezando en la oscuridad con algo que no había visto, sintió que un cálido hocico le rozaba la mano. Desde que había llegado, el perro no había hecho ningún ruido, y de pronto se dio cuenta de que los dos criados habían permanecido también silenciosos y obedientes, pero contentos.

Su anfitrión estaba en pie en el porche, con la lámpara levantada.

—¡Buenas noches! —le dijo amablemente—. ¡Buenas noches!

Campion volvió lentamente a White Walls. Las nubes habían desaparecido y la luna irradiaba una pálida claridad sobre los vastos campos. Remaba un silencio absoluto. Cuando llegó, le parecía que había recorrido cien millas, por lo menos.

Encontró el coche del doctor aparcado en el césped, esperando a que el chófer viniese a arreglarlo a la mañana siguiente. Frenó y se acercó al Fiat y levantó la tapa del motor. Buscó el cable del distribuidor y lo conectó. Cuando apretó la puesta en marcha, el motor empezó a funcionar obedientemente.

Volvió a subir a Lagonda y continuó su camino. Cuando vio la graciosa silueta blanca de la casa recostándose contra el cielo, vaciló un momento, sintiendo deseos de dar la vuelta y marcharse a Londres.

Pocas horas antes había decidido olvidar a los Sutane; no recordaba haber sentido nunca esa impresión de culpabilidad, y la experiencia no había sido muy agradable. Ahora, sin embargo, la situación en que se encontraban hacía necesaria su presencia, una situación en que abandonarles hubiera sido huir de algo más concreto, tal vez menos agobiante, pero más importante que sus propias emociones.

Míster Campion no era médico, pero había visto muchos casos de muerte violenta. Sabía que el doctor Bouverie había asistido muchos accidentes de coche en los últimos veinte años; tantos, que debía de estar acostumbrado a ellos, y por eso le extrañaba que no comprendiera un caso tan claro como aquel. Lo primero que observó Campion cuando se inclinó sobre el cadáver de Chloe Pye fue la ausencia de sangre en la carretera, y no podía convencerse de que al doctor se le hubiera escapado este detalle.

Ya que la sangre deja de circular en el momento que el corazón deja de latir, a míster Campion le pareció que había noventa y nueve probabilidad contra una de que Chloe Pye estuviese muerta varios minutos antes de caer del puente; en cuyo caso, desde luego, era imposible que se hubiera caído o tirado de él.

Mientras se dirigía a la casa, se preguntó cómo la habrían matado y quién la habría arrojado debajo de las ruedas de Bentley. Lo que no se le ocurrió considerar fue su propio conocimiento del asunto.

La puerta de *hall*, estaba abierta y un haz de luz amarillenta iluminaba los escalones. Una atmósfera de excitación, de catástrofe, envolvía el edificio. Flotaba, en la noche con raído de pasos apresurados en las pulidas escaleras y se escapaba por las ventanas con apagados susurros de conversaciones sostenidas a media voz.

Campion se paró al pie de los escalones; su figura delgada proyectaba una sombra larga en el sendero. Él cielo se despejaba rápidamente y la luna apareció sobre la avenida de olmos, al otro lado del sendero. Había bastante luz en el jardín. Sobre el césped, la hamaca que Uncle William había colocado allí aquella mañana para Chloe Pye parecía un oscuro barquito en un mar bañado por la luna.

Campion tuvo un pensamiento y dio la vuelta a la casa, tomando el camino del lago. Al pasar bajo las ventanas del salón oyó la voz de Sutane, que contestaba a alguien con nerviosismo:

—Pero ¿cómo voy a saberlo? Yo apenas la conocía.

—Está bien, está bien; no te excites —dijo Poyser, exasperado—. Solo pensé que debíamos tratar de recordar.

Míster Campion se fue lentamente. Reflexionó que siempre pasaba lo mismo. En cuanto ocurría una muerte violenta, había alguien que quería formar un “plan de campaña”, desatendiendo completamente el hecho que tenía verdadera importancia.

El amor o el dinero pueden encubrir, en la vida corriente, cualquier situación desagradable; pero una muerte repentina no se puede ocultar. Un cadáver es siempre un enigma.

Mientras andaba solo entre los setos de tejos pensó que en una época en que las cosas más serias se tomaban tan a la ligera, la importancia de una muerte repentina era una buena lección, algo así como una pequeña roca en medio de las arenas movedizas de los deseos.

Se alejó de los setos y bajó por una pendiente hasta el agua, rodeada de un borde de piedras. El pequeño lago no era más que un estanque en forma de riñón, hecho aprovechando la cama de un arroyuelo, ensanchándola. Un propietario anterior a los Sutane había plantado sauces a su alrededor, y estos habían edificado una caseta de baño.

Inmediatamente encontró lo que buscaba. En la orilla del este, frente a la caseta, había una ancha plataforma pavimentada de unos veinte pies de ancho, y en ella estaba el pequeño tocadiscos negro, con la tapa levantada aún.

A la luz del día, el lugar tenía un aspecto algo abandonado, no del todo

desagradable. Sutane no era demasiado rico, y dos buenos hombres y un muchacho habían hecho la restauración que él había podido pagar. Sin embargo, a la luz de la luna recobraba todo el antiguo esplendor de sus mejores tiempos, y Champion llegó hasta el gramófono a través de un mundo de cuento de hadas. Se quedó parado un momento al pie de los escalones que subían a la plataforma y observó la superficie de esta. Estaba tersa y seca.

Cuando se convenció de esto se acercó al gramófono y se agachó junto a él. El disco había estado tocando hasta que se paró automáticamente. Champion leyó el título: *Etude*, una piececilla de escaso valor musical. A Chloe Pye le hubiera costado mucho trabajo bailar esa monótona melodía.

Echó un vistazo a la caja de discos y vio que faltaban dos. Buscó el segundo y lo encontró en el suelo, en la sombra proyectada por el tocadiscos, metido en su funda gris. Su descubrimiento le interesó considerablemente. El disco estaba roto en pequeños pedazos, como si un pesado pie se hubiera apoyado en él. La etiqueta era aún legible, y Champion la alumbró con la linterna. Era *El amor brujo*, de Falla. Fijándose más vio que era la primera parte, y supuso que la segunda estaría en la otra cara. Se le ocurrió una idea. Utilizando un pañuelo para protegerse los dedos, levantó el diafragma cuidadosamente y quitó el disco del gramófono. Como había imaginado, la tercera y última parte de la obra de Falla estaba en la otra cara. Enarcó las cejas. Sabía que frecuentemente se usan piezas triviales como el *Etude* para rellenar las cuartas caras de los discos; pero si miss Pye había estado bailando la música de Falla, lo cual era razonable, no le parecía lógico que hubiera puesto el disco del *Etude*, y se preguntó dónde estaba ella cuándo dejó de sonar la obra de Falla.

Sé sentó sobre sus talones y miró a su alrededor para ver si encontraba algo más. Una ojeada le bastó para darse cuenta de que su segunda búsqueda no iba a ser tan sencilla como la anterior. La seda roja, que tanto destaca a la luz del sol, se confunde de noche fácilmente con las sombras. Sin embargo, Chloe Pye llevaba puesta una falda de seda roja, que le llegaba hasta los tobillos, la última vez que la había visto viva, y cuando estaba apoyada en el seto, tan trágicamente lacerada, no tenía puesto más que el traje de baño blanco. ¿Cuándo y dónde la habría perdido?

Al llegar a este punto de sus investigaciones, estando sentado silenciosamente a la luz de la luna, tan brillante que parecía extraño que no calentara, fue cuando se dio cuenta de que no estaba solo en el jardín. Algo se movía sobre la seca hierba, bajo los olmos, detrás de la caseta. Primero pensó que sería un perro que iba y venía entre los árboles, hasta que cierta regularidad rítmica en el ruido de los pasos le hizo cambiar de opinión.

Como no quería que le descubrieran examinando el gramófono, se levantó cautelosamente y echó a andar por la hierba del sendero. La sombra de la caseta le ocultaba, y allí se quedó quieto, vigilando.

Justamente detrás de la caseta de baño había espacio libre entre los árboles. Una ancha explanada de hierba, que se había dejado crecer a propósito, llegaba hasta los

restos cubiertos de hiedra de una ruina artificial. Su estructura era una mala copia de lo que su propietario había visto en la Grand Tour. El ruido venía de la sombra que proyectaba la ruina, y entre Champion y esta la luz de la luna formaba grandes manchas claras sobre la hierba, dándole el aspecto de una inmensa piel de algún animal prehistórico.

Mientras vigilaba, Champion oyó los pasos claramente; era un ruido rítmico y mesurado.

Pensó que debían de ser por lo menos las dos de la madrugada. Lo avanzado de la hora parecía disculpar su espionaje, y estaba a punto de salir de su refugio cuando una suave brisa movió las ramas de los árboles y las sombras de la pradera.

Míster Champion se quedó inmóvil. Haba visto una figura entre las sombras. De pronto salió a la luz. Era una muchacha, y Champion se quedó tan sorprendido que no la reconoció. Llevaba puesto un ligero camisón, y sobre este, una especie de capa de terciopelo con flotantes mangas, y estaba bailando.

Comparada con Sutane y Slippers, se veía claramente que era solo una *amateur*. Sus movimientos no eran graciosos, pero había en ellos una intensa sensibilidad, un impulso primitivo e impresionante.

Estaba absorta en su danza, que parecía tener como motivo una especie de ritual. Champion la miraba avanzar y retroceder corriendo, inclinándose y levantándose, girando, moviendo los brazos sobre su cabeza o a la altura de sus hombros. Reconoció a Eve Sutane y se sintió aliviado. Aquí, en el cálido aire de la noche, con sus flotantes vestiduras y emocionada como estaba, era una criatura muy diferente de la muchacha taciturna de ojos tristes que Champion había conocido.

Este, recordó que debía de tener unos diecisiete años. Como todos los buenos neogeorgianos, había leído algo de los estudios realizados sobre esta edad mental y conocía un poco la psicología de los sexos. Pensó que mientras un victoriano hubiera visto en este despliegue o bien una exhibición de dulce sensibilidad espiritual o una muchacha haciendo oposiciones a morirse de una pulmonía, a él le daba una confusa e incómoda impresión de ocultos deseos y exhibicionismo primitivo.

Estaba considerando estos pensamientos, cuando las anormales circunstancias en que se desarrollaba esta extraña manifestación juvenil le volvieron a la realidad. Reflexionó que probablemente la muchacha no sabría nada de la muerte de Chloe Pye, y, acercándose a ella, tosió discretamente.

Esta pasó bailando junto a él, como si no le hubiera visto, pero de pronto se volvió. En su excitación estaba casi hermosa, con los ojos brillantes, y su boca, ancha y sensual como la de su hermano, se entreabrió en una sonrisa que olvidó disimular.

—¿Qué hace usted aquí? Creí que se había ido con el doctor —dijo con brusquedad.

Campion la miró con curiosidad.

—El médico estaba agotado, y yo vine a refrescarme un poco antes de irme a acostar.

—¿Hace mucho que está aquí?

—No —mintió él cortésmente—. Acabo de llegar. ¿Por qué?

La muchacha se echó a reír, y Campion no supo si era porque se sentía aliviada o si realmente estaba tan contenta como parecía.

—No nos gustan los curiosos —dijo—. Los aborrecemos. Buenas noches.

Volviéndole la espalda, echó a correr por el sendero, rebosando felicidad en cada salto de su cuerpo y en cada paso de sus ligeros pies.

Campion se aseguró de que había entrado en la casa antes de volver al claro. Allí encontró la falda de seda roja de Chloe Pye, extendida sobre el suelo como una alfombra. Eve había estado bailando sobre ella.

Estaban examinando la conveniencia de enviar una nota por el estilo siguiente:

“CHLOE PYE MUERE TRÁGICAMENTE

Un brillante y joven bailarín provoca involuntariamente un fatal accidente

Poco después de las diez de esta noche, miss Chloe Pye, que aun ayer hizo su brillante aparición en el escenario londinense del Argosy Theatre en *The Buffer*, encontró la muerte bajo las ruedas de un coche. El accidente tuvo lugar en la finca rústica de míster Jimmy Sutane, donde ella estaba pasando el fin de semana. Míster Sutane, que conducía el coche cuando ocurrió el accidente, padece un intenso *shock*”.

—Y me parece que no podemos añadir nada más, ¿no le parece? Esto ya les explica todo lo que ha pasado. Por supuesto, les hará venir a nosotros como una nube de moscardones; pero de todos modos, hubieran venido.

Dick Poyser levantó la vista del *bureau* del cuarto de estar y habló accionando con la estilográfica. Sock, que estaba recostado en el respaldo de su silla, se encogió de hombros.

—Puede suprimir “del Argosy Theatre” en *The Buffer*— dijo—. No lo publicarán. Lo demás está bien, sí; muy bien. Puede que algunos lo utilicen, pero no nos libraremos de ellos tan fácilmente, créame.

Poyser arrojó la pluma sobre el papel, tirando sobre este un borrón de tinta.

—¿Y quién diablos dijo que nos libraríamos? —chilló irritado—. Cuando haya estado trabajando en este asunto tanto tiempo como yo, sabrá que si le da a un periodista una copia lista para imprimir, la utilizará, si no entera, por lo menos sí en parte, en vez de tomarse el trabajo de redactarla él mismo. Usted no puede dictarles lo que vayan a decir, pero a veces se les puede persuadir, si no se dan cuenta de que intenta hacerlo. Además —añadió con gran seriedad—, todo es cuestión de tiempo.

—Usted lo ha dicho —dijo Sock cogiendo el papel escrito.

—¡Por Dios, basta ya! —gritó Sutane.

Estaba sentado en un sillón al lado del fuego, que miss Finbrough intentaba avivar. Linda estaba de pie tristemente detrás de él y Uncle William se había sentado desconcertado en un rincón con las manos cruzadas sobre el estómago.

Los dos hombres que estaban en el *bureau* dejaron de discutir inmediatamente.

—Usted váyase a la cama, Jimmy —dijo Poyser—. Debe tranquilizarse, amigo mío.

Sock miró a Sutane con una triste sonrisa.

—Todo depende de ti, James —dijo, pesaroso.

—Yo le llevaré —murmuró miss Finbrough, como si: estuviese hablando de un niño.

Sutane los miró a todos con expresión divertida e irónica.

—¿Qué creen ustedes que soy? —dijo—. Vete, Finny. Sé cuidarme perfectamente yo solo; ya no soy un niño. Puede que sea un buen bailarín, puede que gane algunos miles en el año, puede que haya matado a Chloe Pye, pobrecilla, pero no soy un niño. ¡Oh; hola, Champion! ¿Qué tal le fue con el doctor?

Era asombroso cómo su agradable voz podía volverse tan autoritaria. Cuando entró Champion, todos estaban silenciosos.

El delgado joven les sonrió amablemente y contó lo que había hecho.

—No es mala persona —dijo finalmente, intentando tranquilizarlos—. Fue el traje de baño lo que le confundió. En cuanto le hice comprender que todos éramos personas perfectamente normales, aunque quizá algo bulliciosas, se volvió mucho más tratable. Va a hacer una autopsia, desde luego. No..., no creo que esté ya tan obstinado en que sea un suicidio como lo estaba.

—Parece buena persona —dijo Sutane—. Ya me di cuenta de ello, Champion. Sock me contó, lo del coche; tiene gracia. A mí no se me hubiera ocurrido. Usted se quedó allí para realizar el truco.

—¿Qué truco, qué truco?

Poyser estaba muy interesado y, aunque Champion se sintió molesto, su pequeño subterfugio fue explicado con todo detalle. Se quedó mirándolos mientras discutían el mecanismo del truco con satisfacción de colegas, y se dio cuenta de lo infantiles que eran todos ellos. Su entusiasmo, su apasionado deseo de escapar de la trágica realidad, su tendencia a hacer cualquier cosa mucho más importante de lo que era, dramatizándola; todo en ellos era infantil.

Miró a Linda. Solo ella había reaccionado ante la tragedia de un modo que él comprendía perfectamente. Tal como estaba, de pie detrás de la silla de Sutane, con los brazos colgando a lo largo de su cuerpo y el rostro pálido, parecía exhausta, a punto de quedarse dormida sobre sus pies.

Sock fue al *hall* y volvió con un viejísimo abrigo de cuero. Estaba tan despierto como si se acabara de levantar.

—Bueno; voy a ponerme en marcha —dijo—. Voy a ver a quién puedo encontrar. No es posible que intentemos ocultarlo; todos lo sabemos, ¿no? Pero trataré de suavizar las cosas. Volveré por la mañana y veré a los chicos cuando lleguen al periódico. Tú vete a la cama, Jimmy; déjalo todo en nuestras manos.

Se marchó y Sutane se volvió a su mujer.

—Seguramente, Mercer podrá hospedar mejor que nosotros a Champion y Uncle

William —dijo—. ¿Dónde está?

—Le dejé en el cuarto de música —contestó Uncle William volviendo a la vida con un bostezo—. Voy a ir a buscarle.

—Salió de la habitación y volvió con el compositor. Mercer miró a su alrededor.

—Sabía que yo no podía hacer nada —dijo—; por eso me fui de aquí, para quitarme de en medio. ¿Hice bien? ¿Qué pasa ahora? ¿Se fue el policía?

—Sí —dijo Dick Poyser cerrando el *bureau*—. Sí. Volverán por la mañana; habrá un interrogatorio. Usted tendrá que ocuparse de eso, Jimmy. ¿Le importaría suspender su actuación en el espectáculo por un día o así? Konrad puede interpretar su papel.

Sutane se encogió de hombros.

—¿Qué le parece a usted? —empezó a decir desesperanzado.

Linda le interrumpió.

—Son las tres de la mañana —dijo—. Tienes que dormir; ya hablaréis mañana.

Miss Finbrough suspiró.

—Hay mucho que hablar de esto —dijo, con un tono tan extraño que Campion la miró.

Estaba resentida, y le pareció que no le gustaba que otra mujer diese su opinión sobre lo que debía hacer o no Sutane, pues evidentemente pensaba que eso solo le correspondía hacerlo a ella.

—¿Dónde está Konrad? —preguntó Campion.

—Se fue a dormir —dijo Poyser con una risita ahogada—. Konrad no perdona el sueño, pase lo que pase. Tiene que recuperarse para pensar en esto con calma.

Linda se volvió a Mercer.

—¿Le importaría que Uncle William y míster Campion durmieran en su casa esta noche? —dijo—. Están rendidos y no hay ninguna habitación preparada.

—No; que vengan; me gustará —dijo Mercer, como si creyera que Linda había hecho esta proposición para que no estuviera solo—. Nos iremos a acostar en seguida, ¿no? Es muy tarde.

—Es una buena idea —asintió Uncle William—. Discurriremos mejor mañana por la mañana —dijo, cogiendo la mano de Linda y oprimiéndola—. Ha sido terrible, querida, terrible; pero Campion y yo estamos aquí y haremos todo lo que podamos. Confía en nosotros. Intenta dormir y olvídate de todo hasta mañana. Por el día las cosas no parecen tan graves como por la noche; lo he observado durante toda mi vida.

Linda le sonrió agradecida.

—Es usted muy bueno —dijo—. Buenas noches.

—¿Yo había traído abrigo? —preguntó Mercer—. No, no lo he traído. Puedes dejarme uno, ¿verdad, Jimmy? Hace mucho frío a estas horas de la noche.

Salió a buscar el abrigo y Poyser se echó a reír con una risita tonta. Como muchos hombres excesivamente bajos, tenía una curiosa risa de ratón, como el gorjeo de un niño.

—¡Qué despistado! —murmuró—. Bueno; voy a dormir unas horas, para levantarme en cuanto amanezca.

Uncle William cogió a Campion del brazo.

—Vamos, muchacho —le dijo—. Encontraremos a nuestro anfitrión en el *hall*.

Los tres hombres caminaron silenciosos por el oscuro jardín; pero cuando cruzaron el puente, Mercer se detuvo y pidió que le enseñaran el lugar del accidente. Campion le miró con curiosidad. Tenía un extraño aspecto en la semioscuridad; sus anchos hombros parecía que iban a estallar de un momento a otro las costuras del abrigo de Sutane y su actitud respecto del accidente era desconcertante; se comportaba como si fuera un espectador privilegiado, pero que no tuviera nada que ver con ello.

—Debe de haber sido un suicidio —dijo pensativo cuando Campion le expuso los hechos—. No diré nada, por supuesto, si no quieren que se sepa; pero hasta un tonto podría darse cuenta de que ha sido intencionado. Es extraordinario que lo haya hecho una mujer. Se le antoja ir a casa de unos extraños a pasar el fin de semana, y se rompe la cabeza tranquilamente, trayéndonos a todos preocupaciones e inconvenientes. Pero no me sorprende, porque esta mañana, en el *living*, estaba muy misteriosa.

Siguió andando y los otros le siguieron de buena gana. Hacía fresco y a Uncle William le castañeteaban los dientes, mientras míster Campion, por razones privadas, no tenía ningún deseo de hablar de la muerte de Chloe Pye.

Mercer empezó a murmurar entre dientes, como si estuviera pensando en voz alta.

—No era una buena bailarina —dijo—. Me di cuenta de ello en seguida. No tenía talento. Poyser me dijo que estuvo desastrosa el sábado por la noche. ¿Por qué la incluyó Jimmy en su espectáculo? ¿Lo saben ustedes?

Parecía que no esperaba respuesta, pero siguió murmurando hasta que llegaron a un inmenso huerto situado al final de la finca.

Campion vio una fachada de ladrillo que se recortaba contra el cielo. Mercer abrió la puerta de la casa y entraron en un *hall* de suelo de piedra, pasando luego a un amplio estudio o sala de música, que ocupaba por lo menos la mitad del edificio.

La primera impresión que le causó a Campion esta extraordinaria habitación fue de incongruencia; la segunda, de extravagancia. Un gran piano de concierto, marca Steinway, ocupaba el centro de la habitación. Había, además, un sillón; pero el resto del cuarto era un puro caos. Había montones de papeles sucios por todos los rincones, libros abandonados de cualquier manera, y el exquisito mantón de Manila que cubría la pared, encima de la chimenea, estaba sucio y desgarrado.

Mercer removió un montón de papeles que había sobre una mesa auxiliar y sacó de debajo de ellos una bandeja con un frasco y unos vasos.

—Sírvanse ustedes mismos; yo no bebo por la noche —dijo, sentándose en el sillón para volver a levantarse inmediatamente—. Este maldito abrigo me está estrecho —gruñó, quitándoselo y tirándolo al suelo con indignación—. Odio la ropa ceñida.

Uncle William se preparó un extraño mejunje e insistió en hacer otro para míster Champion. Se apoyaron en la repisa de la chimenea, mientras Mercer se recostaba en el sillón y los miraba sombríamente.

—Debió de ser instantánea; la muerte, quiero decir. Era una mujer a quien no conocíamos y a quien no teníamos ningún interés por conocer. Era antipática, bulliciosa y horriblemente fea, y ahora se ha muerto.

Uncle William tosió disimuladamente.

—No sea morboso; ha sido muy triste, nada más. Y muy extraño.

Mercer le miró sorprendido.

—¡Vaya! ¿No creerá usted lo que está diciendo? —dijo con irritación—. Triste..., extraño... Eso no son más que palabras. Mientras veníamos hacia aquí iba pensando lo extraordinario que es que haya desaparecido tan repentinamente. No ha quedado ni rastro de ella; quiero decir que no se la oiga alborotar. Recuerden su horrible risa escandalosa, por ejemplo, y todas sus rarezas, sus chifladuras, hubiera sido más lógico que hubieran ido desapareciendo una a una, no todas de golpe. Es algo extraño; nunca lo había observado.

Uncle William le miraba como si estuviera pensando que estaba loco.

—Ande, váyase a la cama; está usted rendido. Lo estamos todos.

—¿Rendido? —dijo Mercer, indignado—. No, no estoy rendido. ¿Por qué iba a estarlo? Yo no conocía a esa mujer, y, probablemente, si la hubiera conocido no me hubiera gustado. Su muerte no me ha afectado en absoluto; no tiene nada que ver conmigo ni con ninguno de nosotros. Me parece que Jimmy le está dando demasiada importancia. Después de todo, fue ella la que se cayó debajo de su coche. Él no pudo evitar atropellarla. ¡Señor, me parece que decir esto no es ser morboso! Pensaba solo en los hechos. Esta mañana no hacía más que molestar por toda la casa y armar alboroto. Ahora todo ha desaparecido, se ha marchado. ¿Adónde habrá ido? Eso es lo que me pregunto. Es como una idea fija; puede aprovecharse para una composición. “Te ocultaste en las tinieblas, donde mis brazos no pueden ya encontrarte”. ¿Lo ven? Así es como se escriben las canciones.

—Me gustaría acostarme —dijo Uncle William, harto de tonterías.

Mercer se encogió de hombros.

—Creo que tiene usted razón —dijo resignado—. Hay que dormir, aunque sea una estúpida pérdida de tiempo. ¿Por qué no podremos estar siempre despiertos, y que siempre fuera de día, en vez de tener que andar acostándonos, y levantándonos, y afeitándonos? ¡Qué lástima de tiempo perdido!

Campion le miró fijamente, y vio que sentía lo que decía. Las ideas se le ocurrían y estas engendraban otras nuevas. Que su mente era completamente infantil quedó demostrado con lo que dijo a continuación.

—No encuentro ninguna palabra que rime bien con “encontrarte”, excepto “abrazarte”. ¿Qué les parece? —dijo—. Pero no me gusta. Tendré que ir a ver a Peter Dill para que me ayude. Creo que escribiré esta canción; me gusta eso de “¿dónde

estás?” y “tan cerca y ahora tan lejos”.

—Ese tipo está chiflado —dijo Uncle William cuando, minutos más tarde, la puerta de la habitación que les habían destinado para pasar la noche se cerró tras ellos—. Espero que las sábanas estén limpias.

En el dormitorio había tres camas, y las abrió todas para ver cuáles eran las dos mejores. Al subir las escaleras, Mercer señaló casualmente la puerta de su habitación, y fue Uncle William quien se encargó de ir a pedirle pijamas para los dos.

Se sentó en la cama que había elegido, tan peinado y sonrosado como si acabara de salir del baño, y suspiró.

—Dinero, mucho dinero para luego no saber gastarlo. Seguro que este tipo ni siquiera sabe lo que tiene en el banco. ¿Es cómoda su cama?

—Sí —contestó Campion, abstraído.

—Me alegro. Estos tipos ricos y descuidados compran todo lo que se les antoja. Los vendedores lo saben y los persiguen.

—¿No será para ofrecerles camas, seguramente?

—Toda clase de objetos —aclaró el anciano con la absoluta convicción del que sabe lo que dice—. Acaban ofreciéndoselos a los criados, si no encuentran mejor comprador. Supongo que aquí habrá criados.

—Seguro.

Campion hablaba mecánicamente. Tenía la mente ocupada con el delicado problema de la muerte de Chloe Pye y estaba preocupado pensando lo que debería hacer. Nunca había negado una información vital y la repentina decisión de salir de su habitual imparcialidad le molestaba considerablemente. Después de todo, una mujer había sido asesinada, y probablemente por una de las personas con las que había pasado el día. Tenía que reflexionar la situación en que se encontraba.

Sin embargo, Uncle William no dejaba de hablar.

—No debe de haber criados. Nunca se puede conocer bien a un tipo como Mercer. ¿Sabe usted lo que pienso de él, Campion? Que es un haragán, un chiflado; pero ha tenido suerte y ha hecho una fortuna con esas estúpidas canciones suyas. He conocido muchos hombres como él, pero ninguno tenía un céntimo.

Míster Campion, que no le estaba prestando demasiada atención, le miró.

—Creo que tiene usted razón —asintió—. Es un tipo raro.

—Exactamente —contestó Uncle William excitado—. Y se conforma con poco. Siempre está pensando en hacer lo que se le ocurra, y, desde luego, lo hace. Eso es lo único que necesita para ser feliz, y no diamantes para serlo.

—¿Diamantes?

—O elefantes, me da lo mismo; lo he dicho en sentido figurado.

—¡Ah, ya! —exclamó Míster Campion, pensativo—. Sus canciones tienen mucho éxito.

—No son más que disparates llenos de sensualidad —declaró Uncle William, exasperado—. Yo no entiendo mucho de música, pero sé distinguir lo bueno de lo

malo cuando lo oigo. Sin embargo, parece que gustan. Lo que resultaría estúpido si se dijera normalmente, puede cantarse y resultar menos mal. Ya lo dijo un alemán, no recuerdo cómo se llamaba.

Campion movió la cabeza.

—Toda la obra de Mercer tiene algo, no son solo estupideces escritas para los tontos. Tiene sentimiento, aunque esté horriblemente expresado. Eso es lo que hace que sus canciones sean tan endemoniadamente enrevesadas.

—Sí, y a veces también bastante desvergonzadas. Es como si uno nos contara sus penas y nos recordase nuestros más ocultos pensamientos acerca de una magnífica mujercita —dijo Uncle William inesperadamente—. Yo ya lo había notado, pero nunca había hablado de ello. Bueno; en el fondo todos somos unos Sentimentales.

El descubrimiento que acababa de hacer pareció divertirle, porque se echó a reír alegremente.

—Lo más extraordinario es que él no sabe nada de las mujeres —continuó—. Resulta extraño, tratando con tanta gente de teatro. Sutane le conoce desde que empezaba a escribir. No se ha enamorado en su vida y tampoco se enamoró de él ninguna mujer. Las trata con amabilidad, pero no le interesan, como si fueran niños mimados o algo así. Mercer es un desconsiderado; seguro que en esta casa hay varios dormitorios. Pero nos ha metido aquí a los dos juntos por no molestarse en decirnos dónde están los otros.

Campion no contestó. Uncle William apagó la luz y se acostó. Pero todavía no le apetecía dormir.

—Suicidio o accidente, ¿qué importa? —murmuró filosóficamente—. No quiero parecer brutal, pero me parece que muerta está mejor. No se resignaba a envejecer.

Campion continuó silencioso, pero su compañero no quería estarse callado.

—Campion...

En la oscuridad, su voz sonó con insistencia.

—¿Sí?

—Nos hemos metido entre una gente extraña, ¿verdad? Son unos bandarlogos curiosos.

Campion abandonó pesaroso sus propios pensamientos.

—¿Bandarlogos? —preguntó.

—Es indio —le explicó Uncle William—. Significa “hombres monos”. Lo leí en *El libro de la selva* —añadió modestamente—. Toda la India que describo en mis memorias la saqué de ese libro y de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Intenté comprender a *Kim*, pero no pude congeniar con él. Hay cosas divertidas acerca de esas memorias, Campion. Si me hubiera atenido a contar solo la verdad, nadie las hubiera leído. Tal como las escribí, se rieron de mí e hice una pequeña fortuna; es mejor ser un *clown* que un viejo loco. Mi madre no se hubiera dado cuenta de esto, aunque era una mujer inteligente. ¡Dios la tenga en su gloria! Y ahora que me acuerdo, ¿tendré que asistir al interrogatorio sobre miss Pye?

Campion se desveló.

—¿Dónde estuvo usted toda la tarde?

—¿Yo? —dijo Uncle William echándose a reír—. Estuve muy tranquilo. No acostumbro a hacer de policía. No volví a ver a miss Pye desde que terminamos de comer. No he sido testigo. Estuve en la sala de música de al lado del comedor, escuchando a Mercer. No me molestan sus melodías, si no tienen letra. Fue la cháchara de esos tipos, hablando de sus vulgares pensamientos, lo que me puso de mal humor.

Campion se enderezó y se apoyó sobre un codo.

—¿Estuvo toda la tarde oyendo tocar a Mercer? ¿Desde que terminó de comer hasta cuándo?

—Hasta que Linda vino como un fantasma y nos contó lo del accidente.

—Ya. ¿Y dónde estaba Konrad?

—¿Ese majadero? —dijo el anciano despreciativamente—. Dijo que había dejado a Chloe Pye junto al lago y se subió a su dormitorio, que está sobre la habitación en que estábamos nosotros. Se acostó y dejó la ventana abierta para oír a Mercer, según dijo.

Se volvió y se arropó.

—No quiero ser descortés —dijo por encima de su hombro— pero si yo fuera mujer, me repugnaría semejante tipo.

Sutane estaba tumbado boca abajo sobre una mesa cubierta de fieltro, tomando los rayos ultravioleta de la lámpara que miss Finbrough cuidaba como si fuera un fuego sagrado.

Estaba apoyado sobre los codos, y su rostro, vuelto hacia los que se habían reunido en la habitación, tenía expresión de tristeza y abatimiento.

El cuarto era espacioso y muy claro, y las cortinas, estilo imperio de color rosa, ondeaban suavemente en el cálido aire del verano. Afuera, las copas de los árboles estaban verdes y doradas y pequeños rasgones de nubes navegaban por la inmensidad del cielo.

Uncle William, algo molesto por aquella original audiencia matutina, se sentó en el marco de la ventana, y Champion se puso a su lado. Sock Petrie se recostó en una silla de junco. Tenía los ojos hundidos por la falta de sueño, pero miraba a Sutane sin pestañear.

Mercer también estaba sentado en un sillón, con las manos cruzadas sobre su regazo. Parecía profundamente aburrido.

Benny Konrad era la otra persona que había en la habitación. Llevaba unos *shorts* y un *sweater* y estaba tumbado de espaldas en el suelo, levantando una pierna después de la otra con monótona regularidad. Hubo un silencio interrumpido solo por su profunda respiración —uno, dos tres, dentro; uno, dos tres, fuera; uno, dos, tres, dentro—, y siguió así. Su rostro joven y petulante estaba rojo por el ejercicio y un mechón de pelo rubio le caía sobre una frente tan tersa como la de una muchacha.

—Demasiado caliente —dijo Sutane de pronto, y miss Finbrough puso una mano roja sobre su piel.

—Ya acabamos —murmuró suavemente—. Voy a ponérsela en las piernas; solo dos minutos más.

—¿De modo que esta tarde hay interrogatorio? —preguntó Sock—. Eso te impedirá representar el *Swing Over*, pero no veo modo de arreglarlo. Supongo que se atenderán a los coros. ¿Cómo estuvo Maisie ayer?

Sutane se encogió de hombros. Miss Finbrough había apartado la lámpara y le daba golpecitos rápidos con las yemas de los dedos.

—¡Oh, muy bien, muy bien! —dijo sin entusiasmo.

—Yo creí que había estado fatal —interrumpió Konrad—. Arriba, abajo; arriba, abajo; arriba, abajo...

Sock le miró con ironía.

—Konrad el *Cómodo*— dijo gravemente—. Te sienta bien; deberías adoptarlo;

tienes distinto aspecto que el *Puritano*, ¿verdad, Ronnie?

—No lo sé —dijo Konrad con indiferencia.

Pero en su rostro se veía claramente que la broma no le había gustado y parecía no estar seguro de si lo que le había dicho Sock había sido un cumplido o una burla. Continuó con sus ejercicios.

—¿Entonces la prensa me es favorable?

Sutane, sin duda, no se había dado cuenta de que era la tercera vez que repetía la pregunta.

—Están como siempre —contestó Sock extendiendo sus finas manos—. Más interesados que de costumbre, desde luego. Tiene gracia que haya estado toda la vida procurando que salieras en los periódicos y que en estos últimos meses haga todo lo posible por evitarlo.

Sutane hizo una mueca de asentimiento.

—Sí, es una espada de dos filos —dijo apoyando la cabeza en los brazos, pues miss Finbrough había decidido dar masaje a los músculos de su cuello.

Pero de pronto levantó la cabeza, sustrayéndose a sus vigorosos dedos.

—¡Ah!, anoche conseguí una invitación —dijo—. Se me había olvidado. Está en el bolsillo interior de mi chaqueta, Sock, en el dormitorio de al lado. Ve a buscarla, si no te importa.

—No deberías haberte marchado —dijo Sock levantándose—. Aunque ahora ya no parece tan espantoso. ¿Quién te la dio?

—El concejal Baynes, de Merton Road —dijo Sutane remedando a su huésped del día anterior—. Estaba encantado de poder complacerme; ¡oh, sí!, completamente encantado. Lo revolvió todo, inspeccionó cada pedazo de papel que encontró por la casa, y si yo quería esperar un momento, estaba seguro de poder encontrar la invitación. Sí; allí estaba, tal como él la había recibido, con sobre y todo. ¡Oh, querido amigo mío!, ¿no era una suerte haberla encontrado? ¡Qué tarde tan maravillosa! ¡Qué casa tan distinguida! ¿Podía esperar un momento para que me presentara a mistress Baynes? Estaba vistiéndose.

Le imitó a la perfección, casi con crueldad, y a los demás les pareció ver su bigote temblón.

Todos se rieron, excepto Konrad, a quien pareció que Sutane había hecho una vulgaridad.

Cuando Sock volvió con la invitación, Sutane se levantó para unirse al grupo, y Champion dirigió una rápida mirada a miss Finbrough. Estaba furiosa; sus claros ojos azules estaban sombríos y tenía los labios apretados. Sutane no le hizo caso.

—Mire usted, Champion —insistió—. ¿No le dice nada esto?

El joven miró la invitación dubitativamente. Ni el papel ni el sobre tenían nada de particular. Eran de color crema y podían haberlos comprado en cualquier papelería. Estaban escritos a mano con tinta verde y la caligrafía era del tipo que se enseñaba en las escuelas unos años atrás. Las letras eran redondas, desparramadas y sin

personalidad. Habían tachado las palabras impresas “Sírvese enviar respuesta” con un simple trazo y el timbre de correos del sobre era la estampilla familiar, pero inútil, de la Central London.

—Es una lástima que no haya nada más que la escritura —dijo, por fin, Campion—. Lo más extraño es que no parece que se hayan molestado en desfigurarla. ¿No conoce ninguno de ustedes esta letra?

—No es de nadie que yo conozca —dijo Sock—. Conozco a mucha gente que la tiene parecida, pero no igual.

—Es de mujer —murmuró Konrad, riéndose estúpidamente—. Una de tus admiradoras se ha propuesto fastidiarte, Sutane.

Jimmy le miró fríamente y Konrad volvió a hacer sus ejercicios, ruborizado y resentido.

Sock continuó estudiando la invitación.

—La tinta verde me hace pensar que sea una mujer, pero no podría decir por qué —admitió—, aunque toda esta broma pesada es algo femenina. ¿Conoces a alguien que escriba así, James?

A pesar de estar desnudo, cubierto solo por una toalla, Sutane no había perdido su dignidad.

—Si lo conociera, ya hubiera hablado con esa muchacha.

—Si estuviera viva —murmuró Konrad, desde el suelo.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando se arrepintió de haberlo hecho. Se puso pálido y redobló los movimientos de sus piernas.

—¿Qué diablos quieres decir con eso? —repuso Sock, volviéndose hacia él violentamente—. La letra de Chloe era como álgebra china, lo sabes tan bien como yo. ¿Adónde vas a parar?

Konrad no respondió; el color había vuelto a sus mejillas y parecía que se había quedado sordo, mientras pedaleaba en el aire sin parar.

—¿Has visto la letra de Chloe, sí o no? —insistió Sock.

—Puede que yo no estuviera hablando de Chloe Pye —murmuró Benny Konrad, sin mirar a su interlocutor.

—¿Pues de quién, entonces? —gritó Sock fuera de sí—. Siéntate y deja de moverte. ¡Siéntate, imbécil!

Konrad se incorporó lentamente, apoyando las piernas extendidas sobre el suelo, dócil y resentido, y adoptó una dignidad pudorosa, poniéndose a la defensiva.

—Bien.

—¿Qué estabas insinuando?

—No estaba insinuando nada, yo no soy así. Te agradecería que me dejaras continuar ejercitándome, Petrie. Tengo que estar en forma, ya lo sabes.

—¡Estar en forma! —dijo Sock, mordiendo las palabras—. Mira, Ronnie, dime qué estabas pensando cuando has insinuado que la mujer que escribió las invitaciones

podría estar muerta.

Konrad se enderezó.

—No pienso quedarme aquí sentado consintiendo que me grites —dijo—. No insinuaba nada. Se me ocurrió eso y lo dije.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el joven, fuera de sí—. ¡Tienes un saco de serrín por cabeza! ¿Es que no puedes pensar lo que dices?

Konrad cerró los ojos.

—Ya sé que no te das cuenta —dijo—, pero me estás haciendo mucho daño. Esta noche tengo que afrontar una seria responsabilidad. Tengo que estar tranquilo; no resulta tan fácil representar un papel difícil cuando se está excitado, aunque se haya estado ensayando durante meses enteros, y puedo arruinar mi reputación. Puede que tú no lo entiendas, pero el éxito depende mucho de la tensión emocional del individuo.

Sock abrió la boca para hablar, pero Sutane le detuvo, mientras volvía a subirse a la mesa de masaje. En su rostro se reflejaba irritación. Tenía la boca contraída y un intenso rubor le cubría el cuello y las mejillas.

—No necesitas excitarte, amiguito —dijo—. Esta noche no pienso abandonarte.

—¿Qué?

Konrad olvidó su dignidad. Se quedó lívido y se sentó inconscientemente en una ridícula pose teatral, con las rodillas cruzadas. Después continuó:

—¿Es que vas a actuar esta noche? ¡No puedes hacerlo! Poyser dijo...

Sock le cogió por el cuello y le puso en pie. Sutane se había quedado pálido, pero se tumbó en la mesa e indicó a miss Finbrough que podía continuar su trabajo. Konrad temblaba violentamente bajo la mano de Sock.

—Poyser dijo... —comenzó de nuevo.

Sock le miró hoscamente.

—Deja de pensar en eso —le advirtió amenazador.

Konrad tenía los ojos llenos de lágrimas y su boca se había contraído en una fea mueca al intentar contenerlas.

—Pero yo creí que iba a sustituirle esta tarde —balbució.

—Esta tarde estarás en el Juzgado explicando por qué dejaste a Chloe junto al lago. Eres el último que la vio viva; supongo que lo sabrás, ¿no?

—Sí, ya lo sé. Ya se lo he dicho todo al superintendente esta mañana. Le llevé un par de discos y empecé a bailar solo; pero ella estaba insoportable, sarcástica y celosa y, naturalmente, la dejé y me vine. Me acosté en mi cama y estuve oyendo tocar a Mercer en el piso de abajo. Ya me imagino que tendré que asistir al interrogatorio, y eso es lo que me preocupa.

Sock enseñó los dientes en una fría sonrisa.

—Ya no tienes por qué preocuparte —dijo—. Ya le has contado todo al superintendente, ¿verdad? ¿Y te creyó?

Konrad parpadeó.

—Desde luego, ¿por qué no iba a creerme? Le dije que no iba a estar llevándole discos a una mujer insoportable, cuando lo que quería era bailar yo solo, y casi me comprendió.

—¿Qué disco puso usted? —preguntó míster Campion desde su rincón.

—*Noche de verano junto al río*, de Delius —dijo Konrad en seguida—. No era muy apropiado para bailar y se lo dije a ella, y entonces fue cuando se enfadó conmigo; por eso la dije que si pensaba quedarse quieta, como una grulla sentimental, podía cambiar los discos ella sola. Cuando me vine puso una cosa de Falla, o algo así.

—Ya. ¿Entró usted directamente en la casa y luego subió a su habitación?

—Sí.

—¿Le vio alguien?

—Me encontré a Hughes en el *hall*.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su habitación?

—Hasta que oí el alboroto abajo. Aproximadamente, hora y media. Bajé y encontré a mistres Sutane telefoneando a la Policía.

—¿Estuvo todo ese tiempo oyendo tocar a míster Mercer en la sala de música que hay debajo de su cuarto?

—Sí, desde luego. También le he dicho eso a la Policía.

Campion empezó a calmarse, pero Mercer le interrumpió. Se volvió en su silla y miró a Konrad con incredulidad, como si se le hubiera ocurrido una idea.

—¿Qué estaba yo tocando?

Konrad se quedó parado.

—Su nueva melodía —dijo en seguida.

—Sí, eso fue lo que toqué al principio. ¿Y qué más?

Konrad se sobresaltó.

—Cosas extrañas y piezas sueltas, sobre todo viejas melodías suyas y el principio de muchas canciones. Nada extraordinario. La radio de la cocina estaba puesta a todo volumen.

Mercer se echó a reír de forma exagerada, y Campion se dio cuenta de que era la primera vez que lo hacía.

—Está bastante bien —dijo—. ¿Es verdad lo que ha dicho, Uncle William?

—¿Eh? —dijo míster Faraday, que parecía pensativo—. ¡Oh, sí! No entiendo mucho de música, desde luego, pero sonaba bien lo que usted tocaba, aunque no sabría el nombre de las canciones. Nunca supe hacerlo. Pero eran cosas muy melodiosas, muy atractivas. No puedo ser más explícito, aunque quisiera poder serlo.

Sock miró a Konrad, perplejo.

—En efecto, Mercer tocó lo que ha dicho —dijo—. Uno de sus típicos recitales.

—No sé adónde quieres ir a parar —murmuró Konrad, echando hacia atrás su rubia cabeza con un ademán desafiante—. Pero no vi el accidente, si es eso lo que quieres saber. Solo sé lo que saben los demás y lo que Sutane se va a encontrar como

insista en representar *The Buffer* esta tarde. Él mató a Chloe, pasó sobre ella y la asesinó.

Sock le golpeó. El puñetazo le dio de lleno en la mandíbula y le tiró de espaldas al suelo. Champion y Uncle William sujetaron a Petrie y Mercer apartó su silla del lugar de la pelea. Konrad se puso en pie, tambaleándose. Estaba lívido y se había quedado mudo de rabia y de dolor, pero su pose teatral no le había abandonado. Iba a adoptar una graciosa postura, con los ojos cerrados y una trágica expresión en el semblante, cuando miss Finbrough se arrojó sobre él inesperadamente, roja de ira. Cogió a Konrad por el brazo y, clavándole sus acerados dedos en la carne, le zarandó, diciendo:

—¡Maldita víbora venenosa!

El dolor y la sorpresa hicieron renunciar al joven a sus afectadas posturas; abrió los ojos y la miró estupefacto.

—No me provoque —dijo, y sus ridículas palabras resonaron estúpidamente en la habitación—. Usted también está intentando protegerle, ¿verdad? Todos están intentando protegerle y hacerle creer que puede ir por la calle atropellando impunemente a los demás, solo porque su nombre figura en letras luminosas en la portada de un teatro. Pero pronto se darán cuenta de que están equivocados. Él asesinó a esa mujer, su sangre pesa sobre su cabeza. Miles de indefensos ciclistas son asesinados cada año por personas como él, que conducen como si todo la carretera fuera solo suya.

Pronunció las últimas palabras con tal énfasis, que Mercer soltó una carcajada y Sock también sonrió. Miss Finbrough volvió a agarrar a su presa.

—¡Cállese! Ya ha alborotado usted bastante. Dése cuenta de lo que está pasando Sutane: está cansado, exhausto...

—¡Cállese, Finny! —dijo Jimmy, bajando de la mesa, envuelto en una toalla, frío, exasperado y mucho más consciente que los demás—. ¡Oh Señor, qué atajo de asnos! ¿Qué hacéis? ¿Estáis ensayando un folletín? Calmaos de una vez. Konrad, no sé qué estás haciendo en mi cuarto, sal de aquí. Y usted Finny, ande, tranquilícese y continúe su trabajo.

Miss Finbrough soltó a su víctima. Se quedó mirando a Sutane un momento, con el rostro enrojecido y ardiente por la emoción.

—Lo siento, míster Sutane —dijo humildemente.

Se dirigió hacia la puerta, y al cruzar el umbral se la escapó un sollozo.

Konrad la miró y se encogió de hombros. Todavía estaba temblando.

—Siento haber sido tan rudo, Sutane, pero eso es lo que creo. Y no soy yo solo el que lo cree —dijo, envalentonándose.

—Largo de aquí —gruñó Sock.

Konrad cogió su *sweater* y fue hacia la puerta; allí se paró.

—Puedes cancelar mi contrato cuando te parezca —dijo—. Pero sigo manteniendo que desde el punto de vista humano, Chloe Pye ha sido asesinada.

Cerró la puerta tras de sí y los otros permanecieron silenciosos. Mercer fue el primero en hablar.

—¿Tendrá razón? —preguntó.

Todos le miraron, pero él tenía los ojos fijos en Sutane, entre curioso y divertido.

En ese momento llegó Hughes, anunciando que él doctor Bouverie acababa de llegar y deseaba ver a míster Campion.

Mientras míster Champion seguía a Hughes escaleras abajo, pudo observar el desorden que reinaba en la casa.

La familia que habitaba en White Walls era normalmente excitable, pero en esta ocasión excepcional estaba aún mucho más agitada, y el edificio entero parecía correr peligro de desmoronarse, mientras sus habitantes parecían haberse vuelto locos.

Al llegar al *hall*, el mayordomo le miró desesperanzado. En la puerta de enfrente, una aturdida doncella intentaba detener a un joven que llevaba una máquina de retratar, mientras en el gabinete Linda Sutane hablaba con alguien por teléfono con voz patética.

Del doctor Bouverie no había ningún rastro.

—Dijo que tenía mucho interés en verle a usted, señor —dijo Hughes, desconcertado—. Hace un momento estaba aquí.

Mientras hablaba no perdía de vista a la doncella, que empezaba a ceder ante la insistencia del periodista.

En ese momento retumbó en toda la casa la voz del doctor, en el piso de arriba. El anciano hablaba a voces, al parecer, furioso.

—¡Ah!, sí, es verdad, se me había olvidado —dijo Hughes, aliviado—. Debe de estar arriba, con miss Sarah, señor —continuó, mirando hacia la puerta, donde el intruso seguía insistiendo en pasar—. ¿Le importaría subir a donde está el doctor, señor? Creo que yo debería...

Sin terminar la frase salió disparado hacia la puerta, como un perro de presa.

Míster Champion subió las escaleras, y guiado por la voz del doctor, que hablaba en tono amenazador, volvió la esquina del *hall* del segundo piso y llegó hasta el furioso caballero. Le encontró discutiendo con la niñera que había visto la tarde anterior.

—Tráigame la niña —gritaba el doctor—. No se quede ahí parada como una imbécil. Tráigame a la niña y al perro.

La mujer vacilaba. Era anciana y fea, pero en sus ojos oscuros había un destello de obstinación que recordó vivamente a Champion a cierta persona que había conocido en su adolescencia.

—La niña está asustada —dijo la niñera.

Las mejillas del doctor temblaron de rabia.

—Haga lo que le he dicho.

Ella le miró desafiante y se marchó, haciendo crujir su almidonado delantal.

El anciano se volvió a Champion.

—Buenos días. Me gustaría hablar con usted un momento —dijo, echando una ojeada al cuarto situado tras él.

Su imponente figura se recortaba en el marco de la puerta; llevaba un traje muy holgado y el cuello de la camisa era excesivamente amplio, para que no le oprimiera la garganta, y en el ojal se había colocado un grupo de capullos de rosas *Little Dorrit*.

—¿Dónde está la madre, lo sabe usted? —preguntó—. ¿Telefoneando? Es ridículo. Puede que usted pueda ayudarme; entre aquí, por favor.

Campion le siguió al interior de una habitación blanca, amueblada como un cuarto de niños. En las paredes había cuadros educativos, y el mobiliario se reducía a una horrible silla de mimbre, una cama, un antiguo cortafuego y una enorme cantidad de ropa blanca.

El doctor Bouverie señaló la cama, al otro lado de la habitación, junto a la ventana.

—La niña está ahí debajo —dijo—. No quiero sacarla a rastras, y si empujo la cama puedo aplastarla. Vamos a levantarla con cuidado. Cójala usted por los pies, ¿quiere?

Campion hizo lo que le decían y juntos pusieron la cama en medio de la habitación. Sarah Sutane estaba acurrucada en el rincón. Estaba arrodillada y se había cubierto la cabeza con los brazos. El doctor se acercó a ella.

—¿Dónde te ha mordido ese bicho? —le preguntó.

Sarah temblaba, pero no se movió, y cuando él se agachó para cogerla en brazos continuó rígida, en la misma postura, y así la puso el doctor encima de la cama.

—Ahora no tienes por qué asustarte —dijo amablemente—. Tenemos que ver la herida, ¿sabes? No haremos más que lavarla con agua tibia. Los mordiscos no son peligrosos, no te va a dar la rabia ni nada parecido. ¿Dónde te ha mordido?

Sarah separó los brazos de su cabeza cautelosamente y los miró asustada. El pelo le caía por la cara, húmeda de lágrimas. Estaba muy blanca y tenía las mandíbulas apretadas. El doctor descubrió un arañazo en el antebrazo y lo examinó con interés profesional.

—¿Esto es todo lo que te ha hecho? —inquirió.

Un ruido detrás de ellos hizo que la niña cerrara la boca, que había entreabierto para contestar. La niñera acababa de entrar en la habitación, malhumorada, acompañada de una criada que llevaba en brazos un pequeño *terrier* blanco y negro.

—Deje el perro en el suelo —dijo el doctor Bouverie.

—Se volverá a tirar a ella.

—He dicho que lo deje en el suelo.

Sarah volvió a acurrucarse y la niñera no pudo contenerse más.

—Está asustada, pobrecita —dijo—. Si soltamos el perro volverá a morderla. Vamos a dejar a este peligroso animal fuera de la habitación. La está asustando usted mortalmente, señor; le va a dar un síncope.

Tenía algo de razón. Sarah estaba agazapada en la cama, mirando al perro con los

ojos fuera de las órbitas y el rostro desencajado. El doctor le cogió la mano, y al ver que la criada se dirigía hacia la puerta le gritó con obstinación:

—¡Deje al perro en el suelo!

Contra su voluntad, la muchacha hizo lo que le ordenaba y retrocedió unos pasos. El *terrier* se quedó encogido, asustado. El doctor le cogió y pasó las manos por su tembloroso cuerpecillo.

—No es malo este perrito —dijo a la niña—. Y ahora, pequeña, dime: ¿Por qué te mordió?

—Estaban corriendo por el campo, y de pronto se le echó encima —dijo la criada, sin dejar hablar a la niña—. El perro está encerrado siempre que miss Bellew está aquí, y cuando le soltamos se pone muy furioso. Miss Sarah empezó a gritar y yo salí corriendo a coger el perro —dijo, haciéndose la valiente—. Entonces vi que le había mordido y llamé a la niñera.

Míster Campion carraspeó y aventuró una pregunta a riesgo de molestar al doctor.

—¿Le dijo usted que habían maltratado a su perro?

La muchacha le miró asombrada por su intuición.

—Sí, señor —dijo después de una pausa—. Quería tranquilizarla. La dije que míster Spooner, el criado, lo mataría.

El doctor Bouverie miró a Campion y se echó a reír ruidosamente.

—Ya está aclarado el misterio —dijo—. Toma, pequeña, aquí tienes tu perro.

Puso el animal en la cama, a despecho de la niñera, y la niña le abrazó, acariciándole con un afecto tan apasionado que probablemente solo un perro sería capaz de apreciar. El color volvió a sus mejillas y sonrió, mientras el perro le lamía sin cesar.

El doctor Bouverie se frotó las manos.

—Acuéstenla —dijo—. Pónganle una botella de agua caliente y denle una taza de leche con cacao. Le daré un sedante. Dejen el perro donde está.

—Pero el mordisco, doctor... —dijo la niñera, irritada.

—Déle un poco de yodo, no es más que un arañazo. Estarían jugando y el perro le rozó. Lo único que le pasa es que está asustada. Esta boba de criada le dijo qué iba a perder su perrito y que le iban a matar y, naturalmente, se asustó. Está muy encariñada con él.

Sarah continuaba abrazada al perro. No era una escena sentimental, pero sí bastante emocionante; el apasionado afecto de la niña por el perro era conmovedor.

La muchacha se quedó vacilante, indignada al ver lo mal que le pagaban su heroísmo. El doctor Bouverie la miró.

—¿Es usted una de los Mudd? —le preguntó.

—Sí, señor; de Rose Green.

—Me pareció reconocer los rasgos de su cara —dijo el anciano, que parecía divertido—. Váyase a trabajar y no se ponga histérica, toda su familia está loca. Usted se dio cuenta de que hoy había algo de jaleo en la casa y pensó que podría

alborotar un poco más, ¿verdad?

—No, señor —exclamó miss Mudd, roja de vergüenza.

—No mienta —dijo el doctor Bouverie, que había vuelto a adoptar su voz autoritaria—. Váyase y no se meta nunca donde no le llaman.

La niñera le siguió, protestando, fuera de la habitación.

—Sarah no puede dormir con el perro, señor.

—¿Por qué no?

—Puede que tenga pulgas.

El anciano le miró de hito en hito.

—Entonces, báñele —dijo—. Hay cosas peores que las pulgas. Escuche: está muy sola y es muy impresionable, y si le quita su perro no se podrá dormir pensando que le van a matar. Oirá el tiro y le verá sangrar y verá su cuerpecito muerto tan claramente como si le hubieran matado de verdad delante de ella. La crueldad, señora mía, es algo muy relativo. La niña ha sufrido un gran susto y puede que le interese saber que mucha gente muere por eso. Ande, tápela bien, que esté calentita.

—Lo que usted diga, doctor.

La mujer estaba aún indignada, pero se había impresionado contra su voluntad.

El anciano la miró despreciativamente, y hubiera pasado a su lado de largo si no se le hubiera ocurrido una idea.

—Déle al perro un poco de leche caliente —dijo—. Es un perrito muy simpático.

Al bajar las escaleras miró a Champion.

—Qué suposición tan acertada la suya —le dijo como un cumplido.

Linda estaba todavía hablando por teléfono cuando pasaron por el *hall*. Parecía bastante nerviosa y asustada y Champion tuvo que reprimirse para no ir a consolarla.

—Por supuesto —le oyó decir—. Por supuesto, venga usted cuando quiera; haremos todo lo que podamos. ¡Oh!, ha sido un golpe terrible para usted, ya lo sé. Sí, sí, lo creo, desde luego.

El doctor Bouverie cogió del brazo a Champion y le llevó al exterior. Se paró en el escalón, aspirando el aire del verano por su nariz. Champion pensó que parecía un gran animal, tal vez un bisonte.

—No me gustan los nervios —dijo—. Anchos pastos, hermosos árboles, lindas flores, pájaros, todas las cosas verdaderamente respetables, sólidas. A veces siento, que todos seríamos mejores si no pensáramos. Todo este intenso cultivo de la mente es malo. No hemos sido creados para eso; la máquina humana no lo resistirá. Pasee conmigo por éste hermoso césped, quiero hablar con usted. Es respecto a esa pobre mujer que murió ayer. ¿Sabía usted si estaba en manos de algún médico?

—No estoy seguro —dijo Champion, pensativo— pero me temo que sí. Acababa de volver de una jira de dos años; de las Colonias. Me enteraré de ello; Creo que Sutane debe de saberlo.

—Espere un momento —dijo el anciano apresuradamente—. No creo que yo deba hacer preguntas, eso es cuenta del juez. Solo quería saber si usted había notado

algo extraño en ella o si había oído que hubiera padecido alguna enfermedad, si tosía, o había tenido ataques de asfixia, espasmos o algo así.

Los ojos claros de míster Campion centellearon detrás de sus gafas.

—No —dijo cautamente—. No lo sé, aunque no me extrañaría. Era bailarina profesional. Sin embargo, un gran hombre descubrió que estos trastornos clínicos no siempre se presentan en el individuo. ¿Quién era? ¿Morgan?

El doctor Bouverie se paró.

—Es usted un joven extraordinario. ¿Ha estudiado Medicina?

—Solo desde el punto de vista forense —le explicó míster Campion modestamente—. Cuando usted mencionó esos síntomas pensé, naturalmente, en el *status lymphaticus*. Supongo que lo encontraría en la autopsia, ¿verdad?

—Sí. No sé si haré mal en decírselo a usted. Es un caso muy interesante.

El doctor Bouverie hizo una pausa. Campion continuó silencioso y el doctor le miró fijamente.

—Me considero un buen juez de los caracteres —dijo inesperadamente—. Usted ha sido muy amable conmigo y me inclino a confiar en usted. ¿Puedo contar con su discreción?

—Sí, creo que puede hacerlo, doctor —contestó Campion con seriedad.

—Bien —dijo el doctor Bouverie, decidido a continuar—. Quería hablar de esto con un hombre inteligente que conociera a esa pobre mujer. La lástima es que no sabemos mucho del *status lymphaticus*; hay mucho por explorar aún sobre él. Lo poco que se sabe es que si persiste el timo después de cierto tiempo —creo que unos cinco años— el estado se hace crónico, pero parece que este estado varía en cada paciente. Esta mujer tenía adenoideos y amígdalas extirpadas hace tiempo, probablemente en la infancia; de modo que no hay medio de averiguar nada por ahí. La abrí y vi que tenía el timo considerablemente abultado; sí, muy abultado. El corazón no estaba contraído, pero la aorta era más estrecha de lo normal y aun el mismo corazón parecía un poco atrofiado; de modo que, como usted ve, esto cambia las cosas.

Míster Campion se sentía exasperado consigo mismo. De pronto se dio cuenta de que no deseaba saber la verdad, ni quería que nadie la supiera. No deseaba que este pomposo —aunque simpático— personaje metiera sus torpes dedos en este asunto, no deseaba que el hogar de Sutane se desorganizara por el cataclismo moral y físico de una encuesta criminal, no ya por Uncle William y su éxito, ni por Sutane y su carrera artística, sino por Linda, que en treinta horas había llegado a tener una importancia extraordinaria en su vida.

Cuando reconoció esto se sintió más tranquilo.

El doctor Bouverie continuó hablando.

—Esta mañana intenté recordar lo que sabía del *status lymphaticus*— dijo—. Parece que los expertos aún no se ponen de acuerdo sobre él. Ninguno sabe cuál debe ser el peso del timo en un cuerpo normalmente sano. Pero el hecho es que cuando

alguien muere de repente por causas desconocidas, muchas veces se debe a este abultamiento del timo. A mí se me han presentado muchos casos así. Un pobre hombre murió cuando le dieron cloroformo para sacarle una muela, y recuerdo que, en Birley, un niño metió la cabeza entre los barrotes de su cuna y murió sin saber por qué. Luego, en Lower Green, un hombre cogió a su hermano por el cuello, peleando, y este murió en sus manos, pero no por estrangulamiento. Entonces nos pareció a todos un enigma, pero en todos estos casos el timo estaba muy abultado.

Se aclaró la garganta y Champion notó que el doctor estaba disfrutando con su propia erudición.

—Volvamos a esa pobre mujer —continuó el doctor—. Cuando la vimos ayer noche, notamos ambos que tenía el cráneo fracturado de resultas de la caída. Había una fractura en la bóveda con una fisura que se extendía hasta la base. Hubiera tardado en morir aproximadamente una hora a consecuencia de esta fractura, si no hubiera estado ya muerta.

Campion respiró profundamente.

—¿No la mató el coche?

—No lo creo. Murió de susto; del susto, que influyó en el *status lymphaticus*. Mientras hacía señas a míster Sutane perdió el equilibrio y el susto la mató. Cuando llegó al suelo, estaba ya muerta.

Campion miró al anciano y tuvo que contener un impulso de suspirar aliviado. Le costó algunos segundos comprender lo que había pasado, pero gradualmente empezó a ver claro. El doctor Bouverie era un hombre de pensamientos rectos y nobles. Desde el principio se había encontrado con un caso de accidente o suicidio. Primero pensó que las fracturas ocasionadas por el coche habían sido la causa de la muerte y no se preocupó de nada más; pero después, cuando se preguntó por qué se habría caído del puente, empezó a investigar los motivos de la caída, y luego, cuando descubrió el abultamiento del timo, halló la explicación y la aceptó. El hecho simple de que el corazón de Chloe Pye, en esta hipótesis, debía de haber dejado de latir por lo menos cinco segundos antes que su cabeza se rompiera contra el suelo, y que en este caso la sangre hubiera brotado en abundancia, era algo de lo que el doctor no se había apercibido aún. Champion intentó recordar a Chloe Pye tal como la había visto la noche pasada; veía otra vez su traje de baño desgarrado y su cabeza, herida, donde la llanta la había partido y destrozado. Lógicamente debía de haber manado mucha sangre y, sin embargo, no había más que una insignificante cantidad en la superficie de la herida.

No obstante, el descubrimiento del doctor explicaba la verdadera causa de la muerte. Champion se preguntó quién habría asustado a Chloe Pye hasta el punto de matarla. No habría hecho falta mucha fuerza para ello; tal vez no hubiera sido necesaria fuerza alguna. Recordó la historia del doctor en que un hombre había muerto en las manos de su hermano sin que este le hubiera apenas tocado. Deseaba separarse del doctor antes que la pregunta que le martirizaba saliera de sus labios.

¿Había alguna magulladura en su cuello o en sus hombros?

Sutane apareció en aquel momento, salvándole de cometer esa indiscreción. Este venía por el césped en dirección a ellos; llevaba puesto un batín de seda suelto. Estaba anhelante, y ambos sintieron que los envolvía la fuerza de su personalidad como un vaho molesto. El anciano doctor y Champion creyeron que venía a enterarse de lo que le había sucedido a Sarah, y el primero le dijo, con ánimo de tranquilizarle.

—No ha sido más que un susto, míster Sutane. Ese incidente lo explica claramente.

Sutane le miró sorprendido.

—¿Un susto? —dijo—. ¡Pero Dios mío, si el coche le pasó por encima!

—Me refiero a su hija —le contestó el anciano.

El rostro de Sutane reflejó su extrañeza y su preocupación al pensar qué era lo que podía haberle ocurrido a la niña.

—¿Sarah? —preguntó—. ¿Qué le ha pasado?

El doctor le miró asombrado, no comprendiendo cómo no lo sabía aún. Champion se dio cuenta que el doctor no concebía que un hombre pudiera amar a su hija y no tuviera tiempo material para ocuparse de ella.

—Su hija ha sido bien atendida, no se preocupe. Una criada le asustó diciéndole que iban a matar a su perro —repuso el anciano, disgustado por lo que él creyó egoísmo y falta de cariño.

Sutane le escuchó ladeando la cabeza y le hizo una pregunta algo tonta:

—¿Y encontró por fin el perro?

—Sí, y me alegro de poder decirle que los dos se encuentran ya perfectamente.

Sutane se pasó la mano por la frente.

—¡Gracias a Dios! —dijo con un suspiro de alivio.

El doctor Bouverie se sintió defraudado y Champion cambió la conversación.

—Sutane —dijo—, ¿sabe usted si Chloe Pye padecía ahogos o desmayos de cuando en cuando?

El doctor carraspeó para indicarle que se callara; sin embargo, sus ojos denotaban interés. Sutane les miró extrañado.

—Nunca oí nada de eso —contestó—. Además, yo apenas la conocía.

—Pero ella estaba en su casa... —repuso el doctor.

Sutane se sonrojó.

—Yo no la conocía —contestó—. Hasta que la incluyeron en el reparto de *The Buffer* no la había visto, excepto casualmente, en alguna recepción.

En su ansiedad por convencer al doctor de que lo que decía era cierto, habló con tal nerviosismo que pareció todo lo contrario al continuar con estas palabras:

—Para mí era casi una extraña.

—Tendrá que declarar esto ante el juez —dijo el doctor, no muy convencido de la veracidad de Sutane.

—Naturalmente —replicó Sutane.

Y girando sobre sus talones se marchó ofendido y malhumorado.

Mientras acompañaba al doctor a su coche, Champion recordó a Chloe Pye sentada en las rodillas de Sock aquella mañana y le pareció oírle decir con voz chillona:

—¡Jimmy y yo somos viejos amigos!

— **H**ay momentos, amigo mío —dijo Uncle William— en que el mundo se convierte en un caos de confusión a nuestro alrededor, haciéndonos sentirnos desgraciados e irremediabilmente perdidos. En esos momentos lo único que se puede hacer es encender un buen puro, beberse una copa y esperar que un rayo de luz ilumine las tinieblas que parecen rodeamos. Es lo que he hecho siempre que me ha pasado eso, y hasta ahora nunca me ha fallado. Siéntese, muchacho, yo traeré las bebidas.

Acercó míster Campion una silla y le hizo sentarse al lado de la chimenea, en el salón de música, y fue a buscar las copas al mueble-bar que había al lado de la biblioteca.

—¡Qué buenas personas son! —observó, al ver una botella de *whisky* Scotch—. Son muy amables al acordarse de mí estos días. Estas son mis provisiones. Cuando vine aquí por primera vez, el año pasado, Jimmy colocó este armarito para mí y dijo que había dado órdenes para que pusieran una botella y unos vasos para que yo pudiera tomar una copa siempre que me apeteciera sin necesidad de tener que ir a buscarla. Esta es mi opinión sobre esta gente, Campion: son buenas personas, amables, atentos e inteligentes y tienen el don de hacer que los demás se encuentren aquí como en su propia casa. Una casa mejor que algunas que he conocido —añadió, pensativo—. ¡Pobre madre! No tenía el sentido del confort que tenemos hoy. Pero era una gran mujer, Campion. Dios la tenga en gloria.

Brindaron por la anciana tía Caroline, y Uncle William continuó:

—Sutane, Konrad y Sock en el Juzgado; Linda, con la niña; Eve, ha ido a llevar a Mercer a Birley en el coche, y esa mujer, Finbrough, afortunadamente se ha quitado del medio —dijo con satisfacción—. Estamos solos y tranquilos y podemos tomar una copa pacíficamente.

—¿Qué ha sido de Slippers Bellew? —preguntó Campion.

—Se ha ido. Es una muchacha muy sensible. Tan pronto como se enteraron ayer de lo que había ocurrido, Sock la metió en su coche y se la llevó para evitarle estos malos ratos. No es tan insensible como parece. Como dijo Sock, no es una mujer; es una artista con una reputación intachable. Le dijo que no podía hacer nada por ayudarles, y puede que tenga que dirigir el espectáculo si Sutane tiene que faltar alguna noche. No es lo que pudiera creerse de una actriz. Vive enteramente sujeta a un programa. Tanto dormir, tanto ejercicio y tanto trabajo. En el escenario da una impresión completamente diferente.

Movió la cabeza tristemente y se sentó frente a Campion.

—No me gusta ir con cuentos —observó, mirando al joven—. No, nunca me gustó criticar a nadie. Se hace mucho daño a los demás y ya nunca pueden librarse de las habladurías. Antes de comer, mientras estaba usted hablando con el doctor en el jardín, hubo una escena muy desagradable.

—¿Sí? —preguntó Campion, intrigado.

—Sí, muy desagradable —repitió Uncle William—. No hago más que pensar en ello, aunque puede que no quiera decir nada. Sin embargo, voy a contárselo, porque no estoy seguro de las intenciones que pudiera haber en ello. Vine aquí después que usted saliera del dormitorio, y no había hecho más que sentarme cuando Konrad vino a hurtadillas a buscarme. No le di conversación porque no soporto a ese tipo. Fue él quien insistió en hablar. Dijo que si no me parecía extraño que, de todos, hubiese sido precisamente Chloe Pye la que hubiese muerto. Yo le contesté que no veía por qué tenía que ser más raro que hubiese muerto ella a que hubiese muerto cualquier otro. Le dije también que yo, por mi parte, podía pasarme perfectamente sin ella. Nunca he sido hipócrita, Campion; era endemoniadamente alborotadora y la casa está mucho más tranquila desde que ella no anda haciendo la desvergonzada por todas las habitaciones en que se entraba. En esto estuvo de acuerdo conmigo. Estuvimos dándole vueltas a esto durante un rato, y luego él empezó con el cuento que estaba decidido a contarme. Yo lo tomé a chirigota, por supuesto, pero tenía algunos puntos interesantes.

Hizo una pausa y cruzó sus pies entre las patas de la silla.

—Fue algo misteriosa la manera que tuvo esta mujer de entrar a formar parte del espectáculo. ¿Lo sabía usted? —dijo lentamente—. Un día, Sutane lo anunció y ella entró. Bueno, esto no tiene nada de particular. Puede que a él le gustara su modo de bailar, aunque usted conoce mi opinión. Sin embargo, ese imbécil de Konrad dice que un día estaba en el teatro viendo el ensayo de un nuevo número y Sutane estaba sentado dos filas delante de él, sin saber que Konrad estaba allí. Chloe Pye llegó y se sentó al lado de Sutane. Konrad dice que no le apetecía moverse y se quedó donde estaba, escuchando. Bueno; por lo visto, miss Pye estuvo hablando acerca de ciertas llamadas telefónicas que había tenido de Sutane, y Konrad repitió sus palabras. Puede que no sea cierto, por supuesto, pero se lo digo por si acaso. Ese majadero dice que ella dijo: “Querido —esto no quiere decir nada, porque ella acostumbraba a hablar así —, querido, no seas loco. Tu mujer me ha dicho que fuera y fui”. Luego Konrad oyó decir a Sutane —y debió de estar allí sentado con las orejas bien abiertas para poder oírlo—: “No te quiero ver allí, Chloe; he hecho todo lo que tenía que hacer y no quiero verte en mi casa”.

Uncle William se calló, bebió un trago y se sonó.

—Es repugnante ese fisgoneo y, sobre todo, repetirlo trocando las palabras, falsas todas, probablemente. Pero lo que sigue es interesante, suponiendo que sea verdad. Konrad dice que Chloe Pye —¡fíjese qué desvergonzada, Campion: perseguir a un hombre que le había dicho categóricamente que no la quería! No es que se lo

insinuara, no; es que se lo dijo claramente—. Konrad dice que Chloe Pye dijo: “¿Cómo vas a impedírmelo, niño mío?”, y Sutane replicó francamente: “No lo sé; pero si intentas deshacer mi hogar te lo impediré, aunque tenga que estrangularte”.

Se recostó en la silla y miró a Champion inquisitivamente.

—Bueno, ya dejé escapar el gato —dijo—. He repetido la historia, pero creo que debía hacerlo. Puede que todo sea un atajo de mentiras; pero, de todos modos, es una historia extraña para inventarla, y Jimmy me dijo él mismo que no quería ver a esa mujer aquí, más ella cogió un día a Linda entre bastidores y consiguió que la invitara a venir. Lo que me parece, Champion, es que Konrad no debería andar repitiendo estos chismes, ¿no cree? Por eso no puedo culpar a Eve.

—¿Eve? —preguntó míster Champion, sorprendido.

El rostro de Uncle William se oscureció.

—Se enteró de todo —murmuró—. Estaba sentada en una hamaca en el jardín, al lado de la ventana, y oyó lo que me decía Konrad.

—¿Y ella dijo algo?

—La escena a que me he referido —dijo Uncle William, brevemente—. Yo les dejé; me pareció mejor. Cuando la gente empieza a insultarse siempre existe la probabilidad de que uno de ellos se confunda y piense que usted mismo también ha dicho algo molesto. Por eso me fui.

Estuvieron silenciosos unos minutos. La habitación, orientada al Mediodía, estaba fresca y oscura. Fuera, en el jardín, la luz del sol era cegadora.

Campion se acordó de Benny Konrad.

—He oído algo acerca de un *rally*— dijo—. ¿Qué es eso?

—El Konrad Speedo Club —contestó Uncle William—. Uno de esos sistemas de publicidad que emplean esos tipos. Debe usted haber oído hablar de eso, Champion. Ese imbécil es un mago de la bicicleta.

Míster Champion recordó unos arrugados recortes de periódico, pero Uncle William interrumpió sus pensamientos.

—Hace algunos años, Konrad interpretó un baile que tuvo mucho éxito con una bicicleta y prestó su nombre para un anuncio ilustrado. Había fotos de él por todas partes anunciando la marca de alguna bicicleta. De una cosa fue pasando a otra y se formó un club, del que Konrad era presidente. Presentó premios y asistió a varias carreras en Francia. Creo que había muchos miembros del club, jóvenes entusiastas que iban a verle actuar y a aplaudirle. Pero no es bueno; es incapaz de llevar solo un espectáculo. Después de su fracaso en *Wheels Within Wheels*, se dedicó a buscar un puesto en alguna revista y se puso loco de contento cuando consiguió ingresar en el reparto de Sutane, interpretando dos números sin importancia en mi espectáculo *The Buffer*. Sin embargo, todavía sigue trabajando para hacerse publicidad. Este *rally* es para el club el día más importante del año. Ahora son muy pocos miembros, pero muy entusiastas. Ven en él al héroe de sus aspiraciones, una especie de príncipe. ¡Pobres infelices! —se echó hacia adelante y puso un dedo en la rodilla de Champion

—. Konrad tiene todo lo necesario para triunfar, excepto talento —dijo honradamente—.

—. Es como un tipo vestido de frac, pero sin pechera.

—¿Qué hacen en ese *rally*? —preguntó Champion, interesado aún.

—Pedalean desde una taberna de Londres hasta otra de Essex, y terminan en cualquiera otra taberna para comer y charlar. Tendrá lugar del próximo domingo en ocho días.

Uncle William se sirvió otra copa.

—Voy a dormir un poco; he dormido muy mal. Piense en lo que le he dicho, Champion. Jimmy es un buen chico y no podemos permitir que le difamen, especialmente ese cretino. Piénselo, muchacho.

Champion se levantó.

—Lo haré —prometió con expresión pensativa.

Tenía un recuerdo muy claro de la aparición de Sutane en la ventana la noche pasada y de su conducta en la escena del accidente, y le asaltó una duda desagradable.

Dejando a Uncle William descansando en el sillón, con las piernas cruzadas, Champion entró en el vasto *hall*, sobre el que se proyectaba la sombra de la persiana de la puerta de entrada, formando rayas de luz sobre el suelo de piedra. La casa estaba silenciosa en la quietud de la tarde. Se quedó mirando al jardín unos minutos y no oyó llegar a Linda hasta que sus pasos sonaron a su lado. Estaba pálida y parecía cansada, y a Champion le dio la impresión de que su barbilla se había vuelto más afilada y pequeña.

—Está dormida —dijo—. ¡Pobrecitos! Parecen un *Christmas*. *Rufe* es un perrito muy bueno; se despertó cuando salí, pero no se movió. La quiere mucho.

—¿Y cómo está la niñera? —preguntó míster Champion.

Ella se echó a reír y sus ojos encontraron los de él. Champion apartó la vista de Linda y miró hacia los árboles.

—Será mejor que utilicemos las dos habitaciones para tomar el té —dijo ella—. Vamos a ser muchos.

La siguió al salón de mala gana y la ayudó a abrir las puertas plegables que lo separaban del comedor.

—Vendrán con ellos mistress Pole y su hijo —dijo Linda, aburrida—. Es la cuñada de Chloe Pye. Su marido está en el extranjero y ella es la pariente más cercana; parece estar muy afectada.

Suspiró y él la miró apenado.

—¿Es desagradable?

—Me temo que sí; esta mañana me tuvo cerca de tres cuartos de hora colgada del teléfono. Es horrible, ¿verdad? No puedo hacerme a la idea de que ha habido una muerte en mi propia casa. Es una monstruosidad, pero me parece que están ensayando una nueva producción.

Aceptó el cigarrillo que él le ofrecía y se sentó en el quicio de la ventana, mientras él permanecía en pie frente a ella.

Si consiguiera usted dormir ahora un poco, la sentaría muy bien. Ha hecho usted un esfuerzo tremendo en las últimas veinticuatro horas con este desagradable asunto y con la niña.

—Estaba muy preocupada por mi hija —dijo Linda—. La quiero mucho y no puedo permanecer indiferente. Hago todo lo que puedo por ella. Yo hubiera accedido a que fuera a un internado si supiera que iba a estar bien allí, pero es tan niña, tan terriblemente joven... ¡Pobre criatura!

Miró por la ventana. No estaba llorando, pero sus labios temblaban. Parecía tan débil y desgraciada, que él olvidó la timidez que empezaba a sentir.

—Es verdad, es muy pequeñita —dijo amablemente.

Ella le sonrió agradecida, y a Campion le dio un vuelco el corazón, recordando su posición en aquella casa.

—No pude ir a ver al doctor por causa de mistress Pole —dijo Linda francamente—. Siempre me pasa lo mismo; no tengo un trabajo definido, pero nunca puedo estar libre cuando hace falta. Parece absurdo hablar de la casa teniendo un regimiento de criados, pero en un sitio como este, donde siempre están entrando y saliendo gente sin avisar cuándo y cuántos van a venir, hay mucho que hacer. No hay que esperar a que los criados se ocupen de resolver estos problemas. Si se les puede dar un programa previsto para que se atengan a él, saben cumplirlo, pero cuando no se puede prever, tengo que pensar por cada uno de ellos y atender a todo. E invariablemente están malhumorados y descontentos. Luego siempre surge alguna cosa: hay que ir a recibir a alguien o entretener a los que vienen mientras los otros no pueden atenderles. Yo no abandono a Sarah estoy con ella todos los minutos que tengo libres; pero, a pesar de todo, no soy demasiado buena con ella. Es tan difícil comprender a los niños..., y si no se consigue, se quedan siempre tristes y preocupados. Está tan sola...

Le miró, y por primera vez se dio cuenta de que, al fin y al cabo, no era más que un extraño.

—Perdóneme —dijo con cierta altivez—. He estado tan disgustada durante el día por no haber podido ver al doctor para hablar de Sarah... Es indignante que todo haya tenido que recaer sobre usted. Lo siento.

Campion hubiera deseado darla ánimos, pero estaba tan cohibido, que solo supo decir:

—Usted también está muy sola, ¿verdad?

La muchacha le miró con tristeza.

—Es usted muy inteligente —dijo—. Mucho más inteligente de lo que yo creía. Parece muy duro, ¿verdad? Pero no creo que lo sea. Eve y Mercer no tardarán en volver. Fue muy buena yendo a buscarle —él aceptó cortésmente el cambio de la conversación y observó su perfil recortado contra la ventana. Linda continuó hablando—: Fueron a Birley a buscar papel de música. Nadie más que Mercer hubiera insistido en ir a comprar papel de música en una situación como esta. No hay

nada que le detenga. Su chófer se había marchado y Eve no tuvo más remedio que llevarle. Él no sabe conducir. Volverán todos pronto. El veredicto será de accidente, ¿verdad? Sock dijo que usted lo había arreglado todo.

—Yo no hice nada —repuso Champion, quizá con excesiva franqueza—. Pero sí creo que fue un accidente.

Linda asintió:

—¿Por qué se iba a suicidar? —dijo—. ¡Pobrecilla! Parecía tan satisfecha de sí misma. E iba muy bien vestida. Parece extraordinario.

—¿Bien vestida?

Ella se azoró.

—Quiero decir... que iba muy llamativa; hay mujeres que se visten así cuando quieren cazar a alguien, ya sabe a qué me refiero. Algunas lo hacen porque les gusta y siempre van igual, pero otras adoptan esos modales y esos trajes cuando tienen algo metido en la cabeza. Es una de esas cosas que se notan instintivamente.

—¿Cree usted que Chloe Pye intentaba conquistar a alguien?

—Sí, creo que sí —dijo ella pensativamente—. Me pregunto por quién estaría interesada. Supongo que por Sock. Muchas mujeres se vuelven locas por Sock; da la sensación de que es tierno y sabe tratarlas con cariño. Es algo desastrado, pero no sucio exactamente.

—Eso influiría mucho en Chloe Pye, ¿no? —sugirió Champion.

—No lo sé —dijo Linda, mirándole con gravedad—. Solo la vi una vez antes que viniera. Yo estaba sola en el camerino de Sutane, la semana pasada, y Sock la trajo para presentármela. Dijo que la gustaría pasar un fin de semana en el campo, yo la invité a venir y ella aceptó encantada. Jimmy se enfadó bastante cuando se enteró y quiso que la echara, pero no quise hacerlo, porque me parecía muy descortés. ¡Ojalá lo hubiera hecho! —hizo una pausa y continuó—: Quizá fuera un accidente. ¡Es tan espantoso!

—¿Espantoso?

La miró y sorprendió en sus ojos una expresión que le hizo estremecerse.

—Hablo demasiado cuando estoy con usted. Tiene el don de hacer hablar a las personas porque sabe comprender lo que le dicen.

Champion se sentó.

—Puede confiar en mí. ¿Por qué está asustada? —preguntó.

Ella dudó, y luego se volvió a él.

—¿Ha tenido ratas en su casa alguna vez? —preguntó inesperadamente—. Si hay ratones, es muy molesto, como si hay moscas o cualquier otro bicho desagradable; pero cuando hay ratas se tiene la sensación de que una inteligencia oculta y maligna está maquinando algo contra nosotros en nuestra propia casa. Es una sensación inexplicable, si usted no la ha sentido; pero si la ha notado alguna vez, sabrá lo que quiero decir; es como si se presintiese un enemigo. Eso es lo que me pasa. Hay algo extraño en la muerte de esa mujer, y ha sucedido después de otras muchas cosas

extrañas.

Se quedó mirándole, crispada, sobre el quicio de la de la ventana. Su dorada piel resaltaba contra el oscuro satén de su vestido, y su rostro reflejaba viveza e inteligencia. Era linda, menuda, y Campion notó que se había enamorado de ella y que nunca más podría estar completamente sereno en su presencia.

Tenía bastante razón acerca de la situación de White Walls. Había enemigos a su alrededor, y si la abandonaba ahora, cometería una cobarde deserción. Apartó los ojos de ella. El descubrimiento que acababa de hacer no le asombró, porque ya había empezado a darse cuenta de ello la primera vez que la vio. Sin embargo, lo encontró extraño, no porque Linda fuera la mujer de Sutane y la madre de Sarah, y por eso no pudiera aspirar a ella, sino porque había comprendido un fenómeno que hasta entonces había considerado ridículo y falso. Sabía que había llegado a aquella casa en un estado normal de ánimo, y una hora más tarde una fuerza exterior se había apoderado de él y le había conquistado.

—Me está usted mirando como si hubiera hecho una monstruosidad —dijo Linda Sutane.

Sin darse cuenta, Campion había vuelto a fijar los ojos en ella, sin verla, y ahora pareció despertar de una pesadilla. La miró, y de pronto pareció mucho más joven.

—Es un comentario acertado —dijo él suavemente, y añadió—: Es la observación más cruel que podría usted haber hecho en este momento.

Ella le miró con curiosidad y Campion vio en su rostro una timidez que le deleitó y le aterró al mismo tiempo. Linda movió la cabeza con un gesto infantil para desechar algún pensamiento.

—Puede que todo sea imaginación —dijo.

—Tal vez —asintió él—. Pero, sea lo que sea, lo averiguaré.

—Yo no creo que lo sea. ¿Y usted? —preguntó Linda.

Él se levantó y dio unos pasos por la habitación.

—No —dijo, con los ojos fijos en la chimenea—. Sé muy bien que no lo es.

Hughes llegó en ese momento, algo excitado.

—Mistress Paul Geodrake, madame —murmuró—. Le dije que usted había salido, pero la había visto por la ventana. Me dijo que estaba segura de que usted podría dedicarla unos minutos. Está en el comedor, no había sitio donde meterla —susurró, mirando hoscamente a través de la puerta.

—¿Quién es? ¿La conocemos? —preguntó Linda, sorprendida.

—Vive en la Casa Vieja de la carretera, madame. Usted estaba fuera cuando llamó por primera vez.

Linda se volvió.

—No puedo verla ahora; los otros volverán en cualquier momento.

—El padre de su marido, el anciano míster Geodrake, era amigo de su difunto tío, madame —Hughes parecía algo dolido—. Ha dicho que sería solo un momento. Es una señora bastante decidida.

Linda capituló y él salió satisfecho.

Mistress Paul Geodrake entró en la habitación como si fuera un fuerte conquistado por ella. Era una pelirroja de unos treinta años, elegantemente vestida, aunque no con mucho gusto, y tenía la voz más chillona y desagradable que Campion había oído nunca. Pensó que sus trajes estridentes estaban pasados de moda y deseó que hubiera sido menos vivaracha.

Avanzó hacia Linda con la mano extendida.

—Tenía que venir —dijo, mirando a Linda con curiosidad—. He estado pensando en usted, y de pronto me di cuenta de que debía venir a decirla que no tiene por qué preocuparse. Después de todo, somos vecinas, ¿no?

Linda la miró airada. Otra persona más tímida se hubiera quedado callada al ver la hostilidad con que se la recibía, pero mistress Geodrake era muy decidida. Miró a su anfitriona con una lástima no exenta de satisfacción.

—¡Pobrecilla! —dijo—. Ha debido de ser horrible para usted, desde luego. En el pueblo no se habla de otra cosa. Lo exageran todo tanto... Habrá muchos comentarios.

Linda continuaba silenciosa. No había hablado desde que llegó su visitante, y mistress Geodrake, compadeciéndose de su torpeza, la ayudó.

—¿No va usted a presentarme? —dijo, levantando la voz y lanzando a Campion una mirada desconcertante.

Linda los presentó cortésmente y mistress Geodrake repitió el nombre, intentando retenerlo.

—¿No es su marido? —preguntó, echando una astuta mirada a Linda.

—No —dijo esta.

—Está en el interrogatorio, es verdad —dijo mistress Geodrake, enterada de ello, al parecer, pero algo desconcertada por no poder sostener una conversación—. Querida, ¿conoce usted a Pleyel, el juez? Es un verdadero encanto; algo tieso, sí, pero muy agradable. Le gustará. Él la comprenderá y arreglará las cosas. Ha tenido que ser espantoso para usted, aún no hace dos años que vive aquí. ¿Quién la atendió? El doctor Bouverie, ¿no? Es un anciano muy simpático, ¿verdad? ¿Cómo está su niña? Oí decir en el pueblo que le había mordido un perro. Los niños no deberían nunca tener perros; son tan crueles con ellos... Yo me muero por tener un galgo ruso, pero a mi marido no le gustan. ¿También usted tiene que obedecer a su marido, mistress Sutane? Quiero decir aparte de sus deberes de esposa, pero no hay mucha diferencia.

Se echó a reír y ellos la imitaron por cortesía, pero sin entusiasmo. Campion sintió que debía hacer algo para detenerla, y deseó que hubiera sido su propia casa.

Mistress Geodrake abrió su bolso y sacó una pitillera.

—Voy a fumar de los míos, si no les importa. Yo canto —dijo con una sonrisa artificial Cuando Linda le acercó, un poco tarde, la caja de cigarrillos de la repisa de la chimenea—. Dígame: ¿era muy amiga suya esa muchacha que han matado? —dijo con bastante indiferencia.

—No —contestó Linda, desesperada—. Nunca la había visto.

—¡Ah, ya! Era amiga de su marido. ¡Qué interesante!

Sus claros ojos le recordaron a Champion los de su viejo amigo, Stanislaus Oates.

—No, no —Linda se puso a la defensiva—. Ella formaba parte de su espectáculo, pero nada más; por eso la dije que viniera, ¿entiende?

—¡Oh!, ¿una amiga de negocios? —mistress Geodrake tomó nota de esto para sus futuros chismorreos—. ¡Qué terrible golpe para usted! De todos modos, ha sido mucho mejor que si hubiera sido alguien a quien usted quisiera. Dígame: ¿cómo es que estaba desnuda? El pueblo está muy intrigado. El policía está avergonzado, querida. ¿Es que tenían ustedes una reunión desnudista?

Ambos la miraron estupefactos, pero antes que su lógico asombro pudiera volverse indignación vieron un destello de melancolía en sus astutos ojos. Champion recordó a la original miss Holden de la comedia, no a la mujer tempestuosa y vulgar que generaciones de exuberantes actrices habían hecho de ella, sino a la genuina heroína del autor de esa obra sana y vigorosa, cuya enérgica imaginación convirtió los chismes cogidos al vuelo en un mundo sin problemas, en una vida de idílica licencia y voluptuosidad. La escena, Bohemia, recepciones, romance; mistress Geodrake creía, evidentemente, que todo esto era una sola cosa.

Campion miró fugazmente a Linda; todavía continuaba indignada.

—¡Oh, no! —dijo esta—. Había estado ensayando junto al lago. Se había puesto un traje de baño para bailar, ¿entiende?

—¿Estaba sola?

Mistress Geodrake parecía decepcionada.

—Sí, completamente sola.

Se oyeron voces en el *hall* y Linda se adelantó resueltamente.

—Ha sido muy amable viniendo a verme —dijo, alargándole la mano.

—¡Oh!, no me lo agradezca, era un deber —mistress Geodrake hizo como que no había visto la mano que Linda le tendía y se volvió hacia la puerta con interés—. ¿Es su marido el que ha venido? —dijo—. Ya conocerá el veredicto, ¿verdad? Me muero por saber cuál ha sido. ¿Usted no?

Linda bajó la mano; la puerta se abrió y entró Mercer. Miró a mistress Geodrake sin reconocerla, se quedó parado frente a ella un momento y volvió a salir sin decir una sola palabra, tropezando con Sutane en el umbral.

“**M**uerte por accidente”.

Sutane cruzó la habitación y habló intranquilo. Estaba pálido y preocupado. Ni mistress Geodrake, que se había levantado anhelante, se atrevió a hablarle. Él la miró con indiferencia, como si fuera una desconocida encontrada casualmente en el *hall* de un hotel, se apoyó en la chimenea y miró hacia la puerta.

Hughes y la doncella, que habían entrado en el comedor, estaban atareados colocando los servicios de té y mesas supletorias. Aparte del ruido que ellos hacían, no se oía ningún otro en la habitación.

Mistress Geodrake volvió a sentarse.

En el *hall*, alguien se reía nerviosamente. Era una risa no del todo desconocida, más bien familiar, pero en el recinto de White Walls sonó como un anacronismo.

—Por aquí, mistress Pole.

La voz de Konrad llegó hasta ellos, cortés y cínica. Entraron juntos; él amanerado, inclinándose ceremoniosamente, y la mujer, triunfante, consciente de sí misma, gozando como una actriz *amateur* en la representación de una tragicomedia en función de beneficencia.

Era baja y regordeta e iba vestida de luto riguroso. De su sombrero colgaba una banda de terciopelo negro, y cintas de la misma tela adornaban sus hombros y sus guantes. Desde sus puntiagudos zapatos hasta la toca todo era negro.

En comparación con este despliegue fúnebre, los bucles rubios de Konrad resultaban impertinentes y de mal gusto. Detrás de ellos venía un muchacho larguirucho, vestido con un traje negro algo estrecho para su cuerpo rechoncho. Su rostro, cuello y manos eran muy rojos y prominentes. Sock venía tras él, exhausto y alarmado. Eve y Mercer le seguían, este último a la fuerza.

Konrad miró a Linda.

—Mistress Pole —dijo suavemente—. Esta es mistress Sutane.

La cuñada de Chloe Pye se levantó el velo que le cubría la cara y su estúpida risa resonó en la habitación.

—Encantada de conocerla —dijo—. ¿No es horrible?

Volvió a reírse, causando un efecto desastroso en todos.

Las dos mujeres se dieron la mano y Linda condujo a su visitante a una silla al lado de la mesa de té.

Mistress Pole se puso el velo encima del sombrero, enseñando una cara redonda de ojos azules y párpados enrojecidos. Hablaba mucho y estaba un poco nerviosa, y de cuando en cuando lanzaba agudas miradas a unos y otros.

Por el momento se habían olvidado de mistress Geodrake. Se había sentado en un canapé en el centro de la habitación y sus ojos inteligentes reflejaban interés y una diversión sumamente impertinente. Mistress Pole la miró.

—¿Dónde está Bobby? —preguntó.

—Aquí, mamá.

Robert Pole se acercó a ella por entre los que él, indudablemente, consideraba enemigos suyos. Fue presentado a Linda y la dio la mano, frunciendo el ceño.

Mistress Pole aceptó el té y los *sandwiches* que le ofrecieron y su hijo se colocó junto a ella, en actitud protectora. Konrad se levantó galantemente. Corrió de un lado para otro llevando tazas, platos y zumo de frutas, haciendo gestos y posturas como si estuviera actuando en el teatro.

La cuñada de Chloe Pye dio las gracias por el té y sollozó.

—¡Pobre Chloe! —dijo, llevándose el pañuelo a los ojos—. Ha sido un golpe terrible. Fuimos todos a verla el sábado por la noche, ¿sabe? Dad, mi marido, estaba fuera por cuestiones de negocios; por eso fuimos con nuestro vecino, y estuve hablando de Chloe durante todo el camino de vuelta. Nunca pensé que la iba a ver así. ¿La ha visto usted, mistress Sutane? ¡Qué horror! —bajó la voz y dio algunos detalles espeluznantes—. Era tan linda aún, a pesar de su edad... En el escenario, cuando se la miraba, parecía una muchacha. Aunque de cerca, si uno se fijaba un poco en ella, se veía que no era tan joven. Voy a llevarla a casa; ya he hablado con el director de la funeraria. Estoy segura de que Dad querría que lo hiciera.

Mistress Geodrake se acercó un poco.

—Ha tenido que ser un golpe terrible para usted —dijo, invitándola a hablar.

La otra la miró agradecida y dejó su taza.

—¡Oh, sí, terrible! —asintió—. ¿La conocía usted? Tenía tanto talento, aun desde que era jovencita. A nosotros nos parecía un genio.

Volvió a reírse estúpidamente.

La intromisión de mistress Geodrake en la conversación llamó la atención de todos hacia ella. Sutane la miró como si no la hubiera visto nunca hasta entonces, como tal vez fuera, y dirigió una mirada interrogante a su mujer.

Pero mistress Geodrake, que parecía tener ojos para todo lo que tenía a su alrededor, habló antes que Linda pudiera hacerlo.

—Me estaba preguntando cuándo iba usted a darse cuenta de que estaba aquí, mister Sutane —dijo, sonriéndole picarescamente—. Soy Jean Geodrake, vivo en la casa de al lado. Vine esta tarde para consolar a su mujer.

Todos permanecieron silenciosos mientras hablaba, y Sutane, que no estaba acostumbrado a que le sonrieran de aquel modo, se sintió avergonzado.

—Me refiero al accidente —aclaró la señora—. Tiene que ser espantoso para todos ustedes que haya ocurrido en su casa.

Mistress Pole suspiró y se echó a llorar. Mistress Geodrake quiso arreglarlo, y dijo:

—¡Oh, es verdad! Usted era pariente de la muerta, ¿verdad? ¿Era usted tía suya?

—Cuñada —respondió mistress Pole, echándola una mirada fulminante—. Casi una hermana —añadió en tono desafiante.

—No venía mucho a vemos —dijo Robert Pole con voz chillona, poniéndose a la defensiva.

Mistress Pole se volvió a su hijo.

—Sí que venía, estúpido —explotó—. ¿No fuimos todos a su nuevo piso? ¿No la hice yo las cortinas? ¿Qué estás diciendo? Ella nos quería mucho. Estoy segura de que Dad, su hermano, la adoraba. ¡Y nos alegramos todos tanto cuando supimos que iba a actuar!

Mistress Geodrake sonreía diabólicamente.

—Estoy segura de que es verdad —murmuró—. Entonces, ¿no había nacido en el ambiente del teatro?

Linda intervino con resolución.

—Ha debido pasar usted un día terrible, mistress Pole —dijo—. ¿Quiere venir arriba para llevarse sus cosas?

—No, gracias.

La visitante estaba excitada. La mirada que lanzó a mistress Geodrake indicaba claramente que no estaba dispuesta a tolerar estupideces de una pueblerina, por muchos aires que se diera de señora. Dio las gracias a mistress Sutane, que, sin duda, tenía buena intención, pero ella sabía cuidarse sola, sola con su gran pena.

—El padre de Chloe era un hombre bastante rico —dijo con dignidad, fijando los ojos ribeteados de rojo en el rostro de mistress Geodrake—. La enseñó a bailar cuando no era más que una niña. Le he oído decir a Dad, mi marido, que parecía una reinecita con su traje blanco. Cuando tuvo edad suficiente formó un grupo de niños y bailó en pantomimas. Más tarde actuó por su cuenta. Ninguno de nosotros pensó nunca que tuviéramos que sentamos en un Juzgado para oír decir al presidente del jurado que el veredicto era de muerte por accidente por falta de pruebas.

Linda y míster Champion miraron a Sock bruscamente. Él asintió y volvió la cabeza con un gesto de cansancio.

Mistress Pole continuaba hablando. Sus maneras eran una curiosa mezcla de dignidad y desafío y se notaba la fuerza de su carácter.

—Ninguno de nosotros se hubiera imaginado que íbamos a enterarnos demasiado tarde de que estaba gravemente enferma, de que sus glándulas habían crecido más de lo normal y que cualquier pequeño susto podía matarla. Si lo hubiéramos sabido hubiéramos sido más transigentes con ella y hubiéramos comprendido muchas de sus pequeñas manías.

Linda se sentó a su lado.

—No sabía que estuviera enferma —dijo.

—¡Oh, sí! Cuando la hicieron la autopsia, pobrecilla, se encontraron con eso. Ha sido terrible para mí hablar de ello por primera vez en un Juzgado. Parece que sus

glándulas...

La voz de mistress Pole bajó de tono hasta convertirse en un murmullo, mientras se enfrascaba en una conversación que ella consideraba privada.

Sutane se apartó de ella aliviado y volvió a mirar a mistress Geodrake, que continuaba sonriendo maliciosamente.

—¿Por qué no la hemos visto antes? —la preguntó cortésmente—. Estamos poco aquí, desde luego —por lo menos yo—, pero es extraño que no la hayamos visto antes.

Sutane había vuelto a recuperar toda su arrolladora simpatía y ella habló con franqueza, tal vez un poco infantilmente.

—¡Oh, pero yo le he visto a usted! —dijo—. A todos ustedes. En el campo nos fijamos en la gente. ¡Hay tan poca interesante aquí! Yo les he visto a todos; a usted, y a mistress Sutane, y a su hermana, y a su hijita. También le he visto a usted —añadió, dirigiéndose a Konrad—. Anoche estuve a punto de hablar con usted, pero no me vio.

Hablaba con picardía y, evidentemente, sin intención de dramatizar; pero todos los que estaban en la habitación, a excepción de mistress Pole y su hijo, se quedaron como petrificados, como si les hubiera caído una losa encima. Mistress Pole continuaba susurrando:

“...era muy fuerte, tenía tendencia a engordar. Eso la preocupaba mucho. Tomaba las cosas...”.

Nadie la escuchaba. Aunque nadie le miraba abiertamente, la atención general estaba concentrada en Konrad. Este estaba de pie frente a mistress Geodrake, con una taza de té en la mano. Tenía una rodilla un poco doblada y la cabeza ladeada; era una de sus poses preferidas.

—No creo que me viera —dijo.

Ella no se daba cuenta de la sensación que estaba causando, y contestó rápidamente:

—Sí, sí que le vi. En el camino, sobre las..., ¿qué hora sería?, las diez.

Konrad se echó a reír. Parecía confuso.

—Lo siento, señora, pero no era yo.

—Sí, era usted —insistió ella, encantada por ser el centro de todas las miradas—. Yo pasé al final del sendero. Nuestra casa está en la carretera de abajo y yo me dirigía hacia allí. Miré hacia el sendero, porque tenía mucha curiosidad por ver a alguno de ustedes, y en seguida le vi a usted. ¿Estoy diciendo alguna mentira? No me diga que iba a “cortejar”, como dice el pueblo. Ahora, mire: voy a probar que tengo razón y voy a decirle cómo iba vestido. Llevaba un *pullover* amarillo y unos pantalones cortos blancos. ¿Tengo razón?

Miró a los demás interrogándoles con la mirada. Su instinto le había dicho que Konrad era un tipo impopular y se estaba metiendo con él para congraciarse con los demás.

Konrad la volvió la espalda como si le hubiera picado y se apartó de ella

malhumorado. Sutane salvó la situación.

—Muy bien, mistress Geodrake, le ha vencido. Dígame, ¿qué hace usted aquí sola durante todo el día?

Esta amable pregunta suavizó la tensión, pero mientras la visitante contaba sus aburridas andanzas sus ojos seguían fijos en Konrad.

Eve y Sock también le miraban y Campion estaba interesado.

El héroe del Speedo Club adoptó una lánguida postura para disimular su turbación, pero parecía estar profundamente molesto.

Mientras hablaba mistress Geodrake, mistress Pole se dio cuenta de que había perdido su auditorio. Dejó su copa, se limpió los dedos en el húmedo pañuelo y empezó a estrujar sus guantes de cabritilla negros.

—El entierro saldrá de nuestra casa —dijo, dirigiéndose a Linda, pero con intención de llamar la atención de todos—. Le he dado la dirección a su marido y será mejor que envíen allí las flores; eso evitará muchas complicaciones. Me imagino que habrá mucha publicidad, pero estoy preparada para aguantarlo todo. Era una muchacha muy popular y es natural que sus amigos de dentro y fuera del teatro quieran ir a despedirse de ella. Puede creerme, todo se hará como es debido. Ahora tengo que marcharme porque he de llamar a la papelería antes de las siete y comprar los recordatorios. Tengo que echarlos al correo en seguida. ¡Oh, querida, qué golpe tan horrible! —se llevó la mano a los ojos enrojecidos y se los frotó—. Yo no pude hacer nada —le dijo a Linda con voz desgarrada—. Estaba completamente sola en el mundo, a pesar de..., bueno..., a pesar de todo.

Se quedó cortada, y como evidentemente era costumbre en su familia intentó justificarse con brusquedad.

—Después de todo, era una actriz —dijo airadamente—. Todo el mundo sabe que las actrices son diferentes a las demás mujeres. En primer lugar, tienen más tentaciones. Los hombres las cortejan y las hacen regalos y ellas tienen que ser amables, porque eso es parte de su trabajo. Ella era una buena chica, estoy segura, por lo menos su familia siempre lo creyó así, y ahora hay que ser más caritativo que nunca, puesto que la infeliz ha muerto.

Esta indiferente despedida a lo que había sido al mismo tiempo el trabajo y el principal cartel publicitario de la vida de Chloe Pye fue tan despiadada, que los más sensibles se estremecieron. Fue como si hubiera guardado en un cajón un sombrero de Nochevieja.

—Escogí el viernes a causa de las funciones de tarde del sábado —dijo mistress Pole, levantándose—. Mañana iré a su procurador. Y tú, Bobby, ve arriba y recoge sus cosas; tenemos que llevárnoslas. Espero encontrar entre ellas la llave de sus dos habitaciones. Siempre fue desconfiada, la pobre. Allí deben estar sus joyas, desde luego. Ya se enterará de eso por el abogado —apoyó una mano en el brazo de Linda—. No debe parecería mal que sea práctica, mistress Sutane —dijo—. En estos tiempos no hay más remedio que serlo. Por eso me alegro de que mi marido no esté

aquí. No hubiera hecho más que sentarse y sufrir. Eso haríamos todos nosotros si pudiéramos, pero los que no tenemos más remedio que hacer las cosas desagradables sabemos que no se saca nada en limpio quedándose quieto cuando hay tanto que hacer. Vete, Bobby, no te quedes ahí mirando.

Sock se llevó al joven de la habitación y mistress Pole volvió a restregarse los ojos, preparándose para retirarse del bullicio mundano bajo su monstruoso velo.

—Han sido todos ustedes muy amables, de veras —dijo, intentando ser amable—. No tiene por qué estar preocupado, míster Sutane. Usted no pudo frenar a tiempo, y aunque lo hubiera hecho no hubiera, servido para nada; ya estaba muerta. El anciano doctor nos aclaró esto. Supongo que será amigo suyo.

—No, en absoluto; nunca le habíamos visto. Un compañero suyo atiende a los criados y nosotros tenemos nuestro propio médico en la ciudad.

Linda rechazó enojada la acusación que implicaban las palabras de mistress Pole.

Esta, que ahora parecía un monstruoso hongo negro, bajó la cabeza, asintiendo.

—Parecía un tipo agradable y honrado —dijo—. ¿Ha bajado ya Bobby con las maletas? ¿Cómo tenemos que ir a la estación desde aquí?

—Mi chófer está esperando con el coche —dijo Sutane, adelantándose resueltamente.

Ella se despidió de todos dándoles la mano, con una emoción que casi pareció sincera.

—Todos ustedes recibirán recordatorios —dijo desde el umbral de la puerta—. Denme las direcciones y nombres de los que puedan acordarse. Buenas noches y que Dios les bendiga a todos.

Sock y su hijo la escoltaron hasta el coche. Cuando el ruido del motor se perdió en la carretera, mistress Geodrake se levantó para marcharse, aunque haciéndose la remolona.

—Estoy muy contenta de haber hecho amistad con ustedes por fin —dijo con absoluta sinceridad—. Espero que vengan a vernos todos ustedes cuando se les pase este disgusto. ¡Debe ser tan penoso para ustedes! Buenas tardes, mistress Sutane; buenas tardes —miró fijamente a Konrad, que procuraba evitarla—. Estoy segura de que hay misterio alrededor de usted —dijo con picardía—. Estoy segura de que tiene alguna secreta razón para no querer que le hayan visto en el sendero. Diga que somos amigos —le tendió la mano y él se la cogió de mala gana.

Sutane se echó a reír. Para la mujer, que no le conocía, fue una risa agradable y natural; pero para los que conocían su carácter, fue una peligrosa señal.

—No se preocupe —dijo—. Estaba bastante oscuro, ¿verdad?

—No, no mucho. Él es fácil de distinguir —contestó mistress Geodrake, encantada de continuar la conversación—. Le vi perfectamente cuando volvía de Correos. Yo estaba en la carretera secundaria y él en la entrada del camino.

Konrad clavó en ella una mirada de resentimiento y enrojeció.

—No era yo —dijo—. Eso es todo lo que puedo decir; usted está equivocada.

Otra tarde, puede, pero ayer tarde desde luego no.

—No, no, fue ayer —insistió mistress Geodrake—. No me lo niegue; le vi perfectamente. ¿Qué estaba usted haciendo, pícaro?

Konrad se estremeció, ligeramente e hizo intención de hablar, pero Sutane cogió amablemente a la visitante del brazo.

—Ha sido usted muy amable acordándose de nosotros —murmuró mientras la conducía hacia el *hall*.

Con su marcha, la habitación se quedó silenciosa unos momentos y Konrad, con la cabeza baja, se dirigió hacia la puerta; pero Eve se le puso delante cortándole el paso. Parecía muy joven con sus ojos vivos y su oscuro pelo enmarcándole el rostro.

—¿Qué estaba usted haciendo? —preguntó—. ¿Estaba usted merodeando?

Konrad se paró. El ataque directo que le dirigía la muchacha pareció darle fuerzas para rehacerse. Se echó a reír nerviosamente, recordándole a Champion que era un actor.

—Esa buena mujer no sabe lo que se dice —dijo—. Yo no estuve anoche en el sendero. Me habrá visto cualquier otro día y ha querido hacerse la interesante. Ahora voy a ir a cambiarme. No sea niña, déjeme pasar.

Habló en un tono muy convincente y ella se apartó.

Recordando más tarde esta escena, Champion se preguntó si de no haberse precipitado Eve hubieran ocurrido, las otras muertes.

II

El ataque de Mercer a mistress Pole los dejó a todos estupefactos por su singular injusticia y por venir de él.

—¡Qué mujer! —dijo—. ¡Qué mujer tan insoportable, repugnante y vulgar! ¿No sintieron ganas de vomitar durante todo el tiempo que estuvo aquí? ¿No desearían que se estrellara el coche y se partiera su asquerosa cabezota?

Los demás le miraron asombrados porque, según parecía, hablaba completamente en serio. Su cretino rostro se enrojeció y sus ojos claros reflejaban el odio que sentía.

—Piensen lo que quieran —dijo, sentándose en el brazo de una silla—. Pero ¿la han visto ustedes, la han oído? ¡Ese horrible luto! ¡Esos sollozos hipócritas, mientras no hacía otra cosa más que fisgonearlo todo! ¿Se la imaginan ustedes revolviendo armarios, trajes viejos, ropa interior, trapos sucios y husmeando debajo de las camas y por todos los rincones?

—¡Por Dios, no exagere! —observó Linda, extrañada—. Ha estado bastante bien; tal vez un poco exagerada, pero nada más.

—¿Exagerada? ¡Si llego a saberlo, me meto bajo tierra! —dijo riéndose burlescamente.

Linda enrojeció.

—Es usted muy intolerante —contestó—. Tenía buena intención y ha hecho todo lo posible por ser amable y, de todos modos, estaba en su derecho.

—Eso es lo que me molesta —dijo Mercer—. No me extrañaría que le hubiese dicho al director de la funeraria que la guardase el traje de baño. Puede que bien zurcido todavía pueda aprovecharlo.

—¡No diga eso, por favor! Es usted terrible —protestó Linda, volviendo la cabeza—. Ha sido muy amable llevándose las cosas de Chloe, porque me ha evitado que yo tuviera que enviárselas.

—No creo que se lo haya llevado todo. Había un bolso no sé dónde.

—Sí, ya lo vi —dijo Eve, que hasta ahora no había tomado parte en la conversación, pero había estado mirando la escena desdeñosamente—. Estaba en el piano del comedor.

—¿Sí? Voy a por él —Mercer se levantó—. Allí estará probablemente el billete de vuelta a Londres; no debe perderse.

Escupió las palabras despreciativamente y fue al comedor, dejando a todos con la impresión de que les había insultado inmerecidamente.

Hubo un silencio molesto en la habitación hasta que volvió con el pañuelo rojo y el libro de Chloe.

—No hay ningún bolso —dijo—. ¿Seguro que lo tenía?

—Seguro; desde luego, yo lo vi —dijo Eve bruscamente—. Tiene que estar allí. Además, resalta mucho; es blanco con broche dorado.

Fueron todos al comedor y se pusieron a buscarlo. Mercer estaba anhelante. Su repentina y violenta antipatía por mistress Pole parecía haberle dado una inusitada energía. Buscaba el bolso como lo hubiera hecho un niño, mirando en los sitios más inverosímiles y revolviéndolo todo. Eve y Linda iban detrás de él volviendo a colocar las cosas en su sitio.

—No está aquí —dijo, de pronto, en un tono como si sospechase de alguien—. ¿Dónde está? Si tenía un bolso no puede haberse evaporado. ¿Dónde está? Llame a los criados.

—No hace falta, ya aparecerá —replicó Linda, furiosa—. Puede que se haya guardado con las otras cosas.

—Yo creo que debe aparecer —dijo, obstinado—. Esa mujer insinuó algo; puede que hubiera uno o dos chelines dentro del bolso y eso la preocupará y la dará motivo para empezar a quejarse. Voy a llamar al timbre.

—No lo haga, por favor —Linda levantó involuntariamente una mano, y cuando Sutane se acercó a ella seguido de Sock los miró suplicante.

—¿El bolso de Chloe? Sí, es verdad, Mercer, hay que encontrarlo. Eve, búscalo en la otra habitación y cuando lo encuentres traémelo.

La búsqueda comenzó de nuevo, mientras Mercer se apoyaba en el piano, irritado e impaciente.

—Ya hemos mirado por toda la habitación —dijo exasperado—. Se lo han llevado. Llamen a los criados.

Sutane apretó el timbre y cuando llegó Hughes le preguntó con brusquedad. El hombre se quedó evidentemente extrañado y Campion observó la escena con creciente interés. Hughes se irguió ante el tono de su señor y salió a buscar a la doncella encargada de aquella habitación.

La muchacha llegó sorprendida. Dijo que el bolso había estado sobre el piano aquella mañana y creía haberlo visto allí cuando fue a ordenar los periódicos durante la comida. Era un bolso blanco; ella no lo había tocado.

Con el pálido rostro rojo de indignación Hughes volvió a afirmar que él no lo había tocado y accedió a hacer averiguaciones en la cocina, aunque dijo que estaba seguro de que ningún otro criado había entrado durante el día, y salió airado.

Sutane miró extrañado a Linda.

—Es porque es un bolso, querido —le explicó esta—. Es decir, dinero, y se ha ofendido.

—¡Pobrecillo! —dijo Sock—. Bueno, de todos modos ya se ha ido. Encárgate de él cuando lo encuentres, Linda; yo no puedo..., no puedo abrirlo.

—Todo esto está muy bien —dijo Mercer, indignado—. Estaba aquí y ahora ha desaparecido. ¿Quién lo ha cogido? ¿Ha estado aquí la niñera, o la niña? ¿Dónde

están?

—Están todos muy excitados —dijo Linda, mirándoles pensativamente—. ¿Qué significa esto? Es absurdo.

—¿Que es absurdo, querida?

Konrad llegó pavoneándose, resplandeciente con su *smoking*. Su aire de satisfacción pareció aumentar la creciente indignación de Sutane.

—Alguien ha cogido un bolso —dijo sin preámbulos—. Un bolso blanco con broche dorado. Era de Chloe Pye. ¿Lo has visto?

Konrad sonrió.

—Sí, creo que sí —contestó—. Un bolso pequeño de ante, ¿no? Voy por él.

Salió de la habitación, con Mercer pisándole los talones.

Volvieron casi inmediatamente; Konrad adelantó al compositor en las escaleras, al bajar.

—Es este, ¿verdad? —dijo, mostrando el pequeño bolso blanco—. ¿Ha llamado la apenada cuñada preguntando por él?

Sutane se lo quitó de las manos y vaciló. Campion vio la mirada que le dirigía a Sock y comprendió su significado.

—¿Dónde estaba, Konnie?

—En la mesa del *hall* de arriba. Lo vi ahora, al bajar.

El joven parecía indiferente y muy contento de sí mismo.

—Eso es mentira. Yo le vi salir de su habitación con el bolso; o por lo menos le oí cerrar la puerta, que es lo mismo —replicó Mercer, excitado.

Konrad le miró de arriba a abajo.

—Está usted equivocado —dijo con sequedad—. Lo cogí de la mesa de al lado de mi cuarto. ¿Por qué esa ansiedad?

Mercer se encogió de hombros.

—¿Por qué se lo llevó a su cuarto? Me han fastidiado bastante todos estos líos, pero ahora empiezan a interesarme —repuso Mercer—. Nunca me ha gustado usted, Konrad. Siempre me ha parecido un hipócrita. Y ahora me parece muy dudosa su actitud. Usted fue el último que vio a Chloe viva, estuvo merodeando por el sendero un momento antes que muriera y ahora andaba ocultando su bolso.

—Me parece amigo —dijo Sock, poniéndole una Alano en el hombro—, que se está usted excediendo un poco. Perdónale, Konrad. La excitación general le ha puesto un poco nervioso.

Mercer se apartó de él y se acercó al piano, en cuya pulida tapa había volcado Sutane el contenido del bolso. Estuvo mirando el pequeño bloc de notas, el lápiz de labios y la caja de tarjetas de moiré negro. Había también unas cuantas monedas y un tubo de tabletas de aspirina.

Sutane le mostró el bolso vacío.

Con Squire Mercer persistía aún en el ambiente el excitante efecto que había causado mistress Pole. Permaneció junto al piano, dando la espalda a todos los

demás, con las manos en los bolsillos del pantalón, de modo que la chaqueta le quedaba por encima de sus voluminosas nalgas y sus piernas cortas aparecían elásticas y alerta. Sus hombros eran enormes y su desaliñada cabeza estaba un poco ladeada. Parecía satisfecho de su desacostumbrada energía. Abrió la caja de tarjetas, que no contenía más que una pequeña cantidad de ellas. Se volvió a Konrad.

—¿Qué ha sacado de aquí? —le preguntó—. No me fío mucho de un actor de poca monta como usted. Estoy seguro de que se ha quedado con algo. ¿Qué es?

Míster Campion, que ya había presenciado muchas peleas familiares, estaba azorado. Mercer se estaba comportando de un modo irresponsable, pero ni Sock ni Sutane parecían tener la menor intención de hacerle callar. Ambos miraban a Konrad fijamente, y Eve también tenía los ojos fijos en el joven.

Konrad estaba muy pálido y Campion, al mirar su petulante rostro, vio el veneno que destilaban sus ojos.

—Le digo que no he abierto el bolso —dijo encolerizado—. Pero aunque lo hubiera hecho no sería cuenta suya, Mercer; de modo que no se meta en esto. Sé lo que todos ustedes piensan de mí, pero no me molesta, no me importa en absoluto. Pero se lo haré pagar caro; esto es una advertencia. Tendré que morderme la lengua por uno o dos días hasta que haya pasado mi *rally*, pero después ya pueden tener cuidado todos ustedes, ya se lo advierto.

Permaneció mirándolos a todos despectivamente lleno de rencor, pero su figura resultaba extremadamente cómica. Sin embargo, míster Campion notó que ninguno se rió de él.

Konrad vacilaba. Estaba fuera de sí, y aunque se daba cuenta de que después de lo que había dicho no podía permanecer allí, no se movió.

—Siempre me han odiado —repitió, mordiendo las palabras—. Pero pronto se arrepentirán de ello.

Les volvió la espalda y se marchó, dando un portazo.

Sock escuchó.

—Tío Vanya se ha caído por las escaleras —observó complacido. Pero no sonrió, y sus ojos estaban sombríos.

Mercer volvió junto al piano.

—Ahora podemos darle todas estas porquerías a esa odiosa mujer —dijo, riéndose, mientras metía los objetos en el bolso.

Sutane le miró, luego miró a Sock y, finalmente, a Campion, con extrañeza. La puerta del *hall* se cerró de golpe; era un hecho insólito, ya que en verano siempre estaba abierta. Linda enrojeció.

—No podemos dejar que se vaya así —dijo—. Aquí es un invitado. Aunque, por otra parte, es increíblemente estúpido.

Salió apresuradamente de la habitación y Sutane permaneció en pie, mirándose la punta de los zapatos, silbando distraídamente, Inició dos o tres pasos de baile sin moverse del sitio. Esta ocupación pareció absorberle. Mercer le miró y Sock pasó su

brazo alrededor de los hombros de Eve, que no pareció darse cuenta de esta familiaridad. Todos continuaban silenciosos.

Entró Hughes, sonrojado aún y muy digno.

—Míster Konrad acaba de marcharse en su coche, pero creo que se ha dejado su bicicleta, la plateada. Está en el guardarropa.

—¿Y qué demonios nos importa? —gruñó Sock, mientras Sutane se volvió al criado airadamente.

—No importa —dijo—. No te quedes ahí pasmado; no tiene importancia, márchate.

Hughes se quedó estupefacto. Abrió la boca con intención de hablar, pero cambió de idea y salió, cerrando la puerta tras sí. Sutane empezó de nuevo a silbar. La atmósfera se volvía opresiva. Eve se desasíó del brazo de Sock y, recostándose en la tapa del piano, empezó a jugar con el bolso.

—Lo habrá hecho para poder volver con la disculpa de buscarla —dijo pensativa—. Es un bribón.

Nadie la contestó, pero su voz había relajado algo la tensión.

—Tengo que llevar esta noche a Finny a la ciudad —observó Sutane, levantando la vista—. Dile que se ponga el sombrero, ¿quieres, Sock? Ahora tengo que irme. ¿Qué te pasa, Linda?

La muchacha había llegado tranquila, pero su expresión la delató.

—Hughes se va a marchar —dijo—. Me lo encontré en el *hall*. Parece que las cosas se están poniendo demasiado difíciles para él y piensa marcharse esta noche. Dice que está enfermo. ¿Qué le has dicho?

—Nada, absolutamente nada —contestó Sutane, exasperado—. ¡Dios mío!, estos tipos deberían estar en el teatro, son unos comediantes. Pero no importa; las muchachas pueden ocuparse de su trabajo.

Ella le miró entristecida y él se dirigió hacia la puerta.

—Tengo que irme. Cenaremos cuando volvamos. Finny se viene conmigo. Tengo que traer a Dick Poyser esta noche y me gustaría que Champion y Uncle William se quedaran, si no les importa. No creo que se me olvide nada. Casi me alegro de que Hughes se vaya; realmente, no nos convenía mucho.

Dijo las últimas palabras al marcharse, y Linda le despidió. Champion comprendió el trastorno que tenía que hacerle que Hughes la hubiese abandonado en una época de tanto trabajo como esta, y se le ocurrió una idea.

—Yo conozco a un hombre... —dijo—. No es demasiado pulido, lo siento, pero hará todo lo que le diga y la sacará de apuros durante los días que tarde usted en encontrar otro mejor. ¿Quiere que se lo envíe?

Linda se sintió tan aliviada que Champion casi sintió haberla dicho nada. Magersfontein Lugg no era precisamente el tipo del perfecto mayordomo, y en su deseo de ayudarla, Champion no se había parado a analizar los inconvenientes que podría traer consigo este personaje al hogar de los Sutane. Pero ya estaba hecho.

Linda había aceptado encantada su ofrecimiento.

—Voy a ir a buscarle —dijo él galantemente.

—¡Oh, no, no se vaya! Jimmy quería que se quedara. ¿No puede telefonarle? — Se lo suplicó con tal vehemencia, que Campion sonrió.

—No lo creo. Lugg es un buen chico, pero no es nada fácil dar con él. Volveré dentro de un rato, sin falta.

Salió apresuradamente de la habitación antes que ella pudiera hablar y despertó a Uncle William, que continuaba adormilado, con la botella vacía a su lado.

—¿Quiere que me ocupe de las señoras? Lo haré con mucho gusto, muchacho —dijo guiñándole un ojo—. Me he debido quedar dormido; me estoy volviendo viejo, ¡qué horror! Parece usted satisfecho —se estiró perezosamente y susurró—: ¿Qué quiere que haga? Mándeme lo que quiera.

—Si tiene una oportunidad, hable con Eve —dijo Campion—. Procure enterarse de dónde ha estado durante toda su vida, de los cosas que la interesan y qué ambiciones tiene. Si no quiere hablar de su niñez, procure animarla para que lo haga.

—Eve, ¿eh? —contestó Uncle William con un destello de interés en sus ojos azules—. No he visto nunca una muchacha más enfurruñada. No entiendo a estas mujercitas; son demasiado complicadas para mí.

Se levantó.

—No me gustan las mujeres tristonas —dijo—. Nunca me gustaron. Pero haré todo lo que pueda. ¿Hay algo que le interese saber en particular?

—No; pero lo que hizo de los diecinueve a los veinte años es lo más importante.

—La pobre ha sufrido mucho —objetó Uncle William.

—Lo sé, pero debe usted intentar que le hable de su familia —dijo míster Campion, y cuando salió a buscar el Lagonda pensó que era muy significativo que la única cosa que Benny Konrad hubiera quitado del bolso de Chloe Pye, puesto que él también lo había abierto aquella mañana para ver lo que contenía, hubiera sido un reloj de pulsera barato, de plata, con la correa rota. El reloj le había interesado por la inscripción que tenía en el interior de la caja:

C. DE J.

Siempre

1920

El ex inspector Blest dejó su vaso sobre la mesa escritorio de Champion y cogió un cigarrillo de la caja de plata que había en ella. El estudio del piso de Bottle Street estaba templado y silencioso. Afuera empezaba a anochecer y el ruido del tráfico llegaba hasta ellos desde Piccadilly.

El ex inspector era un hombretón de rostro terroso y orejas encarnadas, que ocultaba bajo su fingida fanfarronería una naturaleza bonachona.

—No me importa trabajar con usted o para usted —dijo—. No me importa lo que él pueda pensar. Es un tipo raro, ¿verdad? No me gusta. Se da demasiada importancia. Si tiene demasiado trabajo, ¿por qué no trabajaba por su cuenta? Fui a verle cuando usted me telefoneó. ¿Qué ha hecho ahora? ¿Atropellar a una de las actrices que trabajaban con él? A mí me parece que ha sido un suicidio. ¿Por qué lo habrá hecho? ¿Habría sido por amor? No comprendo por qué esas mujeres se matan por amor. ¿Ha observado usted que los únicos hombres que se suicidan por amor son los trabajadores de las granjas? Eso es un hecho; lea usted los periódicos. Yo creo que es porque tienen demasiado tiempo para pensar. Bueno, vamos a lo nuestro.

Cogió de nuevo el vaso y mister Champion, intentando reconciliarse con él, fue derecho al asunto que le interesaba.

—¿De modo que era asistenta? —comenzó—. ¿De qué clase? ¿De las de cubo, escoba, pañuelo a la cabeza y bigudíes, o de las amables ancianas que se ganan la vida lo mejor que pueden?

—De las últimas, lo siento —contestó Blest, abatido—. Los chicos de la oficina recuerdan que las flores las llevaba una mujer anciana. Cuando les insistí me dijeron que debía ser una asistenta, pero no saben si llevaba una gabardina marrón o un abrigo negro de piel artificial. Uno de ellos dijo que recuerda un broche grande, pero no pudo decir más. El tipo del escritorio no recuerda nada en absoluto. ¿No es demasiado, verdad? Esto es todo lo que he hecho, y me ha costado más de lo que usted cree. Primero tuve que encontrar la oficina donde iba.

Hizo una pausa, mientras se miraba los zapatos, pensativo.

—Mister Champion —dijo de pronto—, no quiero que se ofenda, pero he tenido una idea. ¿No cree que es posible que ese tipo Sutane sepa lo que intentamos hacer? Quiero decir, que no vayan a dar publicidad a todo esto. ¿Está usted seguro de que hay algo?

Champion estaba sentado frente a él mirándole gravemente. Recordaba a Chloe Pye tendido al lado del sendero, con la horrible brecha que le atravesaba la frente, y la vio sentada en las rodilla de Sock, con el rostro iluminado por una vivacidad que

debía haber sido encantadora en su juventud.

—¡Oh, sí!, estoy seguro —dijo—. No se preocupe por eso.

—¿Algo serio? —preguntó Blest, mirándole con curiosidad.

—Están persiguiendo a Sutane —contestó Campion—. Están haciendo una campaña en contra suya. Ya le he hablado de la reunión inesperada. Pero, además, hay otras cosas que yo no sé. A primera vista me parece que la causa de todo está bien clara. En el espectáculo trabaja un hombre llamado Konrad. Ese es el tipo que usted necesita.

—¿Konrad? Le he visto. ¡Es verdad! Bueno, ahora ya no tengo por qué sorprenderme —Blest movió la cabeza pensativo—. Es muy probable; es también bailarín, ¿verdad? Ahora que lo ha dicho usted me doy cuenta de que a esa clase de gente le gusta hacer esas cosas, son muy ruines. ¿Sabe algo más?

—No mucho. Ya le diré lo que consiga saber —dijo míster Campion—. Sé que está muy celoso de Sutane. Esta noche iba a hacer el primer papel, y cuando supo que ya no iba a interpretarlo por poco se echa a llorar. Luego, ayer por la tarde le vieron en el sendero que conduce a la casa. Y juró con excesiva insistencia que él no había estado allí. Eso fue inmediatamente después de la reunión y yo me di cuenta de que después de cenar subió al piso de arriba y bajó con un llavero. Esta tarde, al venir hacia aquí, encontré en la carretera secundaria lo que esperaba encontrar: una cabina telefónica a unas cien yardas de la entrada del sendero. Debió ir a hurtadillas a telefonar allí, para no hacerlo desde la casa. No es mucho, ya lo sé, pero es bastante significativo. Seguramente tuvo algún cómplice.

El ex inspector frunció el ceño.

—Puede ser —asintió—. De todos modos, es una pista. ¿Qué idea tendría? ¿Sería solo despecho o tendría algún plan?

—He tenido una idea desagradable —dijo Campion—, pero se me ha ocurrido que si Sutane sufría un colapso nervioso, Konrad sería sustituto. Si un hombre está agotado, nada puede aplanarle tanto como una persecución. Puede que ese tipo se sienta oprimido por Sutane.

—¡Ah! —Blest parecía complacido—. Eso ya es algo, no lo niego —dijo—. Voy a coger al chico más espabilado de la oficina para echar una ojeada al jornal de ese tipo. ¿O no?

—Sí, hágalo, pero tenga cuidado. No deje escapar la liebre. Aunque no creo que le resulte tan fácil. Conrad vive en un piso de Marble Arch —dijo míster Campion—. Me parece que debe tener un amigo, alguien de su edad, o tal vez algo mayor que él, que arde en deseos de verle triunfar. Esta letra es, probablemente, suya.

Blest cogió la tarjeta de invitación que el concejal Baines había guardado tan cuidadosamente, y su rostro se iluminó.

—¿Tiene su dirección? —preguntó.

Campion negó con la cabeza.

—No, ni siquiera estoy seguro de que exista. Pero si Konrad es el responsable de

estos pequeños ataques a Sutane —y creo que debe serlo— tiene que tener un cómplice, aunque no fuera más que para escribir estas invitaciones —hizo una pausa y continuó—: Me imagino que debe ser un hombre bastante joven, muy interesado por la carrera de Konrad y estúpido e histérico. La ciudad está llena de ellos. Le llevará algo de tiempo encontrarle, pero Konrad se interesa por los aficionados. Yo iría a ver al secretario de ese Speedo Club que él patrocina.

El ex inspector se levantó. Su entusiasmo había revivido.

—Exactamente —dijo volviendo a meter la invitación en el sobre—. Le estoy muy agradecido. Ese cómplice va tomando forma ante mis ojos. Le encontraremos, aunque corramos el riesgo de que Sutane no quiera acusarle; estos clientes particulares nunca quieren hacerlo —buscó su sombrero y continuó—: Si puedo hallar una relación entre el cómplice y la asistenta, y luego entre Konrad y el cómplice, el problema estará casi resuelto —observó.

Campion se apoyó en el escritorio. Parecía absorto en el papel secante que tenía en la mano.

—Blest —dijo como por casualidad—. No sé si todo esto no pasará de ser algo sin importancia. Esa es mi opinión por ahora, y le agradezco mucho que haya venido. Quiero que me diga todo lo que consiga saber sobre esa gente, por insignificante que parezca. Y hágame un favor: no deje sospechar a nadie que está usted trabajando en esto.

—Como usted quiera, Campion, como usted quiera.

Pero Campion no parecía fiarse aún y el detective le preguntó:

—¿Pasa algo más?

Campion le miró y se echó a reír.

—Es como si hubiera ratas en la casa —dijo—. Sí, pasa algo; muchas cosas que no comprendo en absoluto.

Sorprendido, se dio cuenta de que el ex policía le había comprendido inmediatamente.

—Es una forma de expresarlo —dijo—. Ratas en la casa, apenas se sabe cómo ni cuándo han entrado, ¿verdad? Una vez teníamos un piso en la ciudad, Cerrábamos con llaves las puertas, tapábamos todos los agujeros con cristales y, sin embargo, no podíamos volvernos sin sentir que algo desagradable, sucio, nos acechaba por detrás. ¡Ratas en la casa! ¿Va a volver allí ahora?

—Sí, eso creo —dijo Campion gravemente.

Blest le puso una mano en el hombro.

—Hágame caso; procure no encariñarse con ellos —le dijo—. Eso es lo que nos pasa siempre. Tropezamos con gente agradable, con personas a quienes podemos comprender y con las que nos gusta hablar y luego salen a relucir los trapos sucios y nos sentimos decepcionados, si no tenemos cuidado. Hágame caso.

Se quedó un poco cohibido por su sentimentalismo y se volvió.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Han abierto la puerta de entrada. Lugg acaba de llegar —contestó Campion—. Había salido a dar un paseo cuando yo llegué. No me esperaba hasta mañana por la mañana.

—No tardará mucho en despedirse —dijo Blest—. Debe de ser uno de los más antiguos, ¿no? ¿Cuánto pesa?

—Diecisiete stones y ocho libras, y estoy orgulloso de ello. Reconocería su voz en cualquier sitio, inspector Smart —contestó una voz gruesa desde el umbral de la puerta—. No se vaya todavía, quiero volver a ver su cara.

Cerró la puerta con un portazo que hizo temblar las paredes y entró en la habitación con una desacostumbrada expresión de amabilidad en su rostro pálido.

—¡Hola! —dijo mirando a su superior con indiferencia—. Creí que no volvería usted hasta el martes. De modo que se ha mezclado en un suicidio, ¿eh? Le invitan a pasar un fin de semana y le meten en este lío; no está mal. Es un presagio de catástrofe, un gafe —añadió, sonriendo a Blest—. Llévelo al cine y verá cómo alguien se pone enfermo a su lado.

Campion le miró con amargura.

—Es un payaso —dijo—. Bueno ahora puedo confiar en usted, Blest, ¿no?

—Sí, puede hacerlo. Y gracias —el inspector les dio la mano—. Hasta la vista, *Dirigible*— añadió, dirigiéndose al recién llegado.

Se fue hacia la puerta, pero Lugg se le adelantó, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro.

—Por aquí, señor, por favor —dijo con dignidad—. Tenga cuidado con la alfombra o se resbalará y se abrirá la cabeza. Buenas tardes, hasta la vista.

Cerró la puerta del *hall* y al cabo de unos momentos volvió sin abrigo y con el cuello de la camisa desabrochado.

—Así estoy mejor —dijo quitándose el abrigo y mirando la tira almidonada—. Uso uno cada vez que tengo que salir. He preguntado a mis amigos si conocían alguna lavandera. La nuestra no es peor que otras, si le importa saberlo —abrió un cajón del *bureau* y miró pensativo su contenido—. Tendremos que comprar cuellos nuevos —dijo—. ¿Qué le gustaría cenar? Yo voy a tomar unos arenques en conserva. ¿O va a ir al club?

Campion se levantó.

—Haga la maleta que le he prestado —dijo.

Lugg se quedó pasmado.

—¿Qué? —dijo, al fin.

—Que le he prestado. Tiene que ser el mayordomo de mistress Sutane —que Dios la ayude— hasta que encuentre otro.

Míster Lugg se enderezó y miró a su patrón con dignidad.

—Usted no sabe lo que dice —dijo—. Yo no soy ningún mayordomo. Soy un ayuda de cámara.

—Bueno, entonces aprenderá un nuevo oficio —Campion sacó su billetero y

estudió la tarjeta que había dentro—. Ahora voy a salir y cuando vuelva quiero que mi maleta y la suya estén hechas, con ropa para una semana. Llévelas al portal y espéreme allí. Esta noche nos vamos al campo.

—¿Al campo? —repitió Lugg con rebeldía—. ¿Mayordomo en el campo? ¿Es que ventea usted un nuevo crimen? Siempre está con las mismas. Me gustaría que abandonase usted todas esas manías suyas; le están envejeciendo y además ya no son de buen tono. Están pasadas de moda y, en opinión de muchos, bastante ordinarias. Siento tener que decirle estas cosas, pero eso es lo que parece. Mis amigos piensan que es usted muy vulgar dejando que nos mezclen en crímenes. El crimen debe quedarse en su sitio —el arroyo— y nosotros no deberíamos tener nada que ver con ellos.

Se quedó silencioso y, evidentemente, decidió probar otra táctica.

—Iba a proponerle que viajásemos usted y yo —dijo.

—¿Viajar? —preguntó Campion, estupefacto, saliendo de sus meditaciones.

—El patrón de míster Watson se ha ido a hacer un viaje por mar en su yate —murmuró Lugg—. Dice que es muy distinguido y que después del primer día o así se acostumbra uno al movimiento del barco y ya no resulta molesto.

Míster Campion le miró disgustado.

—Me hace perder la paciencia. Cuando era un penado con libertad condicional...

—¡Oh, no me recuerde eso! —dijo Lugg en tono de reproche—. Hay cosas que no deben recordarse. Haré todo lo que usted me pida siempre que sea razonable, ya lo sabe; pero no tiene que amenazarme con eso. Me alegro de verle un poco azorado; tiene motivos para estarlo.

—Iba a decirle que estos días le encontraba mucho más servicial —dijo Campion, intentando disimular su mal humor.

—Entonces, más vergüenza para usted —contestó Lugg sin amilanarse—. Yo he mejorado, y no lo olvide. ¿Qué es esa idea suya? Tengo que hacer de mayordomo y tener los ojos bien abiertos, ¿no? No resulta muy agradable que digamos, ni me parece muy bonito entrar a husmear en la casa de los demás. Es un truco muy viejo y muy feo. Pero lo haré por usted, seré complaciente. Tendré que hacer de detective.

—Tendrá que hacer de mayordomo —dijo Campion fríamente—. Un mayordomo corriente. Tendrá que hacer su trabajo y procurar hacerlo bien. Y crea que no tendrá tiempo para nada más. Ahora haga el favor de callarse y continúe haciendo el equipaje.

Se dirigió a la puerta. Míster Lugg se sentó pesadamente.

—Es una locura —dijo—. Usted no ha visto nunca un verdadero mayordomo; yo sí. ¿Dónde vamos a ir?

—A White Walls, donde yo he estado. Es una casa muy grande, con mucha gente. Los dueños son los Sutane; Jimmy Sutane, el bailarín.

—¡Ah, los Sutane!... —dijo míster Lugg, mirando le con sus ojillos astutos—. Quizá me divierta la gente de teatro. Tiene usted razón, haré el equipaje. ¿Supongo

que tendré que llevar librea durante todo el día?

—Sí, y tener la boca bien cerrada —concluyó Champion.

Lugg suspiró.

—Muy bien, Cocky —dijo—. Haré lo que usted quiera. ¿Adónde va ahora?

—A visitar a una señora —dijo Champion mirando la tarjeta que tenía en la mano.

—¿De veras? —preguntó Lugg con ironía—. Dele un beso de mi parte.

—No puedo —repuso míster Champion—. Está muerta.

Lugg soltó una risotada.

—Entonces, llévela flores —dijo—. Y no venga demasiado pronto. Voy a cenar antes de hacer el equipaje.

El aire cálido, fétido con los vapores del canal, soplaba en la ancha carretera, trayendo consigo una nube de polvo y hojas secas. A través de los pilares en forma de jarrón de la balaustrada se veía el agua grisácea y abajo, en el camino de sirga, andaba lentamente un caballo, hundiendo las patas en la arcilla.

Las altas casas, de paredes de piedra, emergían en la media luz con toda su simetría georgiana. Todo estaba tranquilo y silencioso.

Campion encontró el número que buscaba y abrió la elegante puerta del portal. La puerta del *hall*, bajo el porche cuadrado de pilares, estaba abierta y una bombilla polvorienta iluminaba las paredes, pintadas al óleo.

Las ventanas inferiores estaban oscuras, y de algún sitio llegaba la música de un aparato de radio.

Campion apretó el timbre y al final del *hall* se oyó un ruido de pasos y se encendió una luz al pie de la escalera, para volver a apagarse inmediatamente. Esperó unos minutos y se abrió la puerta de nuevo, y apareció en ella una mujer pequeña y vivaracha, peinada de un modo extravagante, con un vestido de seda adornado en el cuello y los codos con encaje. Míster Campion dejó a un lado la discreción y dijo:

—Es acerca de miss Pye. ¿Puedo hablar con usted unos minutos? —estaba satisfecho; sabía que había hablado en el momento preciso.

Ella salió afuera y le miró, y la luz de la calle la dio en el rostro, iluminando su cara astuta y pequeña, de ojos vivos y nariz respingona, que debía haber sido muy linda en su juventud.

—Sí, sí —dijo, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie les esperaba—. Venga a mi cocina; allí no nos molestarán —le cogió de la manga y le hizo seguirla—. Aquí es —entraron en una pequeña habitación, limpia y alegre a pesar de su pobreza—. Siéntese y póngase cómodo; no es muy lujosa, pero sí acogedora y limpia.

Tenía una risa agradable, con un eco de verdadera alegría, y su amabilidad era la de una perfecta anfitriona.

—No sé quién es usted —dijo sonriéndole—, pero parece un chico simpático. ¿Conocía a Chloe? ¡Pobre muchacha, qué final ha tenido! ¡Y ella que pensaba que empezaba a prosperar! ¿Quiere un poco de cerveza negra? No tengo otra cosa. ¡Bobadas! Desdése luego que lo tomará.

Se acercó al aparador y Campion, al mirarla, calculó que debería tener unos sesenta años; pero tenía un carácter muy juvenil y parecía estar satisfecha de sí misma.

El estante que había encima del hornillo estaba cubierto de fotografías de gente de teatro, y cuando ella volvió con los vasos le encontró mirándolas con curiosidad.

—Ahí estoy yo, a la izquierda —dijo—. La de la reverencia. No me diga que ha oído hablar de mí, porque no es cierto. Debía estar usted en pañales cuando yo ya estaba trabajando. Renée Roper, así me llamo. No sé moleste en recordar, nunca vine al West End. Y ahora vamos a lo de Chloe: ¿qué la pasó? Supongo que sería usted amigo suyo, ¿no?

Campion vaciló.

—Bueno..., no exactamente. La conocía superficialmente, en realidad. Pero me interesaba y quería saber algo más acerca de ella.

—¿No le debía dinero?

Sus inteligentes ojos se endurecieron y él intentó convencerla.

—¡Oh no, nada de eso! —dijo—. Francamente, no vengo a tratar de ningún asunto de dinero. Pero el hecho es que ella tenía algo que yo quisiera saber, y...

—No me diga más —la mujer se apoyó en la mesa y cruzó los brazos—. Ya entiendo. Siempre ha tenido esa clase de relaciones; y ahora usted se ha casado y sería muy desagradable que aparecieran algunas cartas suyas. No hace falta que me lo diga, muchacho. No es usted el primer hombre bien parecido que ha venido a mí con el mismo problema, se lo aseguro. Le llevaré arriba a su habitación, y podrá echar un vistazo. No podremos subir hasta dentro de un rato; de modo que tómese la cerveza con tranquilidad. No diga una sola palabra de esto a nadie, porque si esa mujer, Pole, llega a enterarse no tendré un solo momento de paz.

Míster Campion estaba avergonzado. Esa era la historia que él pensaba haber contado, pero en vista del giro que tomaban las cosas sintió deseos de rechazarla.

Renée Roper interpretó mal su silencio.

—Estarán allí si no las han destruido —dijo, y añadió—: Y si conozco a Chloe, creo que estarán. No voy a decir nada malo de ella ahora que ha muerto, pobrecilla, pero no nos llevábamos demasiado bien. Me alquilaba el cuartito del último piso cuando estaba fuera, y si estaba en Londres habitaba en las dos habitaciones del primero. Son muy moñas; tiene hasta cuarto de baño.

—¿La conocía hace mucho tiempo, mistress...?

—Miss —le corrigió ella sonriendo—. Nunca consiguieron pescarme —añadió con una risa infantil y espontánea—. ¡Ay, qué tiempos aquellos! Vamos a ver: yo debí conocer a Chloe hará unos diez u once años, pero no he conseguido conocerla nunca del todo. No era mi tipo. Era muy buena, de acuerdo, y usted probablemente conocerá su lado bueno.

Míster Campion parecía interesado y ella le miró con curiosidad.

—Los hombres se cansaban pronto de ella —dijo esto como si esperase que él le diese su opinión; pero en vista de que continuaba callado, prosiguió—: Tenía muchos muchachos al retortero, pero la conocían al cabo de una semana o dos. ¡Soy una gata! No creo lo que he dicho. Bueno, sí lo creo; sé sincera, Renée. Era muy rencorosa y

muy mal intencionada y, para mi gusto, demasiado dominante. Aunque haya muerto sigo pensando lo mismo —miró el vaso de *Campion*, y en vista de que estaba casi lleno aún se sirvió ella sola—. Mientras ellos estaban enamorados de ella le daban todo lo que les pedía, y mientras era así todo marchaba bien.

Míster *Campion* estuvo a punto de hacer unas cuantas preguntas delicadas acerca de la identidad de sus supuestos rivales, pero Renée Roper se lo impidió. Empezó a hablar de *Chloe* con animación.

Chloe Pye había dado sus favores a muchos hombres ricos, especialmente en los últimos años. Desde que se había dedicado al *vaudeville* había abandonado su propia profesión y sus admiradores provenían de lo que, en opinión de miss Roper, era el lado malo de las candilejas.

—Era orgullosa cuando la iba bien y se ponía frenética cuando fracasaba —dijo, resumiendo—. Hay muchas mujeres como ella y no todas son actrices. Si tenía un puesto en el *West End*, y lo tenía de cuando en cuando, se ponía muy tiesa cuando llamaba para que fuera a buscar algo al cuartito de arriba, pero era muy diferente cuando acababa de llegar del extranjero. Antes de conseguir el puesto en el *Argosy* estaba muy nerviosa.

Su rostro, vivaracho a pesar de la edad, se puso serio.

Se oyeron pasos en la escalera, recubierta de linoleum, y se puso en pie de un salto.

—Por fin baja esa mujer —anunció—. Espere un momento.

Salió corriendo, con un revoloteo de sus faldas.

Se oyó un murmullo en el *hall* y al cabo de un rato volvió sola.

—En el teatro están pasando una mala época —dijo—. Llevaban ya nerviosos algún tiempo y ahora parece que hay una racha de mala suerte. Los actores son muy supersticiosos. Esa mujer era del *Argosy*. Ha traído muchas cosas de *Chloe Pye*, de su camerino. Entre nosotros: le diré que creo que en el teatro deben de estar enterados de las relaciones que tenía *Chloe* y no querrán que esos hombres vayan a meter las narices entre bastidores. Esa muchacha dijo que traía todas sus cosas y le di la llave. Por eso tuvo usted que esperar.

Míster *Campion* la miró con curiosidad.

—¿Del teatro? —preguntó—. ¿Una actriz?

Miss Roper se echó a reír.

—No, no. No todas las mujeres que trabajan en el teatro tienen por qué ser actrices. No sé qué empleo tendrá esa muchacha, pero puedo asegurarle que no es actriz. Debe de ser secretaria de algún gerente del teatro, o algo parecido. Me dijo su nombre; era algo así como *Finlay* o *Finbrough*. Bueno, ¿vamos arriba a ver si encuentra esos *billets-doux* suyos?

La siguió escaleras arriba hasta la habitación que, con el pequeño dormitorio, ocupaba todo el primer piso. Era muy parecida a como él la había imaginado, tapizada de damasco y llena, de polvorientas colgaduras. Había un tresillo delante de

la chimenea y sobre la repisa de esta un dibujo de Chloe en traje de noche, cuidadosamente firmado y enmarcado.

Los otros cuadros representaban escenas lascivas y chistes escoceses en los que los perros hacían las veces de seres humanos. No había libros, y un pequeño escritorio con cajones era el único signo de actividad mental que había en el cuarto.

—Huele a cerrado —dijo Renée arrugando la nariz—. ¿Quiere hacerme el favor de abrir una ventana?

Mientras hacía lo que le había pedido, ella se dirigió al escritorio.

—¡Hola! —exclamó—. No es usted el primero, muchacho. La muchacha del teatro ha estado revolviendo esto. Mire: los cajones están entreabiertos y alguien ha estado curioseando su interior.

Empezó a revolver el primer cajón con creciente curiosidad.

—Estaban muy ordenados cuando yo traje esta tarde la ropa blanca —dijo—; lo sé porque eché una ojeada. No me importa decirle que estuve viendo si encontraba algún dinero suelto, porque me debía una semana y quería estar segura de si lo había antes que esa cuñada suya y yo empezásemos a discutir. No había ni un penique, por supuesto, y le aseguro que yo no cogí un céntimo, aunque no hubiera hecho nada malo cogiéndolo, porque Dios sabe que yo le daba dinero cuando lo necesitaba. ¡Ah!, no me extrañaría que hubiese estado también en el cuartito de arriba; la di todas las llaves. Venga conmigo.

La visitante había estado en el cuarto trasero. Después de un cuidadoso examen de los dos baúles de cartas, programas y fotografías, miss Roper se quedó convencida de que la visitante había estado revolviéndolo todo.

—¿Qué le parece esto? —dijo con una sonrisa maliciosa—. Alguien ha tenido miedo, ¿eh? ¿Qué andaría buscando esa mujer? Quería hacerle un favor a alguien de la compañía, me apuesto cualquier cosa —se echó a reír ruidosamente—. No es usted el único, ni mucho menos. ¡Hay montones como usted! Bueno, ¿qué hay de esas cartas suyas? Esa cuñada, Pole, revolverá todo esto. No dejará títere con cabeza.

Se estaba divirtiendo y Campion, que se dio cuenta de que miss Finbrough ya había hecho lo que él pensaba hacer, decidió marcharse.

—Me parece que no voy a conseguir nada —dijo—. Miss..., lo que yo buscaba no está aquí.

Sus ojos vivarachos le miraron curiosos y de nuevo volvió a interpretar sus palabras a su modo.

—Vaya, ha escrito usted mucho, ¿eh? —observó—. Ya lo sé..., grandes paquetes de cartas, todas de la misma letra. ¡Fajos y fajos de cartas! Ya lo sé; esas se rompen siempre, muchacho. A ninguna mujer le gusta cargar con un camión de papeles. No tiene por qué preocuparse. Las peligrosas son las cartas sueltas, las que se guardan siempre. ¿Quién sería capaz de leerse una tonelada de cuartillas cada vez que quiera recordar una aventura amorosa? Bueno; ahora que se ha quedado tranquilo, volvamos abajo.

Mientras bajaban las escaleras de la sombría casa, miss Roper volvió a hablar del accidenté.

—Uno de los Brick Brothers, los del segundo piso, dice que, por lo que ha leído en los periódicos, le da la sensación de que ha sido un suicidio —observó—. El jurado no tiene pruebas suficientes para continuar la investigación, pero si hay algo de lo que esté perfectamente seguro, es de que no se suicidó. Chloe nunca se hubiera matado, estaba demasiado satisfecha de sí misma. Además, ahora tenía un bonito número: era una *estrella*. Nunca lo hubiera conseguido ella sola, ¡nunca! Si quiere que se lo diga, tenía un pequeño enchufe con ese empresario, y no era la jovencita que usted conoció, ¿sabe? Yo sé perfectamente que tenía cuarenta y dos años. ¿Verdad que usted no cree que se suicidara?

—No se suicidó —dijo Champion distraídamente—. Yo estaba en el lugar del accidente.

—¿De veras? ¿Vio el accidente? ¿Querría hacerme un favor? Usted es el hombre que necesito. ¿Le importaría hablar un momento con uno de mis inquilinos? Me preocupa mucho, y una palabra de alguien que lo “haya visto” le convencería.

Míster Champion vaciló, pero negarse hubiera sido una grosería, después de lo atenta que había sido con él.

Volvieron a la cocina.

—Siéntese y tómese una copa; voy a buscarle —dijo acercándole una silla—. No es más que un muchacho; acaba de salir de la Universidad, de Oxford o Cambridge, no me acuerdo. Y ahora está escribiendo una comedia y me ha alquilado el ático. Debe de tener algún dinero, pero dice que aquí tiene más ambiente y yo hago lo que puedo por él. Debe de ser una obra dramática. No puede decirse qué esté anticuada solo porque quiera escribirla en un ático. Yo se lo dije, pero ya sabe usted lo que son esos universitarios. No comprendo lo que les enseñan en esos sitios; quiero que hable usted con él porque Chloe le andaba detrás. No quiero decir lo que opino de ella por hacer tal cosa. Hubiera podido ser su abuela. No sé lo que él creía que era ella, pero el caso es que está bastante afectado el pobrecillo. No quiere comer y no puede dormir. No es que lo sienta demasiado, pero se le ha metido en la cabeza que se ha suicidado y se cree culpable de ello —se echó a reír amargamente—. ¿No son encantadores a esa edad? Si le hubiéramos dicho que estaba demasiado seguro de sí mismo, se hubiera reído de nosotros y no nos hubiera creído. Hable con él y dígame que fue accidente. Hágalo por mí, por favor —salió sin darle tiempo a responder, pero asomó la cabeza por la puerta para susurrar—: No se ría de mí. Es muy desgraciado. Solo estuvo enamorado una vez, antes de ahora, de una muchacha que trabajaba en una tienda y que le recordaba a Ofelia; según me dijo, creo que estaba anémica.

Volvió a desaparecer y tardó bastante en regresar. Mientras tanto, Champion permaneció al lado de la mesa de la cocina pensando en miss Finbrough y en la única persona del mundo por la que vendría a hacer tan dudosa búsqueda. Se preguntó lo que habría encontrado en tan breve tiempo.

El ruido de los pasos de miss Roper, que se acercaba, le devolvieron a la realidad. Se abrió la puerta y entró, con el rostro sonrosado y maternal.

—Este es míster Peter Brome —dijo brevemente—. Sé que les gustará charlar un rato.

Campion miró al joven, que entró a regañadientes en la habitación brillantemente iluminada. Era muy joven y atractivo. Tenía en el rostro una expresión de excesiva gravedad y daba la impresión de estar muy concentrado en sí mismo, como si su aflicción hubiera llenado hasta el borde la copa de su amargura y cualquier movimiento pudiera derramarla. Esto le daba un aire torpe e inseguro, preocupando tanto a él como a los que le rodeaban. Llevaba una vieja chaqueta de *sport*, que colgaba lacia sobre sus hombros anchos y desgarrados, y la pulida pipa, que oprimía como si fuera su principal apoyo, estaba vacía.

Irguiéndose por encima de miss Roper, se dirigió a míster Campion con una voz casi sepulcral:

—¿Cómo está usted? —dijo—. No sé su nombre —agregó, y al darse cuenta de la tontería que acababa de decir, añadió—: Aunque no importa —y enrojeció violentamente ante la descortesía de sus propias palabras.

En vista de su delicada misión, míster Campion le dijo su segundo nombre y le dio la mano solemnemente. Peter Brome cruzó la cocina y se apoyó en la pared con una indiferencia demasiado marcada para ser real.

Miss Roper miró a Campion, suplicante.

—Háblele del accidente —insinuó—. Desea saber lo que pasó.

—¡No, no, por favor! —exclamó Peter Brome con desesperación.

—Vamos a tomar una copa —sugirió míster Campion.

Míster Brome asintió, azorado:

—Sí, creo que debe tomar un trago conmigo —dijo mirando a Campion.

—Tomaremos todos los que usted quiera —contestó míster Campion.

—No se queden ahí parados, o les cerrarán los bares —indicó miss Roper, complacida—. Váyanse. Si no vuelvo a verle, muchacho, hasta la vista y buena suerte. Me alegró de haberle conocido. No diga nada a esa señora; ya sabe a quién me refiero, y puede confiar en la pequeña Renée. Adiós, amigos. Tengan cuidado, no vayan a caerse al canal.

Los acompañó hasta la puerta y los despidió con la mano.

Míster Campion y su compañero pasearon por la calle cubierta de papeles que el viento había arrastrado. Peter Brome se echó el pelo hacia atrás y miró el cielo, que se recortaba por entre los tejados de las casas.

—Una viejecilla simpática —dijo, de pronto, el joven—, aunque algo entrometida. Parece como si tuviera complejo maternal.

Campion, quien por un momento había pensado que se refería a Chloe, estuvo a punto de cometer una incorrección, pero la observación de su acompañante le libró de ello.

—Insistió mucho para que bajara a verle a usted. Yo tenía la sensación de que iba a molestarle, pero cuando ocurre una cosa tan desagradable como esta, y uno, con razón o sin ella, se juzga en cierto modo culpable, se desea vehementemente saber con exactitud lo que pasó, aunque no nos sirva de nada, ¿no le parece?

—Fue un accidente, se lo aseguro —dijo míster Campion.

—Quisiera creerlo —contestó Peter Brome, dudoso—. No sé por qué le hablo de esto. No quiero ser descortés, desde luego; pero si usted la hubiera conocido como yo la conocí... ¡Dios mío! Ha sido tan espantoso, tan inesperado... Era una mujer maravillosa.

Le tembló la voz y se quedó en silencio, mirando las estrellas londinenses con un rictus de amargura en el rostro.

Llegaron a la pequeña taberna del Spiked Lion.

Cuando Peter Brome bebió su copa, volvió a ponerse serio. Las otras personas que había en el bar se conocían todas unas a otras y parecían encontrarse incómodas con la llegada de los extraños. Por eso, la visita de Campion fue breve. Bebieron sus modestos chatos y salieron a la calle.

Sintiendo que debía volver a ocuparse de sus propios asuntos. Campion iba a marcharse cuando Peter Brome se lo impidió.

—Me gustaría hablar de ella —dijo—. La mitad de mi vida ha desaparecido de repente. Yo no conocía a sus amigos y probablemente no volveré a oír hablar de ella, ni la veré jamás. Es como si una puerta se me hubiera cerrado para siempre.

A Campion le pareció ver ante sí a Chloe Pye tal como había sido en vida y sintió que nada podría consolar a míster Brome en su soledad, pero permaneció silencioso.

—Quisiera acercarme al canal, si no le importa. Hay un puente y podemos asomarnos a él —insinuó Peter Brome, suplicante.

Avanzando por la desierta calle se acercaron a las pestilentes aguas.

—Supongo que si le digo que me hubiera gustado arrojarme ahí me tomaría usted por loco, ¿verdad? —dijo míster Brome cuando se apoyaron sobre la balaustrada y miraron la espumante corriente.

—Amigo mío, se hubiera usted muerto de difteria, pero no ahogado —contestó Campion involuntariamente, y su acompañante se echó a reír alegremente.

—Soy un loco —dijo Brome, abatido, mientras su alegría desaparecía tan rápidamente como había surgido—. ¡Deberían fusilarme! ¡Reírme cuando ella está muerta! “Chloe es una ninfa del florido bosque”. Esto es de D’Urfey, pero la poesía, de Cartwright. Ella era un año o dos mayor que yo, ¿sabe usted?

*Chloe, ¿por qué deseas que tus años retrocedan
hasta encontrar los míos,
que en todo seamos semejantes?
Piensa que yo también puedo ser tan viejo para ti*

como tú para mí.

Me alegró muchísimo cuando lo encontré, porque me pareció un buen presagio. Y ahora... —se apoyó de bruces sobre la barandilla y se estiró, como si este esfuerzo físico le librara del insoportable peso de su dolor—. ¿Estaba..., estaba muy mutilada? —preguntó bruscamente, temiendo escuchar lo peor.

Míster Campion se sintió desfallecer y prefirió decir la verdad, aunque sin dar demasiados detalles de la tragedia.

Peter Brome le escuchaba en silencio. Su joven rostro aparecía muy pálido a la luz de los faroles.

—Gracias —dijo, por último—. Gracias. Ha logrado casi convencerme. Me espantaba la idea de que se hubiera suicidado.

—¿Por qué? Se sentía muy feliz en el teatro.

—¡Oh, sí, en el teatro! —su voz expresaba el desprecio que sentía por estas cosas materiales—. Era su vida lo realmente difícil. Nos amábamos —continuó, mirando a Campion a los ojos, como desafiándole a que se riera de él.

Sin embargo, míster Campion permanecía grave. Sabía que nadie debe burlarse del amor, por ridículo que este parezca.

—Quería casarme con ella —continuó Peter Brome dignamente—. Pero ella se negaba siempre, alegando razones absurdas, como, por ejemplo, la diferencia de edad y cosas por el estilo.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó Campion.

—Veintidós. Los suficientes para saber lo que quiero. Bueno; cuando ella empezaba a poner objeciones, yo siempre sospechaba que había algo que me ocultaba, porque estoy seguro de que me quería. El domingo pasado habíamos pensado ir al río. Lo habíamos decidido y ambos esperábamos el día con mucha ilusión. Por eso, cuando me dijo que se marchaba fuera a pasar el fin de semana me enfadé y tuvimos nuestra primera riña seria —hizo una pausa, mientras la angustia se reflejaba en sus ojos al recordar la inmensidad de su tragedia. Con un esfuerzo: continuó—: Parece ser que eso la contrarió tanto como a mí. Hicimos las paces y lo olvidamos todo. Ella estaba: casada, como, supongo que sabrá usted, y se había encontrado con su marido después de algunos años de separación, y este, naturalmente, se dio cuenta de su equivocación y quería que ella volviese a su lado: Iba a ir a verle para tratar de convencerle que la concediese el divorcio. No quiso decirme cómo se llamaba. La juré que nunca sé lo diría a nadie, pero eso no importa ahora. Estaba muy conmovida y yo también. Luego me enteré de todo esto.

Míster Campion permaneció silencioso, recostado sobre la balaustrada.

Vista por ojos extraños, la historia de Chloe tenía un matiz muy diferente al que le daba el relato de un amor lleno de dificultades, como el que acababa de escuchar. Mientras contemplaba las aguas le vinieron a la memoria una serie de detalles:

Sutane, dando un papel en el espectáculo a Chloe, en contra de todos; Sutane, sentado en el oscuro patio de butacas, ordenando a Chloe que no aceptara la invitación que su mujer la había hecho; Sutane; asegurando con insistencia al doctor que Chloe era casi una extraña para él; Chloe, sentada en las rodillas de Sochi diciendo que ella y Sutane eran viejos amigos; el pequeño reloj con la inscripción que tenía grabada, y, finalmente, como clave de todo el asunto, miss Finbrough revolviendo con precipitación los papeles de la muerta.

Sus claros ojos se ensombrecieron bajo las gafas y sintió la profunda voz de Peter Brome a su lado.

—Usted probablemente desaprobará el divorcio. Perdóneme, pero puede que usted haya olvidado lo que es el amor. Es arrollador, es lo único que importa. Se siente uno desamparado y se pierde la razón. No se puede hacer nada para evitarlo, y nos asfixia materialmente.

Míster Campion, que se había vuelto más humano en los días pasados, sintió, un loco deseo de huir de aquel ser que tan injustamente murmuraba tales verdades en sus oídos. Sin embargo, se contentó con replicar:

—No solo a usted le ocurren tragedias. Sobre todo teniendo veintidós años— inconscientemente, habló con amabilidad.

—No, pero no estoy acostumbrado a ellas —contestó Peter Brome—. Puede que sea peor. No creo que haya nada peor que eso. Es inconcebible. Es horrible decirlo, pero es casi..., casi hermoso, tan exquisitamente doloroso...

Míster Campion pensó en Linda, en Sarah, en Chloe, en Sutane y, finalmente, en sí mismo. Cogió la mano de míster Brome y se la oprimió calurosamente.

—Hasta la vista —dijo súbitamente—. Murió en seguida y no tuvo ningún dolor. Esto le consolará si piensa en ello. Hasta la vista.

Se marchó rápidamente; su sombra, larga y delgada, oscilaba por la alumbrada calle.

Míster Brome permaneció en el puente con su dolor, tan querido y remoto como las estrellas que titilaban sobre su cabeza.

A la mañana siguiente míster Campion se sentó a desayunar, prácticamente sumergido entre el terciopelo de un canapé carmesí. A esa hora el comedor del club estaba silencioso. Todas las personas que lo ocupaban permanecían calladas, como preparándose a enfrentarse de nuevo con el mundo.

La brillante luz del sol hería las pesadas cortinas que colgaban sobre las anchas ventanas y la amplia habitación parecía sostener una reñida lucha entre la luz y las sombras.

El calor, el *confort* y el ambiente de cómodo aislamiento calmaron a Campion y le hicieron sentirse sensible y tranquilo. Desde su retiro, los acontecimientos y emociones de la tarde anterior le parecían una horrible pesadilla.

Peter Brome le había llevado al mundo de Pirandello y hoy solo quedaban los hechos comunes, y estos eran tan importantes como desagradables.

Se alegró de haber telefoneado a Linda excusándose por no ir a White Walls y de haber mandado a Lugg solo, a pesar de todas sus protestas. Young George, el mecánico del garaje, que a veces le hacía el favor de conducir el coche, había llevado a Lugg a casa de los Sutane y le había contado que la misma señora había salido a recibir a su mayordomo provisional y que míster Lugg se había portado como un perfecto caballero. Young George opinaba que Lugg desempeñaría su cargo a las mil maravillas, y Campion deseaba ardientemente que fuera así.

Mientras permanecía sentado, mirando por encima del periódico las partículas de polvo que flotaban en el rayo de luz que penetraba por una de las ventanas, pensó en la conversación que había tenido con Linda. Recordaba todos los detalles con sorprendente claridad. Volvió a escuchar su rápida y acalorada protesta y su propia insistencia asegurando que tenía que ir a la ciudad para resolver algunos asuntos referentes al accidente. Recordó la pausa que siguió a estas palabras y luego su ofrecimiento de mandarla a Lugg y el sincero agradecimiento de ella por su amabilidad.

Repasó toda la conversación desde la primera palabra de ella hasta su propia despedida cuando tuvo que hacer un violento esfuerzo para reprimir sus impulsos y permaneció frente a ella pálido y cortado. No le cabía ninguna duda de que su preocupación por ella desaparecía en poco tiempo; pero, ahora, lo absurdo y tempestuoso de sus sentimientos le exasperaba todavía.

Por primera vez se dio cuenta de toda la pena que sentía, y su descubrimiento le dejó perplejo y malhumorado, aunque abrigaba la secreta esperanza de poder olvidarla, si bien comprendía que le sería difícil volver a ser el hombre sin

preocupaciones que había sido.

Fijó su atención en el periódico y leyó el artículo que se refería a la investigación de la muerte de Chloe Pye, cuyos detalles relataba ampliamente. A falta de otras noticias importantes, el articulista se había extendido en la información, llenando dos columnas del periódico más barato de Londres. El optimismo había hecho que Sutane se volviera despreocupado. Había sido un veredicto claro, no “fatalidad”, como él había dicho. El jurado había dicho que la muerte había sido producida por un *shock*, acelerada por un estado de *status lymphaticus*, pero recordaba también que no había ninguna prueba que demostrara si la mujer había caído del puente por accidente o si se había arrojado de él por voluntad propia. El periódico relataba detalladamente la parte que había tomado Sutane en el accidente del coche inmediatamente después de la muerte de Chloe, y repetidas veces hacía alusión a la inesperada reunión de casa de los Sutane. Realmente, no era una historia muy agradable, y dejaba una molesta impresión en el ánimo. El hecho de que Chloe Pye estuviera en traje de baño cuando murió lo repetía el periódico constantemente, pero sin explicar el motivo de ello, e insinuaba una larga historia de extrañas reuniones, coches veloces y suicidios, que hubiera podido acallarse con algo de dinero e influencia. El público, que veneraba a Sutane no tenía ningún inconveniente en que Sutane se divirtiera, pero temía que esto perjudicara a alguno de ellos.

Campion dejó el periódico e intentó analizar fríamente su propio problema y considerar el descubrimiento que le había llevado a tomar la decisión de desaparecer de todo este asunto y de la sociedad de los Sutane.

Examinándolo desapasionadamente se hizo una pregunta: Si uno se siente atraído violenta e irrazonablemente por una mujer casada y se descubre que su marido, ya sea por accidente o intencionadamente, ha matado a una mujer con la que ya estaba casado anteriormente, con el fin de retener a su actual esposa, ¿aprovecharía esta circunstancia para denunciar su crimen y marcharse con dicha mujer?

—No, no debes hacerlo —dijo Campion en voz alta. Con tal vehemencia, que el camarero del club, que en ese momento se acercaba a él, le miró asombrado. Venía a decirle qué el ex inspector Blest, que había ido a su piso con la esperanza de encontrarle antes que saliera para el campo, le esperaba en el teléfono. El portero de la casa de Campion le había dicho que probablemente le encontraría en el club. Este fue al teléfono de mala gana, pero Blest insistió en verle y no admitió ninguna excusa.

—¿A que demonios está usted jugando? —le preguntó en tono sospechoso y apenado—. ¿Es que quiere pisotear su propia dignidad? Le necesito, míster Campion; quiero que usted me ayude. Me gustaría saber su opinión. En cierto modo fue idea suya. Escuche..., le he encontrado.

—¿Al cómplice? —preguntó Campion con involuntario interés.

—Todavía no lo sé, cada cosa a su tiempo —Blest estaba irritado—. He encontrado al secretario del club. Se llama Howard, y trabaja en Hampstead Road con un químico que vende al por mayor. Le encontré anoche y estará en las Three Eagles,

en Euston Road, alrededor de las doce. Quiero que vaya usted como por casualidad sobre las doce y media. Quiero que se fije en él. ¿Qué le pasa a usted?

A Campion, que se sentía extrañadamente contento, le molestó la curiosidad que denotaba la pregunta, pero capituló.

—Entonces, a las doce y media —repitió Blest—. No se ponga su mejor traje, porque no es precisamente un palacio, ¿sabe usted? Hasta luego, confío en usted.

Colgó el auricular y a las doce y veinticinco Campion descendía de un autobús, en Tottenham Court Road y se dirigía a Euston.

El joven que conversaba con Blest en un ángulo de Three Eagles no tenía aspecto agradable. Considerado como cómplice del elegante Konrad, resultaba inverosímil hasta el punto de parecer absurdo. Era una persona descuidadamente vestida, con un cuello perfectamente limpio y unas uñas muy sucias. Tenía el rostro curtido por la intemperie y su cara, cuidadosamente afeitada, contrastaba con sus grasientos y lacios cabellos, que caían en sucios mechones sobre su frente.

Tenía una voz fuerte y agresiva y en aquel momento hablaba con animación.

—La aventura, eso es lo que me importa —estaba diciendo al parecer con sinceridad—. No recibo ni un céntimo de los fondos del club ni quiero recibirlo, aunque me lo ofrezcan. La calle es lo que realmente me gusta; estando en ella se aprende a conocer a la ciudad en la que se ha nacido y además ¡resulta tan barato! Un tipo como yo puede permitirse esa clase de vida.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Blest, y viendo a Campion le presentó como míster Jenkyn—. Hace mucho que no le veo, Jenkyn —añadió—. Míster Howard es el secretario del Speedo Club, de bicicletas. ¿Ha oído hablar de él?

Míster Howard se mostró encantado de conocer a míster Jenkyn y en seguida continuó hablando con Blest.

—Hasta el nombre indica nuestra afición —siguió diciendo—. ¿Entiende lo que quiere decir? Speedo... Es una palabra *slang*. A mí me parece que expresa velocidad, entusiasmo... Si fuéramos un club rico podríamos afiliarnos a uno de los grandes equipos y eso nos reportaría grandes beneficios. Podrían organizarse récords y campeonatos con buenos premios para los ganadores. Como yo le decía a uno de los socios el pasado sábado, ¿qué es lo que somos ahora? ¿Qué somos nosotros? Solo publicidad para un tipo que no es un verdadero aficionado. Si le gustara montar en bicicleta sería diferente. Si viéramos que se tomaba interés, cualquiera de nosotros estaría encantado y orgulloso de ayudarle. Pero cuando viene en tren y se cansa por recorrer treinta millas, nos desilusiona. ¿No tengo razón?

—Desde luego —asintió el ex inspector—. Creo que le gustaría que cambiaran las cosas, ¿no?

Míster Howard bebió un largo trago y sus pequeños ojos verdes resplandecieron.

—Yo podría abandonar mi puesto y unirme a uno de los clubs importantes —dijo—, pero entonces no sería secretario, al menos no por mucho tiempo, y me gusta organizar los campeonatos. Eso le satisface a uno si es aficionado. Además, cuando

se sabe la manera de hacer bien las cosas, como, por ejemplo, organizar carreras y cenas en el club, y no se tiene autoridad para hacerlas, ataca los nervios ver que otro lo está haciendo de mala manera.

Hablaba febrilmente y Blest estuvo en todo de acuerdo con él.

Estimulado por un segundo trago, míster Howard continuó diciendo:

—Si el club tuviera un nombre propio, como, por ejemplo, Merton Road C. C., o algo por el estilo, y pudiéramos libramos de esta asociación con el teatro, podríamos ser uno de los clubs mejores de Londres —dijo con triste convicción—. Pero mientras seamos lo que somos, ¿qué vamos a conseguir? Nuestros mejores corredores nos abandonan para irse a clubs que organizan más carreras, mientras un gran número de antiguos socios a los que gusta entrar gratis en el teatro le hacen toda esta publicidad para que les dé pases gratuitos. Todos los aceptamos, es verdad, pero yo soy un ciclista, me gusta el aire libre y correr por la carretera.

Hizo una pausa y rechazó el cigarrillo que Campion le ofrecía, explicando que el humo le perjudicaba.

—Le han regalado una bicicleta de propaganda —dijo en un arranque confidencial, que aunque, consideró indiscreto no pudo callar—, niquelada y barnizada. Yo hice la colecta porque me rogaron que lo hiciera y sé hacerlo bastante bien. Yo compré el regalo y me gustó hacerlo, pero no lo apruebo. Porque además la bicicleta tenía un baño de plata, y eso me parece absurdo. Creo que si en los otros clubs se han enterado de esto se habrán reído de nosotros, y con mucha razón. Esas cosas me sacan de quicio. Cuando se es un as de la bicicleta, mucho mejor que cualquier *amateur*, no gusta que todos los demás corredores piensen que nuestro club no es más que un hatajo de borregos montados en bicicleta. Es denigrante, sí, denigrante. Yo pienso tomar una resolución, pero me hace falta tiempo. Hay que luchar con muchos envidiosos. Cualquier cosa relacionada con el teatro tiene mucha atracción para algunos tontos que se mueren de ganas por ir a ver a Konnye. Yo procuro estar muy amable con él cuando le veo, aunque a mí personalmente no me gusta. Acabará por no gustar a nadie y entonces podremos conseguir que el club llegue a ser importante.

Míster Campion les invitó a otra ronda y la conversación se hizo general. A míster Howard le consumía el entusiasmo que sentía por su deporte favorito y empezó de nuevo a hablar de él.

—En cierto modo, Konrad es útil, no cabe duda —admitió—. Tiene influencia. Hacía falta que se escribiera un artículo como este; ya era hora de que se hiciera.

Sacó un periódico doblado del bolsillo de su abrigo. Contenía un artículo que se titulaba: “Asesinato en la carretera: la opinión de un ciclista”, por Benny Konrad, presidente del Speedo Cycle Club.

Blest cogió el periódico, mientras Campion lo leía también por encima de su hombro. Era un pequeño ensayo escrito con deliberada intolerancia e impreso para ganarse amigos. Apenas mencionaba a los ciclistas, pero se refería concretamente a

los peligros que existen en conducir a grandes velocidades.

—Lo ha escrito en un buen momento —dijo míster Howard, volviendo a guardar el periódico—. Hay miles de nosotros por las carreteras jugándonos la vida continuamente. Esos conductores pueden matarnos en cualquier momento, porque la mayoría de las veces, cuando nos ven, ya están encima de nosotros. Este artículo podría haber sido mucho más fuerte, pero no creo que el editor lo hubiese dejado imprimir. Probablemente pensaría en los coches que se anuncian en el periódico y creería que podría perjudicarlo. Pero, de todos modos, salió después de ese artículo del periódico de ayer en el que se decía que Jimmy Sutane atropelló a una pobre muchacha y la mató. ¿Lo leyeron ustedes? Konrad trabaja en el mismo espectáculo que Sutane y sus nombres aparecen juntos. Espero que sea por eso por lo que lo ha escrito, y el periódico, sabiendo que trabajan juntos, lo ha imprimido. Así es como ellos hacen estas cosas, publicando cualquier hecho de actualidad. Ese es el lema de los periódicos.

Terminaron sus cervezas y salieron a la calle, bañada por el sol, donde se separaron de míster Howard. Blest miró su ágil figura y suspiró.

—Bueno, no es este —dijo—. ¿Qué cree usted?

Míster Campion asintió.

—No —dijo en tono de duda—. No, este no es el cómplice. Parece un chico que va a lo suyo, pero no me parece mala persona. No hay nada sospechoso en nuestro míster Howard. Konrad no parece gustarle demasiado, ¿verdad?

El inspector carraspeó.

—Si quiere que le diga lo que pienso, me parece que el joven míster Konrad va a gustar poco en otro sitio esta tarde —dijo—. Trabaja para míster Sutane, ¿no? ¿A qué demonios cree que está jugando escribiendo un artículo como este? No pudo tener tiempo de escribirlo, por supuesto. Eso es algo que tenían tramado. Pero ha tenido que autorizar para que usaran su nombre. Probablemente se lo leerían por teléfono.

Campion frunció el entrecejo.

—No creo que tenga demasiada importancia —dijo con más esperanza que convicción—. Después de todo, no es tan grave...

—No lo crea usted —le interrumpió Blest—. Esto es un ejemplo de asociación de ideas. Se está haciendo una campaña muy grande para que no se corra llevando el volante. Usted sabe, y yo también, que Sutane no ha hecho nada reprehensible y, su nombre no se menciona en este artículo. Pero ¿quién lee los periódicos letra por letra? Solo un uno por ciento. Las personas que están enteradas a medias del accidente ven un día que Sutane ha atropellado a una mujer que ha resultado muerta, y al día siguiente ven un artículo titulado “Asesinato en la carretera”, por Benny Konrad. El nombre Konrad les hace pensar en el nombre Sutane y en lo último que han oído de él. Ambas ideas se mezclan en su cerebro, es un juego de niños. Yo me di cuenta de ello en seguida.

—No creo que se haya atrevido a ello deliberadamente —dijo Campion

lentamente.

—Puede que no —contestó Blest—. Pero sea como sea, ha sido una falta de tacto. Y me parece que el bueno de Konrad busca jaleo, y no me extrañaría que lo consiguiese.

Campion le miró espantado, recordando ciertos incidentes.

—¡Oh, no! —dijo con vehemencia—. ¡No!

Blest le miró fijamente.

—A usted se le ha metido algo entre ceja y ceja —dijo—. Lo he notado desde que llegó. Pero no se preocupe, no me lo diga; yo me enteraré tarde o temprano. Esto es solo el principio, estoy seguro.

Campion suspiró y su delgado rostro se entristeció súbitamente.

—Está usted equivocado —dijo. Pero añadió con vehemencia, después de una pausa—: O por lo menos le pido a Dios que así sea.

“Querido Champion —escribía Uncle William—: Puesto que usted desertó tan extrañamente, me he decidido a escribirle para contarle ciertas cosas que han llegado a mis oídos. No me cabe duda de que usted sabe lo que hace y que tiene alguna buena razón para apartarse de este asunto, como lo ha hecho. *Me gustaría que me lo dijera cuando volvamos a vernos.* Ahora quiero decirle que tengo una fe absoluta en usted, como siempre la he tenido, y estoy completamente seguro de que está bien preparado para llevar a una solución satisfactoria todos los pequeños problemas que nos acosan.

”Esta casa no es ahora, precisamente, un remanso de paz. La bicicleta de Konrad está todavía en el guardarropa. La vi esta mañana, y supongo que este no tardará mucho en hacernos una visita. Lamento que esto deprima a Linda, porque está bastante entristecida.

”Eve es una extraña muchacha. Siempre me resultó bastante fácil juzgar a una mujer a primera vista, pero confieso que de ella sé muy poco aún. Estoy seguro de que tiene algún secreto. No es normal que una chica de su edad se pase tantas horas sola, meditando. En 1920 (recordará usted que me pidió que indagase particularmente ese año) ella tenía un año y vivía con su querida madre en Poole, mientras Jimmy estaba en el Continente. Después la enviaron a un colegio de monjas en West Country. Su madre murió cuando ella tenía ocho años. Desde entonces las buenas monjitas se ocuparon de Eve hasta hace dos años, que su hermano accedió a sus deseos de asistir a una escuela de arte en Londres. Terminó sus clases allí y ahora se habla de que continúe sus estudios en París. Por lo que yo recuerdo de esa ciudad, no me parece un lugar muy apropiado para mandar a una muchacha sola, pero espero que haya cambiado desde que yo no voy por allí. La guerra entristece, pero purifica. Es una lástima, en el caso de París, pero es verdad.

”Volvamos a la muchacha. Su laxitud me confunde. A los diecisiete años se es normalmente inquieto y activo, la sangre hierve en las venas, pero ella no parece que desee continuar su trabajo artístico y habla de ello sin entusiasmo. Continuaré insistiendo para saber algo más acerca de ella, pero por el momento sigue siendo un enigma.

”Jimmy vuelve aquí todos los días y está cada vez más desesperado. A veces creo que es solo su trabajo y su indomable carácter lo que le hace estar así. Petrie corre de un lado para otro con un coche nuevo —el suyo viejo se estropeó del todo—, y Richard Poyser, un tipo al que no acabo de entender, nos ha visitado hace poco. Vino a comer y estaba muy excitado por un artículo absurdo que algún periodista sin

escrúpulos publicó, convenciendo a Konrad para que lo firmase. Yo lo leí y confieso que no encontré nada de particular en él, pero a Poyser y Jimmy les parece intolerable. Uno se olvida fácilmente de que el Arte es un exigente tirano, y cuando un hombre como Jimmy tiene los nervios tan excitados, es muy fácil hacer una montaña de un grano de arena.

”Squire Mercer, con su típico egoísmo, se ha marchado a París para asistir a no sé qué función, pero se espera que vuelva antes de fin de semana, aunque no a tiempo para ir al funeral.

”Los únicos que se sienten felices aquí son la niña y Lugg. Se está portando tan bien como se esperaba y parece que ha tomado mucho cariño a Sarah, a quien insiste en llamar “la joven mistress”, un apelativo que a los dos les gusta mucho. A veces me parece que la llama así en guasa, pero creo que ella se ha encariñado mucho con él en este corto tiempo, lo cual dice mucho en favor de Lugg y de su amabilidad, una virtud que, en mi opinión, borra cualquier otro defecto.

”A pesar del ruido que arman —se dedican a jugar haciendo como que reciben visitas, abriendo puertas y llamando a los timbres—, creo que Linda está muy contenta con él. Verdaderamente ha traído un poco de alegría a una casa que de otro modo sería triste y desgraciada.

”Espero verle en el funeral de Chloe Pye (¡cuántas preocupaciones ha debido causar esta mujer durante su vida! Y ahora, muerta, parece que quiere seguir haciendo lo mismo).

”Tengo que ir a la ciudad con Jimmy. La cuñada de Chloe, que me parece una persona vulgar (creo que usted la conoció aquí), ha demostrado una morbosa ansiedad por relatar a todo el mundo la muerte de Chloe y el papel que ella representará en el funeral. Jimmy, naturalmente, no quiere ofender a nadie y me parece que él y todas las principales figuras de mi espectáculo, así como todos los que estuvimos presentes en aquella reunión, acompañaremos el féretro hasta su última morada. Tengo verdadero interés en que usted cumpla con su deber y vaya al funeral. Lo que se piensa hacer es seguir el féretro hasta el cementerio y después volver a la casa para estar allí unos momentos. Protesté ante esta sugerencia, que me parecía innecesaria, porque no somos, a Dios gracias, parientes de la muerta; pero la buena de mistress Pole está algo triste y Jimmy quiere animarla, lo que me parece una buena medida. Espero verle mañana, viernes, a las dos menos cinco, en el número 101 de Portalington Road. No nos defraude. Le he alabado tanto, que me siento responsable.

”Un abrazo de su amigo,
William R. Faraday”.

“P. S.— He vuelto a abrir esta carta después de dar una vuelta por el jardín, durante la que he hecho un extraño descubrimiento. Supongo que se tratará solo de algún idilio romántico, pero se lo digo por lo que pueda suceder. Desviándome de mi acostumbrado camino alrededor de los arriates y el lago, seguí un sendero que

atraviesa la arboleda. Aquí hay árboles muy bonitos, y el verlos me hace recordar los días de mi infancia en que me dedicaba a buscar nidos de pájaros. A pesar de estar la estación algo adelantada, se me ocurrió probar suerte y ver si mis ojos habían perdido facultades. Usted pensará, sin duda, que fue una tontería; pero en cierto modo fue una buena idea que se me ocurriera hacerlo, porque pronto descubrí un nido de este año al alcance de mi mano, en la rama de un olmo joven. Metí los dedos en él y encontré una hoja de papel, ¡qué le parece! Era una cuartilla blanca, con unas palabras escritas a lápiz y probablemente tan de prisa, que no hubiera podido reconocer la escritura aunque me fuera conocida, que no lo creo. Copié las palabras en mi *block* de notas y le envíé la copia por si fuera valiosa. Dejé el papel donde estaba, porque no quise llevármelo, pero tengo bien grabada la escritura en mi cerebro y puede creer que no la olvidaré.

W. F.”

Con la carta venía una hoja, arrancada de un *block* de bolsillo, escrita en la embarullada letra de Uncle William. En el reverso de la hoja había añadido una nota explicativa: “Encontrado el jueves a media tarde en el nido de pájaro de la rama del olmo, a un cuarto de milla del límite de White Walls (aproximadamente)”.

El mensaje consistía en una sola línea, escrita también con letra de Uncle William:

“Te quiero, te quiero. ¡Oh, sí, te quiero!”.

La habitación, con el mirador y el recargado mobiliario, olía mucho a flores. El aroma dulzón impregnaba toda la casa, mezclado a otros olores, como el que llegaba de la cocina, el del alcanfor, la cera de los suelos y los húmedos pañuelos. Los pétalos yacían diseminados sobre el suelo imitando a *parquet* del comedor, la alfombra del salón y la del *hall*. Yacían también esparcidos por la estrecha escalera de rojos y pulidos peldaños, por los que una hora antes habían bajado, tambaleándose peligrosamente, el historiado ataúd de asas plateadas.

Ya había pasado todo. Chloe Pye había desaparecido. La horrible tierra amarillenta del cementerio se había abierto y se la había tragado. La multitud, atraída por su nombre, su profesión, la extraña forma en que había muerto y la presencia de sus enlutados parientes, había acudido en oleadas, tropezando y pisoteando las tumbas humildes o parándose a curiosear las inscripciones de las lápidas más ostentosas.

Campion estaba en una esquina de la chimenea del salón, con la cabeza inclinada hacia un lado para esquivar el mango de un candelabro. La habitación estaba llena hasta los topes, así como las demás habitaciones, pero no se oía ningún murmullo de conversación que aliviase la sensación de incomodidad, y el enlutado gentío permanecía silencioso, agolpado apretadamente unos contra otros.

Fuera, a la luz del sol, en la calle, aún había gente esperando. Eran curiosos, pero guardaban silencio y se comportaban con educación debido a la naturaleza de esta ocasión. El gran momento, cuando la procesión, con caballos negros, adornos plateados y el coche mortuorio cargado de flores y negras plumas, se había puesto en marcha a paso de tortuga, pertenecía ya al pasado. El pomposo desfile que mistress Pole había organizado había pasado ya, pero todavía podían verse algunas personas enlutadas.

En la casa de al lado habían cerrado las ventanas de los pisos bajos en señal de duelo, pero entre las cortinas entornadas atisbaban ojos curiosos y, de cuando en cuando, el sol de la tarde se reflejaba en los cristales de unos prismáticos de ópera.

Una muchacha ojerosa, con un brazalete negro sobre la manga de su vestido oscuro, asistida por un sudoroso camarero traído del restaurante más cercano, se debatía entre la muchedumbre llevando bandejas con copas de oporto rojo y jerez amarillo. Al aproximarse a los visitantes murmuraban algo sobre *whisky* y *soda*, que, según decían, había en el aparador del comedor, “por si algún caballero deseaba tomarlo”.

Sutane estaba al lado de la chimenea, al parecer muy tranquilo. Pero los huesos de

su cabeza resaltaban más que de costumbre, y sus oscuros ojos miraban a la multitud fijamente. No había forma de saber si estaba pensando en algo.

Uncle William estaba semioculto entre el gentío al otro lado de la habitación. Champion pudo ver su rostro sonrosado y sus azules ojos entre dos sombreros negros. No intentaba moverse, porque de haberlo hecho hubiera tenido que pasar a través del círculo de personas que rodeaban a mistress Pole, su hijo y su gruesa hija, que se pavoneaba en un horrible traje negro, pegándose al lado de su madre con el estoico heroísmo de la adolescencia.

Mistress Pole estaba triunfante y se sentía feliz, pero representaba bien su papel, ocultando la satisfacción que la llenaba tan deliciosamente, y que a pesar de sus esfuerzos no conseguía disimular del todo, fingiendo un resignado e infinito dolor.

En el momento en que el desasosiego y la incomodidad parecía haber llegado al máximo, una mujer con un vaso en la mano se acercó a Sutane abriéndose paso entre la multitud. Se paró junto a él y le miró maliciosamente, acercando su rostro al de Sutane. Fue un movimiento astuto y desvergonzado y bastante desagradable para los que lo vieron.

Campion la miró y vio que era muy blanca y tenía un rostro hinchado y un cuerpo enclenque y encorvado. Su abrigo negro estaba bastante sucio, pero el tul que cubría su sombrero había sido colocado por hábiles dedos. Su cabello era grasiento y liso y tenía la boca contraída ominosamente.

—Bueno, Jimmy —dijo—, ¿no me conoces?

Sutane la miró fijamente, y Champion, a su lado, pudo ver su gesto de horrorizada sorpresa.

—Eva —contestó.

La mujer se echó a reír y le alargó su copa. La faltaba poco para estar borracha.

—La pequeña Eva en persona —dijo—. Ven a ver lo que queda de la pobre muchacha de los viejos tiempos. Las cosas han cambiado, ¿eh? Sí..., para ella y para ti también, amiguito. Ahora te va muy bien, ¿verdad? Empresario del West End y todo eso...

No había levantado la voz; pero como era la única persona que parecía tener que decir algo definido a alguien, todo el mundo la escuchó automáticamente. Ella se dio cuenta del silencio y se volvió a los demás con un rápido movimiento. Los que estaban detrás de ella se sintieron molestos y empezaron a hablar precipitadamente unos con otros. La mujer se volvió a Sutane.

Poco más tarde estaría grotesca y ofensiva, moviéndose torpemente, hablando con dificultad; pero ahora solo podía suponerse todo esto. Se acercó un poco más.

—¿No te servirá de nada una payasa que sepa andar por el alambre? —murmuró, y sonrió amargamente al ver su involuntaria expresión—. Está bien, Jimmy, muchacho, soy una piltrafa. No podría aparecer en un escenario. He caído muy bajo, como puedes ver.

Volvió a reírse y pareció dispuesta a seguir hablando. Sutane la interrumpió.

Campion nunca le había visto tan agitado.

—¿Dónde vives ahora?

—Con mi vieja mamá; la vieja Emma, ¿te acuerdas de ella?

Parecía divertida y continuó en el mismo tono confidencial, como si estuviera diciendo algún secreto:

—Vivimos en una casucha en Kensington. Tú has olvidado esa clase de vida. ¿Te acuerdas cuando íbamos en la barca con Chloe y Charles? Hace ya muchos años. ¡Qué tiempos aquellos!

Se calló y Campion se puso a mirar fijamente la pared de enfrente, porque se dio cuenta de que Sutane le estaba mirando. La mujer continuó:

—¡Pobre Chloe! Nunca pensé verla así. Yo soy la única que debería de estar ya en la tumba. Ahora no puedo andar segura si voy sola. No podría estar aquí si alguien no me hubiera traído. Ha sido un chico muy amable por acordarse de su vieja compañera y traerme a que la viera por última vez. También me llevará a casa; si no lo hace no podré ir. Allí está, es Benny Konrad. Ha sido muy amable, ¿verdad?

Puso una mano, calzada con un descolorido guante de cabritilla, en el brazo de Sutane y continuó:

—Hasta la vista, muchacho —volvió a dirigirle una sonrisa llena de nauseabunda coquetería—. ¿Nos veremos alguna vez para tomar una copa y recordar viejos tiempos?

No esperaba que la contestara, pero esta pregunta aminoró su amargura y dio a su voz un tono de esperanza. Se alejó de él, mientras la multitud la hacía sitio al acercarse a Konrad.

Sutane revolvió las monedas en sus bolsillos y miró fijamente a Campion, que desvió la mirada, y se preparó a intentar la marcha.

—Campion, creo que será mejor que nos vayamos —dijo suavemente—. Vamos.

Míster Campion le siguió. Al aproximarse a mistres Pole reapareció la doncella en la puerta llevando un ramo de flores por encima de las cabezas de los visitantes. Era una precaución acertada, ya que el gentío era enorme; pero dio a su entrada un aire de triunfo que estaba fuera de lugar. Llegó al lado de su señora y Sutane y Campion pudieron escuchar lo que dijo:

—Un muchacho acaba de traer esto, señora. Dice que le perdone por haberse retrasado.

Mistress Pole cogió el frágil paquete y rasgó el papel que cubría las flores con un trágico ademán. Un gran ramo de violetas cayó al suelo y su hija se agachó a recogerlo, resoplando fatigosamente.

Mistress Pole descubrió una tarjeta entre el celofán y la leyó en voz alta:

“A Chloe, de Peter. Esa perfecta semejanza...”.

La última frase la dejó perpleja y la repitió, volviendo la tarjeta, como si esperase encontrar la explicación de su significado en la otra cara. Defraudada, se encogió de hombros, dándose por vencida.

—Alguien que la conocía, sin duda —dijo—. Tenía muchos amigos. Es una lástima que esto haya llegado tan tarde y no haya podido ir con las demás flores. Póngalas en agua, Joannie. Si tengo tiempo, las llevaré mañana a la tumba. ¡Cuántas flores tenía! Donde quiera que esté, estoy segura de que estará contenta. ¿Tiene que irse, míster Sutane? Ha sido muy amable viniendo. Sé que le hubiera gustado verlos a todos ustedes aquí. ¡Pobrecilla!

Sutane le dio la mano y murmuró unas palabras de condolencia. Campion admiró su forma de dominarse.

La hija de la casa los acompañó hasta la puerta, llevando en la mano el ramo de Peter Brome.

Habían atravesado el enjambre de curiosos que rodeaban el portal y que al verlos aparecer se hicieron señas y miraron a Sutane suspicazmente, y estaban atravesando la calle en dirección a la parada de taxis cuando Uncle William los alcanzó. Llegó sofocado y agitaba en la mano aún un pañuelo blanco.

—No les recrimino por haberme olvidado —dijo—. Ha sido muy desagradable. Gracias a que pude salir yo también. Hubiera sido una escena trágica si el dolor hubiera sido verdadero, y no tan embarazosa. No me había sentido tan hipócrita desde que, de niño, tuve que asistir a una función de la misma especie, aunque de mejor clase, desde luego.

La observación final fue a modo de explicación, sin duda ofrecida a algún pariente muerto.

Sutane continuaba silencioso. Andaba a largos pasos, con la cabeza erguida y las manos en los bolsillos. Su rostro estaba sombrío, y Campion se dio cuenta de lo que estaba pensando.

—Espantoso —dijo de pronto—. Espantoso. Vamos a coger ese taxi. Campion, le necesito. No se marche.

Habló con su antigua autoridad nerviosa, que era posible desobedecer, pero no ignorar. Míster Campion subió al taxi detrás de Uncle William, sintiendo que estaba cometiendo una gran equivocación.

Cuando se sentaron, Uncle William sacó una antigua petaca de puros y se los ofreció con solemnidad.

—Bueno, olvidemos lo ocurrido —dijo inesperadamente—. Volvamos a la normalidad. Ahora podemos lavarnos las manos sobre este asunto. Ya ha pasado. Nosotros hemos hecho nuestro papel y lo hemos hecho bien. Voy a llevarlos a los dos a mi club. No me pongan excusas. No voy a menudo, pero es el único sitio donde se puede tomar una copa a estas horas.

Campion estaba ansioso por escapar y, sin embargo, no se decidía a intentarlo. Sutane estaba silencioso, de mal humor, y solo Uncle William parecía tener una idea fija.

Finalmente, llegaron al club, que estaba en Northumberland Avenue, una extraordinaria institución que a primera vista parecía mezcla de catedral y antiguo

Café Royal. Se sentaron en un oscuro rincón del salón a beber *whisky* con soda, conversando solo de tarde en tarde y en un murmullo.

Sutane se levantó para telefonar al teatro, donde se estaba ensayando *Swing Over*, y antes de marcharse miró a *Campion* inquisitivamente.

—Se le ha metido en la cabeza que usted va a salir corriendo —murmuró *Uncle William*—. El pobre tiene los nervios deshechos. Me alegro de que haya venido, aunque no dudé que lo hiciera, después de la carta que le escribí. Ha sido muy desagradable, pero no ha habido más remedio que venir. ¿Qué piensa de lo que le envié?

—¿De lo del nido de pájaro?

Uncle William asintió, poniéndose serio.

—Sí. Es extraño y me dejó perplejo, no me importa decirlo. Puede que no sea nada, pero me chocó. Solo en el bosque, sin nada alrededor más que verde bosque y aire soleado. Muy romántico.

Campion continuó silencioso. Parecía que no hubiera nada que pudiera decir. El anciano dejó su copa sobre la mesa.

He estado pensando en ello —dijo—. Creía que sería algún idilio de una criada. Esta mañana fui allí y el papel continúa todavía en el nido, pero la escritura no me dice nada. Está mal hecha, y a lápiz; tanto puede ser de mujer como de hombre. Pero no es de *Linda*.

Míster Campion dio un brinco.

—Desde luego que no.

Los ojos azules de *Uncle William* se abrieron, asombrados, y lanzaron al joven una sagaz mirada.

—Nada es imposible —dijo—. En este mundo hay que estar preparado para todo. Examiné su letra muy detenidamente y es una caligrafía muy personal. Se la conocería en cualquier parte; es redonda. Bueno, el caso es que no quise coger la nota para no alarmar a quien la haya escrito. ¿Recuerda la frase? Bien. Ha podido escribirla un hombre muy joven o una mujer. Las mujeres enamoradas quieren escribirlo todo, lo sé por experiencia. Es un buen argumento para no conseguir que las mujeres cojan una pluma. Los hombres son más precavidos. Pero los muchachos son diferentes. Cuando el amor coge entre sus redes a un jovencuelo le convierte en un asno estúpido. ¿Me sigue, *Campion*?

—Perfectamente. El árbol estaba cerca del límite de *White Walls*, ¿verdad?

Uncle William suspiró.

—Veo que voy demasiado de prisa —dijo pesarosa—. Bueno, el caso es que lo he estado pensando, como le he dicho, y creo que ha sido *Eve*. Ella tiene esa edad.

—¿*Eve*? Pero ¿para quién podía escribirlo?

—Eso es lo que me pregunto —dijo *Uncle William* moviendo la cabeza—. Tendré que averiguarlo y no perder de vista el árbol —hizo una pausa y se quedó pensativo—. ¡Pobre niña! —continuó—. Puede que no tenga nada que ver con el

asunto que estamos investigando, excepto que por la noche se oyen ruidos en el jardín y por la mañana hay huellas de pies, recientes; pero respetaremos su secreto.

Míster Campion pensó en Eve Sutane.

—Sock —dijo en voz alta—, o tal vez Konrad.

—Estaría loca si escribiese billetes amorosos a Konrad. Perdería mi simpatía —exclamó Uncle William vehementemente—. Puede ser cualquiera. El amor secreto es muy atractivo a esa edad. Puede que sea un tipo de los alrededores. Cualquiera de ellos, un jardinero, un mozo de cuadra o cualquier otro. Me acuerdo de mi hermana Julia, cuando aquel terrible asunto de Andrew's; bueno, ella ya sabe usted... Hubo un gran escándalo por eso. Lloró hasta ponerse enferma, la pobrecilla. A mí me mandaron a escape al colegio y nunca supe la historia completa. Las madres se sienten más madres en esos días —suspiró y continuó, después de una pausa—: Deje esto en mis manos; yo lo averiguaré, si es importante. Si no lo es, espero poder tener la boca cerrada. Es un asunto delicado y es mejor que esté en mis manos.

Se miró sus enormes pies de oso y los cruzó. Campion sonrió.

—Usted y Blest pueden resolver este asunto entre los dos —dijo—. Ahora tengo que marcharme. Siento no haber podido servir de mucho.

Uncle William le cogió por la manga.

—No, muchacho —dijo solemnemente—. Crea que me doy cuenta de su dificultad, pero un soldado no puede abandonar su puesto. Le estoy hablando de hombre a hombre, ya me entiende. Jimmy es un buen chico y ahora está en un aprieto. No sabe lo que es, pero lo siente lo mismo. Está más preocupado de lo que yo suponía. Piense en él; es una persona decente. Está preocupado, asustado. Eso quizá le haga hacer cosas que no haría normalmente. Su deber es sacarle de esto. Seamos justos con todos. Si le pasa algo a Jimmy, volveré a Cambridge y me retiraré... Será una vida muy sombría para un hombre que ha empezado a sentirse feliz a los sesenta años. Pero eso no me preocupa. Pienso en todos y, sobre todo, en usted, querido amigo. Me recuerda extraordinariamente a mí mismo cuando era joven. No se deje abatir, muchacho. ¡Ah!, ahí viene Sutane...

A las nueve de la noche Champion y Sutane continuaban todavía juntos y molestos por su mutua presencia. Había sido una tarde muy desagradable. Uncle William había estado pendiente de Champion y de lo que él consideraba deber de este, con toda la fiel obstinación de un perro guardián, y solo consintió en marcharse cuando el último tren para Birley estaba a punto de salir.

Les dejó en el Savoy Grill y se fue, parándose en el umbral para dirigir una mirada de advertencia a su más antiguo amigo. Sutane sonrió suavemente.

—¡Qué buena persona es! —observó—. El tonto por excelencia.

Champion asintió, abstraído. El momento que había visto aproximarse durante todo el día con intranquilidad había llegado. Deseó no haber sido tan abominablemente débil y sintió no haberse marchado inmediatamente después del funeral.

No quería escuchar la confesión de Sutane. No quería empeñar su palabra en un secreto sobre el que ya tenía su opinión. Ya había pasado todo lo que pudiera concernirle. Afortunadamente, Chloe Pye ya estaba enterrada y él no quería saber cómo había muerto exactamente.

Sutane se miró las manos.

—Quisiera ir al teatro, si no le importa —dijo—. Yo no trabajo el día del funeral. Según parece, es lo que se esperaba de mí. Eso me da una oportunidad para ver lo que Konrad hace de mi espectáculo. Por supuesto, hemos parado la rueda giratoria. No queremos que se vuelva loco o que se rompa un tobillo.

La última frase, un detalle muy humano de sensibilidad, se le escapó sin poder evitarlo y le azoró apenas la hubo dicho. Se echó a reír, y sus ojos, inteligentes y tristes, parecieron disculparse. Champion experimentó una oleada de cálida simpatía hacia él, y le molestó.

Se dirigieron al teatro, retrasando el inminente momento al menos por un rato. Konrad estaba en el escenario cuando se colocaron en un palco. Él y Slippers estaban interpretando el primer acto del número *Leave it to Me*. La sala estaba llena, pero el sentimiento de la muerte de Chloe formaba una atmósfera fría y pesada sobre el gran auditorio.

Champion miró a Konrad con interés. Técnicamente, bailaba bien y era ágil, pero su exhibición no era inspirada. No tenía ninguna personalidad que pudiera arrebatar la atención de la silenciosa multitud y ganar sus simpatías. No había éxtasis. La magia había desaparecido.

Slippers era maravillosa, pero su pequeña luz no era secundada por su pareja. Él

quedaba eclipsado a su lado, haciendo resaltar todo su etéreo encanto.

Sutane suspiró. Fue un sonido expresivo, que contenía pesar, pero que denotaba al mismo tiempo una oculta satisfacción.

—No lo hace bien —dijo suavemente—. Él lo sabe, el pobrecillo.

El ruido, al descender el telón, apagó el sonido de su voz. No provenía del patio de butacas ni de los palcos, cuyos ocupantes aplaudían cortésmente, aunque sin entusiasmo, sino del gallinero, que parecía estar ocupado, al menos parcialmente, por una multitud delirante y excitada. El ruido era prodigioso y se prolongó demasiado. Slippers y Konrad tuvieron que salir dos veces a saludar. Konrad parecía tímido y muy joven delante del telón, y su sonrisa de gratitud y sorpresa era modesta e ingenua. En vista de la tempestad de aplausos que provenía de la parte de arriba del teatro, el patio de butacas se agregó a ellos.

Cuando Sutane miró al oscuro gallinero, un rayo de luz le dio en el rostro. Parecía preocupado, pero no molesto.

—Otra vez esa maldita claque —dijo—. Esto es una tontería suya; no puede más, ya lo ve usted.

Se quedaron a ver cómo se levantaba el telón de nuevo descubriendo la escena en el Alexandra Palace, con el coro de botas altas y patines. Rosamund Bream y Dennis Fuller ejecutaban una parodia de la versión de la famosa *Leg o' Mutton Escapade*, de las memorias de Uncle William.

Mientras bailaban la danza de la liga, esa pieza humorística que solo divertía al auditorio al pensar que sus padres pudieran haberla encontrado entretenida, Sutane tocó a Champion en el brazo y salieron para dirigirse a los bastidores.

Algunos saludaron a Sutane con la cabeza al verle pasar, pero nadie le detuvo, y cuando cerró la puerta de su camerino continuaba tranquilo.

—Siéntese —dijo dirigiéndose a Champion y mirando a su alrededor en busca de una caja de cigarrillos—. Le debo una explicación.

—No —dijo Champion con una firmeza que le sorprendió a él mismo—. No, no lo creo. Temía que usted creyera que debía hacerlo, pero, francamente, yo no lo creo necesario.

Se paró bruscamente, mientras Sutane le miraba de hito en hito. Desde que Champion había conocido a Sutane en su vida privada, había olvidado su arrolladora personalidad teatral, pero ahora no tuvo más remedio que recordarla.

Aquí, en el teatro, Sutane volvía a ser casi un ser sobrenatural. Todas sus peculiaridades físicas parecían aumentarse y su poderoso e inquieto espíritu emanaba de él, llenando la habitación.

—Querido amigo —dijo—. *Tiene* usted que escucharme —apartó algunos de los trastos que había en el tocador y se apoyó en el espacio que había dejado libre. Uno de sus pies descansaba sobre el asiento de la silla y las manos le quedaban libres para accionar y dar más énfasis a sus palabras—. Cuando dije que nunca había visto a Chloe Pye antes que entrase a actuar en *The Buffer*, estaba mintiendo —dijo

secamente—. Mentí al doctor. Juré en falso en el Juzgado. La conocía muy bien desde hace dieciséis o diecisiete años.

—Sí —dijo Campion, sin expresar sorpresa.

Su apatía parecía irritar a Sutane, que continuó hablando de prisa, en tono agudo e impersonal.

—Usted ya lo sospechaba, por supuesto. Ha oído a esa horrible mujer hablando conmigo esta tarde. Konrad la hizo salir de su cubil para satisfacer cierto complejo suyo repugnante. Ella estaba horrenda, me hizo temblar. Hacía quince años que no la veía. Cuando la conocí era una criatura linda y pequeña, muy picante, astuta y capaz de valerse por sí sola. Hoy..., ¿la vio usted? Parecía un cadáver putrefacto. Yo encontré a Chloe en París en mil novecientos veinte o mil novecientos veintiuno, no me acuerdo.

Campion se agitó en su asiento, como para librarse de la opresiva fascinación de la personalidad de Sutane.

—Eso no importa —dijo, mirándole—. No quiero saberlo, no me interesa.

Sutane permanecía silencioso. Se sentía desairado y humillado. Su doloroso asombro tenía una dulce cualidad infantil.

—Viví con esa mujer —dijo de pronto—. Viví con ella dos años. Yo era su pareja; hicimos una *tournée* por el Canadá y los Estados.

Campion se recostó en su asiento. En sus claros ojos, detrás de las gafas, había aparecido una expresión de curiosidad. No pasaba como él se había figurado. El milagro había ocurrido. Sutane no estaba confesando. El descubrimiento le alivió.

—¿Y...? —preguntó cortésmente.

Sutane continuó:

—Sabía que me escucharía. Quería decirle esto. Bueno; finalmente, terminamos, ya sabe cómo ocurren estas cosas. Chloe dejó de ser la brillante estrella a quien yo llevaba de un lado para otro. Me cansé de ser “su pareja” en los programas. Nos separamos. Ella se fue a los estados del Este y yo volví y formé una compañía. Cuando ella volvió no nos encontramos. Yo vi su nombre y ella, sin duda, vio también el mío, pero la zarzuela no tiene nada que ver con la revista y nunca hicimos nada por encontrarnos. Ella no necesitaba mi ayuda; tenía sus propios métodos para salir adelante. Hay muchos negocios de los que uno oye hablar de cuando en cuando. Ella tenía varios entonces.

Ahora, que ya estaba seguro de haber captado el interés de Campion, le miró con curiosidad. Sentado sobre la mesa, Sutane parecía un monito delgado y atractivo.

—Hace cuatro semanas vino aquí a que la diera un número —continuó lentamente—. Ya vio usted la clase de mujer que era. Vanidosa e insensata. Siempre había confiado en que el mero hecho de ser mujer la valdría para salir adelante, pero ahora se daba cuenta de que ya no le quedaba nada de su antiguo poder. Así es la vida, Campion: un día se es hermoso y al siguiente se ha perdido la belleza. Las desgraciadas mujeres no pueden resignarse a ello. Cuando Chloe vino a mí, lo que

realmente deseaba era reanimarse. Según ella, toda la culpa era de la época: los tiempos habían cambiado, los hombres tenían gustos distintos; cualquier cosa, pero no era capaz de reconocer la verdad. Se había acordado de mí porque yo la había amado y tenía una posición buena y tal vez pudiera darle un empleo.

—¿Por qué se lo dio?

Sutane bajó los ojos.

—No lo sé —murmuró; hizo una pausa y volvió a hablar con voz vibrante, en su deseo de terminar de contar la historia—: Le dije que estaba casado y era feliz, y creí que se había convencido y que cualquier intento que hiciera por acercarse a mí sería inútil. Pareció muy razonable. No me di cuenta de sus intenciones y pensé solamente que estaba sin un céntimo y pasándolo bastante mal. El caso es que la admití. Había una excusa para ella, y era que en la trescientas representación podía incluir un número más en el espectáculo. Lo aceptó, por supuesto, y yo me arrepentí en seguida de habérselo ofrecido. De pronto recordé todas las cosas que había olvidado de ella: su energía, su constante intromisión y su increíble vanidad.

Guardó silencio un minuto, mientras miraba a Champion tímidamente. Luego continuó:

—Cuando se es nervioso por naturaleza, esta clase de implacable persecución acaba agotando a cualquiera. Se había hecho insoportable. No quería que fuese a White Walls, por ejemplo, y se lo dije. Pero fue lo mismo. De pronto uno se encuentra cogido entre las redes de una mujer como esa; no hay nada que pueda hacerse para librarse de ella. Después de su muerte pensé que sería arriesgado callar que la conocía desde hacía mucho tiempo. Nunca habíamos aparecido juntos en Inglaterra y nadie sabía nada de nosotros, salvo algunos compañeros de aquellos tiempos, a los que nunca volví a ver. Si hubiese hecho una investigación pública sobre su suicidio, hubiera tenido que hablar. Pero tal como fue, no me pareció que hiciera falta. Yo usaba un nombre distinto en aquellos tiempos —*La Verne* o alguna estupidez por el estilo— y nunca utilicé esa *tournee* para mi publicidad, porque no estaba orgulloso de ella. Chloe no era muy conocida y, además, estaba la parte privada, que no me interesaba descubrir.

Extendió las manos con un ademán final y miró a Champion como para pedirle su opinión.

—¿Por qué estaba usted tan interesado en que no fuera White Walls?

Inesperadamente, Sutane enrojeció. Volvió a mirarse los pies, moviéndolos dentro de los zapatos.

—Linda piensa que soy la persona más admirable y magnífica del mundo. No quería que Chloe empezara a contar cosas desagradables delante de ella. Podía haberlo hecho, porque ya sabe usted cómo era. Era insana y disfrutaba haciendo daño a la gente. Afortunadamente, Linda le tenía verdadero horror.

En vista de que Champion no hablaba y continuaba sentado con el rostro inexpresivo, Sutane prosiguió:

—Linda no es una ignorante, ni una insensata, no lo creo. Estaba considerándome a mí mismo, no a ella. ¿Cómo me iba a gustar presentar uno de mis antiguos amores a mi amor actual?

Campion se levantó.

—Mire, Sutane —dijo—. Le entiendo perfectamente, pero déjelo. Respetaré su confidencia, desde luego. En mi opinión, corrió usted un riesgo muy grande al negar su antigua amistad con Chloe, pero como usted dice, ya pasó todo. Ahora, yo he terminado. Blest se está ocupando de su otro problema y se lo resolverá satisfactoriamente en unos días. Eso es asunto para un profesional, y él lo está haciendo muy bien —sonrió—. Creo que ahora desapareceré.

Sutane no contestó. Ahora, que había terminado de contar su historia y estaba otra vez fuera de escena, había vuelto a ponerse mustio, entristecido.

Campion cogió su sombrero antes que Sutane pudiera impedirselo.

—Usted no lo comprende —dijo este—. Yo soy una persona importante, terriblemente importante, que me aterro cada vez que lo pienso. Trescientas personas, en este teatro, dependen de mí. Bailando Konrad, el espectáculo no duraría más de una semana. No hay ninguna otra *estrella* en Londres que pudiera interpretar mi papel; depende de mí. Luego está White Walls, Campion. Los jardineros, las doncellas, Linda, Sarah, Eve, Sock, Poyser, Finny, la niñera..., todos dependen de mí. *De mis pies*. Cada vez que me miro los pies me siento enfermo de aprensión. Cada vez que miro este maldito teatro inmenso me quedo helado de terror. White Walls me revuelve el estómago, me asusta. Todos están sostenidos, directa o indirectamente, por mí, y yo soy un pobre diablo que —Dios me ayude— no tiene nada más que sus pies y su reputación. Sería un desastre que me pasase algo. No tengo dónde caerme muerto. Un hombre de negocios tiene su organización y su firma, pero yo no tengo nada. Todo lo estoy haciendo solo. ¿Me comprende usted ahora?

Había sinceridad en lo que decía y continuó con la voz desgarrada:

—No tengo un céntimo. Esta ridícula organización se lleva hasta lo último que gano, y he ganado una fabulosa fortuna. Si me atropellase un autobús, no me importaría: todo habría pasado. Pero si me metieran en un calabozo, si perdiera la serenidad... Estoy aterrado, se lo aseguro: ¡aterrado!

Se levantó del tocador y ejecutó solemnemente unos pasos de baile. Su delgado cuerpo, vestido con el traje negro, que aún no se había quitado después del funeral, tembló en el aire. El ágil movimiento, tan indescriptible y maravilloso, era estimulante y admirable.

—Esto es todo —dijo frunciendo las cejas—. Esto es todo lo que tengo, y depende de mi cerebro, que va a estallar. No es más que esto, y soporta una montaña. Es como una gigantesca catedral que se balancease sobre sus cimientos. Si usted puede hacer algo por ayudarme, le suplico que lo haga, que no me abandone.

Su súplica era apasionada, incontestable. Campion continuaba con el sombrero en la mano, pero no se fue.

Después de un momento salieron al corredor y se dirigieron al camerino de Konrad, donde un anémico joven ayudaba a este a ponerse un traje blanco. Konrad estaba encantado de sí mismo. Maquillado para soportar la luz de las candilejas, su rostro resultaba demasiado indecente para ser hermoso.

—¡Hola, Jimmy! —dijo—. ¿Qué tal he estado? ¿Lo he hecho bien?

—Eso parece. Todavía no te he visto —la innecesaria mentira fue dicha con tal naturalidad, que el mismo Champion casi creyó que era verdad. Sutane continuó—: Has sido muy caritativo acordándote de Eve esta tarde.

Konrad se acercó más al espejo, antes de sentarse.

—¡Ah! ¿La conocías? —dijo casualmente—. En estas ocasiones gusta hacer todo lo que se pueda por los demás. La doncella de Chloe me dijo que habían sido grandes amigas; por eso la busqué. Ha sido horrible, verdaderamente me ha dejado aterrado. ¡Ah! Por cierto, quería verte, Sutane. Pasaré por White Walls el domingo por la mañana a recoger mi preciosa bicicleta. Los socios del club nos reuniremos en Boarbridge para almorzar; está muy cerca de allí. No podría soportar ir corriendo treinta millas antes de comer, me parece inhumano. Por eso pensé que podía ir a Birley por la mañana, alquilar un taxi hasta tu casa y allí coger la bicicleta y marcharme a la estación para tomar el tren y hacer las quince millas restantes. Los muchachos pensarán que llego de Londres y estarán en la estación para recibirme. Sock puede llevarme la funda a la ciudad, ¿no te parece? Así ya está todo solucionado.

—Así parece.

Sutane estaba molesto y Champion pensó que era extraño que pocas cosas resultasen tan irritantes como las que envuelven, aunque solo sea de un modo superficial, nuestra propia casa.

—Bueno, ya estaba todo arreglado cuando estuve allí el último fin de semana —dijo Konrad, ruborizado.

—¿Sí? ¿Y con quién?

—Contigo, creo yo. Se lo dije a alguien, tiene que haber sido a ti —Konrad volvió hacia ellos un rostro enrojecido bajo el maquillaje—. Pero si te pones así, tira la bicicleta por la puerta y yo me cambiaré detrás de una verja —dijo, riéndose estúpidamente.

Sutane se puso rojo de ira.

No me dijiste nada de eso —insistió con obstinación—. Pero no importa. Tendrás una habitación a tu disposición el domingo por la mañana.

Konrad se levantó, pero no hizo nada por dar las gracias.

—En la ciudad no tengo dónde meter la bicicleta —dijo con petulancia—. Vivo en un piso interior, como sabes muy bien, y los locos del teatro no me dejan meterla allí. Si la dejo en el garaje se me estropeará, porque tiene un baño de plata.

El botones interrumpió la respuesta de Sutane, que hubiera sido ruda, y Konrad asumió un aire triunfal.

—Tengo que ir volando —comentó—. Han sido ustedes muy amables viniendo a desearme suerte.

La puerta se cerró tras él y Sutane echó una ojeada de disgusto al camerino.

—¡Que reviente la bicicleta! —exclamó—. ¡Estúpido! ¿Ha visto cómo me ha hablado? En el teatro hay una ley: que nadie debe juzgar su propio trabajo cuando lo ejecuta otro. Pero olvida que yo soy el productor.

Inspeccionó el camerino, demostrando disgusto por cada cosa que veía. El criado se apartó de él todo lo que pudo y le miró en cierta forma oblicua, pero llena de respeto.

La personalidad que Konrad desplegaba en su camerino tendía a lo sentimental y femenino. Entre sus numerosas mascotas había una pequeña reproducción del *Discóbolo* y un perrillo con un collar azul alrededor del cuello. Numerosas fotografías, muchas de ellas de él mismo, adornaban las paredes, y también un anuncio de la función de aquella tarde, en la que él hacía el papel de Sutane. Una pequeña librería colgada de la pared contenía un pebetero y una media docena de volúmenes, así como una caja de cigarrillos chipriotas.

Sutane cogió uno de los polvorientos libros y lo abrió. Desde donde estaba, Champion pudo ver que eran versos. El danzarín miró la primera hoja y su rostro se ensombreció. De pronto se volvió duro e iracundo y los huesos de su mandíbula aparecieron blancos bajo la piel. Alargó el libro a Champion, que leyó la siguiente inscripción: “En prueba de amistad. B. 1934”.

Las palabras estaban escritas en tinta verde y la letra era desagradablemente familiar.

—¿Dónde está la invitación? —preguntó Sutane como por casualidad.

—La tiene Blest —dijo Champion.

Sutane se puso el libro bajo el brazo. Al salir miró a Champion.

—Veré a Blest mañana. Vámonos.

No hizo ningún comentario acerca de lo que acababa de descubrir, lo que resultó extraño, ya que hubiera habido mucho que decir. Champion se sorprendió hasta que a la luz de una bombilla pudo ver sus ojos, que echaban llamas, y se dio cuenta del esfuerzo que le costaba dominar la ira que le consumía.

Se separaron en la puerta del teatro. Sutane sonrió y le estrechó la mano.

—Si Blest me falla tendré que confiar en usted, amigo mío —dijo.

Cuando mister Champion echó a andar por la oscura calle hacia la avenida inundada de luz, se extrañó al darse cuenta de que no le preocupaba que las sospechas de Sutane respecto a la inscripción y la invitación fueran ciertas o no.

Hasta ahora solo había sido un observador en los muchos dramas que había investigado, y esta circunstancia le había dado un extraño sentimiento de superioridad. Esta noche se sentía desilusionado. Ya no le parecía raro, pero se desesperó al encontrarse tan humana y miserablemente desgraciado.

El rumor apareció en Londres hacia la hora del té, el domingo, que más tarde resultó ser el más aciago del año.

Corrió por los parques; se extendió por las calles, el Metro y los suburbios, cambiando y aumentando a medida que pasaba de boca en boca; entró en los clubs, las casas y los salones de té, y vertió sus noticias en todos los oídos.

No era una historia definida, sino más bien una serie de comentarios insustanciales. Produjo en el público una vaga sensación de nerviosismo, mezclada a una alarma general.

Llegó de una de las grandes estaciones terminales, en la que se supuso que los trenes se habrían detenido de una a veinte horas. Como era domingo, casi todas las fuentes de noticias estaban paradas, pero los conductores de autobuses, que generalmente se enteran de las cosas que ocurren en la ciudad antes que los demás, contaron una terrible historia sobre un avión enemigo no identificado que había reducido a ruinas la torre de la prisión de Colchester.

Las camareras de la Córner House, en Coventry Street, pensaban que no había sido ningún avión enemigo, sino dos bombarderos que habían venido a hacer prácticas. Un desaprensivo vendedor de periódicos, en Oxford Circus, vociferaba: “¡Gran explosión, muchos muertos!”, consiguiendo vender una buena cantidad de periódicos atrasados antes que se descubriera su fraude.

Al avanzar la tarde, todas estas teorías se fueron acallando y la escena del desastre, fuera el que fuese, se fijó en una estación de la línea del Este. Sin embargo, no dejaban de repetirse las palabras “ataque aéreo”, aunque el término general de “explosión” se había hecho más frecuente, hasta que los letreros luminosos de noticias de Trafalgar Square y Oxford Street no dieron la información precisa, la ciudad no creyó la horrible, aunque un poco ridícula, verdad.

Míster Campion había marchado el sábado a Kepesake, en Suffolk, y había pasado un tranquilo fin de semana en ese remoto pueblecillo donde no llegan las noticias londinenses ni europeas hasta que ya han pasado a la Historia. Por eso no se enteró de nada hasta que el lunes por la mañana se sentó en un departamento del tren que salía de la estación de Ipswich con dirección a Londres y abrió el periódico que había comprado al pasar por el puesto de revistas de la estación. Entonces fue cuando se enteró de ello, con todos los detalles que habían podido averiguarse, dadas las misteriosas circunstancias en que había ocurrido todo.

Debajo de una fotografía que ocupaba la cuarta parte de la primera página, y que hubiera podido tomarse por los restos calcinados de un gran incendio, podían leerse

los siguientes titulares: *Misteriosa explosión en una estación. Tres muertos y dos heridos. Muere un conocido bailarín.*

Míster Campion leyó ávidamente las columnas en las que el *Morning Telegram* describía los hechos con fuerte dramatismo.

“Tres personas encontraron la muerte ayer por la mañana en el que ha sido uno de los más terribles accidentes de nuestra época. Otras doce se encuentran hospitalizadas en el Boarbridge Cottage Hospital, algunas de ellas gravemente heridas. Por el momento se desconocen las causas del accidente, pero los oficiales de Scotland Yard (llamados por el teniente coronel Percy Beller, jefe de Policía del distrito) creen que ha sido producida por algún poderoso explosivo.

”Entre las tres personas que perdieron la vida se encuentra Benny Konrad, de treinta y dos años, estrella de revista londinense, que había ido a Boarbridge para reunirse con los miembros de un club ciclista del que era presidente. Richard Duke, que también falleció, era socio del mismo club. La tercera persona que resultó muerta era un mozo de cuerda”.

Dado lo que consideraba lo más importante de la historia, el *Telegram*, siguiendo sus costumbres, daba una amplia información:

“Ayer por la mañana, cuando el reloj de Birley marcaba las doce y tres minutos y el tren de Yarmouth, cargado de veraneantes, estaba en la estación de empalme del tranquilo Boarbridge, se produjo en esta una explosión tan violenta, que míster Harold Phipps, el jefe de estación, me dijo que no había visto nada parecido desde la guerra.

”Desgraciadamente, a esa hora los andenes estaban llenos de visitantes. Unos cuarenta miembros de un club de ciclistas se habían reunido allí para recibir a su presidente, míster Benny Konrad, artista de revista, que había llegado de Londres para tomar parte en una gira anual.

”Míster Konrad, que llevaba puesto un traje de ciclista y se encontraba montado en su bicicleta, nuevo regalo de su club, estaba charlando y riendo con sus amigos cuando se produjo una tremenda explosión y la tranquila estación quedó convertida en una horrible carnicería, llena de gemidos de hombres y mujeres.

”Los cristales de la marquesina que cubría los andenes se hicieron añicos, así como los de las ventanillas del tren, que causaron gran número de heridas a los allí presentes.

”Un mozo de cuerda arrastraba en ese momento dos carros de mano llenos de botellas de leche, y en el pánico que siguió a la explosión, estas se esparcieron por el suelo, añadiendo confusión al espanto general.

”Inmediatamente se llevaron médicos al escenario de la catástrofe y las dos pequeñas salas de espera fueron convertidas en enfermerías.

”Esta noche las causas del desastre siguen siendo un completo misterio. La teoría que sostenían algunos de que un avión había arrojado una máquina infernal ha sido ahora completamente abandonada, aunque el jefe de estación sigue manteniendo esta

idea. Nadie, en el pequeño y próspero distrito de Boarbridge, oyó ningún aeroplano por los alrededores en toda la mañana.

”Los empleados de ferrocarriles permanecen silenciosos. Las leyes que regulan el tráfico de mercancías peligrosas son muy estrictas, pero es posible que algún paquete conteniendo explosivos haya escapado a la vigilancia de las autoridades.

”Míster Phipps asegura que los dos andenes estaban libres de paquetes de mercancías en el momento del accidente, y el mozo de cuerda míster Edward Smith, que está postrado con una fuerte conmoción y leves quemaduras, me aseguró cuando fui a visitarle a su casa, en Station Lane, que no tocó ninguna mercancía del furgón del tren siniestrado, excepto la bicicleta de míster Konrad, que fue recogida por su propietario inmediatamente después de la llegada. Todos estos datos no hacen más que aumentar el misterio que rodea a este accidente.

”En tales circunstancias la Policía del distrito tomó al momento la decisión de pedir ayuda oficial a Scotland Yard, y la pasada noche el inspector Yeo, de la Estación Central de C. I. D., marchó a Boarbridge, llevando consigo al mayor Owen Bloom y a míster T. P. Culvert, ambos del War Office Research Department.

”Se cree que el accidente no ha sido un acto político de sabotaje, pero esta posibilidad no ha sido descartada todavía.

”Los muertos son: Benjamín Evelyn Konrad, de treinta y dos años, bailarín y artista de revista, domiciliado en Fiat 17, Burnup House, W. 1; Richard Edwin Duke, de diecinueve años, domiciliado en Bellows Court Road, número 2, S. E. 21, y Frederick Stift, de cuarenta y tres años (mozo de cuerda), con domicilio en Queen’s Cottages, Layer Road, Boarbridge”.

Seguía la lista de los heridos, los cuales eran cinco mujeres, tres niños y siete hombres que habían sufrido heridas de diversa gravedad, muchas de las cuales habrían sido producidas probablemente por los cristales rotos de la marquesina y las ventanillas del tren.

Míster Campion dejó el periódico y miró atónito la tapicería gris del asiento de enfrente.

Toda la historia le parecía tan extraordinariamente increíble, que tuvo que volver a leerla cuidadosamente para llegar a comprender lo que había sucedido. Se fijó en el periódico que sostenía su compañero de viaje y pudo ver los titulares de la misma noticia, de modo que su primera idea de que el *Telegram* la hubiese inventado en un momento de malvada idiotez quedó descartada.

Gradualmente fue acostumbrándose a los hechos. Konrad había muerto, había volado a los infiernos con su ridícula bicicleta y otros dos desgraciados mortales. Konrad, quien hasta ese momento le había parecido un estúpido y engreído egoísta, que se había dedicado alegremente a molestar a los demás para conseguir sus dudosos planes, había desaparecido del mundo de los vivos en un accidente. De todos los cuarenta millones de mortales a quienes podía haber alcanzado el desastre solo habían muerto tres, y uno de ellos era Konrad.

No levantó los ojos del periódico hasta que llegó a Londres.

En un párrafo, al pie de las noticias de la catástrofe, se recordaba que la de Konrad era la segunda muerte violenta ocurrida durante la representación de *The Buffer* en menos de una quincena, y mencionaba como una coincidencia que Konrad se encontraba entre los invitados en casa de Sutane cuando Chloe Pye encontró su trágico fin.

Campion continuaba todavía asombrado cuando llegó a Liverpool Street. Tomó un taxi para ir a Junior Greys, y estaba dudando entre llamar a Sutane o no cuando recibió un mensaje de Scotland Yard.

La breve nota decía que el superintendente Stanislaus Oates le agradecería que fuese a verle aquella tarde, a las tres.

Normalmente, Campion no era aprensivo ni inquieto, pero pasó los treinta minutos que tardó en comer, y una hora después de haber comido, en un estado de nerviosismo e inquietud que le desmoralizó por completo.

A las tres menos cinco atravesaba un largo corredor que olía vagamente a desinfectante, y un momento después se adelantaba a estrechar la mano del que se había levantado a saludarle.

La noticia de la catástrofe no había alterado al superintendente Stanislaus Oates más que cualquiera de las anteriores con las que se había tropezado en el curso de su carrera. Moralmente continuaba siendo el joven hombre de campo cuya tenacidad había conseguido la recomendación del inspector rural hacía cerca de treinta y cuatro años.

Era hombre tratable, pero ni el mismo Campion, que probablemente le conocía mejor que cualquier otro, se había permitido nunca familiaridad con él.

El superintendente se quedó en pie un momento, encorvado hacia adelante.

—¡Hola, Campion! —dijo—. ¿Quiere sentarse, compañero?

De sus días de Dorset le había quedado la costumbre de utilizar esta palabra. Durante los treinta y cuatro años de lento ascenso en el servicio la había suprimido cuidadosamente; pero ahora, que había llegado a la cumbre de su carrera, la sacó a relucir casualmente; una pequeña expresión perfectamente permisible a un hombre de su eminencia.

—¿Ha estado fuera?

—Sí, En Kepesake. He pasado el fin de semana con Guffy Randall y su esposa. ¿Le importa?

—No. ¿Cuándo se fue usted?

—El sábado por la mañana.

—¿Estuvo en su club?

—Sí.

—Y Lugg, ¿está fuera?

—Sí.

—¿Dónde?

—En White Walls, cerca de Birley, en casa de Sutane. ¿Por qué?

Campion se echó hacia atrás en su silla. Sabía que tenía la frente húmeda de sudor y se admiró de su excitación. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se quedó mirándolo.

El superintendente fijó los ojos en su mesa. Tenía un rostro triste y bonachón y unos ojos grises muy perspicaces.

—¿Qué sabe usted de Benny Konrad?

De pronto, Campion se sintió más tranquilo.

—Muy poco —dijo—. He estado actuando como consejero honorífico con Blest en una investigación privada que parecía estar dirigida hacia él. Eso es todo. Supongo que habrá visto usted a Blest, ¿no?

Los ojos del policía le miraron sonrientes.

—Sí, he visto a Blest. Le vi la noche pasada, nos estaba buscando.

Míster Campion empezaba a comprender, y el indefinible miedo que le había nublado el cerebro durante toda la mañana comenzó a desaparecer.

—Me está usted haciendo una consulta, ¿verdad? —preguntó complacido—. Es un gran honor; se lo agradezco.

Oates se echó a reír; estaba de bastante buen humor.

—Le estoy interrogando, cumpliendo con mi deber —explicó—. ¿Qué es lo que intentaba Konrad? ¿Lo sabe usted?

—¿Intentar? —Campion le miró estupefacto—. Mire, Oates, no juguemos al ratón y al gato. Hable claro. Usted ha visto a Blest y sabe ya todo lo que él sepa. Yo no puedo decirle nada más. Konrad se dedicaba a intrigar en el teatro y ya estaba a punto de ser descubierto. Eso es todo.

—¡Ah! —exclamó el superintendente, casi satisfecho—. ¿Tiene usted idea de cómo murió?

—He leído el periódico. Parece que ha sido un desgraciado accidente.

—¡Oh, sí, lo fue! —repuso Oates, conmovido—. Anoche fui yo mismo al sitio de la catástrofe a echar un vistazo. Luego me acerqué al hospital y al depósito de cadáveres. Era espantoso. Las mujeres tenían cortes terribles producidos por los cristales y los médicos extraían de ellos esquirlas tan largas como mis dedos. Los hombres que resultaron muertos presentaban un aspecto escalofriante. Konrad tenía atravesada la cabeza por un trozo de metal, que le había abierto una brecha por la que cabría perfectamente la muñeca de un hombre. ¡Y el pobre mozo de cuerda! No quiero ponerle enfermo describiéndole su aspecto. Le habían extraído una bola de acero del estómago.

Se calló un momento y fijó los ojos en Campion.

—Fue espantoso —repitió—. No soy melindroso, pero el espectáculo de tanta sangre, mezclada con cristales y leche, me hizo sentirme enfermo. Ha sido verdaderamente trágico, y muy extraño.

Campion había permanecido silencioso durante la descripción de Oates poniéndose cada vez más sombrío a medida que volvía a sentirse invadido por sus

antiguos temores.

—No comprendo a dónde conduce todo esto —empezó a decir—. Estoy completamente a oscuras. Supongo que la causa de la explosión no tendrá nada que ver con Konrad.

—No estoy seguro —contestó el superintendente, moviendo la cabeza dubitativamente—. No, no estoy seguro, en absoluto. No sé si debo decírselo, pero la opinión que tenemos por el momento es que alguien arrojó una bomba en la estación.

Por segunda vez en el día, Champion experimentó una extraña emoción, mezclada a un sincero asombro.

—No... —dijo por último—. No lo creo, es increíble.

—¡Ah! ¿Usted lo cree así? —exclamó Oates—. El mayor Bloom vendrá dentro de unos quince minutos. Ha estado todo el día trabajando en la investigación y espero que pueda darnos alguna información concreta. Anoche, en cuanto echó el primer vistazo, le dijo a Yeo que, en su opinión, no había duda de que la explosión se había originado en el sitio donde estaba Konrad. Ellos pueden decirle que esto es cierto. Lo han preparado todo de un modo muy ingenioso y muy científico. Yeo se quedó impresionado.

—Pero... —empezó míster Champion—. ¿Una bomba? ¿Qué clase de bomba?

—Eso es lo que estoy esperando saber —explicó el superintendente—. Alguna muy eficaz. Me hubiera gustado que hubiera visto la estación. Yo no hubiera ido, pero Yeo y yo somos muy amigos y la Policía del distrito parecía tan excitada cuando nos llamó por teléfono, que me decidí a ir a echar un vistazo. Yeo ha estado interrogando allí a la gente durante todo el día.

Oates se sentía fascinado por su trabajo y hablaba con animación.

—Ahora mire, Champion —continuó—. Usted conocía a Konrad. ¿No sabe usted si Konrad podría tener alguna secreta actividad política? Aquí no se producen muchas explosiones de bombas, y cuando las hay son casi siempre políticas o alguna locura de un lunático —normalmente una combinación de ambas cosas—. ¿Qué dice usted? Dígame francamente su opinión.

Míster Champion sintió sinceramente no poder ayudarle.

—Yo no diría que “no” —dijo—. No era amigo mío, desde luego (yo no le conocía bien); pero, no, no; realmente, no me lo imagino mezclado en ningún asunto político. Me parece imposible.

Oates se reclinó en su silla.

—Míster Champion —empezó con desacostumbrada seriedad—, le conozco hace mucho tiempo y hemos trabajado juntos. Si va usted a tomar parte en este asunto, me gustaría que trabajase por nosotros. No quiero decir que no confíe en usted, no piense eso. Pero quiero que haga todo lo que pueda, y sé que si trabaja para mí no trabajará para nadie más a espaldas mías. Considérese un experto llamado para trabajar en este caso, como lo es el mayor.

Conociendo al superintendente desde hacía quince años, Champion sabía el

esfuerzo que le había costado tomar esta decisión, y se sintió impresionado.

—Todo lo que usted quiera —dijo amablemente—. En este momento sabe usted lo mismo que yo. Fui llamado por Jimmy Sutane para que ayudase a Blest a descubrir una especie de campaña persecutoria, pensé que todo era obra de Konrad y dirigí a Blest hacia él. De pronto perdí interés y me retiré. Por lo que vi de Konrad, no me pareció un tipo que pudiera Aspirar deseos para que lo asesinaran públicamente. La única explicación posible que se me ocurre es que su tirador de bombas estuviera loco y confundiese a Konrad con cualquier otro.

—¿A quién podía parecerse con su camiseta y sus pantalones cortos de ciclista? —preguntó Oates con curiosidad.

Campion se encogió de hombros. No supo qué decir.

—Míster Sutane estaba en su casa rodeado de su familia a veinte millas del lugar del siniestro cuando ocurrió la catástrofe —observó el superintendente—. Sabemos perfectamente quiénes estaban en la parte inferior de la estación, dónde se hallaba Konrad, pero puede que se nos haya escapado algún viajero de los que estaban por la otra parte.

—¿Vio alguien al que arrojó la bomba? —preguntó Campion.

—No. Yeo está ahora tratando de averiguarlo —Oates se reclinó en la mesa y su rostro denotó indignación—. ¿Puede usted imaginarse que una persona sea capaz de hacer semejante cosa, Campion? ¡Sembrar la muerte y la desfiguración entre una multitud de inocentes indefensos en una tranquila estación de ferrocarril! El que lo haya hecho, o está completamente loco o es un ser malvado, un sujeto peligroso. Tenemos que atraparte, no hay más remedio.

Stanislaus Oates había pasado gran parte de su vida persiguiendo asesinos e invariablemente los había entregado al verdugo con serena satisfacción cuando había tenido oportunidad. Solo una vez había expresado cierta simpatía por Crippen, pero solo porque el doctor se había permitido sucumbir a la tentación. En cuanto murió Belle Elmore, Crippen fue ahorcado inmediatamente, y habiéndolo merecido, según opinión del propio Oates. Crippen había sido, según este, “un pobre diablo sin voluntad”. El “sujeto malvado y peligroso” pertenecía, sin duda, a una clase diferente.

—Hay una mujer joven que probablemente perderá una pierna y un muchacho de dieciocho años que tiene el rostro completamente destrozado por las cortaduras; ambos están en el hospital. Si hubiera sido un simple accidente ferroviario, no hubiera podido hacer otra cosa más que sentirlo mucho; pero cuando se trata de una canallada, de un crimen deliberado, me vuelvo vengativo. Tenemos que encontrar a ese monstruo —dijo Oates con decisión.

—Supongo que las autoridades también estarán indignadas —indagó Campion. Oates sonrió.

—Sí, están furiosas, pero tendrán que esperarnos. No podemos ocuparnos de ellas mientras haya trabajo que hacer.

Campion se sintió aliviado. En un mundo de leyes complicadas, era una tranquilidad encontrar a alguien que pudiera poner el dedo, aunque no fuera más que por su propia satisfacción, en la llaga.

El superintendente sacó un reloj del bolsillo de su chaqueta y lo miró.

—Ya es hora de que llegue el mayor —dijo—. Ahora, confío en usted, compañero; no necesito a nadie más. Soy el superintendente del Central Department del C. I. D. y puedo decidir quién quiero que me ayude. Deseo que se siente usted en este despacho. Ha estado trabajando acerca de Konrad y puede trabajar algo más.

Míster Campion se dirigió obedientemente a la silla que le señalaba Oates. Nunca había habido ceremonias entre ellos y Oates tenía la sublime convicción de que una invitación a trabajar para la Policía era el más grande honor que un hombre podía recibir. Campion se sentó.

El mayor Bloom llegó en seguida y míster Culvert, su ayudante, venía con él. El mayor era alto y grueso, de movimientos pesados y ojos miopes detrás de unas gafas de montura de acero. Les saludó con nerviosa afabilidad, mientras míster Culvert revoloteaba a su alrededor deferentemente. Era un hombrecillo bajo y joven, y su voz tranquila contrastaba con la de su superior, profunda y bronca. Nadie hubiera podido confundir al maestro con el aprendiz. Formaban una extraña pareja.

El mayor se sentó en la silla destinada a las visitas y rebuscó en la cajita de cuero que míster Culvert había abierto delante de él. Por fin, encontró el block de notas que buscaba y miró al superintendente.

—Apenas hemos empezado, por supuesto —dijo con una risita nerviosa—. Nos llevará bastante tiempo, lo comprende, ¿verdad? Sé que ustedes siempre tienen prisa, pero todavía no he tenido tiempo de preparar ningún resumen ni de analizar el metal; pero aquí tiene varias cosas que puede que le interesen, de momento.

Oates le dio las gracias.

—Abrevie, por favor.

El mayor le miró con aire de duda.

—No sé si...

—Abrevie, por favor; yo no entiendo mucho de química, de modo que vamos al grano.

—¡Oh!, sí, sí, desde luego —el experto parecía alarmado y miró desesperado a su ayudante. Míster Culvert carraspeó.

—En primer lugar el superintendente debe de saber que usted ha descubierto que era una granada señor —murmuró.

—¡Ajá! Conque lo era, ¿eh? Bien; ya nos lo temíamos. ¿Una granada hecha por un aficionado? —preguntó Oates.

—No, no creo. Es una cosa extraña, pero no creo que lo sea —el mayor se levantó y empezó a pasearse por la habitación; su timidez desapareció y su voz se hizo autoritaria—. No puedo estar seguro, pero creo que el explosivo era amatol o tetrol. Eso es todo lo que he podido averiguar. Tetrol. Tetramethylanilina, creo que era eso.

Uno de los doctores me dio una explicación sobre la envoltura de hierro encontrada en el pecho del mozo de cuerda. El tetrol es lo que debió de producir la acción sobre dicha envoltura. Esto podemos darlo por seguro, ¿verdad, Culvert?

—Creo que sí, señor.

—Amatol... —el superintendente iba tomando nota—. ¿De dónde provendrá? ¿Puede obtener un aficionado una granada así?

—No lo sé. Supongo que sí; es un material muy corriente. Suele encontrarse en las tiendas de venta al por mayor. Sin embargo, lo que quería decirle es que no me parece que sea un trabajo de aficionado. La envoltura estaba estriada por dentro. No era una lata vulgar de esas que encontramos de cuando en cuando. A juzgar por la prueba que tenemos, podemos decir que era una granada bien construida, bastante parecida a una bomba Mills, aunque bastante más poderosa.

—¿Cuánto poder tendría? ¿Cómo cuánto más que la bomba Mills?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Una bomba Mills tiene unas tres onzas de explosivo. Creo que en este caso podemos multiplicarlo aproximadamente por cuatro, a juzgar por los daños. Pero no creo por eso que la granada que han utilizado era cuatro veces mayor que una bomba Mills. Yo no he dicho eso puede ser de cualquier tamaño; eso depende de la envoltura y del explosivo. Y no me pregunte qué tamaño tendría o qué forma, porque probablemente ni yo ni nadie podría decírselo, excepto los hombres que la hicieron.

Hizo una pausa y les miró con sus ojos azules y francos.

—Ahora estoy trabajando en los trozos de metal que hemos podido recoger; por cierto que hay algunos pedazos incrustados en el andén. Me hubiera gustado poder cogerlos. Cualquier cosa puede tener valor, por insignificante que sea; nunca se sabe... Si tengo suerte, podré decir de dónde proviene el hierro. Me refiero a la ciudad de origen.

Oates permaneció silencioso unos momentos, asombrado por esta información.

—¿Cómo funcionan estas cosas? —preguntó, por último—. ¿Podría usted decírmelo?

El mayor volvió a reírse con su estúpida risita.

—Hay cincuenta mil formas distintas —murmuró—, pero en este caso particular debe de haber sido con una cápsula y un detonador vulgares. Esto no es seguro, ya sabe; es solo una opinión mía. Era una cosa muy parecida a una bomba Mills.

Oates le miraba fijamente, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Cree usted que tendrían que arrancarle algún perno antes de arrojarla?

El mayor pareció dudar antes de contestar:

—Algo parecido. Un perno, o una varilla, o un tornillo.

—Ya —Oates no pareció quedarse muy convencido, y míster Culvert, después de dirigir a su jefe una mirada de interrogación, se atrevió a recordar al superintendente que no estaba más que al principio de la investigación.

El mayor se volvió a levantar y se apoyó sobre la mesa, trazando un rápido

bosquejo sobre el papel secante del superintendente.

—Se coge una envoltura de hierro llena de explosivos y proyectiles —dijo, respirando afanosamente sobre la inclinada cabeza de Oates—. Dentro de esta se introduce un tubo fino de metal, que tiene poco más o menos la forma de un reloj de arena, es decir, que está estrechado en el medio. Dentro del tubo se coloca un percutor, que se sujeta mediante una varilla. La varilla está conectada a un tornillo o perno colocado en el exterior de la envoltura. Sobre el percutor se fija un pequeño muelle, de modo que cuando la varilla se curva el resorte se desliza hacia un lado y el percutor baja, conducido por la construcción del reloj de arena, a un pequeño yunque. El yunque está formado por la base del reloj de arena. En este están la cápsula y el detonador, probablemente un fulminante de mercurio. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí. ¿Y fue eso lo que utilizaron? —preguntó Oates, frunciendo el entrecejo.

El mayor se encogió de hombros.

—Eso es lo que no puedo decirle. No creo que se sepa nunca. Pero creo que sí es algo muy simple, pero trabajo de un profesional. Tal vez más tarde pueda decirle algo más, pero por ahora no quiero comprometerme. Todo lo que puedo admitir ahora es que fue una granada y hecha por un profesional.

—Ya —murmuró el superintendente.

Un joven policía llamó y asomó su pulido rostro por la puerta.

—El inspector jefe Yeo, señor.

El superintendente levantó la vista.

—¡Hola, Freddie, me alegro de verle! Entre. Tenemos que darle algunas malas noticias.

El inspector jefe Yeo entró bruscamente. Era cuadrado y eficiente, tenía una sólida cabeza de toro y un rostro insignificante, casi cómico. Su chata nariz y sus redondos ojos habían sido una gran desventaja para él durante toda su vida, menoscabando su dignidad y procurándole más amigos que admiradores. El mismo Oates, que respetaba grandemente su extraordinaria habilidad, le compadecía siempre que le veía.

En aquel momento se encontraba muy cansado y su cara tenía una expresión sombría.

El superintendente hizo las presentaciones brevemente e ignoró la aguda mirada de interrogación de Yeo, sin dar ninguna explicación de la presencia de míster Champion.

—¿Supongo que no habrá tenido tiempo para preparar ninguna relación? —preguntó Oates maliciosamente—. Ya sé que no estaba en el tren. ¿Hay algo nuevo?

Yeo movió la cabeza.

—Nada —dijo desalentado—. Muchas pruebas negativas. Sin embargo, mis hombres siguen todavía haciendo investigaciones y la gente del lugar tiene muchas esperanzas. Ha pasado una cosa bastante desagradable. La mujer del mozo de cuerda se arrojó esta mañana a la esclusa local. Se había quedado sola con dos niños pequeños. No pudo soportar la vida sin su marido. Estaba un poco enloquecida, trastornada por el golpe. La sacaron, pero no se pudo hacer nada. Estas cosas le hacen a uno sentirse enfermo.

Se limpió malhumorado la frente y el corto cuello con un pañuelo.

El superintendente no hizo ningún comentario sobre la tragedia, pero su rostro se endureció y Champion, que continuaba silenciosamente sentado en su rincón, recordó que Oates era un campesino nacido en un pueblo parecido, donde había una esclusa similar y, probablemente, también un mozo de cuerda.

—El mayor Bloom cree que la granada estaba hecha por un profesional. ¿Puede eso servir de algo? —preguntó el superintendente.

—¿Profesional? —Yeo miró extrañado al mayor—. Es extraño. Ha tenido que ser en un sitio de los alrededores. Alguien ha debido de estar ocultando una avería hecha a propósito en la vía —hablaba lleno de esperanza, pero sin gran convicción—. Hemos hecho cuarenta y cuatro entrevistas y tomado treinta y nueve declaraciones —continuó lentamente—. Y ahora, si les hubiera oído decir, caballeros, que había sido un rayo, estaría convencido y agradecido. Es extraordinario, pero nadie ha visto a ninguna persona tirar nada en ningún momento, y casi ninguno se conocían entre sí,

de modo que no puede haber sido una conspiración.

El mayor, que había estado escuchando con interés, se apoyó sobre el brazo de su silla.

—¿Podría usted darme una buena declaración de un testigo de vista de los dos o tres minutos anteriores a la explosión? —preguntó.

—Sí que puedo, señor, pero temo que va a servirle de poco. No parece que haya habido mucho qué ver. Hay un chico que da una explicación muy clara del andén inferior.

Abrió una cartera y sacó de ella una hoja de papel escrito a máquina.

—Se lo voy a leer. Aquí está. Joseph Harold Biggins, de diecisiete años de edad, domiciliado en el número 32 de Christchurch Road, N.E. 38. Era uno de los ciclistas y está en el hospital con el pecho desollado, el pobrecillo. No quiero entretenerle con los preliminares, de cómo llegó a Boarbridge, etc. Esto es lo que dice sobre el accidente.

Se aclaró la garganta y empezó a leer:

“Cuando el tren se disponía a salir de la estación, míster Konrad, nuestro presidente, a quien habíamos ido a recibir, bajaba de la plataforma llevando su bicicleta. Avanzamos para ir a su encuentro, y como nuestro secretario se había detenido en la tienda de libros, Duke y yo nos adelantamos a los otros. Míster Konrad iba vestido con traje de ciclista y parecía muy contento. Sonrió al vernos llegar y dijo: “¡Hola, muchachos, ya estoy aquí!”, o algo parecido. No puedo jurar que fueran esas palabras exactamente.

”Hubo un breve silencio debido a la timidez de algunos socios, y para que todo el mundo se encontrara a gusto, míster Konrad señaló la bicicleta que llevaba, que era un regalo del club, y dijo: “¿No es una preciosidad? Corre como un pájaro”. Entonces mostró la bicicleta por todas partes, nos enseñó los manillares con los puños especiales, encendió y apagó el farol, etc. Esto es lo último que recuerdo.

”Hubo una especie de fragor y recuerdo que me caí. Cuando recobré el sentido noté un fuerte dolor y vi que Duke estaba tumbado encima de mí. No me di cuenta de que estaba muerto hasta que vi su cara”.

El inspector se calló bruscamente.

—Es terrible. Todas las declaraciones son por el estilo —continuó diciendo—. Una mujer dice que vio a Konrad y la bicicleta salir disparados por el aire, pero el mozo que llevaba las botellas de leche estaba entre ella y aquel y fue despedido hacia adelante, tirándose toda la carga encima. El espectáculo de las botellas, mezcladas con la lluvia de cristales que cayó de la marquesina, parece haber borrado de su cabeza cualquier otro recuerdo. No creo que la granada o lo que fuera estuviera dentro de una botella de leche, ¿no les parece? No sé mucho de esas cosas, pero mi opinión...

Se calló y los miró interrogante. Los dos expertos, que habían estado cambiando miradas, hicieron intención de hablar. Míster Culvert pareció instar a su jefe a que

hiciera alguna confidencia, y el mayor capituló.

—Me gustaría poder estar más seguro porque, francamente, la idea es tan... tan peculiar. Pero en vista de esta primera declaración hecha por ese muchacho, creo que debemos analizar los fragmentos de los cristales y la bicicleta, aunque sea en el mismo escenario de la catástrofe.

Ambos policías y míster Campion le miraron desconcertados.

—¿Qué cristales? —preguntó el superintendente.

Yeo parecía interesado.

—¿Se refiere usted a los vidrios que se extrajeron del cuerpo de Duke? —preguntó—. ¿Qué es lo que piensa usted?

Aunque pensaba hacer confidencias, el mayor seguía receloso.

—Tienen ustedes que comprender que no les estoy dando ninguna prueba —dijo—. Todavía hay mucho que hacer antes que pueda considerar el caso del farol de la bicicleta y estar completamente seguro. Tendremos que hacer muchas investigaciones, o de lo contrario podrían tomarnos por un hatajo de idiotas. Esos leguleyos son unos tipos muy difíciles, ya lo saben ustedes.

—Hasta ahora no hemos conseguido mucho —murmuró el superintendente secamente—. Todavía no sabemos si tendremos que encarcelar a alguien. Puede que sea un asunto político, pero hasta ahora no sabemos qué pensar.

El inspector, sin embargo, inquirió:

—¿El farol de la bicicleta?

—Sí, sí. Eso es lo que parece, aunque no quiero comprometerme —el mayor estaba excitado—. La granada estaba dentro del farol de la bicicleta, donde debía de haber estado la batería. Algunos de estos faroles se encienden mediante un tornillo, y mi opinión personal —que no es ninguna prueba— es que el hombre que llevaba la bicicleta hizo explotar la granada cuando encendió —o intentó encender— el farol. Esto explica todos los hechos: el estado de la bicicleta, que ha quedado hecha añicos; los pedazos de cristales de lente incrustados en el cuerpo del hombre; el sitio en que se causaron los mayores daños; el hecho de que, al parecer, no se haya arrojado nada; el...

Se calló. Nadie, excepto míster Culvert, le prestaba atención. Los dos policías se miraban mutuamente, mientras Campion permanecía petrificado y miraba al vacío frente a él, haciendo terribles conjeturas.

—¡Lo llevaba consigo...! —exclamó Yeo—. ¡Dios Todopoderoso, lo traía él mismo!

—Hay que encontrar el farol original y buscar otro similar para compararlo con los fragmentos —dijo el mayor, que parecía no darse cuenta de la excitación que estaba provocando—. Esto es muy importante si hay que presentar una prueba a los Tribunales. Y hay que encontrar también a esa mujer. Usted acaba de hablar de ella. Tuvo que ver la explosión. Si uno de nosotros la interroga, puede que recuerde muchos detalles que crea que no tienen importancia, y nosotros puede que saquemos

de ellos conclusiones que nos ayuden a establecer la prueba definitiva. Creo que sería suficiente un cortísimo espacio de tiempo —digamos dos o tres segundos— para hacer explotar la granada. Eso daría una gran seguridad al que lo hizo y pudo darle tiempo a alejarse de la bicicleta, e incluso a hablar, aun después de haber prendido la mecha al encender el farol. Según parece, no hizo ningún intento por salvarse. Pero todavía no lo sé todo. ¿Qué estaba haciendo? ¿Estaba protestando, o algo por el estilo?

Las últimas palabras se infiltraron en la preocupación del superintendente. Oates levantó los ojos lentamente.

—No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo —dijo—. Eso es seguro. Lo ignoraba en absoluto no sabía que estaba allí.

Yeo se levantó.

—¿Pero toda esa gente? —empezó a decir, atónito.

Cuando comprendió la verdad, el color enrojeció sus mejillas.

—¡Ha sido una equivocación! —gritó—. ¡Ha sido una equivocación! No tenía que haber ocurrido allí. Debía de haber ocurrido en una carretera solitaria, probablemente. ¡Ha sido una falta, una equivocación del asesino!

Se quedó asombrado un momento por su propio descubrimiento y luego, al ocurrírsele otra idea, se puso a rebuscar afanosamente en su cartera.

—Oates —dijo sin respiración—, aquí está todo. Esa bicicleta había sido regalada a Konrad por el club. El secretario hizo la recaudación y la entregó. Se llama Howard. Tengo su declaración en algún sitio. A él no le gustaba Konrad. Esto aparece en muchas declaraciones, y me chocó. No estaba en la estación en el momento de la explosión y —esto es lo importante— trabaja con un químico que vende al por mayor. Me acabo de acordar.

Míster Campion se levantó y avanzó unos pasos. Su voz sonó opaca y se quedó encorvado, como si el peso de su propio cuerpo se le hubiera hecho de pronto insoportable.

—Siento que eso no esté del todo bien —dijo, ignorando la aguda mirada del inspector—. Hace semanas que le entregaron a Konrad esa bicicleta. Pueden ustedes obtener numerosas pruebas de que ha estado pendiente de ella como una mujer pudiera estarlo con un bolso nuevo. Pero hacía cinco días que no la veía cuando la recogió el domingo por la mañana y salió corriendo en ella hacia la estación de Birley para coger el tren de Boarbridge. Durante esos cinco días había estado guardada en el guardarropa de White Walls.

—¿Dónde está eso? —preguntó el inspector.

Oates contestó por Campion:

—En la casa de campo de Jimmy Sutane, el actor del que Blest le ha hablado. ¿Se acuerda?

— **M** íster Champion...
El inspector jefe se apoyó en la mesa y se dirigió en tono confidencial a Champion:

—Cuando míster Sutane le telefoneó la pasada noche y usted habló con él, ¿qué le dijo usted?

Había pasado ya la hora del almuerzo y el comedor del piso superior de Bonini's estaba casi desierto. Ocupaban la esquina, junto a la ventana que da a Old Compton Street, y el murmullo de Yeo solo pudo ser oído por aquel a quien iba dirigido.

Campion, que parecía haberse quedado algo más delgado, le miró pensativo y se sintió inclinado a tenerle simpatía.

Se conocían poco, aunque cada uno había oído hablar mucho del otro; pero esta era la primera vez que trataban el mismo caso juntos.

—Quería que fuese a su casa —dijo Champion sinceramente.

—¿Por qué no fue usted? No le importará que le haga unas cuantas preguntas, ¿verdad?

Yeo sonrió amablemente, pero continuó precavido, porque como gran experto y amigo personal del superintendente del C. I. D., míster Champion merecía un trato especial.

—Creí que sería mejor que me apartase de ellos.

—Ya, ya. Lo comprendo.

El inspector no se quedó muy satisfecho e intentó otra táctica.

—Es un caso A —observó—. Tenemos que andarnos con cuidado. Esta mañana vi al jefe de Policía y al comisario. Tengo todas las fuerzas a mi disposición y puedo llamar a quien quiera. Este caso tiene preferencia. El hombre que buscamos es peligroso, míster Champion. Creo que se le podría llamar antisocial. Si es una persona que se dedica a comerciar con material de guerra, y no le importa a quién pueda perjudicar, tenemos que pararle los pies por encima de todo —exclamó, excitado; parecía encontrarse en un escenario, en plena escena—. Tenemos que conseguirlo, tenemos que atraparlo. Esa mujer que tiene la pierna destrozada está muy grave. Si muere, habrá matado a cuatro personas y herido a once, y nadie sabe cuánto más daño pudo hacer.

Campion sonrió.

—No crea ni por un momento que no estoy de acuerdo con usted. Todo esto es tan extraño, que no creo que ningún hombre en su sano juicio discutiera sus argumentos. De cualquier modo que se desarrollen los acontecimientos, no habrá

nada que pueda excusar o atenuar este monstruoso asesinato. Cuando usted encuentre a su hombre tendrá que ahorcarlo inmediatamente, ya me doy cuenta.

Yeo le miró tranquilizándose, pero sin confiarse aún del todo.

—Oates y yo sabemos que usted es muy noble; pero, francamente, nos preguntamos si usted oculta algo que sabe, algo que nos diese una pista, por ejemplo.

Campion no respondió y el detective continuó, después de una pausa:

—Usted debe de saber mucho acerca de esas gentes, y son todos muy extraños. Pero no puedo creer que si usted supiera algo que pudiera sernos útil no nos lo hubiera dicho ya. Algo que pudiera haber conducido a este crimen, por ejemplo. Ha sido una gran desventaja que nosotros llegáramos cuando ya había sucedido la catástrofe y que los periódicos se hayan dedicado a imprimir inmediatamente todo cuanto les ha parecido. Está también aquella actriz que murió allí... ¿Se cayó o se tiró? Nadie lo sabe, aunque realmente no importa demasiado. De todos modos, no deja de ser una cosa extraña; no me gustan las coincidencias. Es tonto pretender que no ocurren de cuando en cuando, pero no me gustan.

Míster Campion levantó los ojos de su plato.

—¿Está usted concentrando sus investigaciones en White Walls?

—Sí.

Yeo bajó la voz y miró suspicazmente al grueso Bonini's, que estaba cerca de ellos mirándolos con curiosidad. El dueño del restaurante se alejó, y Yeo, convenciéndose de que no les había oído, continuó:

—Han pasado cuatro días y no hemos dejado de trabajar intensamente, con buenos resultados, desde luego. Tan pronto como usted nos dijo lo de la bicicleta —lo que nos ahorró bastante tiempo— hice una investigación y comprobé que tenía usted razón. Konrad recibió su bicicleta el día dos, casi una quincena antes del accidente, y además encontré muchas personas que trabajan en el teatro y en otros sitios que vieron el farol encendido. Poco a poco fuimos estrechando el círculo, hasta llegar al momento en que la llevó a casa de míster Sutane. Hay allí un chófer —un tipo decente y que parece buena persona—. ¿Le conoce usted? Es un chico a quien le gustan las máquinas y cuidó mucho la bicicleta. Juró que el primer domingo que míster Konrad la llevó allí, él, el chófer, la examinó perfectamente y se quedó admirado, sobre todo del farol, que calificó de “soberbio”. Me dio toda clase de explicaciones respecto a la bicicleta, que coincidieron en absoluto con las que obtuve de la firma que fabricó la máquina.

Hizo una pausa y encendió un cigarrillo.

—Bien —continuó—. El farol estaba en perfecto estado hasta que Konrad dejó la bicicleta en el guardarropa de la casa. El lunes volvió a la ciudad en coche. Al domingo siguiente regresó en un taxi con muy poco tiempo que perder. Sabemos que subió precipitadamente a la habitación que habían preparado para él, se vistió con el traje de ciclista dejando sus otras ropas tiradas en la cama para que hicieran un paquete con ellas —míster Lugg, su criado, habló mucho sobre este particular—, y

luego bajó al guardarropa, cogió la bicicleta y se marchó pedaleando a toda prisa, cogiendo el tren en Birley por la punta de los pelos. Nadie se fijó en el farol.

—Míster Lugg dice que vio durante toda la semana la bicicleta en el guardarropa, pero que no se le ocurrió examinarla. Tuvo mucha suerte, porque no hubiera sido extraño que se le hubiera ocurrido hacerlo y encender el farol.

—Pero la granada no pudo estar allí mucho tiempo —dijo Campion—. Dése cuenta del peligro, hay una niña en la casa. Podría haber ocurrido cualquier cosa.

Yeo asintió con la cabeza.

—Todo depende del que la colocara allí —dijo—, pero creo que el tipo que lo hizo no debe de ser un tipo imaginativo. Es audaz e ingenioso; eso es lo que me parece. Debió de suponerse que Konrad iba a continuar pedaleando hasta que se hiciera de noche, encendiendo entonces el farol, con la cabeza casi encima de este, hasta que explotara y le matase. Visto así parece un juego de locos, ¿verdad?

Campion consideró el problema involuntariamente.

—Tuvieron que colocarlo la última mañana. Probablemente cambiarían todo el faro y lo sustituirían por otro similar. Tiene que haber sido así.

—Tiene usted razón —dijo Yeo, complacido, mirando a su acompañante como a un alumno prometedor—. El mayor Bloom tiene que decir algo más. Ahora está preparado a jurar que el farol contenía el explosivo, pero los diminutos fragmentos que han quedado del farol son diferentes a los del original, del cual tenemos una muestra que nos ha dado la firma que vendió la bicicleta. Luego está bastante claro que alguien cambió el farol después que míster Konrad se marchara el lunes, y antes que se llevase la *bici* al domingo siguiente. Estoy de acuerdo con usted en que probablemente el cambio lo efectuarían a última hora, pero ¿cómo vamos a probarlo? Esto hace sospechosos a todos los que entraron y salieron de aquella casa durante seis días, y crea que son muchísimos.

Campion movió la cabeza con aire de duda.

—¿Y no pudo haber sido después que saliera de la casa?

—Imposible. He comprobado el tiempo que tardó en llegar a la estación desde que salió por la puerta del jardín. Tuvo el tiempo justo. Metieron la bicicleta en el furgón y el empleado recuerda que estuvo sentado junto a ella durante todo el viaje. Por poco se desmaya cuando le hablé de la granada.

Yeo se echó a reír al recordarlo, pero, poniéndose serio en seguida, continuó:

—Si pudiéramos averiguar el motivo, tendríamos una pista —dijo, mirando a Campion significativamente—. Por las conclusiones que he sacado de la gente de allí, a ninguno le gustaba Konrad, pero lo último que esperaban es que muriese repentinamente.

Míster Campion continuó silencioso. Su rostro expresaba simpatía hacia Yeo, pero no hizo ninguna sugerencia.

Yeo, que tenía una paciencia a prueba de bomba, continuó su ataque:

—Usted conoce a la familia y a sus amistades; por eso no necesito decirle quiénes

son —dijo—. Hay allí un anciano llamado William Faraday. Estuvo mezclado en aquel caso de Cambridge hace unos años, ¿no? Es amigo suyo. Admite que no se preocupó de Konrad, pero es el autor del espectáculo en que aparecía Konrad y está ganando mucho dinero por primera vez en su vida. Aunque pudiera ser el que buscó la granada y la colocó en el farol, no comprendo qué podía ganar con la muerte de Konrad, y el escándalo tenía que perjudicar su bolsillo. Lo mismo ocurre con míster Sutane, el compositor míster Mercer y el director míster Poyser, que estaba en esa casa el sábado. Luego está míster Petrie, el secretario y publicista; su empleo depende del éxito de Sutane, y no anda muy bien de dinero. Los criados no creo que hayan sido, y miss Finbrough no me parece sospechosa. La esposa y la hermana podrían haberlo hecho, pero que me cuelguen si entiendo por qué motivo. Konrad no parece que fuese allí por asuntos amorosos y, aparte esta consideración, esto puede aplicarse también a los demás. La gente no asesina sin tener un motivo, a menos que sean maniáticos homicidas. Esto ha sido obra de un ser racional, de alguien que deseaba la muerte de Konrad, según creo. Pero por qué la deseaba es algo que no sé todavía.

El inspector jefe se apoyó en la mesa y señaló a Champion con el dedo.

—Faraday es amigo suyo, pero los otros, no —dijo—. Usted fue por primera vez a White Walls hace menos de quince días, ¿no?

—Tal vez algo más.

—Bien. Oates y yo hemos investigado este caso de arriba a abajo. Usted empezó a trabajar con Blest cuando comenzaron a molestar a Sutane. Sabemos todo lo que pasó entonces y lo hemos tomado en consideración. Pero por furioso que estuviera míster Sutane, no creo que decidiese matar a Konrad, pudiendo, como podía, despedirle. O podía haber perdido la paciencia y darle una paliza, pero no creo que llegase a matarlo con explosivos y premeditadamente. Además, no era una ocasión muy apropiada. Blest comunicó a Sutane sus sospechas el sábado, después de localizar al cómplice de Konrad, y este encontró la muerte el domingo. Y tuvieron que necesitar bastante tiempo para buscar la granada.

Campion se sobrepuso con un esfuerzo.

—¿De dónde provenía?

—Todavía no lo sabemos. El mayor Bloom está tratando de averiguarlo.

Por primera vez durante la entrevista, Yeo pareció disgustado.

—Estoy hablando yo solo —murmuró—. ¿Por qué no dice usted algo?

—He estado de acuerdo con usted en todo —contestó Champion—. Todo lo que ha dicho es lo mismo que pienso yo. Este crimen me ha dejado atónito; es lo último que hubiera esperado que saliera de esa casa. Puesto que ha sucedido, lo siento mucho, pero no quiero acercarme a ella.

Yeo se encogió de hombros.

—Esa es la ventaja que tiene usted sobre nosotros, los profesionales. Yo no puedo elegir lo que me guste. Nunca le había visto así, Champion; usted es normalmente tan agudo... Si me lo preguntaran, ¿sabe lo que diría? Si no supiera que es usted un

extraño para esa gente, diría que hay en juego algún sentimiento personal. Faraday es su único amigo entre toda esa gente y, francamente, no comprendo cómo sigue con ellos.

—Mire, inspector: si yo creyera que podía ayudarle a poner las manos encima del hombre que busca, ya lo hubiera hecho. Tiene que creerme —dijo Campion secamente—. Pero no puedo, no sé nada. No puedo pensar en nadie que pudiera tener un motivo para cometer semejante asesinato. Dijo usted que Blest encontró al cómplice. ¿Quién era? ¿Puedo saberlo? Es solo por interés profesional.

—Puede verle si quiere —dijo Yeo amablemente—. Luego voy a ir yo. ¿Quién diría que fue? Pues Beaut Siegfried, ¿qué le parece?

—No; ¿en serio? —a Campion le pareció que no había vuelto a oír ese nombre desde su infancia—. ¿El profesor de baile?

—Él mismo —aseguró Yeo despectivamente—. Ahora es profesor de *ballet*. Blest consiguió que confesara que fue él quien escribió aquellas invitaciones. No me pregunte cómo lo consiguió; prefiero no saberlo. Me echarían a patadas del Cuerpo si usara los métodos que usan esos detectives privados. Blest nunca fue más que un inspector de División, ya lo sabe usted, Blest era demasiado violento para algunas cosas. De cualquier modo, consiguió que hablara el viejo Beaut. Míster Siegfried escribió a míster Sutane una amable carta disculpándose por lo que había sido, tal vez, una broma de mal gusto. Sutane aceptó las excusas, según dice Blest. Era todo lo que podía hacer en las circunstancias actuales. La broma fue muy pesada, como para poner furioso a cualquiera. Pero no furioso hasta el punto de llegar al crimen —añadió, después de una pausa, mirando a Campion suspicazmente.

Míster Campion acompañó al inspector al estudio de Vavendish Square, aceptando la invitación de este en honor a la amistad que deseaba conservar con la Policía. Después de años de cooperar con las autoridades, sentía por primera vez una sensación de malestar al cumplir con su deber, y maldijo el giro que habían tomado los acontecimientos.

Cuando salieron a la calle, en la cálida tarde londinense, Yeo dijo:

—Es un pobre hombre bastante simpático. Le presentaré a usted como mi sargento. Él me conoce, ya nos hemos visto varias veces.

Beaut Siegfried les recibió en su estudio. Era un hombre delgado y anciano, muy afectado. Sus estrechos pantalones y sus medias de seda perfilaban unas piernas delgadas y huesudas y sus hombros aparecían encorvados y flacos bajo el traje de terciopelo. Tenía las manos blancas y finas y estaba orgulloso de ellas, moviéndolas continuamente. Su cabello era todavía castaño y rizado y su rostro recordaba el de una solterona peripuesta, arrugada y maligna, de ojos saltones y desconcertantes.

Cuando entraron en el estudio, estaba tocando el violín, y un rayo de sol que entraba por la ventana iluminaba su inclinada cabeza. Dejó el instrumento al verlos entrar y se dirigió a ellos.

—Mi querido inspector jefe —dijo—, es un honor. Ahora no tengo nada que

hacer. Ninguno de mis queridos alumnos vendrá hasta las seis. Todavía siguen acudiendo a mí, ¿sabe usted?, y yo les enseño a mover sus bellos cuerpos con verdadera gracia. ¿Una copita de amontillado? Se lo serviré en mis copas de cristal.

Yeo rechazó el ofrecimiento y se sentó sin esperar a que le invitaran a hacerlo, indicando a míster Campion a que hiciera lo mismo.

Siegfried permaneció en pie frente a ellos, mientras la luz jugaba en sus rizos y en los suaves pliegues de su chaqueta. Míster Campion advirtió que en el suelo había una señal, sin duda para indicar dónde tenía que colocarse para conseguir este efecto.

—He venido para hablar de Konrad —dijo Yeo—. Creo que usted podrá ayudarme.

—¿Konrad? —murmuró Siegfried, poniéndose una mano sobre los ojos—. No puedo soportarlo. Le mandé rosas..., pero no puedo soportar pensar en ello. ¡Tenía tanta gracia, tanto espíritu! ¡Morir tan joven!

Tenía una voz suave y afectada y Yeo sonrió, divertido.

—¿Conoce usted a alguien que tuviese antipatía a Konrad? —preguntó.

—¡Oh! —el profesor de baile dejó caer su mano y le miró inquisitivamente—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque creo que debe saberlo; era su alumno predilecto, ¿no? Creo que era un prodigio.

—Bueno... —admitió Siegfried, sintiéndose adulado—. Le enseñé todo lo que yo sabía. Sus poses, su gracia, su divino espíritu..., todo era mío. Pero su técnica moderna... No, eso no me gustaba. Yo le regañaba de cuando en cuando por abandonar la escuela clásica, de tan pura belleza, por las complicaciones de los ritmos modernos.

—Bueno, usted le conocía —insistió Yeo—. ¿Tenía algún enemigo?

Siegfried vaciló y frunció el entrecejo.

—Había gente que estaba envidiosa de él —dijo, por fin—. No se ofenda, inspector, pero la ley es ridícula a veces. Creo que hay alguien que debería ser interrogado. Se lo diré confidencialmente, pero no quiero que luego me molesten. El pobre muchacho era “perseguido” —parecía mentira que un anciano pudiera tener tanta vitalidad como demostró al continuar, airado—: Sutane, ese hombre, Sutane. No es un danzarín, es un acróbata, y la plebe ha hecho de él un ídolo. No tiene alma, ni poesía, ni espíritu, y cuando vio a Konrad tuvo celos de él. Acosaba al muchacho. Le hacía trabajar en números sin importancia porque no se atrevía a que el público le viera, por temor a que le gustase más que él.

Olvidó el rayo de sol y se acercó al inspector.

—Benny vino a quejarse a mí —insistió—. Si Benny hacía una buena entrada en escena, Sutane le hacía retirarse inmediatamente; si tenía una buena oportunidad para aumentar su vestuario, Sutane no se lo permitía. Si Benny era aplaudido, Sutane se burlaba de él. El muchacho no era más que un manojo de nervios después de trabajar un mes o dos con Sutane. No sé lo que pasaría al final, no puedo leer los periódicos,

no los soporto. Pero fuera lo que fuese, Sutane es moralmente responsable. Ahora ya se lo he dicho. Mi conciencia está tranquila. Pero entiéndalo bien: no quiero que me molesten. No quiero hacer declaración y, desde luego, no quiero ir al Juzgado. Tengo que pensar en mis alumnos y alumnas. Les enseño a ser artistas, en el verdadero sentido de la palabra, y no quiero que me estorben.

—¿Konrad nunca se quejó a usted de nadie más que de Sutane?

—No, solo de Sutane. Sutane le mató en espíritu, ahogando su personalidad y aniquilándola. Pero no quiero oír nada más de esto, me trastorna. Ha ocurrido una desgracia y el pobre muchacho ha muerto.

Se dirigió a la cómoda, de estilo italiano, que había en un rincón y cogió su violín.

Una anciana criada, cuyas señas coincidían con la descripción que el recadero dio de la mujer que había mandado el ramo de flores de ajo, les acompañó hasta la puerta. Cuando salieron oyeron las notas de una melodía de Puccini horriblemente interpretada.

Yeo anduvo en silencio algunos minutos.

—Bueno, ya ve usted cómo se forman las intrigas en el teatro —dijo, por último—. A Konrad le corroía la envidia, le había trastornado, y él y Siegfried se dedicaron a perseguir a Sutane.

Campion asintió.

—El viejo diablo no ha mencionado su entrevista con Blest, ¿eh? —dijo Yeo, sonriendo irónicamente—. Una experiencia semejante le enseñaría a cualquiera a tener la boca bien cerrada, pero este viejo loco no aprenderá nunca. Oates no puede estar con él; a mí me hace reír. No hay nada vicioso en él. Es un fardo de trapos viejos, y siempre lo ha sido. ¿Por qué no acepta usted la invitación de míster Sutane y va a White Walls, míster Campion?

La inesperada pregunta surtió el efecto deseado, y Campion se puso en guardia.

—Porque no quiero —dijo.

—Piénselo —insistió Yeo—. Podría usted sernos muy útil yendo allí. Mire, estas son mis últimas palabras: no piense que míster Sutane es el hombre que buscamos, y no comprendo por qué demonios tenía que ser él más sospechoso que otro. Por su propio interés le conviene que este asunto se aclare cuanto antes, porque, como siga prolongándose, va a agotar a míster Sutane antes que lo hayamos solucionado. Nosotros solos no podemos hacer nada. Usted le animaría aceptando su invitación. Piense en ello...

Míster Campion estuvo andando por Londres cerca de cuatro horas. La sensación de sentirse solo entre ocho millones de extraños le confortó y el ejercicio tranquilizó sus nervios.

Cuando llegó a la tranquila calle de Junior Greys, el sol de la tarde se reflejaba en las ventanas de los sólidos edificios y el aire era puro y límpido. Empezó a sentirse libre otra vez. La inquietud que le había producido Linda, que al principio le había divertido y luego desesperado, estaba ahora relegada a un recóndito rincón de su

cerebro.

Volvió a sentirse dueño de sí mismo.

El portero del club tenía un recado para él. Era breve y misterioso, sin ser particularmente alarmante. El portero de Bottle Street había llamado para que le dijeran que llamase a su piso en cuanto llegase. Como no estaba muy lejos de su casa, solo a tres calles de distancia, se dirigió en seguida hacia allí y subió la escalera familiar rápidamente, buscando la llave en el bolsillo de su chaqueta. Al llegar al pie del último tramo de escaleras se paró en seco; su reconquistada paz desapareció de súbito y toda la confusión emocional y mental de los últimos diez días volvió a invadirle.

Linda Sutane, que estaba sentada en el último peldaño, se levantó y bajó a su encuentro.

Mientras Champion permanecía apoyado en la repisa de la chimenea observando a la muchacha, sentada en su mecedora, se dio cuenta de que el progreso de un asunto amoroso no cesa en el momento en que las dos partes se separan, sino que continúa su lento progreso inexorablemente, estén juntos o separados sus protagonistas.

Linda Sutane le pareció más pequeña de lo que la recordaba. Su traje negro, adornado con un cuello blanco graciosamente plegado, la favorecía, y el sombrero le daba un aire coquetón, que le gustó.

Había entrado en el piso siguiéndole sin hablar y se había sentado sin levantar la vista. Su silencio le había desmoralizado y se quedó en pie mirándola, con las manos en los bolsillos, deseando que hablara y rompiera la tirantez de aquel encuentro. Al principio le pareció que era alucinación, pero con la desventaja de saber perfectamente que no lo era.

Ella le miró, por fin, y se dio cuenta de que su rostro estaba pálido y tenso, y sus ojos color miel reflejaban una profunda tristeza. Su corazón se contrajo dolorosamente y sintió que sería capaz de hacer cualquier cosa por ayudarla. Sin embargo, intentó disimular sus sentimientos.

—Bien —dijo, afectando indiferencia—. Es usted muy amable viniendo a visitarme.

—Uncle William pensó que usted vendría a ayudarnos si se lo pedía; por eso vine a buscarle.

Hablaba con tanta ingenuidad, que Champion no pudo por menos que sonreír:

—Pero Linda, si hubiese algo que yo pudiera hacer, créame que me hubiera faltado tiempo para hacerlo. Pero tal como están las cosas, ¿qué puedo hacer?

Ella le miró fijamente.

—Usted ha cambiado —dijo.

La inesperada observación casi derrotó a Champion. Cogió torpemente una caja de cigarrillos y se la ofreció a Linda. Ella movió la cabeza rehusándolos, sin apartar la vista de él. Parecía turbada e indignada al mismo tiempo.

—Estamos desesperados —siguió diciendo—. La Policía viene todos los días a casa, ¿lo sabía usted? ¿Qué piensa de Konrad?

—Es terrible, sí.

—¿Y aun así no quiere usted hacer nada?

Champion se quedó cortado, sin saber qué responder; luego, prefirió tomarlo a broma.

—Querida —dijo sonriendo—. Pondré el universo entero a sus pies. Inmovilizaré a toda la Policía londinense por usted. Soy todopoderoso, cogeré mi varita mágica y haré que todo deje de ser verdad.

Ella le miró extrañada, entre aturdida y furiosa, y, finalmente, se recostó en la silla sin dejar de mirarle.

—¿Cómo está Lugg? —preguntó Champion—. ¿Y Uncle William, y Mercer, y Sock, y Poyser, y miss Finbrough? Todos ustedes tienen mis mayores simpatías, y si yo pudiera haría retroceder el tiempo un mes o dos, por ustedes. Sin embargo, no soy el hombre que usted cree, no creo que pueda servirles de mucho.

Estaba intentando enfadarla, como si en ese momento fuera para él lo más importante del mundo. Se quitó las gafas y sus ojos aparecieron más agudos, más profundos que antes. Pero no consiguió lo que se proponía. Linda le tendió la mano, diciendo:

—Vamos, venga conmigo.

Campion miró aquella mano suave, cuyas sutiles venas azules se transparentaban bajo la piel dorada. Se volvió bruscamente y se acercó al bar.

—Vamos a tomar una copa mientras discutimos eso —dijo—. ¿Un White Lady?

Mientras preparaba los *cocktails*, Linda observó su espalda musculosa y delgada y el pelo fino y corto de su nuca.

—Las ratas se han hecho ahora dueñas de la casa —murmuró—. Pronto las veremos aparecer. Es como si estuviéramos rodeados de fantasmas. Jimmy está enfermo de desesperación y todos han cambiado. Creí que sería solo en casa, pero ahora empiezo a creer que todo el mundo está igual. Creí que le hubiera gustado ayudarnos.

—Me hubiera gustado, en efecto —le aseguró él francamente—. Pero es que no creo que pueda hacer nada. Es la naturaleza de este caso lo que me desalienta. En el caso de un suicidio dudoso, como la muerte de Chloe, puede que hubiera podido hacer algo; pero en semejante carnicería soy imponente. Su *cocktail*, señora.

Ella cogió el vaso y lo dejó sin probar su contenido. Champion notó su expresión de disgusto y apartó de ella los ojos. Hubo un largo silencio y luego Linda murmuró:

—Es usted muy duro, increíblemente duro; nunca lo hubiera creído.

—Como una roca —asintió Champion—. Granito. Bajo la primera capa de barro solo hay piedra.

—Es muy... muy interesante —comentó Linda, levantándose y sonriéndole.

—¿Vino usted en coche o quiere que la lleve a la estación?

La muchacha se acercó a él y le miró.

—Estoy asustada —susurró—. Por eso he venido. No sé lo que va a pasar. Me encuentro muy sola allí y estoy muy asustada. ¿No se da cuenta?

Míster Champion la miró entristecido, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Luego reaccionó.

—Ahora, vámonos —dijo súbitamente—. Pero tranquilícese; esto no tiene nada

que ver con usted, y puesto que tanto su esposo como la Policía me han pedido que haga una investigación, voy a intentarlo.

Pero siento...

Se quedó cortado y Linda le instó a continuar.

—¿Qué? —preguntó.

—Siento que usted pueda creer que soy un egoísta, Linda —concluyó míster
Campion, gravemente.

— **D**espacio —dijo míster Lugg a través de la puerta—. Apoya la espalda, despaaaacio. No te excites y no te asustes, estoy aquí. Ya te sacaré yo si tú no puedes salir; pero vamos a ver..., inténtalo.

En el largo corredor no se oía más que la voz de Lugg, y Campion, que le había estado observando desde que llegó, se acercó a él sin que lo notara.

—¡Sigue, sigue ahora, ya lo has enganchado! —Lugg apoyó su enorme oreja contra la puerta. En seguida lanzó un gruñido—: ¡Ya se te ha escapado! No te preocupes, prueba otra vez. No conseguirás nada si no vuelves a intentarlo; saca la horquilla. ¿Se ha deformado?... ¿Qué? Bueno; con que se ha puesto cuadrada, ¿eh? Ya te enseñaré yo a ti... Ahora, ya ha entrado otra vez. ¡Espacio, espacio...! No armes ruido, vas a despertar a todo el mundo. Así..., así..., ya está... Ya está. ¡Ahora!

El ruidillo que se escuchaba detrás de la puerta cesó de pronto, mientras esta se abría bruscamente, y Sarah apareció enrojecida y excitada, con una horquilla doblada en la mano.

—¡Lo conseguí! —exclamó, dando brincos alrededor del anciano—. ¡Lo conseguí, lo conseguí, lo conseguí!

—¡Cállate! —susurró míster Lugg, poniéndose un dedo sobre los labios—. Vas a alborotar a toda la casa, no andes dando vueltas y gritando como una loca. Supongo que esto te habrá servido de lección. ¡Vaya...!

Lugg se volvió sorprendido, mirando hacia el final del corredor. Míster Campion se adelantó.

—Lugg, ¿qué estaba haciendo?

—Entreteniendo a la niña —contestó este—. Ahora me he convertido en niñera, ¿no se lo han dicho? —hizo un guiño a esta y dijo con fingida seriedad—: Ahora, márchate, Sarah. Seguro que la *nurse* te está buscando por todas partes, y no querrás que se lleve un susto, ¿verdad? Luego seguiremos jugando. Anda, vete.

Sarah le apretó la mano y se guardó la horquilla en el bolsillo.

—Gracias, míster Lugg —dijo con estudiada dignidad—. Fue muy interesante.

Se marchó tranquilamente, aunque de cuando en cuando se oía su risita ahogada. Campion esperó que no pudiera oírle y se dirigió a Lugg:

—Por lo visto, usted se ha creído que ha venido aquí para traer un rayito de sol a un niño incomprendido, ¿no?

—La he tomado mucho cariño —contestó Lugg—. Además, nunca se sabe si puede hacer falta aprender ciertas cosas. Todos los niños deberían saber cómo se abre

una cerradura. Yo solo intento distraerla. Usted no tiene nada que ver con esto. Le gusta estar conmigo y no creo que haya nada de malo en ello.

—¿Sin duda le recuerda su propia infancia? —preguntó amablemente míster Campion.

—No —repuso Lugg, poniéndose serio—. Bueno; por fin ha vuelto usted... Ya era hora. Hace una semana que le tengo preparada una habitación. Entre, se la enseñaré —echó a andar por el corredor, mientras Campion le seguía—. Ya estamos —dijo, abriendo la puerta de la habitación que estaba encima del salón de música—. Antes la ocupó míster Benjamín Konrad. Espero que se encuentre a gusto aquí. El último caballero que la ocupó se fue a Buenos Aires.

Campion entró en la habitación y se quedó mirando por la ventana al jardín, envuelto en la penumbra.

—Bueno —dijo, volviéndose—. ¿Ha observado algo interesante en este asunto?

—No, me he mantenido fuera de él —contestó Lugg, colocando una maleta de cuero encima de la cama y abriéndola para colocar ordenadamente su contenido—. ¿No se le habrá ocurrido traerme una o dos camisas? Aquí estoy fuera de la civilización.

—No, no se me ocurrió. Deje eso y procure concentrarse. No habrá estado dando vueltas por aquí como una maleta, ha tenido que notar algo. ¿Qué ha estado haciendo?

—Lo que me habían mandado: ser un mayordomo —respondió Lugg con satisfacción—. Usted me prestó a la señora como mayordomo, y mayordomo he sido. Lo mío no es eso, pero he procurado adaptarme y hasta me ha divertido en cierto modo. Los criados andan muy derechos bajo mi mando, y en el tiempo que tengo libre hago todo lo que puedo por entretener a la niña, que me resulta muy simpática. Si me dieran uno o dos años de tiempo, sacaría mucho partido de ella. Tiene madera. Yo soy muy severo, ya lo sabe usted: nada de hablar mal, nada que no fuera digno de una señorita. Y ella también me ha ayudado bastante; si hay algo que no sé y que no quiero preguntar a los criados, se lo digo a ella, y si ella tampoco lo sabe se lo pregunta a la *nurse*. Es un afecto mutuo. ¡Oh! —continuó después de una pausa—. Ha estado aquí la Policía..., creo que eso es lo que más le interesa. Creo que hay un sargento en la cabina de la carretera, pero no he consentido que me molestaran. Eso es lo que usted me dijo, ¿no?

Campion asintió.

—Sí. ¡Ah!, a propósito. Tal vez deba advertírsele: si durante el tiempo que permanezca aquí hubiera un fuego, se portará usted —temporalmente, por supuesto— como un bombero. Y si el río que pasa al final del jardín se desborda e inunda la planta baja, tendrá que hacer de barquero durante una hora o así, poniendo a salvo a los habitantes de la casa lo mejor que pueda... No sé si comprende lo que quiero decirle...

Lugg se quedó silencioso.

—Usted no está tranquilo, ¿verdad? —dijo, por último—. ¿Es que pasa algo? Ya sabe que esta es una casa de locos, y si yo fuera el inspector les hubiera arrestado a todos durante un mes, les hubiera dado buena comida y les hubiera tratado bien, pero hubiera colgado al que al final siguiese siendo fanfarrón.

Habiéndose quedado satisfecho al dar su opinión, Lugg continuó con la maleta.

—Les está bien empleado por dejar que la *bici* se quedara aquí —dijo, volviendo la cabeza—. Por lo que dicen los periódicos, me parece que sospechan del faro. Yo supuse que debía de ser algo de eso por el modo en que se referían a la bicicleta. Yo he prohibido los periódicos en la cocina, les he dicho que los he recogido todos y que lo que quieran saber tendrán que preguntármelo a mí. Tenía que hacer algo así o, de lo contrario, se hubieran marchado todos, y no quiero que el trabajo de una casa de estas dimensiones recaiga en mis manos.

Miró a la puerta en el preciso momento en que alguien llamaba con los nudillos.

—Entre, míster Faraday —gritó, y añadió al abrir la puerta, con toda la dignidad de un perfecto mayordomo—: Sabía que era usted, señor. Le oí respirar. Aquí está míster Campion; por fin ha venido.

Uncle William entró en la habitación, pálido y entristecido.

—Querido muchacho —murmuró emocionado—. Mi querido muchacho...

Lugg se enderezó y en sus ojillos negros apareció una mirada de envidia.

—¡Qué gordiflón! —murmuró burlonamente.

Uncle William, que era lento de percepción, no se dio cuenta de la alusión y pensó que había sido un insulto personal. Se dio la vuelta con airada indignación:

—¡Ya le enseñaré yo a controlar la lengua! ¡Salga de aquí! Quiero hablar con su señor.

Lugg arrojó sobre la cama el neceser que había sacado de la maleta y se quedó mirando, indignado, a Uncle William.

—¡Salga de aquí! —insistió este, encolerizado.

Lugg miró a Campion, y viendo que permanecía silencioso, se dirigió a la puerta con altivez.

Cuando la cerró tras sí, viendo que no volvían a llamarle la entreabrió de nuevo y asomó la cabeza.

—Si no ha cenado usted, señor, encontrará algo de comida en el aparador del comedor —dijo con tremenda dignidad, y habiendo recuperado su propia estimación y dicho la última palabra bajó las escaleras en dirección a sus dominios.

En la habitación, Uncle William frunció el entrecejo y dirigió una compungida mirada a Campion.

—No quise herir sus sentimientos —dijo—, pero no estamos para ceremonias. ¡Qué cosa más horrible Campion! Usted probablemente sabrá más de ello que yo, pero yo he observado el efecto que ha producido aquí. Estamos viviendo en una pesadilla continua, muchacho. Más de una vez me he despertado de la siesta con el corazón en la boca. No puede uno olvidarse de ello ni un solo momento; cuelga sobre

nuestras cabezas día y noche. ¡Día y noche! —tragó saliva y se limpió el rostro con el pañuelo—. Cuando creíamos que lo peor había pasado y empezábamos a tranquilizarnos, se le ocurre a ese estupidillo venir a por su bicicleta y salir pedaleando en ella para encontrar la muerte. Cuando me enteré de ello el sábado por la noche no me impresionó demasiado, a no ser por esos pobrecillos, desde luego. Nunca le tuve simpatía y no me importó mucho que se hubiera ido al otro mundo. Pero ayer, cuando la Policía de Londres llegó con el polizone del distrito y nos acribilló a preguntas sobre la *bici*, me di cuenta de que estábamos otra vez metidos en el lío, y esta vez hasta el cuello.

Se sentó en una butaca, demasiado pequeña para poder resultarle cómoda, y se quedó inclinado hacia delante, mirándose las zapatillas.

—La Policía sospecha, y no es extraño —observó—. El viernes pasado fue el funeral de esa mujer que empezó esta racha de mala suerte y el sábado se pasó todo el día ensayando el nueve espectáculo. Todos los actores principales vinieron el domingo por la mañana y la mayoría se quedó hasta por la noche. La representación fue terrible; no me gustó lo que vi de ella. Cuando el inspector Yeo me preguntó quién había en la casa a fines de la semana pasada, no pude darle una respuesta exacta. Le dije que nunca llegaría a saber la verdad por eliminación de posibles sospechosos. Una noche estuvo aquí un príncipe —el viernes o el sábado—. Un tipo ruso, muy educado, parecía ser viejo amigo de Jimmy; le conoció en París hace años. Me tuvo levantado casi toda la noche contándome historias de cacerías de lobos. Esto ha estado lleno de gente. Le dije al sargento de Policía que era como buscar una aguja en un pajar. Suponiendo que esté entre ellos, está bien enmascarado. Y si usted acepta esta suposición, debe de ser uno de esos tipos raros —suspiró y elevó su rostro compungido hacia el de su amigo—. ¿Quién demonios pudo ser, *Campion*? —exclamó—. ¿Quién de nosotros es? ¿Lo sabe usted?

No recibió respuesta e inclinó la cabeza, cubierta de suaves rizos y amarillentos.

—No puedo creerlo —dijo—. Y voy a decirle una cosa, *Campion*. Yo no soy obstinado, pero hay una posibilidad, solo una pequeñísima posibilidad, desde luego; pero no soy un loco y me doy cuenta de ello. Hay una posibilidad que no quiero ver. Pase lo que pase, no lo creeré. ¿Entendido?

Míster *Campion* miró al jardín.

—Ya me lo figuraba.

Uncle William le miró agudamente. Sus claros ojos azules relampagueaban.

—¿Por qué...? —empezó, pero lo pensó mejor—. No sacaremos nada discutiendo. Me siento como una rata en la ratonera cuando se pone usted a pensar. Le diré lo que he hecho. Le he abierto mi corazón y le he dicho lo que siento, y no me pesa haberlo hecho; pero si no le importa, no volvamos a hablar de ello. No me gusta que esa muchacha se haya marchado de esa forma. ¿Por qué lo habrá hecho?

Campion se dio vuelta bruscamente.

—¿Qué muchacha?

—Eve. ¿No se lo ha dicho Linda? —respondió Uncle William, extrañado—. ¿Por qué se lo habrá ocultado? Creí que se lo habría contado todo antes de hacerle venir. No lo comprendo. Bueno; Eve se ha ido, ya lo sabe. Se fue ayer por la tarde. El chófer la llevó a la estación con una pequeña maleta; dijo que había estado llorando. Me he pasado el día sentado al lado del teléfono, esperando que llamara, pero aún no lo ha hecho.

Campion le miraba perplejo.

—Es extraño, ¿verdad? —murmuró Uncle William.

—Mucho —respondió Campion—. ¿Lo sabe la Policía?

—No, no creo que lo sepa. O por lo menos no sabe que nosotros no sabemos dónde está.

Campion volvió a acercarse a la ventana.

—Debería haberlo dicho —objetó.

Uncle William se encogió de hombros.

—Me pareció que haría una montaña de un grano de arena —dijo, intentando disculparse—. Yo también me hubiera ido de buena gana, y teniendo en cuenta que es tan joven... hay que ser comprensivo. Linda piensa lo mismo y no cree que haga falta decirlo.

Míster Campion se quedó pensativo, mirando al césped.

—¿Qué es lo que pasó exactamente? —inquirió—. Supongo que interrogarían al chófer cuando volviera, ¿no?

—Sí. Bueno; le vimos llegar y le preguntamos dónde había estado.

Uncle William se mostró turbado.

—Lo cierto es que todos nos quedamos sorprendidos cuando supimos que la muchacha se había ido sin decir una palabra. Alguien corrió a su habitación a ver si había dejado alguna nota, y cuando vimos que no había nada nos quedamos muy preocupados, sin saber qué pensar, y entonces Jimmy, que estaba aquí esperando ver a la Policía, pareció recordar de pronto que sabía algo acerca de ello. Dijo que volvería hoy. Esta mañana, el sargento no preguntó por ella cuando vino, y nadie mencionó su ausencia. Entra y sale tanta gente de esta casa, que la Policía no puede controlarlos a todos, a menos que someta la casa a una vigilancia continua —suspiró profundamente y continuó—: Le pregunté a Jimmy dónde creía que estaría y me dijo que suponía que en Bayswater, con una amiga. Linda sabía su nombre, y cuando Jimmy se marchó a la ciudad ella llamó a la mujer, pero Eve no estaba con ella, ni había estado.

—¿Tenía la costumbre de marcharse a la ciudad a pasar la noche con sus amigas?

—No sin avisarlo antes —contestó, extrañado, Uncle William—. Eso resultaría raro en cualquiera, pero en una chica de diecisiete años es monstruoso. Estoy preocupado por ella, Campion. Fue ella la que escribió la nota que encontré en el nido de pájaros.

—¡Ah!, ¿fue ella? ¿Y a quién?

—Nunca lo supe; no podía estar espiando el árbol durante todo el día. El sábado todavía estaba allí, y el domingo por la mañana también, pero el lunes me di una vuelta por allí, mientras trataba de asimilar la nueva catástrofe, cuando vi que había alguien en los matorrales de enfrente. Sabía que era Eve, por su traje rosa; pasó por mi lado llorando, y cuando la dije “Buenos días”, o algo por el estilo, ni siquiera me miró. Cuando llegué al nido estaba vacío, pero sobre la hierba había pedacitos de papel. No los hubiera visto si no los hubiera buscado. Estaban casi secos a pesar de que por la noche había llovido bastante; por eso pensé que solo estaba húmedo de lágrimas.

Un brillo de inteligencia apareció en sus ojos.

—Un trabajo bastante limpio, ¿no le parece?

—Sí, bastante —repuso Campion, impresionado—. ¿Ha estado Sock aquí?

—Muchas veces. Se pasa la vida corriendo, el pobre. No sé cuándo duerme, es extraordinario. ¿Se ha dado usted cuenta, Campion? Cuando una persona tiene menos de veintisiete años nadie piensa en que puede necesitar ni un minuto de descanso. Jimmy no es un hombre duro, pero trata a Sock como si fuera una especie de mensajero con alas. ¿No pensará que la muchacha se fue para correr hacia Sock? No quiero imaginármelo. Dos jóvenes solos, sin freno ni límites. Sería monstruoso.

Campion se pasó la mano por el pelo.

—¿Quién está ahora aquí, aparte de Lugg y nosotros?

—Solo Linda y miss Finbrough. Jimmy volverá dentro de una o dos horas y Dios sabe quién vendrá con él. Mercer está en su casa, en la cama. Está envenenado, ese tonto.

—¿Envenenado?

Uncle William se echó a reír.

—Cogió un resfriado el viernes por la noche al volver a casa —dijo con una maliciosa sonrisa—. Le está bien empleado; debía de haber ido al funeral. Es un perfecto egoísta. Allí estábamos nosotros, preocupados, nerviosos, perturbados, y él pensando en su resfriado. El sábado perdí la paciencia con él. Le dije que se metiera en la cama y tomara algo caliente, en vez de andar quejándose y esparciendo microbios por todas partes. Eso hizo el muy estúpido, pero esperó hasta el último momento, cuando todos estábamos trastornados por las noticias que dio la radio a las nueve, y luego se fue a la cocina por un frasco de quinina. Se lo llevó a su casa, poniéndose mi abrigo sin pedirme permiso, y mandó a su criado por una cuchara. El hombre, no sabiendo lo que quería, cogió la primera que encontró, y Mercer se tomó una cucharada entera en un vaso de agua. La dosis que debe tomarse es solo media cucharadita de las de café. Bueno; se fue a la cama, y al poco rato se levantó medio sordo y medio ciego y dando gritos para que viniera un médico. Yo vi al doctor —dijo, sonriendo, al recordarlo—. Lo llamó envenenamiento por quinina, y Mercer todavía no se ha repuesto, aunque está mejor. Hoy le vi y me dijo que el zumbido que tenía en los oídos le había disminuido un poco. Sin embargo, está muy preocupado

todavía, el muy tonto.

Linda no apareció cuando bajaron las escaleras y Campion le agradeció su delicadeza. Lugg, todavía enfadado, trajo a Uncle William su media botella y la puso delante de él sin pronunciar una sola palabra. El anciano se sentó, mirando el líquido dorado durante largo rato. De pronto dio una patada en el suelo.

—No crea que voy a beber —exclamó—. Quiero estar despejado; no beberé como acostumbro, nada de eso, pero no puedo tenerlo delante: lo voy a meter en mi cajón. Vamos a dar una vuelta.

Guardó el *whisky* y se fueron a pasear por el jardín. Estaban aún dando vueltas por allí cuando los faros del Bentley proyectaron sus rayos sobre la oscura hierba.

Sutane estaba solo. Vieron su delgada silueta recortada por el haz de luz cuando se bajó del coche y fue a su encuentro.

—¡Campion! —exclamó—. ¡Querido amigo, sabía que no me abandonaría! ¿Ha vuelto Eve, Uncle William?

—No —contestó el anciano con sequedad—. Creí que había ido a buscarla y a decirla que volviera en seguida a casa.

Sutane no contestó. Mientras subían los escalones del *hall*, muy iluminado, Campion le miró y se quedó asombrado. Todo resto de carne había desaparecido de su rostro, que parecía una calavera, donde los nervios se transparentaban bajo la finísima piel.

—¡Oh, sí! —dijo Sutane de pronto—. Es verdad, a eso fui, pero en el teatro se ha vuelto todo el mundo histérico. Dos muertes de golpe los han aterrado y son muy supersticiosos. Me olvidé de todo.

Miró a Campion con una inteligente sonrisa.

—Volverá mañana, ¿verdad? —le preguntó.

La casa estaba silenciosa cuando míster Campion bajó las escaleras, a las seis y media de la mañana. El sol se filtraba por las cortinas mucho más brillante a esa hora, formando vivas manchas sobre el suelo de piedra y la alfombra, y afuera las copas de los árboles se mecían en el viento mañanero.

Campion echó una ojeada al guardarropa y al salón. Sintió un ruidito en el cuarto de estar y asomó la cabeza, viendo a Lugg y su ayudante que estaban limpiando la habitación.

Vestido con un guardapolvo y unos viejos pantalones grises, el improvisado mayordomo estaba limpiando el polvo de las figuritas de porcelana de la vitrina, mientras una perezosa personilla en pijama y bata frotaba con una bayeta los pulidos suelos de parqué. Los dos estaban absortos en su trabajo. Sarah tenía las apretadas trenzas sujetas alrededor de su cabecita, y sus muecas y gruñidos denotaban su concentración y el gran esfuerzo que estaba haciendo.

—Sigue, frota los rincones, no quiero tener que volver a hacerlo yo después que tú —dijo Lugg, mientras frotaba con su enorme pulgar la delicada cara de una pastorcita de Dresden—. Son bonitos estos chismes —observó—. No tienen mucho valor y dan mucho trabajo, pero me gustan. Son muñequitos, parecen de juguete.

Campion esperó con el alma en un hilo a que las frágiles figuritas volvieran a estar en su sitio. Luego dijo:

—Buenos días.

Lugg se volvió bruscamente:

—¡Cuernos! Me ha dado un susto —exclamó—. ¿Qué demonios está haciendo? Me he levantado al amanecer para poder trabajar tranquilo, pero usted no tiene por qué hacerlo. Siempre arreglo el *living* yo mismo; no permito que lo toque ninguna doncella. Eso significa que tengo que levantarme temprano, para que no me vean con estas trazas, eso rebajaría mi dignidad. ¡Vamos, sigue! —añadió dirigiéndose a su ayudante, que escuchaba la conversación con ojos curiosos—. Me ayuda a limpiar los suelos, porque a mí me duelen las rodillas —explicó, volviéndose a Campion—. ¿Qué saca en limpio quedándose despierta en la cama, esperando a que se levanten los demás? Es mucho mejor que aprenda a ser útil. No está cansada, ¿verdad, pequeña?

Sarah movió la cabeza negativamente y Campion, comprendiendo que su presencia dificultaba una conversación entre dos personas cuyas mentes parecían tener la misma edad, les dejó solos y continuó sus investigaciones.

No encontró lo que buscaba en ninguna de las habitaciones de la planta baja,

aunque su búsqueda fue minuciosa, pero este fracaso no le desanimó ni le sorprendió, y como en la casa empezó a haber animación, salió al jardín.

Tampoco allí progresó gran cosa. Inspeccionó la terraza y la enredadera que cubría la pared desde la sala de música hasta la cocina, prestando especial atención a los barriles de agua y a la fuente de la rosaleta. La huerta, a su izquierda, estaba arreglada y limpia. Estaba dividida en rectángulos separados por estrechos senderos de arenilla cubierta de hierba y rodeada de una valla de unos dos pies de altura.

Se encontró con el jardinero, que se disculpó por no haber podido terminar su trabajo.

—El viernes y el sábado estuve haciendo esto —dijo, señalando unos rectángulos—, pero no pude continuar ni el lunes ni el martes, y el miércoles y jueves estuve en el lago con los demás, ayudando a la Policía.

Miró a Campion inquisitivamente, pero este no le contestó, continuando su paseo después de saludarle.

Vio a Linda cuando se apoyaba en el árbol del nido de Uncle William. Esta se acercaba a él vestida con un traje de hilo amarillo. Parecía preocupada.

Él la llamó y Linda le miró con un aire de culpabilidad que le agradó sin comprender por qué.

—He estado dando un paseo —comentó ella—. No podía dormir. Ya es hora de desayunar, vamos.

Echaron a andar juntos entre las exuberantes flores.

—Cuando la Policía vino el otro día, aparte de preguntar, ¿hizo algo más? —dijo Campion, de pronto.

—¡Oh!, se dieron una vuelta por todo esto; no sé para qué —contestó Linda—. Estaban muy misteriosos. Nos pidieron a los jardineros para que buscasen no sé qué en el lago. Cuando les ofrecí que pasaran a la casa por si querían registrarla, se precipitaron dentro.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Campion con curiosidad—. Fue muy inteligente, desde luego.

Ella permanecía silenciosa, pero cuando cruzaban el césped en dirección a la terraza se estremeció.

—Deseo que esto termine —dijo—. Pase lo que pase, quiero que acabe de una vez. ¿Me comprende?

Él asintió, pensando que su absoluta comprensión constituía la mitad del encanto que le atraía hacia ella.

—¿Encontraron algo?

—No, no lo creo. Hoy volverán otra vez.

Subieron a la terraza y entraron en la casa. Uncle William estaba sentado frente a una mesa ovalada que habían colocado para comer. Miss Finbrough estaba a su lado, comiendo lentamente, sin pensar lo que hacía.

Campion la miró y se quedó asombrado por el cambio que se había operado en

ella. Su encendido color, que tal vez fuera su rasgo más saliente, permanecía aún, pero ya no era el tono rojo que denotaba una salud perfecta, sino un color terroso. Estaba enflaquecida y su vigor parecía haber desaparecido.

Miró a míster Campion y le dirigió una triste sonrisa.

Uncle William dejó el periódico *The Times*. Había estado ojeando las noticias, pero sin demasiado interés.

—Viernes —dijo—. Así pasan los días. Buenos días. No podía dormir; pero no me refiero a sus magníficas camas, querida Linda. Tampoco puedo leer el periódico, no consigo que me interese. No tiene sentido del humor.

Se sobresaltó al abrirse la puerta detrás de él y se volvió para ver quién era el recién llegado, que resultó ser Mercer, vestido con un bonito traje nuevo.

El compositor entró haciendo ruido, dando un portazo al cerrar la puerta tras sí. Todavía estaba pálido por su reciente enfermedad y tenía los ojos hundidos.

—¡Hola! —dijo—. ¡Hola! ¿Ha vuelto usted, Campion? ¡Dios mío! Me siento enfermo; voy a ir a la ciudad a ver a un especialista para que me diga cómo sigo de este envenenamiento de quinina, Linda. Volveré esta noche. Mi chófer me recogerá aquí para llevarme a la estación y volverá a buscarme al último tren. Son las diez y pico, ¿no? ¿Puedo tomar un poco de té?

Se dejó caer en un sillón y alargó una mano temblorosa para coger la taza de té que le acercó miss Finbrough.

—¡He estado sordo! —le gritó a Campion—. Los oídos me zumbaban como si tuviera dentro de ellos una legión de aviones. He estado ciego y bizco.

—Pero eso no le ha matado a usted —murmuró Uncle William, socarronamente—. Debe de estar contento.

—Sí, he tenido suerte —contestó Mercer llevándose la taza a los labios—. Tuve a un policía sentado en mi cama durante todo el miércoles, haciéndome preguntas idiotas sobre cosas que podía haber sabido por cualquier otro. Yo estaba tan mal, que le dije lo que pensaba de él, de toda la Policía y de su odioso *block* de notas. No ha vuelto a aparecer. Es un veneno, ya sabe, corteza de quinina. Podía haberme muerto.

Los ojos de Uncle William echaban chispas, y Linda intervino:

—¿Entonces volverá esta noche, Squire?

—Sí, probablemente. Tengo que hacer un trabajo que quiero terminar. Este condenado asunto me ha hecho perder muchos días.

A miss Finbrough le pareció que iba a darle un colapso.

—¿Asunto? —dijo llena de ira.

—Bueno, envenenamiento —explicó Mercer, saliendo airoso del lío en que se había metido—. Esa pequeña danza que estaba componiendo me está saliendo muy bien. A Dill no le gusta el título que la he puesto: *Pavana para un danzarín muerto*. Quiere que se lo cambie; esos escritores líricos se creen que son semidioses o algo por el estilo.

—Seguramente lo encuentra de muy mal gusto —observó Uncle William.

—¿Mal gusto? —preguntó el otro, sorprendido; pero dándose cuenta de la insinuación, se defendió irritado—. ¡No seas chiflado! —dijo con violencia—. Todo este otro asunto se olvidará antes que podamos lanzar esa canción. Si dice usted semejantes tonterías, no hace más que demostrar que no comprende al público más que cualquier mocoso recién nacido. Usted, por ejemplo, ¿recuerda lo que decían los periódicos de hace seis meses? ¡Por supuesto que no!

Uncle William empezaba a encolerizarse. Se sintió ofendido y estaba a punto de demostrarlo cuando fue interrumpido por la llegada ceremoniosa de Lugg, que anunció que el coche de míster Mercer estaba en la puerta.

El compositor se levantó rápidamente.

—¿Ya está ahí? —dijo—. Muy bien, no quiero perder ese tren. ¿He dejado aquí mi abrigo? ¿No estará sentado encima de él, Linda? No, debe de estar fuera. Búsquelo, Lugg, ¿quiere hacer el favor? Hasta luego, Linda. Vendré a verla esta noche si no estoy demasiado cansado cuando llegue.

Salió andando más torpemente que de costumbre y la muchacha le miró.

—Está muy enfermo —observó—. Jimmy está terriblemente preocupado por él. La quinina es una porquería, le hace a uno ponerse enfermo. Ha sido un loco tomando toda esa cantidad, ¡una cucharada grande llena!

—Aún no comprendo cómo no se tomó el frasco entero, con todo el cuento que tenía con su dichoso catarro —dijo Uncle William, desabridamente—. Es maravilloso preocuparse tanto por los propios achaques. Jimmy debería hacerle menos caso. A propósito, creo que voy a subir a ver a Jimmy; ya estará levantando. Me gustaría hablar con él.

Miss Finbrough emitió un sonido parecido a un suspiro y a un hipo.

—No puede usted —dijo con voz queda.

—¿Qué?

El anciano volvió a sentarse lentamente, mirándola extrañado, y los demás le imitaron hasta que ella se encontró rodeada por un círculo de ojos inquisidores.

—¿Por qué no, Finny? —preguntó, por fin, Linda, con agudeza.

—No está aquí, se ha ido. Salió muy temprano en el coche. Si la Policía pregunta por él, debo de decirles que estará en el teatro después de las once.

Linda se sonrojó.

—Pero yo no lo he visto —dijo—. Y anoche tampoco le vi. ¿No ha dejado ningún recado para mí?

—Está muy preocupado, mistress Sutane —contestó la otra mujer en tono de reproche—. Llamó a mi puerta a las cinco de la mañana y me dijo que bajara a prepararle algo para desayunar, y cuando lo tuve todo preparado no quiso probarlo. No hizo más que entrar en la cocina, beber una taza de té y se marchó en el coche.

Empezó a temblar violentamente y sacó un pañuelo de su bolsillo.

—Tienen que perdonarme, no me encuentro bien. Ya les he dicho todo lo que hizo.

Salió de la habitación y Linda la siguió.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo Uncle William—. ¿Le hace pensar esto algo, Champion?

Este no contestó. Paseó la vista por la habitación, y cuando se convenció de que las mujeres ya habían subido las escaleras y Uncle William se había ensimismado en sus pensamientos, fue a la cocina y pidió prestadas dos pesas de hierro.

Luego se dirigió al cuarto de música y colocó el peso de cuatro onzas encima del de ocho y los envolvió en un pañuelo. Luego, abriendo la ventana de par en par, retrocedió unos pasos y lanzó el blanco envoltorio todo lo lejos que pudo a la parte más frondosa del jardín, frente a él.

El paquete pasó por encima de la verja de la huerta y Champion se apresuró a seguir su curso, deslizándose sobre el alféizar de la ventana del piso de abajo y agarrándose a la hiedra que cubría la pared. No era difícil encontrarlo. El envoltorio blanco estaba entre dos hileras de lechugas. Lo recogió y midió con la vista una media circunferencia, tomando como centro de la misma la ventana y su propio cuerpo como un punto de dicha circunferencia. La línea imaginaria atravesaba algunos matorrales de grosellas, un par de senderos y una pequeña plantación de cebollas, y terminaba por un lado en la pared y por el otro en un sembrado de guisantes.

Comenzó la búsqueda cuidadosamente, recorriendo un espacio de cuatro yardas a ambos lados de la circunferencia imaginaria.

El sembrado de guisantes no le reveló nada interesante, excepto una colección de extrañas calabazas, pero en el rectángulo que limitaba el segundo sendero se paró bruscamente. Allí era donde el jardinero había dejado de arreglar la huerta y había abandonado sus tijeras el mediodía del sábado. Su carretilla y las espuelas estaban aún allí al lado del sendero.

Campion anduvo lentamente hasta que sus ojos se detuvieron en una oscura irregularidad, en el suave contorno de los arbustos recién recortados.

Cuando, por fin, la encontró metió la mano entre las espesas ramas y se le escapó una exclamación. Desató el pañuelo dentro del bolsillo, dejando las pesas, y utilizó la batista para proteger su hallazgo de sus propias huellas digitales.

El canto de los pájaros y el aroma de las flores del jardín llegó hasta él mientras contemplaba su descubrimiento.

Era el farol plateado de una bicicleta.

El salón del club Hare and Hounds estaba recargado de muebles, a pesar de su tamaño. La ancha mesa, a la que estaban sentados el inspector jefe Yeo, el detective sargento Inchcape, ambos del C. I. D. Central Branch; el inspector jefe Cooling, del County Constabulary, y míster Albert Campion, investigador privado e involuntario, soportaba, además de los treinta y siete ceniceros en los que podían leerse diversas sentencias, un enorme tiesto con un rosal, un tintero cuya tinta se había secado y una biblia.

—Cogió el farol y se limitó a tirarlo donde no pudieran verlo, pensando que nadie le daría importancia aunque lo encontraran. No contaba con el mayor, no esperaba que descubriésemos lo que originó la explosión.

Yeo pronunció estas palabras con la gravedad que requería su posición como persona más importante de la reunión, y el inspector local, un hombre agradable y de aspecto militar, asintió sin vacilar.

Yeo miró las hojas de papel escrito a máquina que tenía ante sí.

—Tan pronto como trajo usted el farol ayer, míster Campion, vimos que lo habían frotado —dijo—, y por supuesto concordaba con las especificaciones que nos había dado la fábrica. Están dispuestos a jurar que ese fue el farol que vendieron con la bicicleta. Inchcape nos ha informado de lo que usted le dijo acerca de la poda de los arbustos, y estoy de acuerdo con usted. El jardinero lo habría encontrado si hubiera estado allí cuando hizo la poda. Esto nos hace suponer que el farol fue arrojado allí entre el mediodía del sábado y las diez cincuenta del domingo por la mañana, cuando Konrad se llevó la bicicleta. ¿Quién estuvo en la casa durante este tiempo?

El inspector Cooling reflexionó.

—Treinta y siete personas entraron y salieron —dijo—. Hemos interrogado, aproximadamente, a la mitad. Continuaremos interrogando.

—Me parece que ahora no hay allí más que la familia y míster Faraday, sin contar a míster Campion, que estos días está allí —observó Yeo—. Yo tengo que volver esta tarde. Sutane tiene una *matinée*, ya lo sé. Creo que la pasada noche no volvió a su casa, ¿verdad?

—Se quedó en su piso de Great Russell Street, señor. Lo hace muy a menudo antes de una *matinée*— dijo el sargento Inchcape—. Están todos en la casa, excepto la señorita Eve Sutane. Se fue a la ciudad el miércoles y todavía no ha vuelto. El jueves no me di cuenta de su ausencia, pero ayer me enteré de su visita a unas amigas, el viernes, por medio de una doncella. La explicación que me ha dado la familia es que su hermano pensó que necesitaba un cambio de ambiente. Miss

Finbrough fue quien me lo dijo.

—¿Se enteró usted de la dirección? —preguntó Yeo—. No. Bueno, no importa; ya me enteraré yo esta tarde, cuando vaya allí. No tiene ninguna importancia, pero debemos ser precavidos —dijo, mirando a Campion.

—Volvemos a las mismas. Ya no hay ningún motivo, desde luego —observó—. Le agradecemos mucho lo del farol; sí, mucho, no crea que no, pero eso solo prueba lo que ya sabíamos: que el crimen salió de aquella casa. Los faroles se cambiaron allí, pero quién de todos ellos pudo desear hacer semejante cosa es algo que no sabemos todavía. ¿No es verdad?

La última pregunta iba dirigida a sus colegas policías, quienes asintieron y continuaron mirando al hombre delgado y alto que estaba sentado entre ellos.

Campion permanecía sentado con las manos en los bolsillos y los ojos medio cerrados.

—Estaba diciendo, míster Campion, que ya que usted está en aquella casa es el único que podría descubrir el motivo del crimen —prosiguió Yeo—. ¿Qué está usted pensando?

Campion le miró de refilón.

—Hay cuarenta policías en la habitación, pero yo solo quisiera tenerte a ti, querida...

—Perdón, ¿cómo dice? —preguntó Yeo, extrañado.

Campion se levantó y se echó a reír.

—Estaba recordando una comedia —dijo—. La escribió sir James Barrie; es una especie de cuento de hadas; no creo que la conozca. Ahora, si no les importa, voy a marcharme. Si encuentro alguna otra cosa les llamaré. Le veré esta tarde, Yeo. Y haré todo lo que pueda.

Cuando la puerta se cerró tras él, el inspector sonrió con inesperada simpatía.

—Se da cuenta de su posición —observó—. Es amigo de esa familia. No debe de resultarle muy agradable este asunto.

Yeo frunció el ceño.

—Un hombre de nuestra profesión no puede tener amigos —dijo con sequedad—. Lo que está bien, está bien, y lo que está mal, está mal. Él ya lo sabe, ha estado en la escuela.

Cooling asintió, deseando estar de acuerdo en todo con el distinguido visitante, y especialmente en este punto.

Míster Campion volvió a recorrer la polvorienta carretera. Pasó por Old House y evitó encontrarse con mistress Geodrake, que le miró, curiosa, desde el jardín, donde estaba arrancando las malas hierbas con ostentosa asiduidad. Observó la cabina telefónica desde la que Konrad había llamado a Beaut Siegfried la noche que murió Chloe Pye, y se metió entre la arboleda donde el nido de Uncle William permanecía vacío y olvidado.

Caminaba taciturno. Ni al ver a Lugg en una cómica postura mientras señalaba a

Sarah unos hermosos capullos para que los cortara hizo ningún comentario.

Sintió como si se acercara muy lentamente una gigantesca avalancha. Tarde o temprano, hoy o mañana, cobraría ímpetu y se precipitaría con todo su horror inevitable, desgarrando y destrozando, aniquilando y aplastándolo todo. No podía hacer nada por impedirlo. Con un esfuerzo tal vez podría acelerar su marcha, pero no quería hacerlo. White Walls estaba tranquilo, bañado por la brillante luz del sol. En los arriates, las mariposas azules coqueteaban con las flores. La brisa era suave y acariciadora.

¿Sería esta noche, mañana, pasado, cuando llegase?

Pero, por el momento, aún no sabía nada del pequeño coche que había sido arrastrado al borde de la carretera de Birley.

Sock telefoneó a las tres, antes que Yeo hubiera ido a hacer su prometida visita. Lugg llevó a Champion al teléfono y este cogió el recado e hizo la inevitable oferta.

—Estoy en la estación de Birley —dijo la voz de Sock por el teléfono—. No puedo encontrar un taxi por ningún sitio. Ayer me robaron el coche. ¿Qué? ¡Ah!, en la plaza, al final de la calle. Hice una locura dejándolo allí, pero me resultaba más barato que un garaje. Algún fresco pasó por allí y se largó con él. Sí, bastante..., era el nuevo. ¡Maldita sea!

—Iré a buscarle —ofreció Champion amablemente—. No, no quiero molestar al chófer. Pero, amigo, no tengo nada que hacer. Entonces, dentro de quince minutos estaré allí.

Al ir hacia la estación pasó al lado del cochecillo. White Walls quedaba algo apartado del camino y el trayecto más corto a la estación era atravesando una pradera entre dos carreteras secundarias. Los senderos estaban en buenas condiciones y no eran muy frecuentados, por lo que Champion aceleró.

El cochecillo azul había sido colocado en la cuneta, sobre la hierba, y estaba allí abandonado, con las ventanas cerradas; podía llevar allí lo mismo diez minutos que diez años, y Champion apenas se fijó en él al pasar.

Sock bajó los peldaños de la estación cuando el Lagonda subió la cuesta. Estaba algo más presentable que de costumbre, pero parecía excitado, como si se diera cuenta de que estaba tomando parte en importantes y extraños acontecimientos.

—Es usted muy amable —dijo al sentarse en el cómodo asiento delantero—. Estoy perdido si no tengo un vehículo de la clase que sea. Tenía que venir, tengo que ver a Jimmy, y cuando únicamente se le puede ver estos días es en los fines de semana. Espero que no tengamos que suspender el espectáculo; lo sabremos el lunes.

—¡Oh!, ¿se sospecha eso? —preguntó Champion, preocupado, pensando que no hay nada tan interesante como algo que durante mucho tiempo ha sido importantísimo y de pronto se desbarata—. ¿Es que la publicidad lo ha arruinado?

—Es curioso, pero no ha sido la publicidad —contestó Sock, sorprendido también—. Las taquillas no han dejado de vender, y aun a veces ha mejorado la venta. Es el reparto; todo el teatro es una multitud de histéricos. Nunca he visto nada parecido.

Me parece que el drama se les ha metido en la sangre. Es como si el infierno se nos hubiera venido encima. El nuevo espectáculo es casi malo, ninguno de ellos hace nada a derechas. Jimmy es el único que logra animarlos, y parece que va a caerse muerto en cualquier momento. ¿Le ha visto últimamente? Es asombroso, se arriesga mucho. Campion..., a veces tiemblo por él. Pero les domina con su personalidad.

Suspiró y se recostó en el respaldo del asiento.

—Lo de mi coche ha sido el colmo —dijo—. Acostumbraba dejar el viejo en el callejón sin salida de al lado de mi casa. Había alquilado un cobertizo cerca de Baker Street, y en este tiempo tan bueno me ahorraba el garaje. La gente suele ser muy honrada en Londres, y como nunca dejaba nada dentro del coche, me parecía que estaba tan seguro como en un garaje. Pero no tuve en cuenta lo viejo que estaba el anterior e hice lo mismo con el nuevo. Durante una semana me fue muy bien, pero ayer, aproximadamente a las cuatro, me fui a casa a escribir unas cosas que me llevaron bastante tiempo y no salí hasta las siete, y me encontré con que el coche había volado. El que se lo llevara no tuvo más que meterse en él y salir pitando. Puse verde al vendedor de periódicos, pero me dijo que no había querido meterse en nada por si yo se lo había dejado a algún amigo. Y tuve que callarme. Conseguí que hiciera a la Policía una descripción del ladrón y ahora lo están buscando. Pero mientras lo encuentran estoy hecho la pascua.

Se quedó silencioso mientras tomaban una gran curva.

—Jimmy me dijo que estaba usted aquí —dijo, por último—. Le vi ayer un momento. Es un gran chico; yo le admiro más que a nadie, pero hay que saberle tratar.

Se calló, y Campion se dio cuenta de lo que pensaba. Sock carraspeó.

—Yo estaba bastante entusiasmado con Eve —murmuró como sin darle importancia—. Pero ella se alejó de mí y pensé que a nuestro James tampoco le hacía mucha gracia que yo cortejara a su hermana, y procuré olvidarlo. Ella es encantadora cuando se la conoce, y me dolió bastante, pero Jimmy se ha portado maravillosamente conmigo y no quiero meterme donde él no quiera que esté. Después de todo, yo no soy un buen partido, lo reconozco. Le digo todo esto para que comprenda mi amistad con Jimmy. Hace unos días vino a buscarme para echarme un rapapolvo sobre Eve. Me preguntó a quema ropa por qué demonios la había dejado que se me fuera de las manos y que quién me había creído que era para permitirme el lujo de no hacerla caso. Casi me da un soponcio. No me diga que no es raro.

—Puede que piense que su hermana necesita algo de vigilancia —sugirió Campion—. A los hermanos mayores les da por sentirse paternales. Ahora no está aquí.

—No..., me lo suponía —dijo Sock, confuso—. De todos modos, ha perdido el interés que pudiera sentir por mí, si es que alguna vez lo sintió.

—¿Quién es su rival? —preguntó Campion con curiosidad.

—No lo sé seguro —dijo Sock, moviendo la cabeza—. Durante algún tiempo

tuve una sucia sospecha, pero no quiero calumniar a la pobre chica. ¡Eh, Campion, pare! ¡¡Pare un momento!!

Al gritar las últimas palabras se dio la vuelta en el asiento, poniéndose de rodillas sobre él. Míster Campion frenó en seco.

—¿Qué pasa?

—¡Mire! —exclamó Sock, atónito—. ¡Es mi coche!

Campion volvió la cabeza y vio el cochecillo azul que había pasado al ir a la estación. Metió la marcha atrás y puso el coche al lado de la cuneta.

—La forma me llamó la atención, y luego vi la matrícula —dijo Sock, excitado—. ¡Es fantástico, increíble! ¡No puedo creerlo! Apuesto a que se quedaron sin gasolina y lo dejaron ahí tirado.

Saltó al suelo en cuanto Campion frenó el coche, y corrió hacia el suyo. Estuvo escudriñando un momento por la ventanilla y luego, sin decir una palabra, abrió la puerta e introdujo dentro la cabeza y los hombros. Inmediatamente arrojó afuera una alfombra y lanzó un grito de horror. Sock retrocedió lentamente, lívido y con los ojos agrandados por el terror. Se puso la mano en el estómago.

Campion salto del Lagonda, y tropezando con el joven, se abalanzó dentro del coche.

El cuerpo estaba doblado en el suelo, con las piernas entre los mandos y la cabeza oprimida contra la parte delantera del asiento. No había duda de que estaba muerto. Le habían golpeado el cráneo, y en la alfombrilla y la tapicería había sangre.

Míster Campion, que tenía más sangre fría para ver semejante espectáculo, escudriñó el rostro del cadáver.

—¿Quién es? —preguntó.

Sock, haciendo un enorme esfuerzo de voluntad, volvió a mirar al muerto.

—No lo sé —dijo, por último, con los labios trémulos—. No lo sé, no le he visto en mi vida.

Míster Campion dormitaba. La noche ya había pasado y la hamaca en la que intentaba descansar era sumamente incómoda. Eran las cuatro de la madrugada.

En la habitación en que estaba no se oía más que el tictac del reloj que había sobre la repisa de la chimenea.

De la habitación de al lado, la del superintendente local, llegaban los mismos ruidos que se habían estado oyendo durante toda la noche, voces y pasos, arrastrar de sillas y pisadas de botas sobre el suelo de baldosines.

Tan solo el timbre del teléfono permanecía silencioso, y en la estación de Policía todos, incluyendo a míster Campion, que permanecía con el oído avizor aun estando dormido, esperaban ansiosos que sonase el familiar ruidito.

El viejo Fiat del doctor Bouverie se paró en la tranquila calle con un chirrido, y el vigoroso anciano salió de él, increpando a su soñoliento chófer, y entró en el edificio.

Su voz autoritaria despertó a Campion, que se puso en pie sobresaltado. El nuevo asesinato había hecho saltar de la cama al anciano doctor, que había acudido inmediatamente sin tener en cuenta lo intempestivo de la hora.

La conocida voz sonó en el cuarto del superintendente.

—Tenemos que aclarar esto. No puedo consentir que pasen estas cosas en mi distrito. He estado trabajando toda la noche; lo dejé un momento a las ocho para comer algo y volví allí. He sudado como un cosaco y tuve que ir a bañarme y cambiarme de ropa; si no, haría ya una hora que estaría aquí. Dean quería marcharse a la una, pero le hice quedarse y creo que ahora conseguiremos aclarar esto entre nosotros. Superintendente, déjeme un hombre por un momento.

En la pequeña oficina de enfrente, Campion estiró sus agarrotados miembros y se preparó a enfrentarse con la situación. Cuando al fin asomó la cabeza por la puerta de la habitación del superintendente, se encontró con un espectáculo que hubiera resultado cómico a no ser por la gravedad de las circunstancias.

Un grupo de policías, al parecer muy interesados, entre los que sobresalían Yeo e Inchcape, miraban la representación que estaba teniendo lugar en el centro de la habitación. Habían colocado una silla en primer término, y contra ella yacía tumbado un joven policía cuya cabeza y hombros estaban totalmente cubiertos por el abrigo del doctor, mientras el anciano se cernía sobre él, con una regla en la mano, y demostraba con gran efecto dramático cómo se había cometido el crimen.

—El primer golpe le alcanzó en la bóveda, superintendente, aproximadamente aquí —y sin mucho miramiento golpeó con la regla la cabeza del pobre policía—.

Eso le produjo la rotura del cráneo; después, el asesino parece que se volvió loco. Golpeó a ese pobre hombre salvajemente. Llámelo sed de sangre si se quiere, pero yo diría que fue el terror; perdió la cabeza, como un caballo desbocado. Ya le prepararé una información completa; todavía no he tenido tiempo de hacerlo. Los órganos están perfectamente sanos: un corazón normal, buenos pulmones, edad entre cuarenta y cincuenta años, bien alimentado, manos con manchas... Ya puede levantarse.

La última frase iba dirigida al policía, que respiraba afanosamente bajo el sofocante abrigo. Este se levantó y se descubrió la cabeza, sonriente; estaba muy orgulloso de sí mismo.

El doctor se metió la regla en el bolsillo. Su anciano rostro era noble y vivaracho y su exagerada dignidad casi resultaba cómica, pero estaba muy lejos de resultar ridículo. Se volvió y miró a Champion. Se adelantó y le tendió la mano.

—¡Hola, Champion! —le dijo—. ¿También le ha tocado a usted esto? Dos cadáveres en quince días y usted metido en los dos casos, aunque no hay ninguna conexión entre ellos... Es una coincidencia extraordinaria.

El superintendente del distrito, un hombre afable, con un bizarro mostacho y botas de servicio, miró a Champion y parpadeó, interrumpiéndole antes de que pudiera contestar al doctor:

—¿Cuánto tiempo ha estado muerto, señor?

El doctor Bouverie se volvió a él con rapidez.

—He estado tratando de averiguarlo —dijo, con los ojos brillantes como los de un jovencito—, y creo que unas veinticuatro horas como máximo y doce como mínimo, cuando vi el cadáver, a las cuatro de esta tarde. Es decir, entre las cuatro de la tarde del viernes y las cuatro de la mañana del sábado. ¿No han podido encontrar un testigo que sepa cuánto tiempo permaneció el coche allí?

Inchcape miró al superintendente, y viendo su seña de asentimiento contestó a la pregunta del doctor.

—Hemos estado trabajando en eso —dijo—. Hemos encontrado un hombre que está dispuesto a jurar que el coche no estaba donde lo encontramos cuando él fue a Queen's Head, a las ocho y cuarto, el viernes por la noche, pero que lo vio donde está ahora al volver a eso de las diez y media. Supuso que sería una pareja que se estaba haciendo el amor y no miró dentro. No hay forma de decir si el coche fue guiado después de que el hombre hubiese muerto, ¿verdad?

—¿Por qué no? No tocaron a ese hombre después de muerto. Eso puedo asegurarlo.

El anciano estaba fascinado por el enigma del crimen.

—¡Oh, sí! —continuó—. Puedo darle una prueba clara de ello. Por la forma en que estaba tendido, con los pies entre los mandos, dudo que nadie pudiera conducir el coche ni un metro después que estuvo muerto.

Yeo se dirigió al doctor:

—¿Está usted *seguro* de que la víctima no fue movida después de muerta?

—Absolutamente. Según creo, iba conduciendo el coche. Su acompañante le echó súbitamente la manta por la cabeza y se sentó sobre él. La posición de las heridas, todas en la parte izquierda, y la forma en que cayó el cadáver lo demuestran claramente.

—Ya —dijo Yeo, pensativo—. No conozco esa parte del distrito, pero me parece que el sitio donde encontramos el cadáver está bastante alejado de la carretera que conduce a la ciudad, ¿no?

—Sí, y es un sitio muy solitario —asintió el superintendente—. No hay ninguna casa hasta pasar la desviación que va a la estación. ¿Supone que el asesino cogería el último tren para Boarbridge? Pudo llegar a la estación sin ser visto, y no hay más que un tren después de las nueve. La estación se abre a las seis. Enviaré a un hombre para que averigüe si fue algún extranjero. Me parece que sería una buena idea —hizo una pausa y continuó—: Vamos a ver si conseguimos algo, pero no nos precipitemos. Todo depende de una llamada telefónica de Scotland Yard. El sargento Cooling, del Central London Branch, ha ido a la ciudad con las huellas digitales del muerto. Hay muchas probabilidades de que este fuera el mismo tipo que robó el coche en Londres. Sabemos que en el Departamento están trabajando ahora sobre esto, y todos estamos esperando saber lo que puedan decirnos.

El anciano doctor parecía bastante satisfecho. Le agradaba saber que muchas personas estaban perdiendo horas de sueño en un loable esfuerzo por desentrañar el misterio que había acongojado a su querido distrito.

—Muy bien —dijo—. Lo dejo todo en sus manos, Larkin. Ahora voy a volver. ¿Qué hora es? ¿Las cinco menos cuarto? Bueno; dormiré unas dos horas y luego me invitaré yo mismo a desayunar con Beller. Tenemos que estar aquí sobre las ocho y media. Buenas noches. Buenas noches, míster Campion, no deje de venir a ver mis rosas cuando pase todo esto. Son muy hermosas, ya verá cómo le gustan.

Se fue, por fin, y la tensión se relajó considerablemente. El joven policía que había tomado parte en la demostración fue enviado por el superintendente para que preparase un poco de té, idea que fue acogida con muestras de satisfacción por todos los demás.

Volvió al poco rato con la bandeja y empezaron a sorber el extraño brebaje, mezcla de té fuerte y *whisky*. Yeo, que notó el sabor agrisado de la bebida, expresó su gratitud por tan reconfortante pisco, que recordaba a Campion los baratos “caramelos ácidos” de su juventud.

—No me cabe duda que el superintendente está en lo cierto al sospechar que el asesino cogió el último tren —observó Inchcape—. ¿Dónde iría? Supongo que no se quedaría vagando por los montes, ¿no?

El superintendente miró a Yeo.

—Todo depende de quién fuera —dijo.

Yeo asintió y sus redondos ojos se clavaron en Campion, que evitó la mirada.

Poco antes de las cinco entró un sargento en la habitación.

—El caballero desea hablar con usted, señor. Al parecer ha estado pensando — anunció.

El superintendente y Yeo cambiaron una significativa mirada.

Sock entró pálido y exhausto. Los esfuerzos que habían hecho todos para tratar de convencerle de que no estaba arrestado, sino simplemente invitado a permanecer allí hasta que recordase por qué no había cogido el tren aquella tarde y se había limitado a esperar que *Campion* fuese a buscarle, no habían tenido éxito.

Las declaraciones de los empleados de la estación habían sido desconcertantes. El dependiente de la tienda de revistas le había visto telefonar desde la cabina del *hall*, y el recaudador de billetes había observado cómo taconeaba en los escalones hasta que llegó *Campion* en el *Lagonda*.

Sock vio a *Campion* en cuanto entró y se dirigió a él directamente.

—Es una tontería. ¿De modo que tendré que contárselo a todo el mundo?

El superintendente intervino discretamente.

—Todos nosotros somos oficiales, señor —empezó en tono paternal—, y todos estamos trabajando duramente para conseguir descifrar este misterio. Ninguno de nosotros dirá una sola palabra de lo que usted nos diga, si nuestro deber no nos lo exige. Siéntese, señor, y díganos cómo fue usted a la ciudad.

Sock se dejó caer en la silla que había ocupado el doctor.

—Soy un tonto —dijo—. Debería habérselo dicho antes, porque no tiene nada que ver con el asesinato, y...

—¡Ah!, eso somos nosotros quienes tenemos que decirlo, señor —el superintendente continuaba amable, pero firme—. Su coche fue robado en Londres, viene usted al día siguiente al campo y lo primero que se encuentra al salir de la estación es su coche con un hombre asesinado dentro. Es una coincidencia muy grande. Tuvimos que comprobar lo que usted nos contó y nos enteramos de que no había venido en tren, como había dicho. Esto nos dio que pensar, y creímos que lo mejor sería hablar con usted. Usted no quiso hablar con nosotros, y por eso, sintiéndolo mucho, no hemos tenido más remedio que hacerle permanecer aquí hasta que se decida a hablar. En semejantes circunstancias no dirá usted que no hemos sido razonables al hacerlo.

Sock se echó a reír y volvió a recobrar su juvenil aspecto.

—Tiene usted toda la razón, superintendente; soy un idiota —dijo—. Me trajeron en coche esta tarde..., es decir, el sábado; ahora ya es domingo, ¿no? El sábado por la mañana salí de Londres en tren y fui a *Watford*. Desde allí me trajeron a *Birley* en un *Hillman Minx*. Me bajé en la estación porque el conductor del coche no quería ir a *White Walls*. Toda esta original historia es perfectamente cierta.

El superintendente esperó a que el policía que estaba en la esquina terminara de tomar sus notas en taquigrafía. Luego dijo:

—Y... ¿quién era el conductor del *Minx*? Debe decírnoslo.

Sock no tuvo más remedio que contestar:

—Eve Sutane.

Yeo parpadeó e Inchcape se inclinó hacia delante en su silla.

—¿La dirección de Watford donde usted se encontró con esa señorita? — murmuró el superintendente con la delicadeza de un buen *maître* de hotel.

Sock dudó.

—¿Es absolutamente necesario? Estoy traicionando una confidencia.

—Lo siento, señor, pero lo es. ¿Qué dirección?

—St. Andrews, 9, Cordover Road.

—¿Y el nombre del inquilino?

—El mayor Polthurst-Drew y su esposa. ¡Por Dios, no les metan a ellos en esto! Eve estaba allí con su hija: se llama Dorothy. ¿Es suficiente?

Yeo se inclinó hacia adelante y tocó el brazo del superintendente, y entre ambos se cruzó una seña de entendimiento. Yeo se aclaró la garganta y preguntó:

—Hay uno o dos puntos que me gustaría aclarar, míster Petrie. ¿Por qué no quiso miss Sutane llevarle a su propia casa?

—Es muy joven... —comenzó Sock—. Se marchó de su casa el miércoles, y Jimmy —quiero decir míster Sutane— y yo nos volvimos locos buscándola para dar con ella.

—Esa señorita faltó tres días de su casa y nadie lo mencionó... ¿Por qué? —preguntó Yeo.

Sock sonrió, dándose por vencido.

—Ya nos había molestado bastante, inspector... Ella es demasiado joven y su hermano quería evitar que saliera en los periódicos. ¿No le parece natural? Creo que dijo que estaba en casa de unos amigos, y, después de todo, resultó ser verdad. Ella fue a la ciudad el miércoles por la tarde y llamó a unas amigas suyas de la Escuela de Artes que se llaman Scott y tienen un estudio en Drury Lane. Son hermanas. Mientras estaba allí se encontró con la señorita Polthurst-Drew, a quien ella conocía, y que la invitó a ir a Watford un día o dos. Míster Sutane fue a ver a las Scott. Fue el primer sitio a donde se le ocurrió ir, pero ellas tenían la absurda idea de defender a su querida compañera de sus crueles guardianes, y como pequeñas lunáticas le juraron que no la habían visto. El viernes por la noche, cuando ya habíamos ido a todos los sitios a donde creíamos poder encontrarla, se me ocurrió volver a ver a las Scott y las conté un romántico cuento de amor no correspondido, pero inmortal, y conseguí que me dijeran dónde estaba. Esta mañana fui a verla y ella me llevó hasta Birley en el coche de Dorothy. Intenté convencerla para que fuera a su casa, pero no quiso escucharme. Nadie sabía que habían tenido una pequeña discusión —nadie en White Walls, excepto Jimmy, desde luego— y por eso pensé que sería mejor decir que había llegado en el tren. Y esto es todo, ya se lo he dicho todo absolutamente.

Suspiró y se recostó en su silla.

—Me he quitado un gran peso de encima —dijo francamente—. Pueden ustedes comprobar todo lo que hice durante las últimas veinticuatro horas.

—Ha hablado usted acerca de una discusión habida entre miss Sutane y su hermano —dijo Yeo—. ¿Por qué fue?

—No lo sé, no creo que fuera por nada de importancia —dijo Sock con sinceridad—. Eve es..., bueno, muy joven, ya saben, y Jimmy se pone muy nervioso. Probablemente sería alguna bobada. Puede que la dijera que gastaba mucho dinero o que usaba demasiado lápiz de labios... No lo sé.

—¿No se lo ha dicho ella?

—Me trajo hasta aquí en silencio.

El superintendente sonrió con indulgencia.

—¿Y no hubiera sido mucho mejor que nos hubiera dicho usted todo esto antes? —murmuró—. No tuvimos más remedio que... rogarle que se quedara aquí, porque no me negará que su coche ha aparecido en unas circunstancias bastante extrañas.

—Desde luego. ¡Es increíble! ¿Por qué habrá tenido que pasar aquí? Es una coincidencia extraordinaria —murmuró Sock, mirándole interrogante—. ¿Había algo en los bolsillos del cadáver que sirviera para identificarle?

Nadie respondió a esta pregunta, pero el superintendente, que parecía sentir simpatía por el joven, hizo una pequeña concesión.

—Solo puedo decirle una cosa: no fue por robarle; tenía bastante dinero en los bolsillos. Pero no diga usted nada de esto.

—¿Que no fue por robarle? —repitió Sock, extrañado—. No entiendo nada, mi cabeza no da más de sí. ¿Puedo marcharme ya? ¿Viene usted, Champion?

—No —contestó este—. Tengo que esperar. Llévase el coche; por la mañana ya me llevará alguien hasta allí. ¿Quiere hacer el favor de disculparme con todos?

El superintendente le miró.

—¿Por qué no se queda en el distrito? —le preguntó—. Solo hasta que descifremos la dirección, no creo que nos lleve mucho tiempo. Tal vez lo sepamos mañana, se lo diremos en cuanto lo sepamos. Mientras tanto tendremos que retener el coche.

—¡Desde luego! —gritó Sock—. Yo no lo quiero. Esto me ha hecho aborrecerle. Buenas noches a todos; ya le disculparé a usted, Champion. Les diré que no está precisamente tomando el sol. Hasta la vista.

Cuando se hubo ido, Yeo frunció el entrecejo.

—Parece que ha dicho la verdad —dijo—. ¿Por qué darle tanta importancia a esa historia? Aunque me parece que sabe más de lo que parece de la discusión. Intentaré enterarme por la muchacha.

El timbre del teléfono les hizo callar a todos. Yeo cogió el auricular y Champion vio que su rostro se iluminaba.

—¡Por fin! —exclamó Yeo con entusiasmo, dirigiéndose al sargento Cooling, en Londres—. ¡Oh, sí, espere un minuto!

Cogió un lápiz y un papel y se puso a escribir.

A medida que lo hacía, su cómico rostro iba tomando una jubilosa expresión.

—¡Magnífico! —dijo por último—. Es todo lo que quería. Quédese donde está y haga todo lo que sea necesario. ¡Ah!, ¿está todavía ahí? Salúdele de mi parte y dígame que esto corre de mi cuenta. No le deje, escapar, quiero tenerle cerca. Sí, muy bien. Luego le llamaré; sí, muy bien. Adiós —colgó el auricular y se sentó satisfecho—. Escuchen esto, escuchen esto —dijo sin ocultar su satisfacción—. Han identificado las huellas dactilares en los archivos y aquí están los datos que necesitamos.

Empezó a leer las notas que había tomado, con voz monótona:

—“Georg Kummer, alias *Kroeger*, alias *Koetz*, se cree que era polaco. Entre los cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco años de edad. Llamó la atención de la Policía de este distrito en enero de 1928, cuando compareció ante los jueces de Bow Street por una acusación de fraude, y fue inscrito en el registro como extranjero. La documentación fue satisfactoria. Fue deportado. Reaparece en junio de 1929, acusado de una conspiración en Glasgow, y es sentenciado por seis meses en la Segunda División, en compañía de otros cuatro. Vuelve a ser deportado. Luego se le encuentra en Francia, al año siguiente, acusado de provocar un incendio. No se le sentencia, pero se le expulsa de Francia. Se hace rico misteriosamente durante el acuerdo de desarme decretado por el Gobierno de Severino. Reaparece en Inglaterra en 1932 y es prendido por la Policía después de estar trabajando en una factoría de pirotecnia durante tres meses. Es deportado otra vez. Por último, vuelve a aparecer en 1934, cuando fue absuelto por un tribunal vienés de una acusación de ocultar armas y material bélico, (información extranjera facilitada por la Policía austríaca, que recurrió a nosotros para que les diéramos una información de sus andanzas por Inglaterra). Nota: Se sabe que este hombre ha sido empleado por varios gobiernos debido a su capacidad como químico. Vaha mucho en su profesión, pero siempre observó una mala conducta. Fue un sujeto que experimentó frecuentes grandes cambios en su condición financiera. Durante los dos últimos años fijó su cuartel general en Viena. Su última dirección fija: 49, Wienstrasse 7.”

Yeo hizo una pausa y se aclaró la garganta. Estaba muy satisfecho.

—No leo la descripción física porque ya la han comprobado. Fue el tipo que robó el coche; los datos que da de él el vendedor de periódicos concuerdan perfectamente con el cadáver. Bueno, ¿qué les ha parecido? Eso es lo que yo me imaginaba desde que vi las manchas que tenía en las manos. ¿Se han dado cuenta de quién es? Es el hombre que hizo la bomba.

A las seis les trajeron el desayuno del Red Lion, y el superintendente agasajó al inspector y los dos distinguidos visitantes. Yeo se sentía un hombre nuevo desde que llegó el mensaje del Departamento de Ficheros. Se puso a comer con buen apetito un plato de huevos fritos con tocino, salchichas y solomillo, partiendo el pan hasta reducirlo a migajas, como si pensara que representaba a un enemigo.

—Tiene que haber sido un chantaje —dijo—. Me lo figuré en cuanto vi el cadáver y oí la historia del robo del coche de Petrie. Tiene que haber una conexión entre los dos casos; no estoy dispuesto a creer en un milagro. Todavía no podemos asegurarlo, pero si esto resulta ser otra coincidencia, me daré por vencido y acabaré creyendo en las brujas.

—¿Cuándo lo sabremos? —preguntó Inchcape, que empezaba a tranquilizarse.

—No puedo decirlo —contestó Yeo—. La Policía austríaca tendrá que tomarse algún tiempo, pero no creo que sea mucho. Los extranjeros son algo más rápidos que nosotros. Sabremos el tiempo que ha estado aquí y encontraremos el sitio donde se hospedaba. Una vez que podamos echar un vistazo a dicho sitio, creo que podremos obrar sobre seguro. Sospecho que haría unos diez días que habría venido y que traería la granada consigo.

El superintendente del distrito no se quedó muy tranquilo.

—Acerca del hombre que estamos buscando... —murmuró—. Puesto que no había huellas digitales en el coche, excepto las del muerto y las de míster Petrie, es de suponer que el asesino llevase guantes, ¿no? Probablemente serían unos guantes baratos, que no le importaría tirar cuando lo creyese conveniente. No creo que se hubiese dedicado a limpiar el coche, aunque lo hubiese pensado.

—La lámpara estaba perfectamente limpia —dijo Inchcape con la boca llena—. Ahora todo el mundo sabe lo que son huellas dactilares.

Yeo miró a Champion.

—Conseguiremos atrapar a ese tipo —observó—. Pero no sé cómo nos las vamos a arreglar. ¿Han visto ustedes nunca un ser que se comporte tan estúpidamente? Ha obrado sin pizca de agudeza. Se está comportando como si fuera un dios o algo por el estilo.

—¡Ah!, a menudo se comportan así —dijo el superintendente—. No son locos, son solo exaltados.

Yeo continuó su discurso, dirigiéndose particularmente a Champion.

—Me imagino un tipo que es una especie de gran jefe blanco en su propio mundo

—dijo intencionadamente—. Un sujeto que está acostumbrado a hacer siempre lo que le da la gana. La gente que trabaja para él le cree sobrehumano, y porque ellos hagan por él las cosas más extrañas cree que puede hacer lo mismo en todas partes. Quería deshacerse de Konrad, y tendría sus razones; de lo contrario, no se hubiera molestado en matarle. Trazó un plan que le pareció perfecto y obró como acostumbraba hacer siempre. Llamó a un experto. El experto facilitó la mercancía y fue pagado por su trabajo. Nuestro hombre puso en marcha su plan, pero le salió mal. En vez de matar solamente a Konrad organizó un monumental maremagnum y la Policía se lanzó sobre su pista. Escondió la cabeza, aunque probablemente ni se daría cuenta de lo que había hecho, y continuó su propio trabajo entre su círculo de admiradores. Sin embargo, el experto que había facilitado la granada se aprovechó de la situación. Leyó los periódicos y sabía unas cuantas cosas cuando volvió a verle, y quiso hacerle un chantaje. Habiendo encontrado una manera fácil de desembarazarse de la gente que le molestaba, nuestro hombre decidió actuar otra vez. Robó un coche, eligiendo uno que sabía que a determinada hora estaría en un sitio determinado. Parece que consiguió que fuera Kummer el que realizara el robo, y creo que sería de este modo: supongo que él se quedaría al final de la calle, poniendo la excusa de que lo hacía para comprar cigarrillos o cualquier otra bobada, y pidió al químico que hiciera el favor de acercarle el coche. Luego entró en él y se dirigieron hacia el sitio más solitario que conocía, un sitio desde el que podría volver a su casa o recoger su propio coche. Entonces hizo que el otro parase el coche con cualquier disculpa, le tiró la manta a la cabeza y le golpeó con una llave inglesa.

—Pero ¿por qué lo haría tan cerca de su casa? —preguntó Inchcape.

—¿Por qué tiró el farol al jardín? —replicó Yeo—. Porque ni siquiera se le ocurrió pensar que nosotros seríamos capaces de conseguir pruebas contra él. He conocido muchos hombres así. Un cuarenta y cinco por ciento de criminales piensan de la misma forma. Ten cuidado con tus huellas dactilares y no tendrás nada que temer: ese es su lema.

Campion estiró sus largas piernas debajo de la mesa. Estaba preocupado y abatido.

—Si el asesinato se cometió alrededor de las nueve o nueve y media... —empezó a decir, callándose luego.

Yeo le miraba sonriendo con simpatía.

—Míster Sutane no estuvo en el teatro a partir de las cuatro de la tarde del viernes —dijo—. Esa noche no apareció. Phil Flannery, su nuevo sustituto, le reemplazó. No lo supe hasta después de marcharse usted ayer; si no, se lo hubiera dicho. Íbamos a ir ayer a interrogarle cuando ocurrió esto, y pensé que sería mejor esperar a identificar el cadáver.

Campion continuaba silencioso.

—Mi opinión es solo una teoría, ya lo sé —dijo el inspector del Yard—. Hay que aclarar muchos puntos antes que podamos efectuar una detención. Por eso

precisamente no quiero asustar a nadie. Necesitamos saber el motivo del crimen.

Campion apenas le oía. Sus claros ojos estaban entristecidos. Mientras contemplaba su desayuno, que río había tocado, tuvo la impresión de que el terrible momento había llegado.

Se levantó.

—Voy a volver a White Walls —dijo—. Si no le molesta, ¿quiere llevarme en su coche, inspector? Me gustaría hablar con usted.

Yeo aceptó complacido.

—También a mí me gustará cambiar unas palabras con usted —aseguró cuando se dirigían a la puerta—. Este último crimen me ha dejado perplejo. Nunca pensé que volvería tan pronto a las andadas. Hay que atraparle lo antes posible, no debemos exponemos a que liquide a alguien más.

El teléfono les detuvo. Era el sargento del distrito que telefoneaba desde la estación para decir que nadie había cogido el último tren del viernes por la noche. El revisor lo recordaba perfectamente.

Yeo se encogió de hombros.

—Era solo una suposición —dijo—. Lo más seguro es que se marchara en otro coche. Tal vez fueran cada uno en un coche distinto, ya que era Kummer el que llevaba el coche. Tendremos que aclarar esto. Hay que hacer todavía muchos interrogatorios rutinarios; tendremos un día muy agitado. Y aún hay que encontrar la herramienta o la llave; seguro que estará en una zanja o en medio de una zarza. Apostaría mi último dólar. Tenemos que encontrarlo por encima de todo. El doctor cree que debió de ser una llave inglesa. Pero sería igual que buscar una aguja en un pajar, intentar encontrar una llave inglesa en veinticinco millas cuadradas de campo...

—Puede que se deshiciera de ella del mismo modo que se deshizo del faro de la bicicleta: tirarlo en cuanto dejó de necesitarlo —sugirió Campion.

—Sí, puede que haya hecho eso... —admitió Yeo—. ¡Señor, ese hombre está loco! No creo que sepa que existimos nosotros. Los muchachos han explorado los alrededores del coche, desde luego, pero haré que recorran ese área con rastrillos. Empiezo a odiar a ese hombre, nos desprecia olímpicamente.

El inspector Inchcape, que había estado escuchando la conversación, intervino.

—Yo me ocuparé de eso —dijo—. ¿Volverá usted, inspector? Nuestro jefe de Policía y el doctor vendrán sobre las ocho, poco más o menos.

—Volveré —prometió Yeo—. ¿Vamos, Campion?

Salieron de la pequeña y tranquila ciudad atravesando sus callejuelas. El sol lucía ya con fuerza y presagiaba un día muy caluroso.

Cuando llegaron a las cercanías de White Walls, Yeo paró el coche.

—Ahora, míster Campion —dijo—, espero saber de usted. Le he dicho bastante claro lo que pienso, ¿no? Estoy decidido a capturar a ese hombre. Más temprano o más tarde conseguiré la prueba que me autorice a detenerle. Por el momento no

puedo hacerlo porque al P. P. no le gusta la idea de que sospechemos de él, y aunque pueda componer todo el caso, no puedo aclarar todos los puntos hasta que Cooling termine su labor. Lo que necesito es tener la prueba que nos dirija a *él* y solo a él. Quiero saber el motivo. Espero que dentro de uno o dos días pueda apresarle, pero mientras tanto, ¿qué pensará hacer? Está demostrado que no le preocupa a quién pueda hacer daño acuérdesese de Boarbridge.

Campion sintió un escalofrío.

—Sí —dijo bruscamente y con una autoridad que Yeo no había escuchado nunca de sus labios—. Sí, tiene usted razón. Ahora, escuche: hay una masajista en White Walls, una tal miss Edna Finbrough. Hágala ir con usted a la estación. Pero no la saque ahora de la cama. Si lo hace dará la voz de alarma, y tiene que evitarlo si quiere capturar a su hombre con facilidad. Cuando con cualquier pretexto lleve usted a esa mujer a Birley, llévela a la estación. Es muy dura, pero su entereza se está resquebrajando; lo he visto día tras día.

—¿Y qué es lo que queremos de ella? —preguntó Yeo.

Pero el hombre, que de pronto parecía haberse vuelto tan frío y desapasionado, continuó, sin oírle:

—Dígala que sabe que fue a una pensión de gente de teatro la tarde del lunes siguiente a la muerte de Chloe Pye. Yo le daré la dirección. Dio una excusa para entrar en las habitaciones de miss Pye, y mientras estuvo allí lo revolvió todo en busca de unos papeles. Creo que encontró lo que buscaba y se lo llevó a la persona que la había enviado allí. Seguramente el papel sería destruido aquella misma noche, pero ella puede decirle lo que era, y de su información sacará usted la prueba concreta del motivo que desea saber.

—¿Sabe lo que era aquel papel?

Campion miró al policía fríamente.

—No, pero me lo figuro. Era un certificado de matrimonio.

Yeo parpadeó y su rostro se contrajo en una cómica mueca.

—¡Ah! —exclamó—. Ahora está diciendo algo interesante.

Campion le ignoró.

—Supongo que Konrad se enteró de este matrimonio y estaba dispuesto a utilizar su información. Por eso le mataron. Tendrá usted bastante dificultad en conseguir que miss Finbrough se lo diga, pero ella lo sabe.

—¿Quiere hablarla usted mismo?

—No; eso corresponde hacerlo a la policía profesional. Esto es todo lo que puedo decirle. Estaré todo el día en esa casa. En cuanto sepa algo haga el favor de decírmelo, ¿quiere? —contestó Campion—. No me moveré de ahí hasta que efectúe la detención. Quiero quitar a miss Finbrough de en medio durante ese tiempo. No deje que se comunique con White Walls.

—¡Desde luego que no! —exclamó Yeo mirando con simpatía a Campion—. Eso es lo que yo quería hacer. Si está usted en lo cierto, llevaremos a ese hombre adonde

merece estar. Ya le dije yo que debía venir aquí.

Campion no le contestó, y Yeo, cuya energía parecía aumentar en vez de disminuir después de la larga noche de insomnio, cogió el volante y se dispuso a marcharse.

—Hacia las once vendré por esa mujer —le gritó a Campion—. No se preocupe, seré la discreción personificada. Si se resuelve este asunto se lo deberé a usted. ¿Fue él también quien mató a aquella mujer?

Campion se encogió de hombros.

—Supongo que sí, pero no creo que consigamos probarlo.

—Es una lástima, ya a ser muy duro para su familia —observó Yeo—. Bueno; espero que cuando se vea cogido, hablará. Los periódicos van a tener de qué hablar, ¿eh? Bueno, hasta luego, y gracias.

Campion se dirigió lentamente hacia la blanca casa, que se recortaba en el límpido aire de la mañana. Al cruzar el césped, un hombre con un batín a rayas se levantó de la hamaca en que estaba tumbado y salió a su encuentro. Era Uncle William.

Estaba enrojecido y soñoliento y la angustia se reflejaba en su rostro.

—He estado esperándole desde la madrugada —murmuró—. He estado rezando. ¿Qué va a pasar? Confiamos ciegamente en usted, muchacho.

Campion se separó de él y entró en la casa.

A l mediodía, cuando el sol caía a plomo sobre White Walls en este angustioso domingo, Uncle William entró en la habitación de Champion y se acercó a su cama. Permaneció allí unos instantes indeciso, con las manos en los bolsillos de su pantalón blanco, y por fin se decidió a hablar.

—¿Está despierto, Champion?

Este abrió los ojos y miró a su amigo fijamente. Su mirada era viva y parecía que no había podido dormir.

—Un sujeto vino y se llevó a miss Finbrough para que ayudase a la Policía —murmuró Uncle William—. No oí para qué la necesitaban, pero creo que era para que diera unos masajes, no estoy muy seguro. Están pasando tantas cosas extrañas...

Estaba preocupado. Se dirigió a la ventana y miró al jardín.

—¿Qué es lo que va a pasar? —preguntó.

Míster Champion se sentó en la cama. El tono autoritaria que había asombrado a Yeo dejó perplejo también a Uncle William.

—¿Dónde están todos? —preguntó con sequedad.

—Linda está ahí fuera —dijo el anciano, señalando el jardín—. Sock se ha marchado en el Bentley y Jimmy y Slippers están ensayando en el salón, acompañados al piano por Mercer, que está tocando muy contento; no lo comprendo. Jimmy parece que tiene que estar practicando todo el día; no para un momento, el pobre. ¿Cuándo va a desaparecer esa nube infernal que ha envuelto esta casa, Champion? Por mí vida, es un pecado tener que pensar en semejante cosa en un día tan espléndido. ¿Consiguió la Policía averiguar quién era el tipo que apareció en el coche de Sock?

Una vez más míster Champion ignoró la pregunta y respondió con otra:

—¿Adónde ha ido Sock?

—A ver a Eve —Uncle William se separó de la ventana y miró a su amigo—. Anoche le estuvimos esperando todos —explicó—. Vino lívido como un muerto, habló un momento con Jimmy y luego ambos nos contaron toda esa historia. Estaba avergonzado por haber dicho tanto a la Policía; pero, como yo le dije, hay ocasiones en que un hombre tiene que elegir entre perjudicar a muchos o descubrir a uno solo. En esos casos, la conciencia es la que nos dicta lo que debemos hacer. Le dije que me alegraba ver que él la tenía, y estoy contento de haberle hablado como un padre —se calló un momento—. En realidad, la muchacha no ha hecho nada malo —añadió—. Sock se siente atraído por ella, aunque ahora no lo diga, pero yo me doy cuenta de ello. ¡Qué tiempos para un enamorado, Champion! Uno no puede esperar que las

mujeres sean consideradas, pero me parece absurdo que ande corriendo tras ella sin decir una palabra cuando todos estamos tan preocupados por algo peor. Si esa chica no fuera tan joven me hubiera parecido una fresca. Aun así, no comprendo por qué ha elegido este momento para marcharse, ¿no le parece? Sock no nos dijo nada anoche y yo tampoco quise preguntárselo. Pero me parece que tuvieron unas palabras, no sé por qué motivo. ¿Y usted?

—Habría algún hombre por medio, supongo —contestó Campion indiferentemente.

—Eso me figuro, pero no veo quién puede ser, si no es Sock.

Campion intentó olvidar toda la tragedia que se cernía sobre la casa y procuró recordar su conversación con Sock en el Lagonda antes de llegar al sitio donde estaba el cochecillo de este.

—Ella se alejó de Sock y debió de enamorarse de alguien poco recomendable —dijo—. El mismo Sutane debió de darse cuenta de ello y debió de interponerse, o tal vez el sujeto se marcharía por su cuenta.

—Y la pobrecilla creyó que el mundo se le caía encima. Esto me parece más probable —observó Uncle William—. Puede que esto justifique su actitud de no querer venir a casa. Eso debe de ser, Campion, han herido su dignidad. En una ocasión pude saber lo que cuesta consolar a una mujer despreciada. ¡Pobre criatura! ¿Quién será ese sinvergüenza? Yo soy demasiado viejo, pero...

—No —dijo Campion resueltamente—. No debe hacerlo.

—Tal vez no —murmuró Uncle William tristemente—. Me había olvidado... No haría más que empeorar las cosas; pero, a pesar de todo, es una lástima que no sepamos quién es. Me hubiera gustado poder hacer algo útil; esta incertidumbre nos tiene a todos sobre ascuas. Estos queridos seres están siendo verdaderamente heroicos. Se están esforzando por soportarlo. Jimmy parece un esqueleto y Linda anda de un lado para otro como una sombra.

—¡Ah, sí! —le interrumpió Campion—. Quería hablar con usted a propósito de Linda. Antes de casarse, ¿dónde vivía?

—Con su madre, naturalmente —contestó Uncle William, considerando superflua esta pregunta—. La anciana señora era hermana del dueño de esta casa. Tiene una pequeña finca en Devon; es un sitio muy bonito, según creo. Esa familia tiene dinero; Linda va de cuando en cuando a verla y se lleva a la niña. ¿Para qué quiere saberlo?

Campion se encogió de hombros.

—Pura curiosidad —dijo—. Me preguntaba cuál era su pasado, eso es todo.

El anciano permaneció callado unos instantes.

—Si le preocupa que toda esta publicidad arruine a Jimmy, ella tendrá una casa a donde ir —dijo, por último, y encontrando la mirada de Campion desvió sus ojos de él—. Tengo una sospecha y no hago más que pensar en ello: Linda se ha encariñado con usted.

Míster Campion se sonrojó.

—No lo creo.

—Cuando una mujer se siente sola, una mujer buena, honrada, sensible, capaz de controlar sus sentimientos, estas inocentes emociones la hacen bien, la consuelan, la hacen sentirse joven —dijo Uncle William, dejando sorprendido a Champion—. Eso no significa nada. Ella piensa en ello como podría pensar en su peinado. Lo mismo les pasa a los hombres; un sentimiento así les anima y les rejuvenece. Mientras sepan contener sus impulsos no hay peligro. Después de muchos años de experiencia puedo decir honradamente que lo apruebo. Son cosas de la vida. No me mista que se sobrepasen, pero hasta un cierto límite resulta agradable.

Miró a Champion y volvió a parecerle un extraño.

—No sé si usted pensará lo mismo, pero esa es mi opinión —añadió.

Campion se echó a reír, y Uncle William continuó:

—La verdad es que intento hablar de cualquier cosa que me haga olvidar un poco esta pesadilla, y diría que usted también. No me importa lo que pase con mi espectáculo; lo único que deseo es poder respirar tranquilo y que podamos volver a vivir en paz yo y mis amigos. ¿Cuándo terminará esto? Bueno; ya sé que me lo diría si lo supiera, Champion. Puesto que no puede decírmelo, voy a ir abajo a descansar un poco hasta la hora de almorzar.

Salió con paso cansino de la habitación y Champion se vistió lentamente. Había dejado de considerar su propio papel en la irrevocable tragedia. Ya se había enfrentado con este problema en su propio piso, cuando Linda había ido a llamarle, y lo había resuelto.

Desde entonces le había sido posible considerar el miserable programa que las circunstancias y su carácter inalterable habían tramado, haciéndole experimentar sentimientos contrarios a su voluntad. Demasiado pronto se había dado cuenta de lo doloroso que le resultaba. Se vio haciendo cosas extrañas, dando inexplicables rodeos, evitando encuentros, todo para evitarse a sí mismo las reacciones emocionales que hubiera experimentado normalmente si no hubiera procurado evitarlo.

Esta mañana, por ejemplo, se dio cuenta de que se estaba vistiendo con extraordinaria calma y no sin cierto deseo de estar elegante. Al pensar en ello se extrañó. No le resultó agradable reconocer que estaba haciendo todo lo posible por llegar tarde a almorzar, tan tarde que pudiera quedarse sin comer y sin sentarse a la mesa de Sutane.

Cuando media hora más tarde llegó Lugg, impaciente, todavía estaba en mangas de camisa.

El improvisado mayordomo entró agitado.

—Otro cadáver ayer, según he oído —exclamó—. ¿No se está divirtiendo? Hay policías al principio y al final del camino. ¿Significa algo o están ahí solo por exhibirse?

Campion no le contestó, y Lugg, al no recibir respuesta, se quedó silencioso.

Cuando el silencio se le hizo insoportable, volvió a hacer un nuevo intento para entablar conversación.

—Esto es vida, ¿eh? —dijo con satisfacción—. Están algo preocupados todos, pero todavía no ha pasado nada. Aquí me siento como el pez en el agua.

Campion se hizo el nudo de la corbata, poniendo mucha atención en ello.

—Probablemente tendremos que marcharnos los dos esta noche —dijo, sin mirar a Lugg—. No se lo diga a nadie, pero téngalo todo preparado.

El grueso Lugg se quedó perplejo, sin apartar los ojos de la alta figura de míster Campion. Luego suspiró y dijo:

—Lo sabía, lo sentía venir. En cuanto le vi la semana pasada en el corredor, me dije: “Vaya, qué cosa tan rara, me parece que poco vamos a estar aquí”. Al principio no me acababa de convencer esta casa, pero luego empezó a obedecerme la servidumbre y además me he tomado interés en enseñar a la niña. Ha aprendido mucho. Habíamos hecho un trato... Nos iremos después que se haya acostado, ¿eh?, porque si no, se va a llevar un berrinche y se va a pasar la noche llorando. ¿Está decidido a que nos marchemos hoy? Es un día espléndido.

Habló con inmensa tristeza y Campion se sintió conmovido.

—Lo siento —murmuró—. Pero la fiesta ha terminado. Lo siento.

—Me llevaré el frac —observó Lugg—. Lo compré en el almacén y dije que lo pusieran a su cuenta. Era la talla mayor que tenían; me costó diez peniques más por eso. No le serviría a nadie más. Puede invitar una noche a cenar a toda esa gente y así podré ponérmelo, ¿eh?

Campion tenía la mirada perdida en el jardín.

—No creo que pueda ser, Lugg —dijo—. Pero dé todos modos, llévese el frac si quiere. Y ahora váyase, haga el favor, hoy no tengo ganas de hablar.

El corpulento hombretón se dirigió obedientemente hacia la puerta.

—Quizá consiga hacérselo comprender esta tarde... —murmuró—. Pero la pobrecita se va a quedar muy triste... Bueno, continúe vistiéndose, ya es algo tarde.

Salió entristecido, y diez minutos después bajó Campion, demasiado tarde para llegar a tiempo a comer.

Míster Champion se sentó cerca de la casa porque quería oír el teléfono cuando sonase. El té se había servido en la terraza y ahora todos se habían dividido en pequeños grupos. Linda, Sock Petrie y Eve paseaban por el jardín. El joven había llevado a la rebelde muchacha a casa poco antes de la hora de comer, y Champion se había quedado asombrado al ver la tranquilidad con que se había sentado en su sitio a la mesa, entre todos ellos. No había dado ninguna explicación y no intentó disculparse; solo se mostró impenetrable y fría, como si deseara desafiar a su familia.

Sock había sabido llevarla muy bien. Había adoptado una amable superioridad y la había dedicado toda su atención.

Sutane y Slippers habían ido un momento a tomar una taza de té y habían vuelto inmediatamente al salón a seguir ensayando. Habían dormido ambos una corta siesta para descansar del arduo trabajo de la mañana y habían decidido continuar ensayando una hora más con el gramófono, ya que Mercer se había cansado de acompañarles al piano.

El genio se había retirado, aburrido, a la salita de música, y ahora estaba tocando sus interminables improvisaciones, con las puertas cerradas, para evitar que le molestara la música del gramófono.

Uncle William estaba sentado en un rincón bajo la ventana. Tenía sobre las piernas los periódicos del domingo y la botella a su lado. Invariablemente rehusaba tomar té, insistiendo en que era afeminado o veneno para su sistema nervioso.

Campion miró los hermosos gladiolos que lucían sus brillantes colores a la luz del sol y se preguntó cuándo terminaría ese día. La atmósfera de opresión crecía lentamente y ahora había llegado a hacerse insoportable.

Todos parecían sentirla, incluso Mercer, que no había dicho una sola palabra mientras tomaban el té.

Campion no había mirado a Sutane abiertamente en todo el día, aunque durante todo el tiempo había notado su presencia. La extraordinaria fuerza nerviosa del bailarín y su personalidad parecían haber impregnado todas las habitaciones. Había estado ensayando con una apasionada energía, que había llamado la atención aun a la misma Slippers Bellew.

Campion estaba sentado en la parte de abajo de la terraza, con los brazos apoyados sobre las rodillas, cuando Linda apareció delante de él. No la había visto separarse de los otros, y sus pies, calzados con unas ligeras sandalias, no habían hecho ruido alguno sobre la hierba.

La miró, y hubiera preferido no ver la tristeza que se reflejaba en sus ojos.

—¿Cuándo será? —preguntó.

—Pronto.

La palabra se le escapó involuntariamente; hubiera sido lo último que hubiera querido decir y se levantó, enfadado consigo mismo y algo asustado.

Para su tranquilidad, ella no pareció darse cuenta del significado de lo que había dicho.

—Eso espero —dijo.

Mientras paseaban juntos por el césped, Campion pensó que sería la última vez que lo hacía. Caminaron silenciosos unos minutos, y cuando ella habló lo hizo con una rectitud que le dejó asombrado.

—Todo el mundo lo sabe menos yo. Jimmy lo sabe, usted lo sabe. Creo que Eve también. ¿Se quedará conmigo hasta que lo sepa yo?

—Sí, me quedaré.

—Sentiré mucho que se vaya —dijo Linda.

Él no contestó y le agradeció que ella tampoco esperase que lo hiciera. Sus siguientes palabras le dejaron espantado.

—Cuándo todo termine nos iremos a América Jimmy, Sarah y yo, y tal vez Uncle William. Allí gusta mucho Jimmy y es un país maravilloso, especialmente para los niños. Los niños americanos tienen una infancia verdadera. Sarah será inmensamente feliz, casi tan feliz como lo es ahora con el viejo Lugg. Me ha dicho que se escribirán cuando él se vaya, que tendrán mucha correspondencia. Ha sido usted muy amable prestándomelo. Me ha sido muy útil, y se hace apreciar.

Campion miró fijamente a la casa, pero se había equivocado. El teléfono no había sonado. Miró a la muchacha y, con gran asombro suyo, ella le cogió la mano y continuó paseando con los ojos fijos en ella.

—Me va a resultar muy difícil decirlo —dijo—. Y probablemente no soñaría en hacerlo si las cosas siguieran su ritmo normal..., pero usted me gusta más que nadie de los que he conocido. No es usted un chiquillo y no va a salir corriendo con la cabeza hinchada y su virtud ofendida porque crea que le estoy diciendo que me he enamorado de usted, y no lo he dicho aún. Pero no creo que vuelva a verle. Nos iremos en seguida a los Estados Unidos y quería decirle esto. Me gusta usted porque es la única persona que me agradó desde el primer momento y que no me ha defraudado. Me volví loca por usted y usted lo comprendió. No me hizo el amor cuando hubiera deseado hacerlo y yo deseaba que lo hiciera. Y ha sido usted leal con nosotros cuando le resultaba terriblemente violento serlo. Usted se puso de nuestra parte y continuó noblemente a nuestro lado. Me hubiera gustado darle las gracias. Eso es todo. Pero ¿qué le pasa? ¿Por qué me mira de ese modo?

Campion volvió la mano y oprimió la de ella con infinita ternura.

—Cuando uno se enamora de una mujer casada, no tiene más remedio que renunciar a ella, amor mío —dijo lentamente—. Eso ha sido el teléfono, ¿verdad? He

estado todo el día esperando que sonara.

La dejó sola entre los rosales, con una expresión de tristeza en los ojos.

Antes de llegar a la puerta de cristales, Lugg salió a llamarle. El *hall* estaba vacío, y al acercarse a la mesa se apoyó en ella un momento antes de coger el aparato. Estaba lívido y se sintió desfallecer.

—Diga —dijo por último.

—¡Hola! ¿Es usted, Champion? ¿Marcha todo bien?

Sorprendido reconoció la voz de Stanislaus Oates. El superintendente del Central Branch parecía bastante satisfecho.

—Sí —dijo Champion—. Sí, todo va bien.

—Muy bien. ¿Está usted solo?

—Creo que sí.

—Ya le entiendo. Seré discreto. Enhorabuena, ha hecho un buen trabajo. No tardaremos en estar con usted.

—¿Dónde está?

—En la estación —Oates se echó a reír—. Vine con el sargento y trajimos la necesaria autorización... Champion...

—¿Qué?

—Creo que debo decírselo. Esa mujer cantó en seguida. Yeo nos telefoneó desde la ciudad antes de mediodía. Ella le dijo todo lo que quería saber, y parecía contenta de poder hablar. Conseguimos encontrar la iglesia. Está en Brixton. La fecha del registro es de 1920. ¿Concuerdas con sus suposiciones?

—Bastante.

—¿Está todavía solo?

—Sí, ¿por qué?

—Me pareció que estaba un poco cohibido. Probablemente será culpa de la línea. Bueno, eso fue. Teníamos suficientes datos para hacer una detención por sospechas, pero para estar seguro llamé al P. P. Pero todavía le atemorizaba la publicidad y me dijo que esperase. Sin embargo, hubiera colgado el teléfono de buena gana cuando llegó la información austríaca. Champion, ¡es magnífica! Todo lo que queríamos. K. estaba actualmente bajo vigilancia. ¿Eh? Por esconder armas. ¡Ya se lo decía yo! Los austríacos son educadísimos. Ya le enseñaré la información. No me diga que no está excitado, ¿eh? —dijo, satisfecho—. Esto marcha bien, se lo aseguro. Anoche hice un llamamiento a todos los hoteles, y esta tarde, cuando nos íbamos a marchar, nos ha llegado la respuesta de un pequeño hotel, en Victoria. Inmediatamente nos dirigimos allí y encontramos todas las cosas intactas. Todo estaba en la habitación de K. Volvimos a comprobar el nombre, la dirección, todo; todo estaba escrito en un libro de notas. Desde luego, era chantaje. Luego vinimos corriendo aquí. Los empleados de ferrocarriles empezaron a recordar detalles una vez que supieron el nombre. Fue un truco que utilizaron el viernes. El mismo que usó Petrie. No vino en tren. ¿Me entiende? Encontramos también la llave inglesa; pertenecía al coche, como nos

figurábamos. Todo está perfectamente claro y resuelto. Ya lo tenemos todo listo. ¿Está satisfecho?

—Desde luego.

—Pues no lo parece, No tiene por qué preocuparse, no podía haberlo hecho mejor. Yeo está aquí; dice que le dé muchos recuerdos y que se arrepiente de haber dudado de usted. Dice que se equivocó, pero que ahora, que ve cómo se ha portado usted, tendrá mucho gusto en invitarle a una copa en la primera ocasión que se presente.

—¿Cuánto tardarán en venir?

—Media hora todo lo más. Ya nos disponíamos a ir para allá. Solo le he telefoneado para avisarle y asegurarme de que no había ninguna dificultad. Ahora podremos notificar los hechos en White Walls, ¿no?

—Sí.

—¿Estará usted ahí con los ojos bien abiertos hasta que lleguemos?

—Sí.

—Muy bien. Entonces, hasta dentro de media hora.

Campion colgó el auricular. Al cruzar el *hall* distinguió en el suelo una cosita redonda y se agachó para recogerla. Era un capullo amarillo y lo reconoció en seguida. Era uno de los seis que llevaba Linda prendidos en su traje. Lo miró, dudó un momento y, finalmente, se lo guardó en el bolsillo con una sensación confortante de adquisición.

Vio a Sutane en cuanto salió al jardín. El bailarín estaba sentado en el peldaño inferior de la terraza, de espaldas a Campion. Llevaba puesto un *sweater* negro y unos pantalones de franela blanca, que hacían resaltar los músculos de su cuerpo. Estaba descansando con la cabeza apoyada en las rodillas. Ningún otro hombre en semejante postura podría dar tal sensación de comodidad y descanso.

Al final del jardín, Linda paseaba con Slippers. Sus vestidos, amarillo uno y blanco el otro, se distinguían entre las plantas. Eve había vuelto. Estaba tumbada en una hamaca, sobre el césped. Tenía las manos detrás de la nuca, y Campion se figuró que estaba preocupada.

Sock había desaparecido, pero el sonido de su voz, acompañado por los gritos de alegría de Sarah, llegaba de la parte oeste de la casa, e indicaba que se encontraban a gusto.

Campion se sentó junto a Sutane. Detrás de ellos, en la penumbra de la sala de música, Mercer continuaba tocando. Su nueva melodía, *Pavana para un bailarín muerto*, había dejado de ser un estribillo para convertirse en una obra completa, y la repetía una y otra vez.

Campion y Sutane permanecían silenciosos. El bailarín se había limitado a volver la cabeza y miraba a Campion con ojos interrogadores.

—¡Hola! —murmuró por fin—. Haga su informe.

Campion le miró entristecido. El juego había terminado y ahora se sentía

extrañamente tranquilo.

—Supongo que ya lo habrá terminado —continuó Sutane.

—La Policía tiene una copia del certificado de matrimonio de Chloe —dijo Champion con la vista fija en sus manos—. Yo les hablé de ello. Lo encontraron en una iglesia de Brixton. Cuando ella vino aquí e intentó hacer un chantaje a su marido, este perdió la paciencia y...

—¡Oh!, no fue tan sencillo, amigo mío —le interrumpió Sutane, dándose la vuelta y tumbándose sobre la hierba, con los codos apoyados en el escalón—. Él no sabía que *era* su marido, ¿comprende?

Campion le miraba atónito, sin comprender.

—Fue una mujer extraña en su juventud. No sé si entenderá lo que quiero decir, pero tenía ese extraño aire indiferente que es la esencia de la pasión. Cuando terminó la guerra, la gente deseaba vivir tranquila. Los jóvenes ansiaban gozar de la vida. Una mujer se destacó entre ellos. No llegó a ser su guía, pero sí algo parecido a la encarnación del espíritu del deseo de placeres. El antiguo temor a la muerte, que podía llegar en cualquier momento, llegó a ser un hábito en nuestros mayores, y nosotros lo heredamos de ellos, pero sin sentir el miedo que ellos sentían. Éramos jóvenes y no estábamos cansados. Habíamos crecido en un mundo donde no existían las diversiones. Y de pronto, en el crítico momento en que nuestra sangre empezaba a hervir, nos encontramos en un mundo nuevo. Chloe era algo mayor que el resto de nosotros. Tenía éxito y estaba en la plenitud de sus encantos. Se casó alegremente en un raptó de entusiasmo, y a los pocos meses, cuando se cansó de su marido, se fue con otro hombre, dando un escándalo. El pobre idiota del marido creyó que estaba enamorado de ella y trató de recobrarla, pero ella le anonadó explicándole despreocupadamente, mientras recogía sus vestidos, que no podría reclamarla. Se había casado antes, durante la guerra, según dijo, y su maridó vivía. Se encontraba casada con dos hombres y eso la divertía. Dijo que era una experiencia interesante y él no tuvo más remedio que resignarse. El pobre hombre se quedó deshecho, pero se recobró.

En la pausa que siguió a estas palabras, Champion empezó a comprender muchas cosas que hasta entonces habían permanecido en la oscuridad. Volvió a ver el jardín en aquel crepúsculo, hacía quince días, cuando Chloe había ido al lago a bailar *El amor brujo*.

—Yo no sabía eso —dijo.

—¿Cómo iba a saberlo? Nunca conoció a la verdadera Chloe.

Campion empezó a hablar. Sabía que quedaba muy poco tiempo y que aún había mucho que decir.

—Cuando volvió a Londres se dio cuenta de que la sería imposible recuperar a su marido —comenzó—. Estaba demasiado encerrado en su propio círculo. Desesperada, se introdujo en su casa, y por medio de súplicas o engaños consiguió citarle por la noche en el jardín. Cuando llegó el momento y por fin se vio sola con él

en un sitio romántico, debió de lanzarse al ataque inmediatamente. No sé si sería muy duro. Le diría que todavía era su mujer, y una de dos: o que su primer matrimonio había sido un engaño urdido para deshacerse de él, o que su primer marido había muerto antes de contraer las segundas nupcias.

—No existió ningún primer matrimonio —dijo Sutane.

Campion se sentía terriblemente cansado y tenía mucho dolor de cabeza.

—Estaba sola, bailando, cuando él la encontró aquella noche —continuó— y ella debió de hablar con él mientras el gramófono sonaba todavía. La conversación no pudo durar mucho, porque el último disco de la serie estaba todavía en el tocadiscos cuando yo lo encontré más tarde. Supongo que ella se aproximaría a él y le diría que había estado mintiendo desde hacía mucho tiempo y que podía probarlo, o algo por el estilo, ¿no?

Miró interrogante a Sutane y este asintió.

—Continúe.

—Su primera reacción fue sentir miedo, naturalmente —murmuró Campion—. Miedo, y luego ira. La cogió por el cuello, y antes que pudiera darse cuenta de lo que pasaba se la doblaron las rodillas y la sintió inerte entre sus manos. Estaba muerta. El *status lymphaticus* contribuyó a matarla. Él no sabía nada de esto, desde luego, y tuvo que sentirse aterrado. Solo vio que estaba irremisiblemente muerta y que el vergonzoso secreto se descubriría, acarreándole la ruina y el escándalo. Supongo que el gramófono dejaría de sonar en ese momento, puesto que dio la vuelta al disco, sin caer en la cuenta de que la pieza grabada en la otra cara no la hubiera bailado nunca Chloe. Fue muy natural que lo hiciera. Fue un esfuerzo de su subconsciente por dejarlo todo como estaba, un intento instintivo para retrasar el momento del desastre. Después, me imagino que perdería la cabeza completamente. La cogió y se la llevó lo más lejos que pudo de la casa. En su preocupación por dejar sonando el gramófono no se dio cuenta de que había pisado un disco, y se le cayó la falda roja de ella, que llevaba atada alrededor de las caderas, y que él probablemente desataría en sus esfuerzos por revivirla. La falda cayó al suelo, sobre la hierba, donde alguien la encontró y bailó sobre ella. Todo esto fue hecho en un momento de terror, pero al llegar al puente empezó a razonar. El coche estaba allí y se le ocurrió una idea. La arrojó al sendero y simuló el accidente. La primera vez no fue asesinato, pero los que siguieron a este hecho fueron verdaderos crímenes.

Sutane continuaba mirándole y murmuró:

—¿Por qué no apareció antes? ¿Por qué ocultó toda esa historia hasta ahora, dando al infeliz años enteros de paz para saltar sobre él a estas alturas?

—Lo hizo por dinero —contestó Campion—. Volvió y le encontró, o creyó encontrarle, rico. No quería al hombre, deseaba solo su dinero.

Sutane se echó a reír.

—Nunca se me ocurrió, Campion —exclamó—. Nunca se me había ocurrido. Y es bien sencillo.

Campion se pasó la mano por la frente. La tenía húmeda de sudor.

—Konrad le vio —continuó—. O por lo menos el marido lo creyó así. Konrad se deslizó a aquella hora hacia la cabina del teléfono para llamar a su cómplice y contarle el éxito de su pesada broma, de la reunión. A la mañana siguiente empezó a hablar airadamente en el gabinete. Luego se guardó el bolso de Chloe. Amenazó. El marido se asustó y organizó una búsqueda en las habitaciones de Chloe. El certificado de matrimonio fue encontrado y quemado. Chloe ya estaba enterrada. Se volvió a sentir salvado, o casi salvado. Solo quedaba Konrad. Pero Konrad parecía peligroso y al final el marido cometió la intolerable, increíble locura de cerrarle la boca para siempre. En Viena había un hombre llamado Kummer, un gran químico, perverso y desalmado, la clase de persona que a un joven bohemio le hubiera resultado fácil conocer en París después de la guerra. No fue difícil volver a encontrarle, ya que nuestro hombre tenía amigos en el extranjero que podían localizarle. ¿Necesito seguir adelante?

Sutane se pasó la mano por los ojos.

—Toda esa gente... —murmuró—. ¡Dios mío, toda esa pobre gente...!

El sol se había ocultado detrás de la casa, que ahora estaba en la sombra. Linda y Slippers habían desaparecido. De la parte de la cocina ya no llegaba ningún ruido y Eve parecía haberse quedado dormida en la hamaca.

En el silencio, la melodía de Mercer flotaba en el aire. Una vieja canción llamó la atención a Campion. Recordó que la había escuchado la primera vez que había ido a White Walls, y se acordó del título: *Water-Lily Girl*. Recordó que Chloe la había estado tocando sentada al lado del compositor y volvió a ver su rostro y sus ojos grises, clavados en el azarado Mercer. Vio la escena con toda claridad; Chloe tocando la canción una y otra vez, con obstinada insistencia. Ahora, Mercer la estaba interpretando del mismo modo, como si estuviera imitándola.

Mientras Campion le escuchaba vinieron a su memoria más detalles. Retrocedió a sus días de universidad y se vio bebiendo café en un mugriento salón de té de una callejuela de Cambridge, donde, detrás de una cortina, un gramófono dejaba oír las notas de una balada:

Cuando las estrellas se despiertan, *Water-Lily Girl*,
te estaré esperando en el lago, *Water-Lily Girl*.

Un corazón apasionado palpita de ansiedad.

¿Vas a dejarle morir de dolor?

Ven, en memoria de nuestro viejo amor, *Water-Lily Girl*.

Al darse cuenta del significado de la canción, se incorporó, atónito. ¿Luego había sido esa la invitación de Chloe a la cita? No había habido ninguna disputa aquel día, como él había supuesto. La cita se había concertado allí entonces, delante de sus

propias narices. Ahora comprendía la insistencia de Chloe al repetir la letra de la canción.

Mientras continuaban sonando las notas de la melodía, Champion recordó algo más: Sutane no había estado allí. Sutane había estado fuera, en el *hall*, ensayando. El mismo no le había visto hasta la hora de comer. De pronto sintió que la cabeza le daba vueltas. Fue una sensación física; sintió que todo cambiaba en torno suyo, que se sentía trasladado a un mundo nuevo.

Aquel domingo, por la mañana, Eve había estado en la habitación y Sock también, pero Chloe cantó solo para Mercer. Champion tenía la mirada perdida en el infinito y el pensamiento fijo en su nuevo descubrimiento: Squire Mercer.

Mercer, que no consideraba a nadie, excepto a sí mismo, no solo en las cosas importantes, sino también en las más triviales circunstancias. Mercer, que se consideraba más importante que nadie, y que por sus dones era tolerado y alentado por sus amigos.

Mercer, que era lo suficientemente ingenioso y falto de sentimientos como para concebir la diabólica y mortífera granada del farol de la bicicleta; Mercer, que no se impresionó al saber que varias personas habían resultado muertas y heridas en un espantoso accidente ocurrido en una estación de ferrocarril.

Champion se inclinó hacia adelante, con la cabeza cogida entre las manos. Ahora veía muy claro.

Mercer había tomado una dosis excesiva de quinina inmediatamente después de oír las noticias de la radio, a las ocho cuarenta y cinco, comunicando el desastre de Boarbridge. Entonces contrajo, o dijo que había contraído, envenenamiento de quinina, un estado en que, por mucho que el médico quiera hacer para averiguarlo, tiene que limitarse a escuchar los síntomas que el paciente diga sentir —ceguera, temblores, dolor de cabeza, congestión del oído medio—. Todas estas cosas se pueden fingir por un hombre que teme que los nervios le fallen durante una interviú con la Policía.

Champion trató de volver a recordar la noche de la muerte de Chloe. Mercer había estado en la salita de música, con la ventana abierta. Esta era prácticamente la habitación de Mercer, pues este la utilizaba más que ningún otro. Champion recordó esa ventana. Él mismo se había deslizado fuera de ella al hacer su experimento con las pesas de la cocina. Recordaba la resistente hiedra que había bajo ella y el sendero que conducía directamente al lago a través del jardín. Un hombre podría deslizarse por el oscuro césped y volver a entrar por esa ventana una docena de veces sin que nadie lo advirtiese.

Pensó en Kummer, Este Kummer había ido a Londres y se había alojado en un pequeño hotel, en Victoria. Se sospechaba que llevaba algún tiempo en Inglaterra. Pero cabía la posibilidad de que acabara de llegar.

Si el envenenamiento de quinina de Mercer era fingido, ¿por qué iba a haber ido a Londres el viernes a ver a un especialista? ¿En vez de eso, no podía haber ido a ver a

Kummer? Mercer no sabía, o no quería, conducir un coche, pero sabía dónde dejaba Sock su cochecillo, en medio de la calle.

Supongamos que la reconstrucción que hizo Yeo del hecho hubiera sido cierta y que Mercer señalara el coche aparcado al final del callejón sin salida y pidiese a Kummer que le llevase a su casa de campo de las inmediaciones de White Walls. Supongamos que se sentara al lado de este hasta que llegara el momento conveniente y hubiese arrojado la manta de viaje a la cabeza de Kummer y le matase con la llave inglesa de Sock, rompiéndole el cráneo con toda la fuerza que da el terror a los hombres normalmente tranquilos.

Volvió a escuchar las palabras del superintendente cuando habló con él por teléfono. Había hablado del truco de Petrie. Supongamos que Mercer empujase el coche a la cuneta después de matar a Kummer y se dirigiera después a la estación de Boarbridge y allí hubiese esperado a su chófer, el cual pensaría que había llegado en el último tren, como solía hacer.

Mercer había ido a París el martes siguiente a la muerte de Chloe cuando la bicicleta estaba aún en la casa y Konrad ya había dejado de oír sus amenazas. Y si había ido a Paris, ¿por qué no podía haber llegado hasta Viena, a una distancia de pocas horas de vuelo?

Todos los crímenes habían sido efectuados con el mismo descuido. Como decía Yeo, el hombre que los había cometido estaba ciego ante el peligro que corría. Sus crímenes eran los crímenes de un ser que era un pequeño dios en su propio círculo. ¿Y quién era el dios de este círculo? Sutane no, desde luego; él era el trabajador, el hombre que reconocía su responsabilidad, sino Mercer, al que todos adulaban hasta tal punto que había llegado a creerse un semidiós. Campion se puso en pie.

Por fin comprendía el mensaje de Yeo a través del superintendente. Yeo sabía ahora la verdad y equivocadamente supuso que él, Campion, la había sabido siempre. Era Mercer quien se había casado con Chloe, Mercer quien figuraba en el libro de notas de Kummer y en el Registro de la iglesia de Brixton.

Campion sintió que le invadía una paz infinita, tranquilizándole, serenándole y confortándole con el mágico grito de su infancia: “¡No es verdad!”. Se sentía libre de una pesadísima carga. Sutane no era el asesino. Linda, Sarah, Sock, Eve, el teatro, la casa, la hechicera magia de aquellos pies bailarines..., todos se habían salvado milagrosamente al borde del desastre. ¡Había estado equivocado! ¡No era verdad!

Se quedó parado. A través de la ola de felicidad que le invadía oyó las notas del piano, y con este sonido le vino un recuerdo que hizo que le diera un vuelco el corazón. Había un obstáculo.

Quedaba la incontestable prueba que había borrado a Mercer de la lista de sospechosos desde el principio. Mercer tenía una coartada durante la hora de la muerte de Chloe.

Durante toda aquella tarde había estado tocando en la salita de música, y el único hombre de cuya palabra no hubiera dudado Campion un solo instante había estado

sentado allí escuchándole. Era Uncle William, humano, pero honesto e incorruptible.

Campion avanzó lentamente por la terraza y miró el interior de la casa por el amplio mirador. En la sombra, al fondo de la habitación, distinguió la coronilla de Mercer, inclinado sobre el piano. Siguió mirando y se quedó sin respiración.

En el sillón, con los pies cruzados y las manos apoyadas sobre el estómago, la botella vacía a su lado y el encarnado rostro inmóvil en el sueño feliz de la borrachera, estaba Uncle William.

Es posible que un rebaño de búfalos que entrase en la habitación fuese capaz de despertarle, pero muy pocas cosas más podrían interrumpir esa paz profunda y alcohólica.

Campion retrocedió y volvió a los escalones, al lado de Sutane.

—Eve quiso alejarse —dijo este suavemente—. Estaban enamorados, pero su amor era imposible. Y entonces sucedió esto. Ella estaba al principio terriblemente celosa de Chloe, y luego, después de su muerte, se quedó espantada y no supo comprender nada, la pobrecilla. Por eso se marchó. No podía soportar volver a mirarle. Yo estuve buscándola como loco por todas partes. Suspendí el espectáculo del viernes por la noche para ir a verla cuando Sock se enteró dónde estaba. Entonces me lo contó todo. Lo mantenían en secreto, sabiendo que yo no aprobaría ese amor. Campion le miró fijamente.

—¿Cuándo supo la verdad sobre Mercer?

—Le vi —contestó Sutane, como si le extrañase la pregunta—. Creí que usted lo sabría. Amigo mío, le vi sobre el puente, vi cómo la tiraba limpiamente bajo mis ruedas.

Se acercó más a Campion. Su rostro reflejaba una sinceridad absoluta.

—Nunca soñé que se salvara —murmuró—. Busqué el certificado y lo quemé, porque sabía que a él no se le hubiera ocurrido hacerlo. Pero sabía que no saldría de esta. Después de lo de Boarbridge, yo le necesitaba a usted aquí. ¡Le necesitaba, Campion! ¿No se da cuenta? Usted era mi conciencia, tenía que descubrirle. Pero yo no podía ayudarle a usted. No podía delatarle. Estuvimos juntos en París después de la guerra. Yo era su único amigo y... fui el miserable que cortejó a su mujer.

Oyeron un ruido de frenos en la puerta de entrada y, al levantar la vista, vieron dos coches de la Policía que acababan de detenerse allí.

En el salón, Mercer continuaba tocando su pequeña pavana. Sutane se levantó lentamente, mirando a Campion con una triste sonrisa. Sus ojos negros estaban llenos de lágrimas.

—¿Cómo iba a hacerlo, amigo mío? —murmuró.

FIN DE
“DUELO EN EL BALLET”



MARGERY LOUISE ALLINGHAM (20 de mayo de 1904, Londres - 30 de junio de 1966, Colchester, Essex) fue una escritora de novelas policíacas británica.

Publicó su primer cuento a la edad de ocho años, su primer novela a los diecinueve y su primer novela policíaca a punto de cumplir los veinte. Sus historias acerca del detective ficticio Albert Campion, se volvieron muy populares y novelas como *The tiger in the smoke* (El tigre en la niebla) de 1952 y *The China governess* de 1962, con su fino estilo intelectual y perspicacia psicológica, le granjearon al personaje cierta estimación dentro del género literario serio. Murió a los 62 años debido a un cáncer de mama.

La BBC produjo adaptaciones de ocho de sus novelas a finales de los años ochenta.

Notas

[1] Prologo escrito por Salvador Bordoy Luque para la edición de “Novelas escogidas” de Margery Allingham publicada por la editorial Aguilar en 1963. (*N. del E. D.*) <<

[2] *Ho-tei*, u *Hotei*. Según la mitología china y japonesa es un semilegendario monje zen. Forma parte de los “Dioses de la fortuna”, y se representa como un hombre gordo, calvo y sonriente. Lleva una túnica que le deja la gran barriga al aire, un símbolo de felicidad, buena suerte y plenitud. (*N. del E. D.*) <<